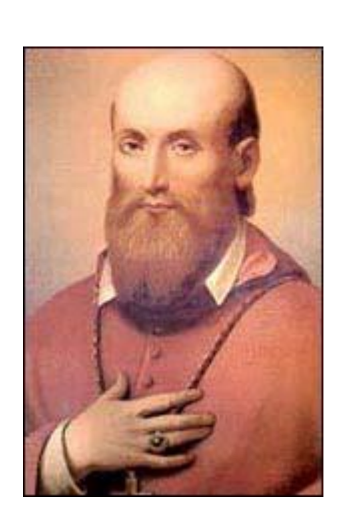


San Francisco de Sales
TRATADO DEL AMOR DE DIOS

PRESENTACIÓN

I. San Francisco de Sales (1567-1622).

Nació el 22 de agosto de 1567 en el castillo de Thorens, diócesis de Ginebra, en el seno de una noble familia de Saboya. A los catorce años fue enviado a París, en donde fue discípulo de los jesuitas durante siete años. Después estudió jurisprudencia en Padua, doctorándose en derecho en 1592. Entregado a una vida de ardiente piedad, en 1586 sufrió una terrible tentación de desesperación al pensar que estaba destinado a manifestar eternamente la justicia de Dios en el infierno. Recobrada la tranquilidad por intercesión de la Virgen María, abandonó el brillante porvenir humano que le esperaba y se hizo sacerdote. Sus primeros años de sacerdocio (1593-98) los dedicó preferentemente a la evangelización de la provincia de Chablais, que había sido arrastrada por el protestantismo, y que logró, tras grandes esfuerzos, recuperar para el catolicismo. En 1599 fue nombrado coadjutor del obispo de Ginebra (Annecy), monseñor de Gránier, y poco después le sucedió como obispo de la diócesis. Es admirable la actividad que desplegó como obispo. Es él uno de los más insignes representantes de la maravillosa reforma pastoral que se llevó a cabo en la Francia de su época.

Dios puso en su camino a un alma de talla excepcional: Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal. Ambos fundaron el 6 de junio de 1610 la Congregación de la Visitación para hacer accesible la vida religiosa a quienes por su salud, su educación o sus compromisos en el mundo no tenían acceso a las formas hasta entonces existentes. No cabe un conocimiento más profundo de la psicología humana —y en concreto de la femenina— que la de las constituciones visitandinas. Sin austeridades espectaculares, se logra deshacer por completo la propia voluntad y sumergir al alma en un ambiente de caridad, de amor de Dios, de continua oración y mortificación. La máxima favorita del santo, que procuró inculcar a sus hijas, era: «No pedir nada, no rehusar nada, a ejemplo del Niño Jesús en la cuna».

Después de un viaje a París —donde conoció a San Vicente de Paúl, a quien confió el cuidado espiritual del recién creado monasterio de la Visitación— Turín y Avignon, llegó a Lyón, donde pocos días después, el 28 de diciembre de 1622, murió santísimamente. Sus *restos* mortales fueron trasladados al monasterio de la Visitación de Annecy, donde se veneran todavía junto a los de Santa Juana de Chantal.

San Francisco de Sales fue beatificado por Alejandro VII en 1661, canonizado por el mismo papa en 1665, y declarado doctor de la Iglesia por Pío IX en 1877. Ha sido declarado también patrono de los periodistas católicos por el papa Pío XI en 1923.

San Francisco de Sales es uno de los autores que más hondamente han influido en la espiritualidad posterior, principalmente a través de su magnífico *Tratado del amor de Dios* (1616).

2. El famoso *Tratado* se divide en doce libros.

En el primero —preparación para toda la obra— habla de la voluntad como sede del amor, y describe el amor en general y el amor de Dios en particular.

El segundo libro está dedicado al origen del amor divino, que son las perfecciones infinitas de Dios, con las que arrastra nuestra voluntad engendrando en ella el amor.

El libro tercero trata del progreso y perfección del amor.

El cuarto, de los peligros que pueden determinar la decadencia y ruina de la caridad.

El quinto, de las principales maneras de ejercitar el amor: de complacencia, de condolencia, de benevolencia.

Los libros sexto, séptimo y octavo se dedican al ejercicio del amor en la oración. Aquí es donde se encuentra la doctrina propiamente mística del santo. En general sigue muy de cerca a Santa Teresa, pero sin la precisión y claridad de la gran santa de Avila. Mezcla con frecuencia la descripción de fenómenos místicos con otros que no lo son, y da a muchas prácticas ascéticas nombres que en San Juan de la Cruz y en Santa Teresa están consagrados para designar gracias místicas.

Las oraciones místicas que mejor describe el santo obispo de Ginebra son las de recogimiento incluso, quietud y contemplación extática, que describe a la luz de los escritos de la reforma del Carmelo.

El libro noveno se consagra a la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina de beneplácito, y a la práctica de la santa indiferencia para aceptar todo lo que Dios disponga de nosotros, coincida o no con nuestro querer. El libro décimo describe la dulzura del amor a Dios y al prójimo por Dios.

El undécimo muestra de qué manera el amor perfecciona y hace agradables a Dios todas las demás virtudes. Habla también de la importancia de los dones del Espíritu Santo y de sus preciosísimos frutos.

Finalmente, en el **libro duodécimo** se dan los últimos consejos para progresar en el amor divino.

No hay duda de que los últimos libros de este *Tratado,* son los más interesantes.

LIBRO PRIMERO
Que contiene una preparación de toda la obra

I Que para la hermosura de la humana naturaleza, Dios entregó a la voluntad el gobierno de todas las facultades del alma

La unión establecida en la variedad engendra el orden; el orden produce la conveniencia y la proporción, y la conveniencia, en las cosas acabadas y perfectas, produce la belleza. La bondad y la belleza, aunque ambas estriben en cierta conveniencia, no son, empero, una misma cosa; el bien es aquello cuyo goce nos deleita; lo bello, aquello cuyo conocimiento nos agrada.

Habiendo, pues, lo bello recibido este nombre, porque su conocimiento produce deleite, es menester que, además de la unión, de la variedad del orden y de la conveniencia, posea un resplandor y una claridad tales, que lo pongan al alcance de nuestra visión y de nuestro conocimiento.

Pero en los seres animados y vivientes, su belleza no existe sin la buena gracia, la cual, además de la conveniencia perfecta de las partes, exige la conveniencia de los movimientos, de los ademanes y de las acciones, que son como el alma y la vida de la hermosura de las cosas vivas. Así, en la soberana belleza de nuestro Dios, no reconocemos la unión, sino la unidad de la esencia en la distinción de las personas, con una infinita claridad, unida a la conveniencia incomprensible de todos los movimientos, de las acciones y de las perfecciones, soberanamente comprendidas, o, por decirlo así, juntas y excelentemente acumuladas en la única y simplicísima perfección del puro acto divino, que es el mismo Dios, inmutable e invariable, como lo diremos en otro lugar.

Dios, pues, al querer que todas las cosas fuesen buenas y bellas, redujo la multitud y la diversidad de las mismas a una perfecta unidad, y, por decirlo así, las dispuso según un orden monárquico, haciendo que todas se relacionasen entre sí, y, en último término, con Él, que es el rey soberano. Redujo todos los miembros a un cuerpo, bajo una cabeza; con varias personas, formó una familia; con varias familias, una ciudad; con varias ciudades, una provincia; con varias provincias, un reino, y sometió todo el reino a un solo rey.

De la misma manera, entre la innumerable multitud y variedad de acciones, movimientos, sentimientos, inclinaciones, hábitos, pasiones, facultades y potencias que encontramos en el hombre, Dios ha establecido una natural monarquía en la voluntad, la cual manda y domina sobre todo lo que hay en este pequeño mundo, y parece que Dios haya dicho a la voluntad lo que Faraón dijo a José: «Tú tendrás el gobierno de mi casa y, al imperio de tu voz, obedecerá el pueblo todo; sin que tú lo mandes, nadie se moverá». Pero este dominio de la voluntad se ejercita con grandes diferencias.

II Cómo la voluntad gobierna de muy diversas maneras las potencias del alma

La voluntad gobierna la facultad de nuestro movimiento exterior, como aun siervo o aun esclavo; porque, si no hay fuera alguna cosa que lo impida, jamás deja de obedecer. Abrimos y cerramos la boca, movemos la lengua, las manos, los pies, los ojos y todas las partes del cuerpo que poseen la facultad de moverse, sin resistencia, a nuestro arbitrio y según nuestro querer.

Mas, en cuanto a nuestros sentidos y a la facultad de nutrirnos, de crecer y de producir, no podemos gobernarlos tan fácilmente, sino que es menester que empleemos, en ello, la industria y el arte. No es menester mandar a los ojos que no miren, ni a los oídos que no escuchen, ni a las manos que no toquen, ni al estómago que no digiera, ni al cuerpo que no crezca, porque todas estas facultades carecen de inteligencia, y, por lo tanto, son incapaces de obedecer. Nadie puede añadir un codo a su estatura.

Es necesario apartar los ojos, abrirlos con su natural cortina o cerrarlos, si se quiere que no vean, y, con estos artificios, serán reducidos al punto que la voluntad desee. Es en este sentido, Teótimo que Nuestro Señor dice que hay eunucos que son tales para el reino de los cielos, es decir, que no son eunucos por impotencia natural, sino por industria de la voluntad, para conservarse en la santa continencia. Es locura mandar a un caballo que no engorde, que no crezca, que no de coces; si se quiere esto de él, es menester disminuirle la comida; no hay que darle órdenes; para dominarle, hay que frenarle.

La voluntad tiene dominio sobre el entendimiento y sobre la memoria, porque, entre las muchas cosas que el entendimiento puede entender o que la memoria puede recordar, es la voluntad la que determina aquellas a las cuales quiere que se apliquen estas facultades o de las cuales quiere que se distraigan.

Es cierto que no puede manejarlas ni gobernarlas de una manera tan absoluta como lo hace con las manos, los pies o la lengua, pues las facultades sensitivas, y de un modo particular la fantasía, de las cuales necesitan la memoria y el entendimiento para operar, no obedecen a la voluntad de una manera tan pronta e infalible; puede, empero, la voluntad moverlas, emplearlas y aplicarlas, según le plazca, aunque no de una manera tan firme e invariable, que la fantasía, de suyo caprichosa y voluble, no las arrastre tras sí y las distraiga hacia otra parte; de suerte que, como exclama el Apóstol, *yo hago no el bien que quiero, sino el mal que aborrezco*[1].

Así muchas veces nos sentimos forzados a quejarnos de lo que pensamos, pues no es el bien que amamos sino el mal que aborrecemos.

III De qué manera la voluntad gobierna el apetito sensual

Por consiguiente, la voluntad domina sobre la memoria, sobre el entendimiento y sobre la fantasía, no mediante la fuerza, sino por la autoridad, de manera que no siempre es infaliblemente obedecida.

El apetito sensual es en verdad un súbdito rebelde, sedicioso e inquieto; es menester reconocer que no es posible destruirlo de manera que no se levante, acometa y asalte la razón; pero tiene la voluntad tanto poder sobre él, que, si quiere, puede abatirle, desbaratar sus planes y rechazarle, pues harto lo rechaza el que no consiente en sus sugestiones. No podemos impedir que la concupiscencia conciba, pero sí que de a luz el pecado.

Ahora bien, esta concupiscencia o apetito sensual tiene doce movimientos, por los cuales, como por otros tantos capitanes amotinados, promueve la sedición en el hombre; y, como quiera que, por lo regular, turban el alma y agitan el cuerpo, en cuanto turban el alma, se llaman perturbaciones, y, en cuanto inquietan el cuerpo, se llaman pasiones, según explica San Agustín. Todos miran el bien o el mal; aquél para obtenerlo, éste para evitarlo. Si el bien es considerado en sí mismo, según su bondad natural, excita el amor, la primera y la principal de las pasiones; si es considerado como ausente, provoca el deseo; si, una vez deseado, parece que es posible obtenerlo, nace la esperanza; si parece imposible, surge la desesperación; pero, cuando es poseído como presente, produce el gozo.

Al contrario, en cuanto conocemos el mal, lo aborrecemos; si se trata de un mal ausente, huimos de él; si nos parece inevitable, lo tememos; si creemos que lo podemos evitar, nos animamos y cobramos aliento; si lo sentimos como presente, nos entristecemos; y entonces la cólera y el furor acuden enseguida para rechazar y alejar el mal, o, a lo menos, para vengarlo; mas, si esto no es posible, queda, entonces, la tristeza; si se logra rechazarlo o vengarlo, se siente una satisfacción y como una hartura, que no es más que el placer del triunfo, porque así como la posesión del bien alegra el corazón, la victoria sobre el mal satisface el ánimo.


[1] Rom., VII, 23.



Y, sobre toda esta turba de pasiones sensuales, ejerce la voluntad su imperio, rechazando sus sugestiones, resistiendo sus ataques, estorbando sus efectos, o, a lo menos, negándoles su consentimiento, sin el cual no pueden causarle daño; al contrario, merced a esta negativa, quedan vencidas, y, a la larga, postradas, disminuidas, enflaquecidas y, si no del todo muertas, a lo menos amortiguadas o mortificadas.

Y, precisamente para ejercitar nuestras voluntades en la virtud y en la valentía espiritual, quedó en nuestras almas esta multitud de pasiones; de manera que los estoicos, que negaron la existencia de las mismas en el hombre sabio, se equivocaron en gran manera, tanto más cuanto que lo que negaban de palabra lo practicaban de obra.

Gran locura es pretender ser sabio con una sabiduría imposible. La Iglesia ha condenado el desvarío de esta sabiduría, que algunos anacoretas presuntuosos quisieron introducir. Contra ellos, toda la Escritura, pero de un modo particular el gran Apóstol, nos dice que *tenemos en nuestro cuerpo una ley que repugna a la ley de nuestro espíritu*[2]. Los cristianos, «los ciudadanos de la sagrada ciudad de Dios, que viven según Dios, peregrinando por este mundo, temen, desean, se duelen y se regocijan»[3]. El mismo rey y soberano de esta ciudad, temió, deseó, se dolió y se alegró, hasta llorar, palidecer, temblar y sudar sangre, aunque en Él estos movimientos no fueron pasiones iguales a las nuestras, por cuanto no sentía ni padecía de parte de las mismas sino lo que quería y le parecía bien, y las gobernaba y manejaba a su arbitrio; cosa que no podemos hacer nosotros, los pecadores, que sentimos y padecemos estos movimientos de una manera desordenada, contra nuestra voluntad, con gran perjuicio del bienestar y gobierno de nuestras almas.

IV Que el amor domina sobre todos los afectos y pasiones, y también gobierna la voluntad, si bien la voluntad tiene también dominio sobre él

Siendo el amor el primer movimiento de complacencia en el bien, como pronto diremos, precede ciertamente al deseo, pues, de hecho ¿qué deseamos, sino lo que amamos? Precede también a la delectación, porque ¿cómo es posible gozar de una cosa si no se la ama? Precede a la esperanza, pues nadie espera sino el bien que ama, y precede al odio, porque no odiamos el mal sino por el amor que tenemos al bien; así, el mal no es mal, sino en cuanto se opone al bien, y lo mismo se diga, Teótimo, de todas las demás pasiones y afectos, porque todos nacen del amor como de su fuente y raíz.

Por esta causa, las demás pasiones y afectos son buenos o malos, viciosos o virtuosos, según que sea bueno o malo el amor del cual proceden, pues de tal manera derrama sus cualidades sobre todas ellas, que no parecen ser otra cosa sino el mismo amor. San Agustín, reduciendo todas las pasiones y todos los afectos a cuatro, dice: *«El amor, por su tendencia a poseer lo que ama, se llama concupiscencia o deseo; una vez lo tiene y lo posee, se llama gozo; cuando huye de lo que le es contrario, se llama temor; si esto le acontece y lo siente, se llama tristeza; por consiguiente estas pasiones son malas, si el amor es malo, y son buenas, si el amor es bueno»*[4].

Los ciudadanos de la ciudad de Dios, temen, desean, se duelen, se regocijan, y, porque su amor es recto, lo son también todos sus afectos. La doctrina cristiana sujeta el espíritu a Dios, para que lo guíe y asista; y sujeta al espíritu todas las pasiones, para que las refrene y modere, de suerte que queden todas ellas reducidas al servicio de la justicia y de la virtud. *«La voluntad recta es el amor bueno; la voluntad mala es el amor malo»*, es decir, para expresarlo en pocas palabras, el amor de tal manera domina la voluntad que la vuelve según es él.

---

[2] Rom., VII, 23
[3] Decivit.,l,XIV,c.9.S. Agustín.
[4] De civit., 1. XIV, c. VII y IX.

La voluntad no se mueve sino por sus afectos, entre los cuales, el amor, como el primer móvil y el primer sentimiento, pone en marcha todos los demás y produce todos los restantes movimientos del alma.

Mas, a pesar de todo, no sigue de lo dicho que la voluntad no continúe siendo la reguladora de su amor, pues la voluntad no ama sino lo que quiere amar, y, entre muchos amores que se le ofrecen, puede elegir el que le parece bien; de lo contrario, no podría haber, en manera alguna amores mandados ni amores prohibidos. La voluntad, que puede elegir el amor a su arbitrio, en cuanto se ha abrazado con uno, queda subordinada a él; mientras un amor viva en la voluntad, reina en ella, y ella queda sometida a los movimientos de aquél; mas, si este amor muere, podrá la voluntad tomar enseguida otro amor. Hay, empero, en la voluntad, la libertad de poder desechar su amor cuando quiera, aplicando el entendimiento a los motivos que pueden causarle enfado y tomando la resolución de cambiar de objeto. De esta manera, para que viva y reine en nosotros el amor de Dios, podemos amortiguar el amor propio; si no podemos aniquilarlo del todo, a lo menos lograremos debilitarlo, de suerte que, aunque viva en nosotros, no llegue a reinar.

V De los afectos de la voluntad

No hay menos movimientos en el apetito intelectual o racional, llamado voluntad, que en el apetito sensual o sensitivo; pero a aquéllos se les llama, ordinariamente, afectos, y a éstos se les llama pasiones.

¡Cuántas veces sentimos pasiones en el apetito sensual o en la concupiscencia, contrarios a los afectos que, al mismo tiempo, sentimos en el apetito racional o en la voluntad! ¡Cuántas veces temblamos de miedo entre los peligros a los cuales nuestra voluntad nos conduce y en los que nos obliga a permanecer! ¡Cuántas veces aborrecemos los gustos en los cuales nuestro apetito sensual se complace, y amamos los bienes espirituales, que tanto le desagradan! En esto consiste precisamente la guerra que sentimos todos los días entre el espíritu y la carne, entre nuestro hombre exterior, que depende de los sentidos, y el hombre interior que depende de la razón.

Estos afectos son más o menos nobles y espirituales, según que sean más o menos elevados sus objetos, y según que se hallen en un plano más o menos encumbrado de nuestro espíritu; porque hay afectos que proceden del razonamiento fundado en los datos que nos procura la experiencia de los sentidos; los hay que se originan del estudio de las ciencias humanas; otros estriban en motivos de fe; otros, finalmente, nacen del simple sentimiento y conformidad del alma con la verdad y la voluntad divina. Los primeros se llaman afectos naturales, porque, ¿quién hay que no desee naturalmente la salud, lo necesario para comer y vestir, las dulces y agradables conversaciones?

Los segundos se llaman afectos racionales, porque se apoyan en el conocimiento espiritual de la razón, por la cual nuestra voluntad es movida a buscar la tranquilidad del corazón, las virtudes morales, el verdadero honor, la contemplación filosófica de las verdades eternas. Los afectos pertenecientes a la tercera categoría se llaman cristianos, porque nacen de la meditación de la doctrina de Nuestro Señor, que nos hace amar la pobreza voluntaria, la castidad perfecta, la gloria del paraíso.

Pero los afectos del supremo grado se llaman divinos y sobrenaturales, porque es el mismo Dios quien los infunde en nuestras almas, y se refieren y tienden a Dios sin la intervención de discurso alguno ni de luz alguna natural, como se puede fácilmente concebir por lo que pronto diremos acerca de los afectos que se sienten en el santuario del alma. Estos afectos sobrenaturales se reducen principalmente a tres: el amor del espíritu a las bellezas de los misterios de la fe; el amor a la utilidad de los bienes, que se nos han prometido en la otra vida, y el amor a la soberana bondad de la santísima y eterna Divinidad.

VI Cómo el amor de Dios domina sobre los demás amores

La voluntad gobierna todas las demás facultades del espíritu humano; pero ella es gobernada por su amor, que la hace tal cual es. Ahora bien, entre todos los amores, el de Dios es el que tiene el cetro, y de tal manera la autoridad y el mando están inseparablemente unidos a su naturaleza, que, si no es el dueño, deja al instante de ser, y perece.

Y, aunque hay otros afectos sobrenaturales en el alma, como el temor, la piedad, la fuerza, la esperanza, sin embargo el amor divino es el dueño, el heredero y el superior, ya que en su favor ha sido el cielo prometido al hombre. La salvación se muestra a la fe, es preparada por la esperanza, pero sólo se da a la caridad. La fe muestra el camino hacia la tierra prometida, como una columna formada de fuego y nubes, es decir, clara y obscura; la esperanza nos alimenta con la suavidad del maná; pero la caridad nos introduce en ella, como arca de la alianza, que nos abre el paso del Jordán, es decir, del juicio, y que permanecerá en medio del pueblo, en la tierra celestial prometida a los verdaderos israelitas, donde la columna de la fe ya no sirve de guía, ni de alimento al maná de la esperanza.

El santo amor establece su morada en la más alta y encumbrada región del espíritu, donde hace sus sacrificios y sus holocaustos a la divinidad, tal como Abraham hizo el suyo, y de la misma manera que Nuestro Señor se inmoló sobre el Calvario, para que, desde un lugar tan elevado sea visto y oído por su pueblo, es decir, por todas las facultades y afectos del alma, que él gobierna con una dulzura sin igual; porque el amor no tiene forzados ni esclavos, sino que reduce todas las cosas a su obediencia con una fuerza tan deliciosa que, así como nada es tan fuerte como el amor, nada es tan amable como su fuerza.

Las virtudes están en el alma para moderar sus movimientos, y la caridad, como la primera entre todas las virtudes, las rige y las templa todas, no sólo porque el primer ser, en cada una de las especies, es la regla y la medida de todos los demás, sino también porque, habiendo Dios creado el hombre a su imagen y semejanza, quiere que, como en él, todo esté ordenado por el amor y para el amor.

VII Descripción del amor en general

La voluntad, al darse cuenta del bien y al sentirlo, por medio del entendimiento, que se lo presenta, experimenta en seguida una complacencia y un deleite en este hallazgo, que la mueve y la inclina, suave, pero fuertemente, hacia este objeto amable, para unirse con él; y, para llegar a esta unión, la impele a buscar todos los medios que son más a propósito.

Luego la voluntad tiene una conveniencia estrechísima con el bien; esta conveniencia produce la complacencia, que la voluntad siente cuando advierte la presencia del bien; esta complacencia mueve e impele a la voluntad al bien; este movimiento tiende a la unión, y, finalmente, la voluntad movida e inclinada a la unión, busca todos los medios que se requieren para llegar a ella.

Es cierto que, hablando en general, el amor abarca, a la vez, todo lo que acabamos de decir, como un frondoso árbol, que tiene por raíz la conveniencia de la voluntad con respeto al bien; por pie la complacencia; por tallo el movimiento; por ramas las indagaciones, las pesquisas, pero cuyo fruto es el gozo y la unión. El amor, pues, parece que está compuesto de estas cinco partes principales, bajo las cuales se contienen otras muchas más pequeñas, según iremos viendo en el decurso de este tratado.

La complacencia y el movimiento o vuelo de la voluntad hacia la cosa amable, es, propiamente hablando, el amor; de suerte, que la complacencia no es más que el comienzo del amor, y el movimiento o vuelo del corazón, que de ella se sigue, es el verdadero amor esencial. Pueden ambos recibir de verdad el nombre de amor, pero de una manera diversa; porque, así como el alba del día puede llamarse día, también esta primera complacencia del corazón, en la cosa amada, puede llamarse amor; porque es el primer amago del amor. Mas así como el verdadero día se pone el sol, de la misma mane-

ra, la verdadera esencia del amor consiste en el movimiento y el vuelo del corazón, que sigue inmediatamente a la complacencia y termina en la unión.

La complacencia es la primera sacudida o la primera emoción que el bien produce en la voluntad, y esta emoción anda seguida del movimiento, por el cual la voluntad camina y se acerca al objeto amado, en lo cual consiste propiamente el verdadero amor. En otras palabras, la complacencia es el despertar del corazón; el amor es la acción.

Por esta causa, este movimiento nacido de la complacencia subsiste hasta llegar a la unión y al gozo. Por lo que, cuando mira al bien presente, no hace más que impeler el corazón, apremiarle, unirlo y aplicarlo a la cosa amada, de la cual llega a gozar por este medio; y entonces se llama amor de complacencia, porque, luego que ha nacido de la primera complacencia, se termina en la segunda, que siente cuando se une con el objeto presente.

Mas, cuando el bien hacia el cual el corazón se inclina es un bien ausente o futuro, o cuando la unión no puede realizarse con la perfección deseada, entonces el movimiento del amor, por el cual el corazón tiende, se dirige y aspira a este objeto ausente, se llama propiamente deseo; porque el deseo no es más que el apetito, la codicia, la avidez de las cosas que no tenemos y que, a pesar de todo, deseamos tener.

Existen, además de éstos, otros movimientos amorosos, por los cuales deseamos cosas que no esperamos ni pretendemos, los cuales, según me parece, pueden propiamente llamarse aspiraciones; y, de hecho, tales afectos no se expresan como los verdaderos deseos, porque, cuando manifestamos nuestros deseos, decimos: quiero; más cuando manifestamos nuestros deseos imperfectos, decimos: desearía o quisiera.

Estos anhelos o veleidades no son sino como una miniatura del amor, que puede llamarse amor de aprobación, porque, sin ninguna pretensión, el alma se complace en el bien que conoce, y, no pudiéndolo desear de hecho, protesta que de buen grado lo desearía, y reconoce que es verdaderamente apetecible.

Hay deseos y aspiraciones que todavía son más imperfectos que los que acabamos de mencionar, porque su movimiento no se detiene entre la imposibilidad o extrema dificultad de conseguir el objeto, sino ante la sola incompatibilidad del deseo con otros deseos o quereres más poderosos.

Y estas aspiraciones que son contenidas no por la imposibilidad, sino por su incompatibilidad con otros más poderosos deseos, son quereres y deseos, pero vanos, ahogados e inútiles. Cuando apetecemos cosas imposibles, decimos: quiero, pero no puedo; cuando apetecemos cosas posibles, decimos: apetezco, pero no quiero.

VIII Cuál es la conveniencia que excita el amor

El hombre por la facultad afectiva, que llamamos voluntad, tiende hacia el bien y se complace en él, y guarda, con respecto a él esta gran conveniencia, que es la fuente y el origen del amor. Ahora bien, no están, en manera alguna, en lo cierto los que creen que la semejanza es la única conveniencia que produce el amor. Porque, ¿quién ignora que los ancianos más cuerdos aman tiernamente y quieren a los niños, y son recíprocamente amados por ellos?

Porque, algunas veces, prende más fuertemente entre personas de cualidades contrarias, que entre las que son más parecidas. Luego, la conveniencia, que es causa del amor, no consiste siempre en la semejanza, sino en la proporción, en la relación y en la correspondencia a los niños no por pura simpatía, sino porque la extrema simplicidad, flaqueza y ternura de éstos realza y pone más de manifiesto la prudencia y el aplomo de aquellos, y esta desemejanza es precisamente lo que agrada; y los niños, a su vez, aman a los viejos, porque se ven acariciados y cuidados por ellos, y porque merced a un secreto sentimiento, conocen que tienen necesidad de su dirección. Así el amor no nace siempre de

la semejanza y de la simpatía, sino de la correspondencia y proporción, la cual consiste en que, por la unión, pueden las cosas mutuamente perfeccionarse y mejorarse.

Pero, cuando a esta recíproca correspondencia se junta la semejanza, el amor que entonces se engendra es sin duda más patente; porque, siendo la semejanza la imagen de la unidad, cuando dos cosas semejantes se unen por correspondencia respecto a un mismo fin, es más bien unidad que unión lo que se produce.

Luego, la conveniencia del amante con la cosa amada es la primera fuente del amor, y esta conveniencia consiste en la correspondencia, la cual no es otra cosa que la mutua relación que hace a las cosas aptas para unirse, para comunicarse alguna perfección. Pero esto se entenderá mejor en el decurso de este tratado.

IX Que el amor tiende a la union

El gran Salomón describe con un aire deliciosamente admirable los amores del Salvador y del alma devota, en aquella obra divina que, por su exquisita dulzura, se llama Cantar de los Cantares. Y, para elevarnos más dulcemente a la consideración de este amor espiritual, que es práctica entre Dios y nosotros, por la correspondencia de los movimientos de nuestros corazones con las inspiraciones de su divina majestad, se vale de una continua representación de los amores entre un casto pastor y una honesta pastora. Ahora bien, haciendo que la esposa hable la primera, como sobrecogida por cierta sorpresa de amor, pone, ante todo, en sus labios este suspiro: *Reciba yo un ósculo de su boca*[5].

En todos los tiempos y entre los hombres más santos del mundo, ha sido el beso la señal del afecto y del amor, y así se practicó entre los primeros cristianos como lo testifica San Pablo cuando dice a los romanos y a los corintios: *Saludaos* mutuamente, los unos a los otros *con el ósculo santo.* Y, como creen muchos, Judas, para dar a conocer a Nuestro Señor, empleó el beso porque este divino Salvador besaba ordinariamente a sus discípulos cuando se encontraba con ellos; y no sólo a sus discípulos, sino también a los niños, a los cuales tomaba amorosamente en sus brazos, como ocurrió con aquel del cual sacó la comparación para invitar tan solemnemente a los discípulos a la caridad del prójimo. Muchos presumen que este niño fue San Marcial, según dice el obispo Jansenius[6].

Siendo, pues, el beso la señal viva de la unión de los corazones, la esposa que no desea, en todas sus pretensiones, otra cosa que unirse con su amado, exclama: *Reciba yo un ósculo de su boca;* como si dijera: ¿Cuándo será que yo derramaré mi alma en su corazón y que Él derramará su corazón en mi alma, para que así, felizmente unidos, vivamos inseparables?

Cuando el Espíritu divino quiere hablar de un amor humano, emplea siempre palabras que expresan unión y consorcio. *En la multitud de los creyentes*, dice San Lucas, *no había más que un sólo corazón y una sola alma*[7]. Nuestro Señor rogó al Padre por todos los fieles, para que fuesen todos *una misma cosa*[8]. San Pablo nos advierte que seamos celosos de conservar la unidad de espíritu por la unión de la paz. Estas uniones de corazón, de alma y de espíritu significan la perfección del amor, que funde muchas almas en una sola. Es en este sentido que se dice *que el alma de Jonatás estaba adherida al alma de David,* es decir, según añade la Escritura, *amó a David como a su propia alma.* Luego el fin del amor no es otro que la unión del amante con la cosa amada.

X Que la unión pretendida por el amor es spiritual

[5]Cant.,1,1
[6] Jansenio, obispo de Gante, en su comentario sobre el Evangelio de San Marcos.
[7] Act.,IV,32
[8] Jn., XVII, 2.

Hay que advertir, empero, que hay uniones naturales, como las de semejanza, de consanguinidad y la unión de la causa con el efecto; y hay otras que, no siendo naturales, pueden llamarse voluntarias, porque si bien son conformes con la naturaleza, no se producen sin la intervención de la voluntad, como la unión que nace de los beneficios, los cuales, indudablemente, unen al que los recibe y al que los da; la unión que es el fruto del trato y de la compañía y otras semejantes. Las uniones voluntarias, son, en efecto, posteriores al amor, pero, a la vez, causas de éste, por ser su fin y su única pretensión; de suerte que, así como el amor tiende a la unión, de la misma manera la unión extiende, con frecuencia, y acrecienta el amor.

Pero ¿a qué clase de unión tiende? Es verdad que es el hombre el que ama, y que ama por la voluntad; pero la voluntad del hombre es espiritual; luego también lo es la unión que su amor pretende, tanto más, cuanto que el corazón, sede y manantial del amor, no sólo no se perfecciona, sino que se envilece cuando se une a las cosas corporales.

Ocurre raras veces que los que saben mucho, saben bien lo que saben; porque la virtud o la fuerza del entendimiento, cuando se derrama en el conocimiento de muchas cosas, es menos enérgica y vigorosa que cuando se concentra en la consideración de un solo objeto. Luego, cuando el alma emplea su virtud afectiva en diversas suertes de operaciones amorosas, fuerza es que su acción, así dividida, sea menos vigorosa y perfecta.

Tres son, en nosotros, las clases de operaciones amorosas: las espirituales, las racionales y las sensuales. Cuando el amor esparce su fuerza por estas tres operaciones es, sin duda, más extenso, pero es menos intenso.

¿No vemos cómo el fuego, símbolo del amor, forzado a salir por la única boca del cañón, produce una explosión prodigiosa, la cual sería mucho más floja si el cañón poseyese dos o tres aberturas? Siendo, pues, el amor, un acto de nuestra voluntad, el que quiera tener un amor, no solamente noble y generoso, sino fuerte, vigoroso y activo, ha de procurar retener su virtud y su fuerza dentro de los límites de las operaciones espirituales, porque, quien quisiera aplicarlo a las operaciones de la parte sensitiva o sensible de nuestra alma, debilitaría proporcionalmente las operaciones de la parte intelectual, en las cuales consiste precisamente la esencia del amor.

Cuando el alma practica el amor sensual, que la coloca en un plano inferior a sí misma, es imposible que no afloje otro tanto en el ejercicio del amor superior; de suerte que tan lejos está el amor verdadero y esencial de ser ayudado y conservado por la unión a la cual el amor sensual tiende, que, al contrario, debido a ella, se debilita, se disipa y perece. *Los bueyes* de Job *araban* la tierra; mientras que *los asnos inútiles pacían en torno de ellos*[9], y comían de los pastos debidos a los bueyes que trabajaban. Acontece, con frecuencia, que, mientras la parte intelectual de nuestra alma trabaja, con un amor honesto y virtuoso, sobre un objeto digno de él, los sentidos y las facultades de la parte inferior tienden a la unión que les es propia y que les sirve de pasto, aunque la unión no sea debida más que al corazón y al espíritu, que son los únicos que pueden producir el verdadero y substancial amor.

El amor intelectual y cordial, que ha de ser el dueño en nuestra alma, rehúsa toda suerte de uniones sensuales, y se contenta con la simple benevolencia.

El amor puede encontrarse en las uniones de las potencias sensuales mezcladas con las uniones de las potencias intelectuales, pero de una manera tan excelente como ocurre cuando los espíritus y los ánimos, separados de todos los afectos corporales y unidos entre sí, producen el amor puro y espiritual.

El amor es como el fuego, cuyas llamas son tanto más claras y delicadas cuanto más delicada es la materia, y no se pueden extinguir si no es ahogándolas y cubriéndolas de tierra. Cuando más elevado y espiritual es su sujeto, más vivos, más duraderos y más permanentes son sus afectos, hasta el punto de que no es posible arruinar este amor si no es rebajándolo a las uniones viles y rastreras. Co-

[9] Job., 1,14



mo dice San Gregorio, entre los placeres espirituales y los corporales, hay esta diferencia, a saber, que éstos producen el deseo antes de que se posean, y el hastío cuando ya se tienen; mas las espirituales causan disgustos cuando no se tienen, y placer cuando se alcanzan.

XI Que hay en el alma dos porciones y de qué manera

Tenemos una sola alma, Teótimo, y ésta es indivisible; pero en esta alma hay diversos grados de perfección, porque es viviente, sensible y racional, y, según son diversos estos grados, también ella tiene diversidad de propiedades y de inclinaciones, por las cuales se siente movida a huir o a unirse con las cosas.

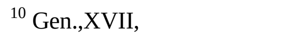
El apetito sensitivo, nos lleva a buscar y a huir de muchas cosas por el conocimiento sensible que de ellas tenemos; lo mismo que a los animales, los cuales unos apetecen una cosa y otros otra, según conocen que es o no conveniente; y en este apetito reside o de él procede el amor que llamamos sensual o simplemente apetito.

En cuanto somos racionales, tenemos una voluntad que nos inclina en pos del bien, según lo conocemos o juzgamos como tal por el discurso. Ahora bien, en nuestra alma, en cuanto es racional, advertimos claramente dos grados de perfección, que el gran San Agustín, y con él todos los doctores, ha llamado porciones del alma, una inferior y otra superior, llamadas así porque la primera discurre y saca sus consecuencias según lo que percibe y experimenta por los sentidos, y la segunda discurre y saca sus consecuencias según el conocimiento intelectual, que no se funda en la experiencia de los sentidos, sino en el discernimiento y en el juicio del espíritu; por esta causa, la parte superior se llama también comúnmente espíritu o parte mental del alma, y la inferior se llama ordinariamente sentido o sentimiento y razón humana.

Ahora bien, la parte superior puede discurrir según dos clases de luces, a saber, según la luz natural, como lo hacen todos los filósofos y todos los que discurren científicamente, o según la luz natural, como lo hacen todos los filósofos y según la luz sobrenatural, como lo hacen los teólogos y los cristianos, en cuanto fundan sus discursos sobre la fe y la palabra de Dios revelada; y todavía de una manera más particular aquellos cuyo espíritu es conducido por especiales ilustraciones, inspiraciones y mociones celestiales, por lo que la porción superior del alma es aquella por la cual nos adherimos y nos aplicamos a la obediencia de la ley eterna.

Abraham, según la parte inferior de su alma pronunció aquellas palabras, que revelan cierta desconfianza, cuando el ángel le anunció que tendría un hijo: *¿Crees tú que a un hombre de cien años puede nacerle un hijo?* [10]. Pero según la parte superior, *creyó en Dios* y le fue imputado *a justicia;* según la parte inferior, sintióse muy turbado cuando le fue impuesta la obligación de sacrificar a su hijo Isaac; pero según la parte superior se resolvió animosamente a sacrificarlo.

También nosotros sentimos todos los días dos voluntades contrarias. Un padre, al enviar a su hijo a la corte o a los estudios, no deja de llorar al despedirse de él, dando a entender con ello, que, si bien, según la parte superior, quiere la partida de su hijo, para su aprovechamiento en la virtud, con todo, según la parte inferior, le repugna la separación, y, aunque una hija se case a gusto de su padre y de su madre, les hace, empero, derramar lágrimas, cuando les pide su bendición, de suerte que, mientras la parte superior se conforma con la separación, la inferior muestra su resistencia. Sin embargo, no se puede decir que, en el hombre, haya dos almas o dos naturalezas, sino que atraída el alma por diversos incentivos y movida por diversas razones, parece que está dividida, mientras se siente movida hacia dos extremos opuestos, hasta que, resolviéndose, en uso de su libertad, toma partido por el uno o por el otro; porque entonces la voluntad, más poderosa, vence, y se sobrepone, y sólo deja en el alma un resabio del malestar que esta lucha le ha causado, resabio que nosotros llamamos repugnancia.



[10] Gen.,XVII,

Es admirable, en este punto, el ejemplo de nuestro Salvador, después de cuya consideración no cabe ya duda de la distinción entre la parte inferior y la superior de nuestra alma; porque ¿qué teólogo ignora que fue perfectamente glorioso desde el primer instante de su concepción en el seno de la Virgen? Y sin embargo, estuvo sujeto al mismo tiempo a las tristezas, a los pesares y a las aflicciones del corazón, y no cabe decir que sólo padeció en su cuerpo, y en su alma, en cuanto ésta era sensible, o, lo que es lo mismo, según los sentidos, porque antes de sufrir ningún tormento exterior, y aun antes de ver a los verdugos junto a sí, ya dijo que su *alma estaba triste hasta la muerte*[11].

En seguida rogó que *pasase de Él el cáliz* de su pasión, es decir, que se le dispensase de beberlo, con lo que expresó manifiestamente el querer de la parte inferior de su alma, la cual, al discurrir sobre los tristes y angustiosos trances de su pasión, que le aguardaban, y cuya viva imagen se le representaba en su imaginación, sacó, como consecuencia muy razonable, el deseo de huir de ellos y de verlos alejados de sí, cosa que pidió al Padre.

De donde se desprende claramente que la parte inferior del alma no es lo mismo que el grado sensitivo de ella, ni la voluntad inferior no es lo mismo que el apetito sensual; porque ni el apetito sensual, ni el alma, en su grado sensitivo, son capaces de hacer un ruego o una oración, que son actos de la facultad racional, y particularmente no son capaces de hablar a Dios, objeto que los sentidos no pueden alcanzar para darlos a conocer al apetito; pero el mismo Salvador, después de esta actividad de la parte inferior y de haber dado testimonio de que, según las consideraciones de la misma, su voluntad se inclinaba a huir de los dolores y de las penas, dio pruebas de que poseía la parte superior, por la cual se adhería absolutamente a la voluntad eterna y a los decretos del Padre celestial y aceptaba voluntariamente la muerte, a pesar de la repugnancia de la parte inferior de la razón, y así dijo: *Padre mío, que no se haya mi voluntad sino la tuya*[12]. Cuando dice *mi voluntad,* se refiere a su voluntad según la parte inferior, y, precisamente porque dice esto voluntariamente, demuestra que posee una voluntad superior.

XII Que en estas dos porciones del alma hay cuatro diferentes grados de razón

Tres atrios poseía el templo de Salomón: uno era para los gentiles y los extranjeros que querían recurrir a Dios e iban a adorarle en Jerusalén; el segundo estaba destinado a los israelitas, hombres y mujeres, porque la separación de sexos en el templo no fue introducida por Salomón; el tercero era el de los sacerdotes y el de los miembros del orden levítico; finalmente, además de lo dicho, había el santuario o mansión sagrada, en la cual solamente podía entrar, una vez al año, el sumo sacerdote. Nuestra razón o, mejor dicho, nuestra alma, en cuanto es racional, es el verdadero templo de Dios, el cual reside en ella de una manera más particular que en otras partes. *«Te buscaba fuera de mí, dice San Agustín, y no te encontraba en ninguna parte, porque estabas en mí»*.

En este templo místico, también existen tres atrios, que son tres diferentes grados de razón; en el primero, discurrimos según la experiencia de los sentidos; en el segundo, discurrimos según las ciencias humanas; en el tercero, discurrimos según la fe; por último, además de esto, hay también una cierta eminencia o suprema cumbre de la razón y facultad espiritual, que no es guiada por la luz del discurso, ni de la razón, sino por una simple visión del entendimiento y un simple sentimiento de la voluntad, por los cuales el espíritu asiente y se somete a la verdad y a la voluntad de Dios.

Ahora bien, esta cumbre o cima de nuestra alma, este lugar eminente de nuestro espíritu aparece sencillamente representado en el santuario o mansión sagrada. Porque:

1. ° En el santuario no había ventanas para iluminarlo; en este grado del espíritu, no hay discursos que lo ilustren.

[11] Mat.,XXVI,38.

[12] Luc.,XXII,42.

2. ° En el santuario, toda la luz entraba por la puerta; en este grado del espíritu nada entra, si no es por la fe, la cual, a manera de rayos, produce la visión y el sentimiento de la belleza y bondad del beneplácito de Dios.

3. ° Nadie, fuera del sumo sacerdote, tenía acceso en el santuario. En este lugar del alma, no tiene entrada el discurso, sino tan sólo el grande, universal y soberano sentimiento de que la voluntad divina ha de ser absolutamente amada aprobada y abrazada, no sólo con respecto a todas las cosas en general sino con respecto a cada cosa en particular.

4.° El sumo sacerdote, cuando entraba en el santuario, empañaba la luz que penetraba por la puerta, con los perfumes que esparcía con el incensario, cuyo humo detenía los rayos de la luz que entraba por la puerta; asimismo, toda la visión que se produce en la parte más elevada del alma, queda, en cierta manera, obscurecida por los renunciamientos y las resignaciones que el alma hace, no queriendo tanto contemplar y ver la belleza de la verdad y la verdad de la bondad, que le es presentada, cuanto abrazarla y adorarla; de suerte que el alma, en seguida que comienza a ver la dignidad de la voluntad de Dios, casi preferiría cerrar los ojos, para poder aceptarla de una manera más eficaz y perfecta y unirse infinitamente y someterse a ella por una absoluta complacencia, prescindiendo en adelante de toda consideración acerca de la misma.

Finalmente,

5.°, en el santuario estaba el Arca de la Alianza, en ella, o a lo menos junto a ella, estaban las tablas de la ley, el maná, en una vasija de oro, y la vara de Aarón, que florecía y fructificaba en una noche; y, en esta suprema cumbre del espíritu, se encuentra: la luz de la fe, representada por el maná oculto en el vaso, por la cual asentimos a las verdades de los misterios que no entendemos; la utilidad de la esperanza, representada por la vara florida y fecunda de Aarón, por la que creemos en las promesas de los bienes que no vemos; la dulzura de la caridad santísima, representada en los mandamientos de Dios, que ella contiene, y por la cual consentimos en la unión de nuestro espíritu con el de Dios, sin que casi la sintamos.

Porque, si bien la fe, la esperanza y la caridad dejan sentir sus divinas mociones en casi todas las facultades del alma, así racionales como sensitivas, sujetándolas santamente a su justo dominio, con todo su especial morada, su verdadera y natural mansión, está en aquella alta cima del alma, desde la cual como desde una fuente de agua viva, se derraman por diversos surcos y arroyuelos sobre las partes y facultades interiores.

De suerte, Teótimo, que en la parte superior de la razón hay dos grados, en uno de los cuales tienen lugar las consideraciones que dependen de la fe y de la luz sobrenatural, y, en el otro, los asentimientos de la fe, de la esperanza y de la caridad. El alma de San Pablo se sintió apremiada por dos deseos: el de ser desligada de su cuerpo, para ir al cielo con Jesucristo, y el de quedarse en este mundo, para consagrarse, en él, a la conversión de los pueblos. Ambos deseos eran, indudablemente, de la parte superior, porque ambos procedían de la caridad; pero la resolución de seguir el último no fue efecto del discurso, sino de una simple visión y de un simple sentimiento de la voluntad del Maestro, a la cual únicamente la parte más encumbrada del espíritu de este gran siervo asintió, con perjuicio de todo cuanto el razonamiento podía concluir.

Pero si la fe, la esperanza y la caridad son producidas por este santo asentimiento en la cima del espíritu, ¿por qué en el grado inferior de la razón se puede hacer las consideraciones que nacen de la luz de la fe?

Después que las reflexiones y, sobre todo, la gracia de Dios, han persuadido a la cúspide y suprema eminencia del espíritu que asienta y que haga el acto de fe a manera de decreto, no deja, empero, el entendimiento de discurrir de nuevo sobre estafe ya concebida, para considerar los motivos y las razones de la misma; sin embargo, los discursos de la teología se hacen en la parte superior del alma, y los asentimientos se hacen en la cumbre del espíritu. Ahora bien, como quiera que el conocimiento de estos cuatro diversos grados de la razón es en gran manera necesario para entender todos los tratados de las cosas espirituales, he querido explicarlos ampliamente.

XIII De la diferencia de los amores

1.° El amor puede ser de dos clases; amor de benevolencia y amor de concupiscencia. El amor de concupiscencia es aquel que tenemos a una cosa por el provecho que de ella pretendemos sacar; el amor de benevolencia es aquel que tenemos a una cosa por el bien de ella misma. Porque ¿qué otra cosa es tener amor de benevolencia a una persona, que quererle el bien?

2.° Si la persona a la cual queremos el bien, ya lo posee, entonces le queremos el bien por el placer y el contento que nos causa el que ya lo posea; y así se forma el amor de complacencia, el cual no es más que el acto de la voluntad por el cual ésta se une al placer, al contento y al bien de otro. Pero, si aquel a quien queremos el bien, todavía no lo posee, entonces se lo deseamos, y, por lo tanto, este amor se llama amor de deseo.

3.° Cuando el amor de benevolencia se ejerce sin correspondencia por parte de la persona amada, se llama amor de simple benevolencia; cuando existe una mutua correspondencia, se llama amor de amistad. Ahora bien, la mutua correspondencia consiste en tres cosas; porque es menester que los amigos se amen, que sepan que se aman, y que haya entre ellos comunicación, privanza y familiaridad.

4.° Si amamos simplemente al amigo, sin preferirlo a los demás, la amistad es simple; si le preferimos, entonces la amistad se convierte en dilección, como si dijéramos amor de elección; porque, entre las muchas cosas que amamos, escogemos una para preferirla.

5.° Cuando con este amor no preferimos mucho un amigo a los demás, se llama amor de simple dilección; pero cuando, por el contrario, le preferimos grandemente y en mucho, entonces esta amistad se llama dilección de excelencia.

6.° Si la preferencia y la estima que profesamos a una persona, aunque sea grande y sin igual, permite, empero, establecer cierta comparación y guarda cierta proporción con las demás preferencias, la amistad se llamará dilección eminente. Pero, si la eminencia de esta amistad está fuera de toda proporción y comparación, por encima de toda otra cualquiera, entonces se llamará dilección incomparable, soberana, supereminente; en una palabra, será el amor de caridad, que sólo se debe a Dios. Y, de hecho, en nuestro mismo lenguaje, las palabras: caro, caramente, encarecer, representan una cierta estima, un aprecio, un amor particular; de suerte que, así como la palabra hombre, entre el vulgo se aplica más particularmente a los varones, como al sexo más excelente, y así como también la adoración se reserva casi exclusivamente a Dios, como a su principal objeto, de la misma manera, la palabra caridad se aplica al amor de Dios, como a la suprema y soberana dilección.

XIV Que la caridad se ha de llamar amor

Dice Orígenes, en cierto pasaje de sus obras[13], que, según su parecer, la Escritura divina, con el fin de impedir que la palabra amor fuese ocasión de algún mal pensamiento para los espíritus flacos, como más propia para significar una pasión carnal que un afecto espiritual, ha empleado en su lugar las palabras caridad y dilección, que son más honestas. Al contrario, San Agustín[14]**,** después de haber considerado mejor el uso de la divina palabra, demuestra claramente que la palabra amor no es menos sagrada que la palabra dilección y que una y otra significan, unas veces un afecto santo, y, otras, una pasión depravada.

Pero la palabra amor representa más fervor, más eficacia y más actividad que la palabra dilección, de suerte que, entre los latinos, la dilección es muy inferior al amor. Por consiguiente, el nombre de amor, como el más excelente, es el que justamente se ha dado a la caridad, como el principal y más

[13] Homil.,II,inCant.

[14] Decivit,l,XIV,c.47.

eminente de todos los amores. Por todas estas razones, y porque pretendo hablar de los actos de caridad más bien que del hábito de la misma he llamado a esta pequeña obra *Tratado del amor a Dios.*

XV De la conciencia que hay entre Dios y el hombre

En cuanto el hombre considere con un poco de atención la Divinidad, siente una cierta suave emoción del corazón, la cual es una prueba de que Dios es el Dios del corazón humano, y nuestro entendimiento jamás siente tanto placer como cuando piensa en la Divinidad. Cuando algún accidente espanta a nuestro corazón, en seguida recurre a la Divinidad, con lo cual reconoce que, cuando todo le es contrario, sólo ella le es propicia, y que, cuando está en peligro, sólo ella puede salvarle y defenderle.

Este placer, esta confianza que el corazón humano siente naturalmente en Dios, sólo puede nacer de la conveniencia que existe entre la divina bondad y nuestra alma; conveniencia grande, pero secreta; conveniencia que todos conocen pero que pocos entienden; conveniencia que no se puede negar, pero que no se puede penetrar. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios. ¿Qué quiere decir esto, sino que es suma nuestra conveniencia con la divina majestad?

Nuestra alma es espiritual, indivisible, inmortal, entiende, ve, es capaz de juzgar libremente, de discurrir, de saber, de poseer virtudes, en todo lo cual se parece a Dios. Reside toda en todo el cuerpo y toda en cada una de sus partes, de la misma manera que la divinidad está toda en todo el mundo y toda en cada parte del mundo. El hombre se conoce y se ama a si mismo, por actos producidos y expresos de su entendimiento y de su voluntad, los cuales, mientras proceden del entendimiento y de la voluntad, potencias distintas la una de la otra, permanecen, empero, inseparablemente unidos en el alma y en las facultades de donde dimanan. Así el Hijo procede del Padre, como su conocimiento expreso, y el Espíritu Santo procede como el amor expreso y producido del Padre y del Hijo; ambas personas son distintas entre sí y distintas del Padre, y, sin embargo, están inseparablemente unidas; más aún, forman una misma, una sola, simple, única e indivisible Divinidad.

Pero, además de esta conveniencia de semejanza, existe una correspondencia sin igual entre Dios y el hombre, merced a su recíproca perfección. No porque Dios pueda recibir perfección alguna del hombre, sino porque, de la misma manera que el hombre no puede ser perfeccionado sino por la divina bondad, asimismo la divina bondad, en ninguna cosa, fuera de sí misma, puede ejercitarse tan a su sabor, como en nuestra humanidad. El uno tiene una gran necesidad y posee una gran capacidad para recibir el bien; el otro lo tiene en gran abundancia, y siente una gran inclinación a dárnoslo.

Nada es tan a propósito para la indigencia como una generosa afluencia, y nada es tan agradable a una generosa afluencia como una menesterosa indigencia, y cuanto mayor es la afluencia del bien, tanto más fuerte es su inclinación a difundirse y a comunicarse.

Cuanto más necesitado es el pobre, más ávido está de recibir, como el vacío de llenarse. Es, pues, un dulce y agradable encuentro, el de la abundancia, y el de la indigencia, y, si Nuestro Señor no hubiese dicho que es mayor felicidad el dar que el recibir, casi no podríamos decir cuál es el mayor contento: el del bien abundante, cuando se derrama y se comunica, o el del bien desfallecido e indigente cuando toma y recibe. Ahora bien, donde hay más felicidad hay más satisfacción; luego mayor placer siente la divina bondad en dar sus gracias, que nosotros en recibirlas.

Nuestra alma, al considerar que nada la contenta perfectamente, y que su capacidad no puede ser llenada por ninguna cosa de cuantas hay en este mundo; al ver que su entendimiento tiene una inclinación infinita a saber cada día más, y su voluntad un apetito insaciable de amar y de hallar el bien, ¿no tiene, acaso, razón de exclamar: Ah, no he sido yo creada para este mundo? Existe algún soberano bien del cual dependo y algún artífice infinito que ha impreso en mí este insaciable deseo de saber y este apetito que no puede ser saciado. Por esta causa es necesario que yo tienda y me dirija hacia él, para juntarme y unirme con su bondad, a la cual pertenezco y de la cual soy. Tal es la razón de conveniencia que existe entre Dios y nosotros.

XVI Que nosotros tenemos una inclinación a amar a Dios sobre todas las cosas

Si hubiese hombres que viviesen en aquel estado de integridad y rectitud original en que estuvo Adán cuando fue creado, aunque no tuviesen, de parte de Dios, otro auxilio que el que da a cada criatura para que pueda hacer las acciones que le son convenientes, no sólo sentirían la inclinación a amar a Dios sobre todas las cosas, sino también podrían realizar esta tan justa tendencia; porque, así como este divino autor y dueño de la naturaleza coopera y ayuda, con su mano poderosa, al fuego para que suba hacia lo alto, y a las aguas para que corran hacia el mar, y a la tierra para que gravite hacia abajo y se detenga al llegar a su centro; de la misma manera, habiendo plantado Él mismo, en el corazón del hombre, una natural y singular inclinación, no sólo a amar el bien en general, sino, además, a amar en particular y sobre todas las cosas a su divina bondad, la mejor y la más amable de todas, exigiría la suavidad de su soberana providencia que ayudase a estos dichosos hombres, que acabamos de mencionar, con tantos auxilios cuantos fuesen necesarios para que esta inclinación pudiese ser practicada y realizada.

Y este auxilio, por una parte, debería ser natural, como conveniente a una naturaleza inclinada al amor de Dios, en cuanto es autor y soberano dueño de la naturaleza, y, por otra parte debería ser sobrenatural, como correspondiente a una naturaleza adornada, enriquecida y honrada con la justicia original, que es una cualidad sobrenatural, procedente de un especialísimo favor de Dios.

Pero el amor sobre todas las cosas, que se practicaría con estos auxilios, se llamaría natural, porque las acciones virtuosas reciben su nombre de sus objetos y motivos, y este amor, del cual hablamos, tendería a Dios solamente en cuanto es conocido como autor, señor y supremo fin de toda criatura por la sola luz natural, y por consiguiente, como amable y estimable sobre todas las cosas por inclinación y propensión natural.

Ahora bien, aunque el estado de nuestra naturaleza humana no está ahora dotado de aquella salud y rectitud natural que poseía el primer hombre cuando fue creado, sino que, al contrario, hayamos sido, en gran manera, corrompidos por el pecado, es cierto, empero, que la santa inclinación a amar a Dios sobre todas las cosas se ha conservado en nosotros, como también la luz natural por la que conocemos que su soberana bondad es amable sobre todas las cosas, y no es posible que un hombre, al pensar atentamente en Dios, con sólo el discurso natural, no sienta un cierto movimiento de amor a Dios, que la secreta inclinación de nuestra naturaleza suscita en el fondo de nuestro corazón, y por el cual, a la primera aprensión de este primero y soberano objeto, la voluntad queda prevenida y se siente excitada a complacerse en él.

Ocurre con frecuencia entre las perdices, que se roban mutuamente los huevos para incubarlos, ya sea por la avidez que sienten de ser madres, ya sea por la ignorancia, que les impide conocer los huevos propios. Y he aquí una cosa extraña, pero bien comprobada, a saber, que el perdigón que ha salido del huevo y se ha criado bajo las alas de una madre ajena, en cuanto oye por primera vez la voz de la verdadera madre, que puso el huevo del cual ha nacido, deja a la perdiz ladrona y se dirige hacia su primera madre, y ya en pos de ella, por la correspondencia que guarda con su primer origen, correspondencia que antes no aparecía, sino que permanecía oculta, escondida y como dormida en el fondo de la naturaleza, hasta el momento del encuentro con su objeto, por el cual excitada y como despertada de repente, produce su efecto e inclina el apetito del perdigón hacia su primordial deber.

Lo mismo ocurre, Teótimo, con nuestro corazón; porque, aunque haya sido incubado, sustentado y criado entre las cosas corporales, bajas y transitorias, y, por decirlo así, bajo las alas de la naturaleza, sin embargo, a la primera mirada que dirige hacia Dios, al primer conocimiento que de Él recibe, la natural y primera inclinación a amar a Dios, que estaba como aletargada y era como imperceptible, despierta al instante, y aparece inopinadamente como una chispa que surge de entre las cenizas, la cual, al tocar a nuestra voluntad, le comunica un impulso del amor supremo, debido al primer principio de todas las cosas.

XVII Que naturalmente no está en nuestras manos el poder amar a Dios sobre todas las cosas

Nuestra infeliz naturaleza, lastimada por el pecado, hace como las palmeras que acá tenemos, cuyas producciones son imperfectas y como unos ensayos de sus frutos, pero el dar dátiles enteros, maduros y sazonados, está reservado a las regiones más cálidas. Así nuestro corazón humano produce ciertos comienzos al amor de Dios, pero el llegar a amar a Dios sobre todas las cosas, cu lo cual consiste la verdadera madurez del amor que se debe a esta suprema bondad, sólo es patrimonio de los corazones animados y asistidos de la gracia celestial y que viven en santa caridad; y este pequeño e imperfecto amor, cuyos movimientos siente en sí misma la naturaleza, no es sino un cierto querer sin querer, un querer que quisiera, pero que no quiere, un querer estéril, que no produce verdaderos efectos, un querer *paralítico*[15], que ve la saludable *piscina* del santo amor, pero que no tiene fuerza para arrojarse a ella; querer del cual el Apóstol, hablando en la persona del pecador, exclama: *Aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo como cumplirla*[16].

XVIII Que la inclinación natural que tenemos a amar a Dios no es inútil

Mas, si no podemos naturalmente amar a Dios sobre todas las cosas, ¿por qué tenemos esta natural inclinación a ello? ¿No es una cosa vana el que la naturaleza nos incline a un amor que no nos puede dar? ¿Por qué nos da la sed de un agua tan preciosa, si no puede darnos a beber de ella? ¡Ah, Teótimo, qué bueno ha sido Dios para con nosotros!

Nuestra perfidia en ofenderle merecía, ciertamente, que nos privase de todas las señales de su benevolencia y del favor de que había usado con nuestra naturaleza, al *imprimir* en ella *la luz* de su divino *rostro* y al comunicar a nuestros corazones el gozo de sentirse inclinados al amor de la divina bondad, para que los ángeles, al ver a este miserable hombre, tuviesen ocasión de decir: *¿Es ésta la criatura de perfecta belleza, el honor de toda la tierra?*[17].

Pero esta infinita mansedumbre nunca supo ser tan rigurosa con la obra de sus manos; vio que estábamos rodeados de carne, la cual es un viento que se disipa, *un soplo que sale y no vuelve*[18]. Por esta causa, *según las entrañas de su misericordia,* no quiso arruinarnos del todo ni quitarnos la señal de su gracia perdida, para que mirándole y sintiendo en nosotros esta inclinación a amarle, nos esforzásemos en hacerlo, y para que nadie pudiese decir con razón: *¿Quién nos mostrará el bien?*[19]. Porque, aunque por la sola inclinación natural no podamos llegar a la dicha de amar a Dios cual conviene, con todo, si la aprovechamos fielmente, la dulzura de la divina bondad nos dará algún socorro, merced al cual podremos pasar más adelante, y, si secundamos este primer auxilio, la bondad paternal de Dios nos favorecerá con otro mayor y nos conducirá de bien en mejor, con toda suavidad, hasta el soberano amor, al que nuestra inclinación natural nos impele, porque es cosa cierta que al que es fiel en lo poco y hace lo que está en su mano, la divina bondad jamás le niega su asistencia para que avance más y más.

Luego, la inclinación a amar a Dios sobre todas las cosas, que naturalmente poseemos, no en balde permanece en nuestros corazones, porque, en cuanto a Dios, se sirve de ella como de una asa, para mejor cogernos y atraernos; por este medio, la divina bondad tiene, en alguna manera, prendidos nuestros corazones como pajarillos, con una cuerda para tirar de ella, cuando le plazca a su misericordia apiadarse de nosotros; y, en cuanto a nosotros, es como un signo y memorial de nuestro primer principio y Creador, a cuyo amor nos incita, adviniéndonos secretamente que pertenecemos a su divina bondad. Es lo que ocurre a los ciervos, a los cuales los grandes personajes mandan poner collares con sus escudos de armas, y después los sueltan y dejan libres por los bosques.

Quienquiera que los encuentre no deja de reconocer, no sólo que fueron cazados una vez por el príncipe, cuyas armas llevan, sino que se los reservó para sí. De esta manera, según cuentan algunos

15 Jn. V, 7.
16 Rom.,VII,18.
17 Thren.,II,15
18 Sal.LXXVn,39.
19 Salm. IV, 6.



historiadores, se pudo conocer la extrema vejez de un ciervo, que, trescientos años después de la muerte de César, fue encontrado con un collar con la divisa de éste y esta inscripción: *César me ha soltado.*

Ciertamente, la noble tendencia que Dios ha infundido en nuestras almas, da a conocer a nuestros amigos y a nuestros enemigos, no sólo que hemos sido de nuestro Creador, sino, además, que, si bien nos ha soltado y dejado a merced de nuestro libre albedrío, sin embargo le pertenecemos y se ha reservado el derecho de atraernos de nuevo para sí, para salvarnos, según la disposición de su santa y suave providencia. Por esta causa, el gran Profeta real no solo I lanía a esta inclinación luz[20], porque nos hace ver hacia donde debemos tender, sino también gozo y alegría, porque nos consuela en nuestros extravíos, infundiéndonos la esperanza de que "lucí que ha impreso y ha dejado en nosotros esta hermosa marca de nuestro origen, pretende todavía y desea volvernos y reducirnos a sí, si somos tan dichosos que nos dejamos recuperar por su divina bondad.

[20] Sal. IV, 7.



LIBRO SEGUNDO
Historia de la generación y nacimiento celestial del amor divino

I Que las perfecciones divinas son una sola, pero infinita perfección

Nosotros hablamos de Dios no según lo que Él es en sí mismo, sino según sus obras, a través de las cuales le contemplamos; porque, según las diversas maneras de considerarlo, le nombramos diversamente, como si tuviese una gran multitud de diferentes excelencias y perfecciones. Si le miramos en cuanto castiga a los malos, le llamamos justo; le llamamos misericordioso, en cuanto libra al pecador de su miseria; le proclamamos omnipotente, en cuanto ha creado todas las cosas y hace muchos milagros; decimos que es veraz, en cuanto cumple exactamente sus promesas; le llamamos sabio, en cuanto ha hecho todas las cosas con un orden tan admirable, y así sucesivamente, le atribuimos una gran diversidad de perfecciones, según la variedad de sus obras.

Mas, a pesar de ello, en Dios no hay ni variedad ni diferencia alguna de perfecciones, porque Él mismo es una sola, simplicísima y absolutamente única perfección. Ahora bien, nombrar perfectamente a esta suprema excelencia, la cual en su singularísima unidad contiene y sobrepuja todas las excelencias, no está al alcance de la criatura, ni humana ni angélica, porque, como se dice en el Apocalipsis, nuestro Señor *tiene un nombre que nadie conoce fuera de El mismo* [21] *ya* que sólo Él conoce perfectamente su infinita perfección y, por lo mismo, sólo Él puede expresarla por medio de un nombre que guarde proporción con ella.

Nuestro espíritu es demasiado débil para poder producir un pensamiento capaz de representar una excelencia tan inmensa. Para hablar en alguna manera de Dios, nos vemos forzados a emplear una gran cantidad de nombres, y así decimos que es bueno, sabio, omnipotente, veraz, justo, santo, infinito, inmortal, indivisible, y hablamos bien cuando decimos que Dios es todo esto a la vez, porque es más que todo esto, es decir, lo es de una manera tan pura, tan excelente y tan elevada, que una simplicísima perfección tiene la virtud, la fuerza y la excelencia de i odas las perfecciones.

Por mucho que digamos —leemos en la Escritura— *nos quedará mucho que decir; mas la suma de cuanto se puede decir, es que el mismo está en todas las cosas. Para darle gloria, ¿qué es lo que valemos nosotros? Pues, siendo El todopoderoso, es superior a todas sus obras. Bendecid al Señor; ensalzadle cuanto podáis, porque es superior a toda alabanza. Para ensalzarle, recoged todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que jamás llegaréis a comprenderle*[22].

No, Teótimo, jamás llegaremos a comprenderlo, pues, como dice San Juan, *es más grande que nuestro corazón*[23]. Sin embargo, *que todo espíritu alabe al Señor*[24], nombrándole con todos los nombres más eminentes que se pueden encontrar, y, como la mayor de las alabanzas que podemos tributarle, confesemos que nunca puede ser bastante alabado, y asimismo, como nombre el más excelente que podemos darle, protestemos que su nombre es sobre todo su nombre, y que es cosa imposible para nosotros el nombrarle dignamente.

II Que en Dios no hay más que un solo acto, el cual es su propia divinidad

Nosotros tenemos una gran diversidad de facultades y de hábitos, que son causa de una gran variedad de acciones.

En Dios no ocurre lo mismo, porque en Él no hay más que una sola y simplicísima perfección, un solo y purísimo acto, el cual, no siendo otra cosa que la propia esencia divina, es, por consiguiente,

[21] lApoc.,XIX, 12.
[22] Eccl.,XLIII, 29y sig
[23] Un., III, 20.
[24] Sal. CL, 6.

siempre permanente y eterno. Nosotros, hablamos de las acciones de Dios, como si Él, todos los días, hiciese muchas y muy diversas, aunque sabemos que ocurre todo lo contrario. Nos vemos obligados a ello por causa de nuestra impotencia, porque no sabemos hablar sino de las cosas que entendemos, y sólo entendemos las cosas que suelen ocurrir entre nosotros. Ahora bien, como que, entre las cosas naturales, a la diversidad de las obras corresponde casi una diversidad igual de acciones, cuando vemos tantas obras diferentes, tan gran variedad de producciones y esta innumerable multitud de proezas de la omnipotencia divina, nos parece, a primera vista, que esta diversidad de efectos es resultado de otras tantas acciones.

San Crisóstomo hace notar que todo lo que Moisés, al describir la creación del mundo, dijo empleando muchas palabras, el glorioso San Juan lo expresó en una sola, cuando dijo *que por el Verbo,* es decir, por esta palabra eterna, que es el Hijo de Dios *fueron hechas todas las cosas*[25].

Luego, esta palabra, siendo simplicísima y única produjo toda la variedad de las cosas; siendo invariable, produjo todas las buenas mudanzas; finalmente, siendo permanente en su eternidad, da la sucesión, el orden, el lugar y la disposición a cada uno de los seres.

Como el impresor, Dios da el ser a toda la variedad de criaturas que han sido, son y serán, por un solo acto de su voluntad omnipotente, sacando de su idea, esta admirable diversidad de personas y de otras cosas, que se suceden según las estaciones, las edades y los siglos, cada una según su orden y según lo que deben ser, pues esta suprema unidad del acto divino es opuesto a la confusión y al desorden, mas no a la distinción y a la variedad, de las cuales, por el contrario, se sirve, para producir la belleza, reduciendo todas las diferencias y diversidades a la proporción, y la proporción al orden a la unidad del mundo, que comprende todas las cosas creadas, así visibles como invisibles, el conjunto de las cuales se llama universo, tal vez porque toda su diversidad se reduce a la unidad, como si universo significara único con diversidad y diversidad con unidad.

III De la providencia divina en general

La providencia soberana no es sino el acto por el que Dios quiere dar a los hombres y a los ángeles los medios necesarios o útiles para que consigan su fin. Mas, como quiera que estos medios son de diversas clases, distinguiremos también el nombre de providencia, y diremos que hay una providencia natural y otra sobrenatural, y que ésta es o general, o especial y particular.

Y, puesto que, poco después, te exhortaré, oh Teótimo, a unir tu voluntad con la divina providencia, quiero, antes, decirte dos palabras acerca de la providencia natural. Queriendo Dios proveer al hombre de los medios naturales que le son necesarios para dar gloria a la divina bondad, produjo, en favor suyo, todos los demás animales y las plantas; y para proveer a los animales y alas plantas, produjo variedad de tierras, de estaciones, de fuentes, de vientos, de lluvias; y, tanto para el hombre como para toda las demás cosas que le pertenecen, creó los elementos, el cielo y los astros, y estableció un orden admirable, que casi todas las criaturas guardan recíprocamente.

Así, esta Providencia todo lo toca, todo lo gobierna, y todo lo reduce a su gloria. Ocurren, empero, casos fortuitos y accidentes inesperados, pero sólo son fortuitos e inesperados con respecto a nosotros; pero absolutamente ciertos para la providencia celestial, que los prevé y los ordena para el bien general del universo. Ahora bien, estos accidentes fortuitos son el efecto de la concurrencia de varias causas, las cuales, por carecer de un mutuo enlace natural, producen sus peculiares efectos, de tal suerte, empero, que de su concurrencia surge un efecto de otra naturaleza, al cual, sin que se haya podido prever, todas estas diferentes causas han contribuido.

Las aventuras de José fueron maravillosas por su variedad y por los viajes de uno a otro confín. Sus hermanos, que le habían vendido para perderle, quedaron después admirados, al ver que había llegado a ser virrey y temieron grandemente que se mostrase ofendido de la injuria que contra él habí-

[25] Juan, I ,3.



an cometido; mas no, les dijo él: no ha sido por vuestras trazas, que he sido enviado aquí, sino por la Providencia divina. *Vosotros concebisteis malos designios acerca de mí, pero Dios ha hecho que redundasen en bien*[26].

El mundo hubiera llamado fortuna o accidente fortuito lo que José llama disposición de la divina Providencia, que ordena y reduce todas las cosas a su servicio. Y lo mismo se puede decir de todas las cosas que acontecen en el mundo, aun de los mismos monstruos, cuyo nacimiento hace que sean más estimables las cosas acabadas y perfectas, causa admiración, e incita a filosofar y a formular muy buenos pensamientos; son, en el universo, lo que las sombras en los cuadros, que dan gracia y realzan la pintura.

IV De la sobrenatural providencia que Dios ejerce sobre las criaturas racionales

Todo cuanto Dios ha hecho ha sido ordenado por él a la salud de los hombres y de los ángeles. He aquí, pues, el orden de su Providencia, según podemos entreverlo, atendiendo a las sagradas Escrituras y a la doctrina de los antiguos, y según nuestra flaqueza nos permite hablar de él.

Dios conoció eternamente que podía crear innumerables criaturas, con diversas perfecciones y cualidades, a las cuales podría comunicarse, y, considerando que, entre todos los medios de comunicarse, ninguno había más excelente que unirse a alguna naturaleza creada, de suerte que la criatura quedase como injertada y sumida en la Divinidad, para no formar con ella más que una sola persona, su infinita bondad, que de suyo y por sí misma es inclinada a la comunicación, resolvió hacerlo de esta manera, para que así como en Dios hay eternamente una comunicación esencial, por la cual el Padre comunica toda su infinita e indivisible divinidad al Hijo, produciéndole, y el Padre y el Hijo juntos producen el Espíritu Santo, comunicándole también su propia y única divinidad, también esta soberana dulzura se comunicase tan perfectamente fuera de sí misma a una criatura, que la naturaleza creada y la divinidad, conservando cada una de ellas sus propiedades, quedasen empero tan unidas, que formasen una sola persona.

Ahora bien, entre todas las criaturas que esta soberana omnipotencia pudo producir, pareciole bien escoger la misma humildad, que después se unió efectivamente a la persona de Dios-1111 o, y a la cual destinó al honor incomparable de la unión personas con su divina majestad, para que eternamente gozase de la manera más excelente de los tesoros de su gloria infinita. Habiendo, pues preferido para esta dicha a la humanidad sacrosanta de nuestro Salvador, la suprema Providencia dispuso no limitar su bondad a la sola persona de su amado Hijo, sino derramarla, en abundancia El mismo, sobre muchas otras criaturas, y entre la innumerable multitud de cosas que podía producir, escogió crear a los hombres y a los ángeles, para que acompañasen a su Hijo, participasen de sus gracias y de su gloria y le adorasen y alabasen eternamente.

Y, al ver Dios que podía hacer de muchas maneras la humanidad de su Hijo, al hacerle verdadero hombre, a saber, creándolo de la nada, no sólo en cuanto al alma, sino también en cuanto al cuerpo; o bien formándolo de alguna materia ya existente, tal e o mo hizo el de Adán y Eva; o bien por vía de generación ordinaria de hombre y mujer, o, finalmente, por generación extraordinaria de una mujer, sin hombre, resolvió hacerlo de esta última manera, entre todas las mujeres que podía escoger a este efecto, escogió ala santísima Virgen nuestra Señora, para que, por su medio, el Salvador se hiciese no sólo hombre, sino niño del linaje humano.

Además de esto, la divina Providencia resolvió producir todas las demás cosas, así naturales como sobrenaturales, con miras al Salvador, a fin de que los ángeles y los hombres pudiesen, sirviéndole, participar de su gloria, por lo cual, aunque quiso Dios crear, como a los ángeles como a los hombres, dotados de un absoluto libre albedrío, con verdadera libertad para elegir entre el bien y el mal; sin


[26] Gen., L, 20

embargo, para dar testimonio de que, por parte de la bondad divina, estaban destinados al bien y a la gloria, los creó en estado de justicia original, la cual no era otra cosa que un amor suavísimo que los disponía, inclinaba y conducía hacia la felicidad eterna.

Mas, porque esta suprema sabiduría había resuelto mezclar de i. 11 m añera el amor original con la voluntad de sus criaturas, que no la forzase en manera alguna sino que la dejase en libertad, previo que una parte, la menor, de la naturaleza angélica, apartándose voluntariamente del santo amor, perdería, por consiguiente, la gloria. Y, puesto que la naturaleza angélica no podía cometer este pecado, sino con una especial malicia, sin tentación ni motivo alguno que pudiese excusarla, y por otra parte, la mayoría de esta misma naturaleza había de permanecer firme en el servicio del Salvador, Dios, que había tan grandemente glorificado su misericordia con su designio de la creación de los ángeles, quiso también exaltar su justicia, y, en el furor de su indignación, determinó abandonar para siempre, a aquella triste y desgraciada multitud de pérfidos, que, en el furor de su rebeldía, le habían tan villanamente dejado.

Previo también que el primer hombre abusaría de su libertad, y que, perdiendo la gracia, perdería también la gloria; pero no quiso tratar tan rigurosamente a la naturaleza humana como a la angélica.

Era la naturaleza humana aquella naturaleza de la cual había resuelto sacar una afortunada pieza, para unirla a su divinidad. Vio que era una naturaleza débil; un *viento que va y no vuelve* [27], porque al irse, ya queda desvanecido. Tuvo en cuenta el engaño de que había sido objeto el primer hombre, por parte del maligno y perverso Satanás, y la fuerza de la tentación que le arruinó. Vio que todo el linaje humano perecía por la falta de uno solo, y, por todas estas razones, miró con compasión a nuestra naturaleza y resolvió perdonarla.

Mas, para que la dulzura de su misericordia apareciese adornada con la belleza de su justicia, determinó salvar al hombre por vía de rigurosa redención, y, como ésta no se pudiese realizar cumplidamente, sino por medio de su Hijo, decretó que éste rescatase a los hombres, no sólo por uno de sus actos de amor, que hubiera sido más que suficiente para rescatar millares de millones de hombres, sino también por todos los innumerables actos de amor y de dolor que había de sufrir hasta la muerte, y muerte de cruz, a la cual le destinó, queriendo, con ello, que se hiciese partícipe de nuestras miserias, para hacernos, después, partícipes de su gloria, mostrándonos, de esta manera, las riquezas de su bondad por esta *redención copiosa* [28], abundante, superabundante, magnífica y excesiva, la cual adquirió y, por decirlo así, reconquistó para nosotros todos los medios necesarios para llegar a la gloria, de suerte que jamás pudiese nadie quejarse de haber faltado la divina misericordia a uno solo.

V Que la celestial Providencia a proveído a los hombres de una redención copiosísima

La divina Providencia, al trazar su eterno proyecto y plan de todo cuanto había de crear, quiso, en primer lugar, y amó con singular predilección, al objeto más amable de su amor, que es nuestro Salvador, y, después, por orden, a todas las demás criaturas, según la mayor o menor relación de las mismas con el servicio, el honor y la gloria del mismo Señor.

Todo, pues, ha sido hecho para este Hombre divino, el cual, por lo mismo, es llamado *el primogénito de toda criatura, poseído por la divina Majestad desde el principio de sus caminos, antes de que hiciese cosa alguna; creado al comienzo, antes de los siglos, porque en Él fueron hechas todas las cosas, y Él es antes que todas ellas, y todas las cosas están establecidas en Él, y Él es el jefe de toda la Iglesia, poseyendo, en todo, la primacía* [29].

[27] Sal.LXXVII,39.
[28] Sal.CXXIX,7.
[29] Coloss.,I,15-18.

¿Quién, pues, dudará de la abundancia de medios de salvación, pues tenemos un tan gran Salvador, por consideración al cual hemos sido hechos y por cuyos méritos hemos sido rescatados? Pues Él murió por nosotros, porque todos estaban muertos, y su misericordia fue más saludable para rescatar el linaje humano, que había sido venenosa la miseria de Adán para perderle. Y tan lejos estuvo el pecado de Adán de exceder a la bondad divina, que, al contrario, la excitó y la provocó, de tal manera que, por una suave y amorosísima emulación y porfía se robusteció en presencia de su adversario, y, como quien concentra sus fuerzas para vencer, hizo que *sobreabundase la gracia donde había abundado la iniquidad,* de suerte que la santa Iglesia, movida por un santo exceso de admiración, exclama conmovida, la víspera de Pascua: ¡Oh pecado de Adán, verdaderamente necesario, que ha sido borrado por la muerte de Jesucristo! ¡Oh feliz culpa, que ha merecido tener un tal y tan grande Redentor! Tenemos, pues, razón, de decir con uno de los antiguos: Estábamos perdidos, si no nos hubiésemos perdido; es decir, nuestra pérdida nos fue provechosa, porque, en efecto, la naturaleza recibió más gracia por la redención, de la que jamás hubiera recibido por la inocencia de Adán, si hubiese perseverado en ella.

Porque, aunque la divina Providencia haya dejado en el hombre grandes señales de su severidad, aun entre la misma gracia de su misericordia, como, por ejemplo, la necesidad de morir, las enfermedades, los trabajos, la rebelión de la sensualidad; con todo, el favor celestial, como sobrenadando por encima de todo esto, se complace en convertir todas estas miserias en mayor provecho de aquellos a quienes ama, haciendo que de los trabajos nazca la paciencia, que la necesidad de morir produzca el desprecio del mundo, y que se reporten mil victorias sobre la concupiscencia. *Los ángeles* —dice el Salador— *se alegran más en el cielo por un pecador que hace penitencia, que por noventa y nueve justos que no necesitan de ella*[30].

Asimismo, el estado de la redención vale cien veces más que el de la inocencia. Ciertamente, al ser rociados con la sangre de nuestro Señor por el hisopo de la cruz, hemos recibido una blancura sin comparación más excelente que la de la nieve de la inocencia, y hemos salido, como Naaman, del baño del río de la salud más puros y más limpios que si jamás hubiésemos sido leprosos, a fin de que la divina Majestad, tal como nos mandó que lo hiciéramos nosotros, no fuese *vencida por el mal, sino que venciese el mal con el bien*[31] y para que su *misericordia,* como aceite sagrado, *prevaleciese sobre susjuicios*[32]*, y sus piedades excediesen a todas sus obras*[33].

VI De algunos favores especiales hechos en la redención de los hombres por la Divina Providencia

Muestra Dios, sin duda, de una manera admirable la riqueza incomprensible de su poder en esta tan enorme variedad de cosas que vemos en la naturaleza; pero manifiesta todavía con mayor magnificencia los tesoros infinitos de su bondad en la variedad sin igual de bienes que reconocemos en la gracia; porque, en el exceso de su misericordia, no se contentó con favorecer a su pueblo con una redención general y universal, por lo que cada uno pudiese ser salvo, sino que la diversificó con tan variados matices, que mientras su liberalidad resplandece en esta variedad, ésta, a su vez, embellece a aquélla.

Reservó, pues, primeramente, para su santísima madre un favor digno del amor de un hijo, el cual, siendo omnisciente, omnipotente e infinitamente bueno, hubo de elegir una madre que fuese según su beneplácito, y, por consiguiente, quiso que su redención le fuese aplicada por manera de remedio preservativo, para que el pecado, que se deslizaba de generación en generación, no llegase hasta

[30] Luc.,XV,7.
[31] Rom., XII; 21.
[32] Sant.,II,13.
[33] Sal.CXLIV,3.

ella; de forma que fue rescatada de una manera tan excelsa, que aunque el torrente de la iniquidad original hizo que sus desdichadas olas batiesen hasta muy cerca de la concepción de esta sagrada Señora, con tanto ímpetu como lo hizo contra las demás hilas de Adán, con todo, al llegar allí, no pasó más adelante, sino que se detuvo, como antiguamente el Jordán, en tiempo de Josué y por los mismos respetos; porque este río detuvo la corriente de sus aguas en reverencia del paso del Arca de la Alianza, y el pecado original retiró sus aguas reverente y temeroso en presencia del verdadero tabernáculo de la alianza eterna.

De esta manera, desvió Dios de su gloriosa madre toda cautividad y le concedió el goce de los dos estados de la naturaleza humana, porque poseyó la inocencia que el primer Adán había perdido y gozó en un grado eminente de la redención que el segundo Adán nos adquirió; por lo cual, como un jardín escogido, que había de producir el fruto de vida, floreció en toda suerte de perfecciones. Así fue como este Hijo del amor eterno atavió a su madre con vestidura de oro y recamada de hermosísimos matices, para que fuese reina de su diestra, es decir, la primera, entre todos los elegidos, que había de gozar de las delicias de la diestra divina.

Por lo cual, esta sagrada madre, como reservada que estaba enteramente para su hijo, fue por él rescatada, no sólo de la condenación, s i no también de todo peligro de la misma, asegurándole la gracia y la perfección de la gracia, de suerte que su marcha fue como la de una bella aurora, que, desde el momento en que despunta, va continuamente creciendo en claridad hasta llegar a la plenitud del día. Redención admirable, obra maestra del Redentor y la primera de todas las redenciones, por la cual el hijo de un corazón verdaderamente filial, previniendo a su madre con bendiciones de dulzura, la preserva, no sólo del pecado, como a los ángeles, sino también de todo peligro de pecado y de todas las desviaciones y retrasos en el ejercicio del amor. Así manifiesta que, entre todas las criaturas racionales que ha escogido, solamente su santa madre es su única paloma, su toda hermosa y perfecta, su amada, fuera de toda comparación[34].

Dispensó Dios también otros favores a un reducido número de criaturas que quiso poner fuera de todo peligro de condenación, lo cual podemos afirmar con certeza de San Juan Bautista, y muy probablemente del profeta Jeremías, y de algunos otros, a los cuales la divina Providencia fue a buscar en el vientre de sus madres, y allí mismo los confirmó en la perpetuidad de su gracia, para que permaneciesen firmes en su amor, aunque sujetos a la rémora de los pecados veniales, que son contrarios a la perfección del amor, más no al amor en sí mismo; y estas almas, comparadas con las otras, son como reinas que siempre llevan la corona de la caridad y ocupan el principal lugar en el amor del Salvador, después de su madre, que es la reina de las reinas; reina no sólo coronada de amor, sino también de la perfección del amor, y, lo que es más, coronada por su propio hijo, que es el soberano objeto del amor, pues los hijos son la corona de sus padres y de sus madres.

Hay, además, otras almas a las cuales quiso Dios dejar expuestas por algún tiempo no al peligro de perder la salvación, sino más bien al peligro de perder su amor, y, de hecho, permitió que lo perdiesen, y no les aseguró el amor por toda su vida, sino para el fin de la misma y para cierto tiempo precedente. Tales fueron David, los apóstoles, la Magdalena y muchos más, los cuales, durante algún tiempo, vivieron fuera del amor de Dios, pero después, una vez convertidos, fueron confirmados en la gracia hasta la muerte, de manera que, desde entonces, quedaron, en verdad, sujetos a algunas imperfecciones, pero permanecieron exentos de todo pecado mortal y, por consiguiente, del peligro de perder el divino amor, y fueron como los amantes sagrados de la celestial esposa, cubiertos con la vestidura nupcial de su santísimo amor, aunque no, por ello, coronados, porque la corona es un adorno que corresponde a la cabeza, es decir a la parte principal de la persona.

Ahora bien, como quiera que la primera parte de la vida de las almas de esta categoría ha estado sujeta al amor de las cosas terrenas, no pueden llevar la corona del amor celestial, sino que les basta llevar la vestidura, que las hace capaces del tálamo nupcial del divino esposo y de ser eternamente felices con Él.

[34] Cant.,VI,8.



VII Cuan admirable es la divina Providencia en la diversidad de gracias que distribuye entre los hombres

Incomparable fue el favor que la eterna Providencia hizo a la Reina de las reinas, a la *Madre del amor hermoso*[35]. También ha hecho favores muy singulares a otros hombres. Pero, aparte de esto, la soberana bondad derrama gracias y bendiciones en abundancia sobre todo el linaje humano y sobre la naturaleza angélica, y todos han sido rociados de esta bondad como de una *lluvia que cae sobre los buenos y los malos*[36]*;* todos han sido iluminados por *la luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*[37]*;* todos han participado de esta *semilla que cae no sólo sobre la tierra buena, sino también en medio de los caminos, entre las espinas y sobre las piedras*[38], para que nadie tenga excusa delante del Redentor, si no se aprovecha de esta redención superabundante para su salvación.

Y aunque esta suficiencia colmadísima de gracias haya sido de esta manera derramada sobre la naturaleza humana, de suerte que, en esto, todos seamos iguales, y una rica abundancia de bendiciones nos haya sido a todos ofrecida, es, empero, tan grande la variedad de estos favores, que no se puede decir si es más admirable la grandeza de todo este conjunto de gracias en medio de una tan grande diversidad, o esta diversidad en medio de tanta grandeza.

¿Quién no ve que entre los cristianos, los medios de salvación son más grandes y más eficaces que entre los bárbaros, y que, entre los mismo cristianos, hay pueblos y ciudades cuyos pastores son más capaces y producen más fruto? Ahora bien negar que estos medios exteriores sean favores de la Providencia divina o poner en duda que contribuyan a la salvación y a la perfección de las almas, sería una ingratitud con la celestial bondad, y equivaldría a desmentir la verdadera experiencia, que nos hace ver que allí donde estos medios exteriores abundan, los interiores son más eficaces y obtienen un éxito mayor.

Ciertamente, así como vemos que jamás se encuentran dos hombres perfectamente semejantes en los dones naturales, de la misma manera jamás se encuentran quienes sean del todo iguales en los sobrenaturales. Los ángeles, como lo aseguran San Agustín y Santo Tomás, recibieron la gracia según la variedad de sus condiciones naturales.

Ahora bien, todos ellos o son específicamente diferentes o, a lo menos, de diversa condición, pues se distinguen los unos de los otros; luego, cuantos son los ángeles, otras tantas son también las gracias diferentes, y, si bien, en lo que atañe a los hombres, la gracia no les ha sido otorgada según las condiciones naturales de los mismos, con toda la divina dulzura, complaciéndose y, por así decirlo, regocijándose en la producción de las gracias, las ha diversificado de infinitas maneras, para que de esta variedad surgiese el bello esmalte de su redención y de su misericordia.

Por esto, la Iglesia canta en la fiesta de cada obispo confesor: *Ninguno se halló semejante a él*[39]. Y, como que en el cielo nadie sabe el nombre nuevo, sino *tan sólo el que lo recibe*[40] porque cada uno de los bienaventurados tiene el suyo particular, según el nuevo ser de la gloria que adquiere, así en la tierra, cada uno recibe una gracia tan peculiar, que todas son diversas. Así como *una estrella es diferente de otra en claridad*[41], también los hombres serán diferentes los unos de los otros en gloria; señal evidente de que lo habrán sido en gracia. Esta variedad en la gracia, produce una belleza y una armonía tan suave que regocija a toda la ciudad santa de la Jerusalén celestial.

[35] Eccl.XXIV,24.
[36] Mat.,V,45.
[37] Jn.I,9.
[38] Mat.,XIIL4.
[39] Eccl.,XLIV,20.
[40] Apoc.,II, 17.
[41] 1 Cor., XV, 41



Pero nos hemos de guardar de querer jamás inquirir por qué Dios ha otorgado una gracia a uno más bien que a otro, o por qué ha derramado, con mayor abundancia, sus favores sobre unos lugares con preferencia a otros. No, Teótimo, no caigas nunca en esta curiosidad, porque, poseyendo todos suficientemente, o mejor dicho, abundantemente, lo que se requiere para nuestra salvación, ¿qué razón puede tener hombre alguno de quejarse si Dios se ha complacido en dar a unos sus gracias con más generosidad que a otros?

En las cosas sobrenaturales: *cada uno tiene su propio don: quien de una manera quien de otra*[42], dice el Espíritu Santo. Es, por lo mismo, una impertinencia, querer indagar por qué San Pablo no tuvo la gracia de San Pedro, ni San Pedro la de San Pablo; por qué San Antonio no fue San Atanasio; ni San Atanasio, San Jerónimo; porque a estas preguntas se responde que la Iglesia es un jardín matizado de infinitas flores, por lo que es menester que sean de diferentes tamaños, de diferentes colores y de diferentes perfumes, en una palabra, de diferentes perfecciones. Todas tienen su valor, su gracia y su esmalte, y todas, en el conjunto de su variedad, nos ofrecen una hermosura por demás agradable y perfecta.

VIII Cuánto desea Dios que le amemos

Aunque la redención del Salvador se aplique con una diversidad igual a la de las almas, sin embargo el amor es el medio universal de nuestra salvación, que en todo se mezcla, de suerte que, sin el, nada hay que sea saludable, como diremos más adelante.

El querubín fue puesto en la entrada del paraíso terrenal con la espada llameante, para darnos a entender que nada entrará en el paraíso eclesial que no esté atravesado por la espada del amor. Por esta causa, el dulce Jesús, que nos ha rescatado con su sangre, desea infinitamente que le amemos, para que seamos eternamente y desea que amemos eternamente, pues su amor va encaminado a nuestra salvación, y nuestra salvación a su amor. *Yo he venido —dice— a poner fuego en la tierra, y ¿qué he de querer sino que arda?*[43]

Mas, para manifestar con mayor viveza lo abrasado de este deseo, nos impone este amor en términos admirables: *Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente*[44].

Con lo cual, nos da bien a entender que no sin objeto nos ha dado la inclinación natural, pues, para que esta inclinación no permanezca ociosa, nos apremia para que la empleemos por este mandamiento general, y, para que este mandamiento general pueda ser practicado, no deja a hombre viviente sin procurarle, en abundancia, todos los medios que, al efecto, se requieren. El sol visible todo lo toca con su calor vivificante, y, como enamorado universal de las cosas inferiores, les da el vigor necesario para que produzcan sus efectos; de la misma manera la divina bondad anima a todas las almas y alienta todos los corazones para que le amen, sin que hombre alguno pueda esconderse a su calor.

La eterna sabiduría—dice Salomón—, *enseña en público; levanta su voz en medio de las plazas; hácese oír en los concursos de gente; pronuncia sus palabras en las puertas de la ciudad, y dice: ¿Hasta cuándo, párvulos, habéis de amar las niñerías?*

¿Hasta cuándo, oh necios, apeteceréis las cosas que os son nocivas e imprudentes, aborreceréis la sabiduría? Convertíos a mis reprensiones; mirad que os comunicaré mi espíritu y os enseñaré mi doctrina[45]. Y esta misma sabiduría prosigue Ezequiel, diciendo: *Están ya sobre nosotros los castigos de nuestras maldades y pecados, ¿cómo, pues, podremos conservar la vida? Yo* —dice el Señor—, *no quiero la muerte del impío, sino que se convierta de su mal proceder y viva*[46]. Ahora bien, vivir, según Dios, es amarle y *quien no ama permanece en la muerte*[47].

42 1 Cor., VII, 7.
43 Júa, XII, 49.
44 Mat., XII, 49.
45 Prov.,I, 20 y sig.
46 Ez.XXXIII, l0 y ll.
47 Un., III; 14.

Ya vez, pues, Teótimo, cuánto desea Dios que le amemos. Pero no se contenta con anunciar de esta manera, en público, su extremado deseo de ser amado, de suerte que todos puedan tener parte en esta amable invitación, sino que, además de esto va de puerta en puerta, llamando y golpeando, y diciendo que *si alguno le abre la puerta entrará en su casa y cenará con él*[48], es decir le dará pruebas de la mayor benevolencia.

El gran Apóstol, hablando al pecador obstinado, le dice: *¿Desprecias las riquezas de la bondad de Dios, y de su paciencia y largo sufrimiento? ¿No reparas que la bondad de Dios te está llamando a la penitencia? Tú, al contrario, con tu dureza y corazón impenitente, atesorándote ira y más ira*[49]. Dios no echa mano de una pequeña cantidad de remedios para convertir a los obstinados, sino que emplea, en esto, todas las riquezas de su bondad.

El Apóstol, como se ve, opone las riquezas de la bondad de Dios a los tesoros de malicia del corazón impenitente, y dice que el corazón del malo es tan rico en iniquidad, que llega a despreciar las riquezas de la benignidad, por la cual Dios le llama a penitencia, y hay que advertir que no son únicamente las riquezas de la bondad divina las que el pecador obstinado desprecia, sino las riquezas con que le mueve la penitencia, riquezas que nadie puede, con excusa, desconocer.

Esta rica, colmada y abundante suficiencia de medios, que Dios concede a los pecadores para que le amen, aparece de manifiesto casi en toda la Escritura; porque contemplad a este divino amante junto a la puerta: no llama simplemente, sino que se detiene a llamar; llama al alma: *Levántate, apresúrate, amiga mía*[50]. *Mire, pues, la aldaba de mi puerta para que entrase mi Amado*[51]. Si predica en medio de las plazas, no se limita a predicar, sino que anda clamando, es decir, en un continuo clamor.

Si nos exhorta a que nos convirtamos, parece que nunca se cansa de repetir: *Convertíos, convertíos y haced penitencia; volver a Mí; vivid. ¿Por qué has de morir, oh casa de Israel?*[52] En suma, este divino Salvador nada olvida para mostrar que *sus misericordias se extienden sobre todas sus obras, que su misericordia sobrepuja al juicio*[53], *que su redención es copiosa*[54], que su amor es infinito, y, como dice el Apóstol, *que es rico en misericordia*[55], y que, por consiguiente *desearía que todos los hombres se salvasen*[56] *y que ninguno pereciese*[57].

IX Cómo el amor eterno de Dios a nosotros dispone nuestros corazones con la inspiración, para que le amemos

Te he amado con perpetuo amor; por esto, misericordioso, te atraje hacia Mí, y otra vez te renovaré y te daré nuevo ser, OH Virgen de Israel[58]. Estas son palabras de Dios, por las cuales promete que el Salvador, al venir al mundo, establecerá un nuevo reino en su Iglesia, que será su esposa virgen, y *verdadera israelita*[59] espiritual.

Pues bien, como ves, oh Teótimo, *nos ha salvado no a causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia*[60], por esta caridad antigua o, por mejor decir, eterna, que

48 Apoc.,III,29.
49 Rom., II, 4,5.
50 Cant.,II, 10.
51 Cant.,V,6.
52 Ez,, XVIII, 30,31.
53 Sal.CXLIV,9; Sant.,II,13.
54 Sal.CXXIX,7.
55 Efes.,II,4.
56 I Tim.,II,4.
57 II Ped.,III,9.
58 Jerem.,XXXI,3..
59 Jn.,I,47.
60 Tit.,III,5.



ha movido a su providencia a atraernos hacia Sí. Porque, nadie puede llegar al hijo, nuestro Salvador, y, por consiguiente, ala salvación, si el Padre no le atrae[61].

Los ángeles, en cuanto se apartaron del amor divino y se abrazaron con el amor propio, cayeron en seguida como muertos y quedaron sepultados en los infiernos, de suerte que lo que la muerte hace en los hombres, privándoles para siempre de la vida mortal, la caída lo hace en los ángeles, privándoles para siempre de la vida eterna. Pero nosotros, los seres humanos siempre que ofendemos a Dios, morimos de verdad, pero no de muerte tan completa que no nos quede un poco de movimiento, aunque éste es tan flojo que no podemos desprender nuestros corazones del pecado, ni emprender de nuevo el vuelo del santo amor, el cual, infelices como somos, hemos pérfida y voluntariamente dejado.

Y, a la verdad, que bien mereceríamos permanecer abandonados de Dios, cuando con tanta deslealtad le hemos abandonado; pero, con frecuencia, su eterna caridad no permite que su justicia eche mano de este castigo; al contrario, movido a compasión, se siente impelido a sacarnos de nuestra desdicha, lo cual hace enviando el viento favorable de la santa inspiración, la cual, dando con suave violencia contra nuestros corazones, se apodera de ellos y los mueve, elevando nuestros pensamientos y haciendo volar nuestros afectos por los aires del amor divino.

Este primer arranque o sacudida que Dios comunica a nuestros corazones, para incitarlos a su propio bien, se produce ciertamente en nosotros, mas no por medio de nosotros; pues llega de improviso, sin que nosotros hayamos pensado ni hayamos podido pensar en ello, porque *no somos suficientes por nosotros mismos para concebir algún buen pensamiento, como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios*[62], el cual no sólo nos amó antes de que fuésemos, sino que nos amó para que fuésemos y para que fuésemos santos, después de lo cual nos *aprevenido con las bendiciones de su dulzura*[63] paternal, y ha movido nuestros espíritus al arrepentimiento y a la conversión.

Mira, Teótimo, al pobre príncipe de los Apóstoles, aturdido en su pecado, durante la triste noche de la Pasión de su Maestro; no pensaba en arrepentirse de su pecado, como si jamás hubiese conocido a su divino Salvador, y no se hubiera levantado, si el gallo, como instrumento de la divina Providencia, no hubiese herido con el canto sus orejas, y si, al mismo tiempo, el dulce Redentor, dirigiéndole una mirada saludable, como un dardo amoroso, no hubiese traspasado su corazón de piedra, el cual, después, tanta agua derramó, como la piedra herida por Moisés en el desierto. La inspiración desciende del cielo, como un ángel, la cual, tocando el corazón del hombre pecador, le mueve a levantarse de su iniquidad.

X Que nosotros rehusamos con frecuencia la inspiración y nos negamos a amar a Dios

¡Ay de ti, Corozain! ¡Ai de ti, Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón, se hubiesen hecho los milagros que se han obrado en vosotros, tiempo ha que hubieran hecho penitencia, cubiertos de cenizas y de cilicio[64]. Estas son palabras del Salvador.

Mira, Teótimo, como los que han tenido menos atractivos se han movido a penitencia, y los que han tenido más, han permanecido en su obstinación; los que tienen menos motivos, acuden a la escuela de la sabiduría, los que tienen más, persisten en su locura.

Así se hará el juicio comparativo, según lo hacen notar todos los doctores, juicio que no puede tener otro fundamento sino el hecho de que, habiendo sido unos favorecidos con tantas o menos gracias que los otros, habrán rehusado su consentimiento a la misericordia, mientras los otros, habiendo sido objeto de iguales o menores atractivos, habrán seguido la inspiración y se habrán entregado a una

[61] Jn., VI, 44.
[62] II Cor., III, 5
[63] Sal., XX, 4.
[64] 44 Mat.,XI,21.

santa penitencia; porque ¿cómo es posible echar en cara a los impenitentes su obstinación, sino comparándolos con los que se han convertido?

Pero, si es verdad, como lo prueba magníficamente Santo Tomás, que la gracia fue diversa en los ángeles y proporcionada a sus dones naturales, los serafines tuvieron una gracia incomparablemente más excelente que los simples ángeles del último orden. ¿Cómo, pues, pudo ocurrir que algunos serafines, y el primero entre todos ellos, según la opinión más probable y más común entre los antiguos, cayesen, y que una considerable multitud de otros ángeles inferiores perseverasen tan excelente y animosamente?

¿Por qué Lucifer, tan encumbrado por naturaleza y sublimado por la gracia, cayó, y tantos ángeles menos aventajados permanecieron fieles hasta el fin?

Es cierto que los que perseveraron, deben, por ello, a Dios, toda alabanza, pues, por su misericordia, los creó y los conservó buenos; mas Lucifer y todos sus secuaces, ¿a quién pueden atribuir su caída, sino, como dice San Agustín, a su voluntad, la cual, en uso de su libertad, se apartó de la divina gracia, que tan suavemente los había prevenido? *¿Cómo caíste del cielo, oh lucero* [65], tú que, como una hermosa aurora, apareciste en este mundo invisible revestido de la claridad primera, como de los primeros *resplandores* de una nueva mañana, que debía *crecer hasta el mediodía* [66] de la gloria eterna?

No te faltó la gracia, pues poseíste, como tu naturaleza, la más excelente de todas; pero faltaste a la gracia. Dios no te había despojado de los efectos de su amor; jamás Dios te hubiera rechazado, si tú no hubieses rechazado su amor. ¡Oh Dios de bondad! Vos sólo dejáis a los que os dejan; nunca negáis vuestros dones sino a los que os niegan su corazón.

XI Que no hay que atribuir a la divina Bondad el que no tengamos un muy excelente amor

¡OH Dios mío! ¡Con cuan poco tiempo haríamos grandes progresos en la santidad, si recibiésemos las inspiraciones celestiales según toda la plenitud de su eficacia! Por abundante que sea la fuente, nunca sus aguas entrarán en un jardín según su caudal, sino según la estrechez o la anchura del canal por donde sean conducidas.

Aunque el Espíritu Santo, como un manantial de agua viva, inunda por todas partes nuestro corazón, para derramar en él su gracia, sin embargo, no queriendo que ésta entre en nosotros sino por el libre consentimiento de nuestra voluntad, no lo vierte sino según la medida de su agrado y de nuestra disposición y cooperación, tal como lo dice el sagrado concilio, el cual también, según me parece, por causa de la correspondencia de nuestros consentimiento con la gracia, llama a la recepción de ésta, recepción voluntaria.

En este sentido, nos exhorta San Pablo *a no recibir la gracia de Dios en vano*[67]. Sucede a veces que, sintiéndonos inspirados para hacer mucho, no aceptamos toda la inspiración, sino tan sólo una parte, como lo hicieron aquellas personas del Evangelio, las cuales, invitadas, por inspiración de nuestro Señor, a seguirle, quisieron reservarse: el uno *el dar primero sepultura a su padre*[68], y el otro el ir a despedirse de los suyos.

Mientras la pobre viuda tuvo vasijas vacías, el aceite, cuya multiplicación había impetrado milagrosamente Eliseo, no cesó de fluir; mas, cuando ya no hubo vasijas para recibirle, dejó de multiplicarse[69]. A medida que nuestro corazón se dilata, o, mejor dicho, a medida que se deja alargar y dilatar y que no rehusa el vacío de su consentimiento a la misericordia divina, derrama ésta continuamente y vierte sin cesar sus santas inspiraciones, las cuales van creciendo y hacen que crezca más y más nues-

[65] 45 Is., XIV, 12.
[66] 46 Prov.,IV, 18.
[67] II Cor., VII, 1.
[68] Mat., VIII, 21.
[69] IV Rey., IV, 2-6.



tro amor sanio. Mas, cuando ya no hay vacío y no prestamos más nuestro consentimiento, entonces se detiene.

¿Por qué causa no hemos progresado en el amor de Dios tanto como San Agustín, San Francisco, Santa Catalina de Génova o Santa Francisca? Porque Dios no nos ha concedido esta gracia. Mas ¿por qué Dios no nos ha concedido esta gracia? Porque no hemos correspondido cual era debido a sus inspiraciones. Y ¿por qué no hemos correspondido? Porque, siendo libres, hemos abusado de nuestra libertad.

El devoto hermano Rufino, con motivo de una visión que tuvo de la gloria a que llegaría el gran Santo Francisco, por su humildad, le hizo esta pregunta: Mi querido padre, os ruego que me digáis qué opinión tenéis de vos mismo. Respondió el santo: Ciertamente, me tengo por el mayor pecador del mundo y por el que sirve menos al Señor. Pero, replicó el hermano Rufino: ¿cómo podéis decir esto en verdad y en conciencia, cuando otros muchos, como es manifiesto, cometen muchos y muy grandes pecados, de los cuales, gracias a Dios, vos estáis exento?

Díjole San Francisco: Si Dios hubiese favorecido a todos estos, de quienes hablas, con tanta misericordia como a mí, estoy seguro de que, por malos que ahora sean, hubieran sido mucho más agradecidos que yo a los dones de Dios, y le hubieran servido mucho mejor de lo que yo le sirvo; y, si Dios me abandonase, cometería muchas más maldades que cualquiera de ellos.

Ve, pues, Teótimo, el parecer de este hombre, que casi no fue hombre, sino un serafín en la tierra. Es para mí un verdadero oráculo el sentir de este gran doctor en la ciencia de los santos, el cual, educado en la escuela del Crucificado, no respiraba sino según las divinas inspiraciones. Por esta causa, dicha sentencia ha sido alabada y repetida por todos los devotos de los tiempos posteriores, muchos de los cuales creen que el gran Apóstol San Pablo habló en el mismo sentido, cuando dijo que era el primero de los pecadores[70].

La bienaventurada madre Teresa de Jesús, virgen, toda ella angelical, hablando de la oración de quietud, dice estas palabras[71]: Son muchas las almas que llegan a este estado, pero muy pocas las que pasan más adelante, no sé por qué causa. A la verdad, la falta no es por parte de Dios, porque, como quiera que su divina Majestad nos ayude y nos concede llegar hasta este punto, creo que no dejaría de ayudarnos más, si no fuese por culpa nuestra, por lo que somos nosotros los que ponemos el obstáculo. Tengamos, pues, cuenta, del amor que debemos a Dios, porque el amor que El nos tiene no nos faltará.

XII Que los llamamientos divinos nos dejan en completa libertad para seguirlos o para no aceptarlos

No hablaré aquí, de aquellas gracias milagrosas que han trocado, en un momento, los lobos en corderos, los peñascos en manantiales, y los perseguidores en predicadores. Dejo de un lado estas vocaciones omnipotentes y estas mociones santamente violentas, por las cuales Dios, en un instante, ha hecho pasar algunas almas escogidas del extremo de la culpa al extremo de la gracia, realizando en ellas, si se me permite hablar así, una especie de transubstanciación moral y espiritual, como le aconteció al gran Apóstol que, de Saulo, vaso de persecución, se convirtió súbitamente en Pablo, *vaso de elección*[72].

Hay que colocar en una categoría especial a estas almas privilegiadas, sobre las cuales se ha complacido Dios en derramar sus gracias, no a manera de afluencia, sino de verdadera inundación, ejercitando en ellas, no sólo la liberalidad y la efusión, sino la prodigalidad y la profusión de su amor. La justicia divina nos castiga, con frecuencia, en este mundo, con penas que, por ser ordinarias, son



70 I Tim.,1,15.
71 Cap., XVI de su Vida.
72 Hech.,IX, 15.

también, casi siempre, desconocidas, y pasan inadvertidas. Algunas veces, empero, envía diluvios y abismos de castigos, para que reconozcamos y temamos la severidad de su indignación.

De la misma manera, su misericordia convierte y premia, comúnmente, a las almas de un modo tan dulce, tan suave y delicado, que casi no se dan cuenta de ello; mas acontece, a veces, que esta bondad soberana rebasa las 11 heras ordinarias, y, como un río que, hinchado e impelido por la influencia de las aguas, sale de madre e inunda la llanura, derrama sus gracias con tanto ímpetu, y al mismo tiempo, con tanto amor, que en un momento cubre y satura el alma de bendiciones, para poner de manifiesto las riquezas de su amor; y así como su justicia procede generalmente por vía ordinaria, y, a veces, por vía extraordinaria, también su misericordia ejerce su liberalidad por vía ordinaria sobre el común de los hombres, y sobre algunos también por medios extraordinarios.

El lazo propio de la voluntad humana es el goce y el placer. Muéstrale a un niño nueces —dice San Agustín— y se sentirá al raído como un imán; es atraído por el lazo, no del cuerpo sino del corazón. Ved, pues, como nos atrae el Padre Eterno: enseñándonos nos deleita, pero sin imponernos ninguna necesidad. Tan ama-lile es la mano de Dios en el manejo de nuestro corazón y tanta es su destreza en comunicarnos su fuerza, sin privarnos de la libertad, y en darnos su poderoso impulso, sin impedir el de nuestro querer, que, en lo que atañe al bien, así como su potencia nos da suavemente el poder, de la misma manera su suavidad nos conserva poderosamente la libertad del querer. *Si tú conocieras el don de Dios* —dijo el Salvador ala Samaritana—*y quién es el que te dice: Dame de beber; puede ser que tú le hubieras pedido a Él, y Él te hubiera dado agua viva*[73].

Las inspiraciones, Teótimo, nos previenen y, antes de que pensemos en ellas, se dejan sentir; pero, una vez las hemos sentido, de nosotros depende el consentir, para secundarlas y seguir sus movimientos, o el disentir y el rechazarlas. Se dejan sentir sin nosotros, pero no hacen que consintamos sin nosotros.

XIII De los primeros sentimientos de amor que los alicientes divinos levantan en el alma antes que ésta tenga la fe

Cuando la inspiración, como su sagrado viento, viene para levantarnos por el aire del santo amor, prende, primero, en nuestra voluntad, y, por el sentimiento de algún goce celestial, la mueve, extendiendo y desplegando la inclinación natural que tiene hacia el bien; de suerte que esta misma inclinación le sirve de asidero para coger nuestro espíritu; *y todo esto* (según ya se ha dicho) *se hace en nosotros sin nosotros;* porque es el favor divino el que nos previene de este modo.

Si nuestro espíritu de esta manera santamente prevenido, al sentir las alas de su inclinación movidas, abiertas, extendidas, impulsadas y agitadas por este viento celestial, coopera, aunque sea poco, con su consentimiento, ¡ah! ¡qué felicidad la suya, oh Teótimo!, porque la misma inspiración y el mismo favor que nos han asido, mezclando su acción con nuestro consentimiento, animando nuestros débiles movimientos con su fuerza y dando vida a nuestra flaca cooperación con el poder de su operación, nos ayudará, conducirá y acompañará de amor en amor, hasta que lleguemos al acto de la fe santa, necesario para nuestra conversión.

San Pacomio, cuando todavía era un joven soldado y no conocía a Dios, alistado bajo las banderas del ejército que Constantino había levantado contra el tirano Majencio, se alojó, con el batallón a que pertenecía, en una pequeña ciudad situada no muy lejos de Tebas, donde, no sólo él, sino todo el ejército, se halló falto de toda clase de víveres.

Llegó ello a noticia de los habitantes de aquel lugar, que por feliz providencia eran fieles de Jesucristo, y proveyeron en seguida a la necesidad de los soldados, con tanta solicitud, cortesía y afecto, que Pacomio se sintió arrebatado de admiración, y, como preguntase qué gente era aquella, tan bondadosa, amable y simpática, le dijeron que eran cristianos, e, inquiriendo acerca de su ley y de su

[73] Jn., IV, 10.

manera de vivir, supo que creían en Jesucristo, hijo unigénito de Dios, y que hacían bien a toda clase de personas, con la firme esperanza de recibir del mismo Dios una espléndida recompensa. El pobre Pacomio, aunque de buen natural, había dormido hasta entonces el sueño de la infidelidad; y he aquí que, de repente, encontrase con Dios en la puerta de su corazón, y, por el buen ejemplo de aquellos cristianos, como por una dulce voz,

Llamóle y despertóle y le infundió el primer sentimiento del calor vivificante de su amor. Porque, apenas oyó hablar, como acabo de decir, de la amable ley del Salvador, cuando, lleno todo él de una nueva luz y de una consolación interior, retiróse aparte, y, después de haber reflexionado durante algún tiempo consigo mismo, exhalando un suspiro, exclamó en son de súplica, levantando las manos al cielo: Señor Dios, que habéis hecho el cielo y la tierra, si os dignáis dirigir vuestra mirada sobre mi bajeza y sobre mi pena y liarme el conocimiento de vuestra divinidad, os prometo serviros v obedecer vuestros mandamientos toda mi vida. Después de este ruego y de esta promesa, el amor al verdadero bien y a la piedad tomaron en él un tan grande incremento, que no cesó jamás de practicar mil y mil ejercicios de virtud.

Te ruego, pues Teótimo, que veas como Dios va hundiendo suavemente y poco a poco la gracia de su inspiración dentro de los corazones que la aceptan, atrayéndolos hacia sí, de peldaño en peldaño, por esta escala de Jacob.

XIV Del sentimiento del amor divino que se recibe por la fe

Dios propone los misterios de la fe a nuestra alma entre las obscuridades y las tinieblas, de suerte que no vemos las verdades, sino que tan sólo las entrevemos, tal como ocurre cuando la tierra está cubierta de niebla. Y, sin embargo, esta obscura claridad de la fe, una vez ha penetrado en nuestro espíritu, no por la fuerza de los discursos y de los argumentos, sino por la sola suavidad de su presencia, se hace creer y obedecer con tanta autoridad, que la certeza que nos da de la verdad sobrepuja a todas las demás certezas del mundo, y de tal manera sujeta todo nuestro espíritu con todos sus razonamientos, que, comparados con ella, no merecen crédito alguno.

El Espíritu Santo, que anima al cuerpo de la Iglesia, habla por boca de sus jefes, según la promesa del Señor. Los doctores, con sus estudios y discursos, proponen la verdad, pero son los rayos del sol de justicia los que dan la certeza y producen el asenso. Esta seguridad que el espíritu humano siente por las cosas divinas y por los misterios de la fe, comienza por un sentimiento amoroso de complacencia, que la voluntad recibe de la hermosura y de la suavidad de la verdad propuesta; de suerte que la fe supone un comienzo de amor que nuestro corazón siente por las cosas divinas.

XV Del gran sentimiento de amor que recibimos por la santa esperanza

Nuestro corazón, por un profundo y secreto instinto, en todas sus acciones pretende la felicidad y tiende hacia ella, y la busca de acá para allá, como a tientas, sin saber donde está ni en qué consiste, hasta que la fe se la muestra y le descubre acerca del sumo bien, en seguida como habiendo encontrado el tesoro que buscaba, ¡qué contento en el pobre corazón humano, qué gozo, qué complacencia en el amor! ¡He encontrado al que buscaba mi alma, sin conocerle! No sabía a donde apuntaban mis pretensiones, cuando nada de cuanto deseaba me complacía, porque no sabía lo que buscaba. Quería amar, y no conocía lo que había de amar; por lo que, no dando mi deseo con el verdadero amor, mi amor estaba siempre en un verdadero, pero indefinido deseo; presentía el amor para desearlo, pero no sentía suficientemente la bondad que convenía amar para practicar el verdadero amor.

XVI Cómo el amor se practica en la Esperanza

Cuando el entendimiento humano se aplica convenientemente a considerar lo que la fe le descubre acerca del sumo bien, en seguida concibe la voluntad una extrema complacencia en este divino objeto, el cual, por estar ausente, hace concebir un deseo mas ardiente de su presencia.

La esperanza no es otra cosa que la amorosa complacencia que sentimos en la espera y en la pretensión de nuestro sumo bien; todo en ello, se reduce al amor.

En cuanto la fe me muestra mí ni no bien, lo amo, y, porque está ausente, lo deseo, y, al saber que i inicie darse a mí, lo amo y lo deseo más ardientemente; porque también su bondad es tanto más amable y deseable, cuanto más dispuesta está a comunicarse. Ahora bien, por este proceso, el amor ha convertido el deseo en esperanza, pretensión y expectación, porque la esperanza es un amor que espera y quiere. Y porque el bien soberano que la esperanza aguarda, es Dios, y no lo espera sino de Dios, al cual y por el cual espera y aspira, esta santa virtud de la esperanza, viniendo a parar, por todas partes, a Dios, es, por lo mismo una virtud divina y teológica.

XVII Que el amor de Esperanza es muy bueno, aunque imperfecto

El amor que practicamos en la esperanza se dirige ciertamente a Dios, pero vuelve a nosotros; tiene su mirada puesta en la divina bondad, pero su objeto es nuestra utilidad; tiende a la suma perfección, pero pretende nuestra satisfacción, es decir, no nos lleva hacia Dios, porque Dios es soberanamente bueno en Sí mismo, sino porque es soberanamente bueno para con nosotros o, en otros términos, es nuestro interés, somos nosotros mismos lo que en él se encuentra.

Luego, el amor que llamamos de esperanza es un amor de concupiscencia, pero de una santa y bien ordenada concupiscencia, por lo cual no atraemos a Dios hacia nosotros ni hacia nuestra utilidad, sino que nos unimos a Él como a nuestra dicha suprema.

Y ésta es la manera como amamos a Dios por la esperanza; no para que sea nuestro bien, sino porque nosotros somos suyos; no como si fuese para nosotros, sino en cuanto nosotros somos para Él.

Amamos a nuestros bienhechores, porque son tales para con nosotros; pero les amamos más o menos, según sean más o menos grandes sus beneficios. ¿Por qué, pues, Teótimo, amamos a Dios con este amor de concupiscencia? Porque es nuestro bien. Más ¿por qué le amamos soberanamente? Porque es nuestro bien sumo.

Ahora bien, cuando digo que amamos soberanamente a Dios, no digo, por esto, que le amamos con amor sumo; pues el sumo amor es el amor de caridad. En la esperanza, el amor es imperfecto, pues no tiende a la bondad infinita en cuanto es tal en sí misma, sino tan sólo en cuanto es tal para nosotros; sin embargo, porque, en esta clase de amor, no existe otro motivo más excelente que el que nace de la consideración del soberano bien, por esto decimos que por él amamos soberanamente, aunque nadie, en verdad, puede, con este sólo amor, ni observar los mandamiento de Dios ni llegar a la vida eterna, porque es un amor más de afecto que de efecto, cuando no va acompañado de la caridad.

XVIII Que el amor se practica en la penitencia, y, en primer lugar, que hay varias clases de penitencia

La penitencia, hablando en general, es un arrepentimiento por el cual se rechaza y se detesta el pecado cometido, con la resolución de reparar, en lo posible, la ofensa y la injuria hecha a aquel contra quien se ha pecado. He incluido en la penitencia el propósito de reparar la ofensa, porque el arrepentimiento no detesta lo bastante el mal cuando permite voluntariamente que subsista su principal efecto, que es la ofensa y la injuria. Ahora bien, deja que subsista, mientras pudiendo repararla, no lo hace.

Dejo aparte, ahora, la penitencia de muchos paganos, los cuales, como atestigua Tertuliano, observaban entre ellos cierta apariencia de esta virtud, pero tan vana e inútil, que, en algunas oca-



siones, llegaban a hacer penitencia por alguna obra buena. No hablo aquí sino de la penitencia virtuosa, la cual, según la diversidad de los motivos de los cuales proviene, es también de diferentes especies.

Existe, ciertamente, una penitencia puramente moral y humana, como la de Alejandro Magno, el cual, habiendo dado muerte a su amado Clito, pensó en dejarse morir de hambre, tan fuerte fue en él la fuerza de la penitencia.

Hay también otra penitencia, que es verdaderamente moral, pero religiosa, y en alguna manera divina, en cuanto procede del conocimiento natural que se tiene de haber ofendido a Dios con el pecado. El bueno de Epitecto deseó morir como un verdadero cristiano (y es muy probable que así acaeció), y entre otras cosas dice que estaría contento si al morir, pudiese decir, levantando las manos a Dios: En nada, en mi cuanto de mí ha dependido, os he injuriado.

Este arrepentimiento, vinculado al conocimiento y al amor de Dios que la naturaleza puede procurar, dependía de la razón natural. Mas, como la razón natural dio más conocimiento que amor a los filósofos, los cuales no glorificaron a Dios de una manera propia relacionada a la noticia que de El tenían; por lo mismo, la naturaleza les comunicó más luz para entender cuan ofendido era Dios por el pecado, que calor para excitar en ellos el arrepentimiento necesario para la reparación de la ofensa.

Podemos, pues, muy bien afirmar, mi querido Teótimo, que la Penitencia es una virtud enteramente cristiana, y en ella estriba i asi toda la filosofía evangélica, según la cual, el que dice que no peca, es un insensato, y el que cree que puede poner remedio al pecado sin penitencia es un loco; porque ésta es la exhortación de las exhortaciones del Señor: *Haced penitencia*[74]. Ahora bien, ved una breve descripción del proceso de esta virtud.

Comenzamos por sentir profundamente que, en cuanto de nosotros depende, ofendemos a Dios con nuestros pecados, despreciándole y deshonrándole, desobedeciéndole y rebelándonos contra a el Señor, quien, a su vez, se siente ofendido, irritado y despreciado, y reprueba y abomina la iniquidad. De este verdadero sentimiento nacen muchos motivos, los cuales, o todos, o en parte, o cada uno en particular, pueden movernos a arrepentimiento.

Otras veces, consideramos la fealdad y la malicia del pecado, i al como la fe nos lo enseña; por ejemplo, consideramos que, por el pecado, la semejanza o la imagen de Dios que resplandece en nosotros, queda manchada y desfigurada, y deshonrada la dignidad de nuestro espíritu.

También, en algunas ocasiones, nos mueve a penitencia la hermosura de la virtud, que nos acarrea tantos bienes, como males el pecado, y nos excitan, muchas veces, los ejemplos de los santos, pues la sola lectura de su vida conmueve a aquellos que no están del todo embrutecidos.

XIX Que la penitencia sin el amor es imperfecta

El temor y los demás motivos de arrepentimiento de que hemos hablado, son buenos en cuanto son el principio de la sabiduría cristiana, que consiste en la penitencia; pero el que, con propósito deliberado no quisiera, en manera alguna, llegar al amor, que es la perfección de la penitencia, ofendería gravemente a Aquel que todo lo ha vinculado a su amor, como al fin de todas las cosas.

El arrepentimiento que excluye el amor de Dios, es infernal y parecido al de los condenados. El arrepentimiento que no rechaza el amor de Dios, aunque todavía no lo contenga, es bueno y deseable, pero es imperfecto, y no puede salvarnos, hasta que llegue a dar alcance al amor y ande mezclado con él, porque, así como dijo el gran Apóstol, que, aunque entregase su cuerpo a las llamas y diese todos sus bienes a los pobres, todo sería inútil sin la caridad, de la misma manera podemos decir, con verdad, que, aunque nuestra penitencia sea tan grande, que su dolor haga derretir en lágrimas nuestros ojos y parta nuestros corazones de pesar, de nada servirá para la vida eterna, si no tenemos el santo amor de Dios.

[74] 54 Mat., IV, 17.



XX Cómo la mezcla del amor con el dolor se realiza en la contrición

Entre las tribulaciones y los pesares de un vivo arrepentimiento, Dios introduce, con mucha frecuencia, en el fondo de nuestro corazón, el fuego sagrado de su amor; después este amor se convierte en agua de muchas lágrimas, las cuales, en virtud de una mueva transformación, se convierten de nuevo en un mayor fuego de amor. De esta manera, la célebre amante arrepentida amó primero a su Salvador, y este amor se convirtió en llanto, y este llanto en un amor más excelente; por lo cual dijo nuestro Señor que se le habían perdonado muchos pecados, porque había amado mucho[75].

La penitencia es un verdadero desagrado, un dolor real, un arrepentimiento; pero, con todo, encierra la virtud y las propiedades del amor, como que proviene de un motivo amoroso, y, por esa propiedad, da la vida de la gracia. Por esta causa, la perfecta penitencia produce dos efectos diferentes; porque, en virtud de su dolor y de la detestación que incluye, nos separa del pecado y de las criaturas, a las cuales el deleite nos había unido; y, en virtud del unitivo amoroso del cual trae su origen, nos reconcilia y nos une con Dios, del cual nos habíamos alejado por el desprecio; de forma que, al mismo tiempo que nos aparta del pecado, en su calidad de arrepentimiento, nos une con Dios, en su calidad de amor.

Este arrepentimiento amoroso se practica, ordinariamente, por ciertas aspiraciones o elevaciones del corazón a Dios, parecidas a las de los antiguos penitentes: Vuestro soy, Señor, salvadme[76]; Tened piedad de mí, Dios mío, tened piedad de mí, ya que mi alma tiene puesta en Vos su confianza[77]. Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma[78]. Trátame como a uno de tus jornaleros[79] Dios mío, ten misericordia de mí, que soy un pecador[80]. No sin razón han dicho algunos que la oración justifica; porque la oración penitente, o el arrepentimiento suplicante, al levantar el alma hacia Dios y al unirla de nuevo con su bondad, obtienen, indudablemente, el perdón, en virtud del santo amor producido por aquel santo movimiento. Debemos, por lo mismo, echar mano de aquellas jaculatorias que suponen un amoroso arrepentimiento y un deseo ansioso de reconciliación con Dios, para que presentando, por su medio, al Salvador nuestra tribulación [81] derramemos nuestras almas delante y dentro de su compasivo corazón, que las escuchará con benevolencia.

XXI Cómo los llamamientos amorosos de Dios nos ayudan y nos acompañan hasta conducirnos a la fe y a la caridad

Entre el primer despertar del pecado o de la incredulidad y la resolución última de creer perfectamente, transcurre, con frecuencia, mucho tiempo, durante el cual se puede orar, como lo hizo el padre del pobre lunático, el cual, según refiere San Marcos, al confesar que creía, es decir, que comenzaba a creer, reconoció, a la vez, que no creía bastante, pues exclamó: Creo, Señor, pero aumentad mi fe[82].

La inspiración celestial viene a nosotros y nos previene, moviendo nuestras voluntades al santo amor de Dios. Si nosotros no la rechazamos, nos envuelve y nos mueve, y nos impele continuamente hacia adelante; si no la dejamos, ella no nos deja sin dejarnos antes en el puerto de la caridad santísima, desempeñando por nosotros los tres oficios que el ángel San Rafael hizo por su amado Tobías; nos

[75] 55 Luc.,VII,47.
[76] Sal., CX VIII, 94.
[77] Sal., LVI, 2.
[78] Sal., LXVIII, 2.
[79] Luc.,XV,19.
[80] Luc, XVIII, 13.
[81] Sal.,CXLI,3.
[82] Marc.,IX,23.

guía en nuestro viaje, por la santa penitencia; nos guarda de los peligros y de los asaltos del demonio, y nos consuela, anima y fortalece en las dificultades.

XXII Breve descripción de la caridad

Has visto, Teótimo, de qué manera Dios, mediante un proceso lleno de suavidad inefable, conduce al alma, a la que Él mismo hace salir del Egipto del pecado, de amor en amor, como de mansión en mansión, hasta hacerla entrar en la tierra prometida, es decir, en la caridad santísima, la cual, por decirlo con una sola palabra, es una amistad, y no un amor interesado; no es una simple amistad, sino una amistad de dilección, por la cual escogemos a Dios, para amarle con un amor particular: porque la caridad ama a Dios por una estima y una preferencia de su bondad, tan alta y tan encumbrada sobre toda otra estima, que es un amor que las fuerzas de la naturaleza, ni humana ni angélica, no pueden producirlo, sino que es el Espíritu Santo quien lo da y lo derrama sobre nuestros corazones[83].

Esta es la causa por la cual la llamamos amistad sobrenatural; pues también la llamamos así, porque se refiere a Dios y tiende hacia El, no según la ciencia natural que tenemos de su bondad, sino según el conocimiento sobrenatural de la fe. Por lo cual, junto a la fe y la esperanza, establece su morada en la cumbre más alta del espíritu y, como reina llena de majestad, se sienta en la voluntad, como en su trono, y desde allí derrama sobre toda el alma sus navidades y dulzuras, haciéndola, por este medio, toda hermosa, grata y amable a la divina bondad, de suerte que, si el alma es un reino en el cual el Espíritu Santo es el rey, la caridad es la reina, *sentada a su diestra, con vestido bordado en oro y engalanada con varios adornos*[84].

Luego, la caridad es un amor de amistad, una amistad de dilección una dilección de preferencia, pero de preferencia incomparable, soberana y sobrenatural, la cual es como un sol en el alma, para embellecerla con sus rayos, en todas sus facultades espi rituales para perfeccionarla, en todas las potencias para regirla, pero, en la voluntad, como en su trono, para residir en ella y hacer que quiera y ame a Dios sobre todas las cosas. ¡OH! ¡Bienaventurado el espíritu en el cual se hubiere derramado este amor, pues *juntamente con él, recibirá todos los bienes*[85].

83 63 Rom., V, 5.
84 64 Sal.,XLIV,10.
85 65 Sab., VII, 11.



LIBRO QUINTO
De los dos principales ejercicios del amor sagrado, que consisten en la práctica de la complacencia y de la benevolencia

I De la sagrada complacencia del amor, y, primeramente, en qué consiste

El amor, como ya hemos dicho, no es otra cosa que el movimiento y el flujo del corazón hacia el bien, por la complacencia que en él siente, de suerte que la complacencia es el gran motivo del amor, como el amor es el gran motivo de la complacencia.

Ahora bien, este movimiento, con respecto a Dios, se practica de esta manera: Sabemos por la fe que la divinidad es un abismo incomprensible de toda perfección, soberanamente infinito en excelencia, infinitamente soberano en bondad. Esta verdad, que la fe nos enseña, es atentamente considerada por nosotros en la meditación, en la cual contemplamos este inmenso cúmulo de bienes que hay en Dios, o bien a la vez como un conjunto de todas las perfecciones, o bien distintamente, considerando sus excelencias una a una, por ejemplo, su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su eternidad, su infinidad.

Cuando hemos logrado que nuestro entendimiento se fije atentamente en la grandeza de los bienes que encierra este divino objeto, es imposible que nuestra voluntad no se sienta tocada de la complacencia en este bien, y, entonces, haciendo uso de nuestra libertad y de la autoridad que tenemos sobre nosotros mismos, movemos a nuestro corazón a que reponga y refuerce su primera complacencia con actos de aprobación y regocijo. ¡Ah — dice entonces el alma devota—, qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres! Eres *todo deseable;* eres el mismo deseo.

De esta manera, aprobando el bien que vemos en Dios, y regocijándonos en él, hacemos el acto de amor que se llama complacencia, porque nos complacemos en el placer divino infinitamente más que en el nuestro; y es este amor el que causaba tan gran contento a los santos, cuando podían enumerar las perfecciones de su amado, y el que les hacía pronunciar con tanta suavidad que Dios era Dios. *Tened entendido* —decían— *que el Señor es Dios*[86].

¡Qué gozo tendremos en el cielo, cuando veremos al amado de nuestros corazones como un mar infinito, cuyas aguas no son sino perfección y bondad! Entonces, como ciervos que, perseguidos y acosados durante mucho tiempo, beben en una fuente cristalina y fresca y atraen hacia sí la frescura de sus ricas aguas, nuestros corazones, al llegar a la fuente abundante y viva de la Divinidad, después de tantos desfallecimientos y deseos, recibirán, por esta complacencia, todas las perfecciones del Amado, gozarán de Él de una manera perfecta, por el contento que en Él sentirán, y se llenarán de delicias inmortales; y, de esta manera, el esposo querido entrará dentro de nosotros, como en su lecho nupcial, para comunicar su gozo eterno a nuestra alma, pues Él mismo ha dicho que, si guardamos la santa ley de su amor, vendrá y hará en nosotros su morada[87].

II Que por la santa complacencia somos hechos como niños en los pechos de nuestro Señor

¡Qué feliz es, el alma que se complace en conocer y saber que Dios es Dios y que su bondad es una bondad infinita! Porque este celestial esposo, por esta puerta de la complacencia, entra en ella y *cena*[88]con nosotros, y nosotros con Él. Nos apacentamos con Él en su dulzura, por el placer que en ella sentimos, y saciamos nuestros corazones en las perfecciones divinas, por el bienestar que en ellas encontramos. Y esta perfección es una cena, por el reposo que a ella sigue, pues la complacencia nos hace reposar dulcemente en la suavidad del bien que nos deleita, del cual hartamos nuestro corazón; porque, como ya lo sabes, Teótimo, el corazón se apacienta de las cosas que le agradan, y así decimos que uno

[86] L Sal.XCIX,3.
[87] 2 Jn., XIV, 23
[88] 3Apoc.,III,20.



se apacienta su honor, otro de riquezas, empleando el lenguaje del Sabio, el cual dijo que *la boca de los necios se alimenta de sandeces*[89], y el de la suma Sabiduría, la cual manifiesta que su *manjar,* o sea su gozo, no es otro que *hacer la voluntad de su Padre*[90].

Venga mi amado a su huerto —dice la Sagrada esposa—, *y coma del fruto de sus manzanos*[91]. Ahora bien, el divino esposo va a su huerto cuando viene al alma devota, pues como quiera que *tiene todas su delicias en estar con los hijos de los hombres*[92], ¿dónde puede tener mejor morada que en la región del espíritu que ha hecho a su imagen y semejanza? En este jardín, Él mismo planta la amorosa complacencia que tenemos en su bondad, y de la cual nos apacentamos; como, asimismo, su bondad se apacenta y se complace en nuestra complacencia. De esta manera, introducimos el corazón de Dios en el nuestro, derrama Él su bálsamo precioso, y así se practica lo que con tanto regocijo dice la sagrada esposa: *Introdújome el rey en su gabinete; saltaremos de contento y nos regocijaremos en Ti, conservando la memoria de tus amores, superiores a las delicias del vino; por eso te aman los rectos de corazón* [93].

¿Cómo es posible ser bueno y no amar tan gran bondad? Los príncipes de la tierra tienen los tesoros en sus arcas y las armas en sus arsenales; mas el príncipe celestial tiene sus tesoros en su seno y sus armas en su pecho, y, puesto que su tesoro y su bondad, lo mismo que sus armas, son sus amores, su seno se parece al de una dulce madre, provisto de tantos atractivos para cautivar al tierno niño, cuanto puede él desear.

¡Cuan deliciosamente siente los perfumes de las infinitas perfecciones del Salvador el alma que, por amor, lo sostiene entre los brazos de sus afectos! ¡Y con qué complacencia dice para sus adentros: He aquí que el olor de mi Dios es como el olor de un jardín florido.

III Que la sagrada complacencia da nuestro corazón a Dios y nos hace sentir un perpetuo deseo en el gozo

El bien infinito pone fin al deseo, cuando causa el gozo, y pone fin al gozo cuando excita el deseo; por lo que no puede ser gozado y deseado al mismo tiempo. Pero el bien infinito hace que reine el deseo en la posesión, y la posesión en el deseo, porque puede satisfacer el deseo con su santa presencia, y darle siempre vida con la grandeza de su excelencia.

Cuando nuestra voluntad ha encontrado a Dios, descansa en Él y siente una suma complacencia, y sin embargo, no deja de sentir un movimiento de deseo, porque, así como desea amar, gusta también de desear; tiene el deseo del amor y el amor del deseo. El reposo del corazón no consiste en que permanezca inmóvil, sino en no tener necesidad de cosa alguna; no estriba en la carencia de todo movimiento, sino en no tener ninguna necesidad de moverse.

Los espíritus condenados están en un eterno movimiento, sin mezcla alguna de tranquilidad; nosotros, los mortales, que andamos todavía en esta peregrinación, unas veces sentimos reposo y, otras, movimiento en nuestros afectos; los espíritus bienaventurados viven siempre en reposo en sus movimientos, y en movimiento en su reposo; sólo Dios está en un reposo sin movimiento, porque es absolutamente un acto puro y substancial. Ahora bien, aunque, según la condición ordinaria de nuestra vida mortal, no tengamos reposo en nuestro movimiento, sin embargo, cuando nos ensayamos en los ejercicios de la vida inmortal, es decir, cuando practicamos los actos del amor santo, encontramos reposo en el movimiento de nuestros afectos, y movimiento en el reposo de la complacencia que sentimos en el amado, recibiendo de esta manera un goce anticipado de la futura felicidad a que aspiramos.

El alma que se ejercita en el amor de complacencia, exclama perpetuamente en su sagrado silencio; Me basta que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa; que viva

89 Prov.,XV, 14.
90 Jn.,IV,34.
91 Cant.,V, 1.
92 Prov.,VIII,31.
93 Cant.,I,3.



yo o que muera poco importa para mí, pues mi amado vive una vida triunfal eternamente. La misma muerte no puede entristecer al corazón que sabe que su soberano amor vive. Bástale al alma que ama que aquel a quien ama más que a sí misma esté colmado de bienes eternos, pues vive más en el que ama que en el que anima, y ya no es ella la que vive, sino su amado en ella[94].

IV De la amorosa compasión, por la cual se explica mejor la complacencia del amor

La compasión, la condolencia, la conmiseración o misericordia no es más que un afecto, que nos hace partícipes de la pena y del dolor de aquel a quien amamos, y atrae hacia nuestro corazón la miseria que padece, por lo cual se llama misericordia, como si dijéramos miseria de corazón; de la misma manera que la complacencia introduce en el corazón del amante el placer y el contento de la cosa amada. El que produce ambos efectos es el amor, el cual, por la virtud que tiene de unir el corazón del que ama con el corazón del que es amado, hace, por este medio, que los bienes y los males de los amigos sean comunes, por lo cual lo que ocurre con la compasión, arroja mucha luz sobre todo cuanto se refiere a la complacencia.

La compasión recibe su grandeza de la del amor que la produce. Así son grandes las penas de las madres por las aflicciones de sus hijos únicos, como lo atestigua con frecuencia la Escritura. ¡Qué compasión en el corazón de Agar por los sufrimientos de Ismael, al que veía en trance de perecer de sed en el desierto! ¡Qué sentimiento el de David por la muerte de su hijo Absalón! ¿Novéis el corazón maternal del gran Apóstol, cuando dice: *enfermo con los enfermos, ardiendo* en el celo por los *escandalizados,* con un *continuo dolor* por la pérdida de los judíos y *muriendo todos los días* por sus queridos hijos espirituales?[95].

Pero considera, sobre todo, cómo el amor atrae todas las penas, todos los tormentos, los trabajos, los sufrimientos, los dolores, las heridas, la pasión, la cruz y la muerte de nuestro Redentor hacia el corazón de su madre santísima[96], por lo que pudo muy bien decir que era para ella *un manojito de mirra* en medio de su corazón[97].
La condolencia recibe también su grandeza de la magnitud de los dolores que padecen las personas amadas; si los males del amigo son extremos, nos causan gran dolor.

Pero la conmiseración crece extraordinariamente en presencia del ser que padece. Por esta causa, la pobre Agar se alejaba de su hijo, que desfallecía, para aliviar, en alguna manera, el dolor de compasión que sentía; *No veré morir a mi hijo*[98], decía. Cristo Nuestro Señor Hora, al ver el sepulcro de su amado Lázaro[99], y a la vista de su querida Jerusalén[100]; y el bueno de Jacob se siente traspasado de dolor ante la vestidura ensangrentada de su hijo José[101].

Ahora bien, otras tantas causas aumentan también la complacencia. A medida que el amigo nos es más querido, produce más placer en nosotros su contento, y su bienestar penetra más en nuestra alma, y, si su bien es excelente, es también muy grande nuestro gozo; mas, cuando llegamos a verle en el goce de este bien, no tiene límites nuestra alegría. Al saber Jacob que su hijo vivía *revivió su espíritu*[102].

Ah —dijo— *ya moriré contento,* mí querido hijo, *porque he visto tu rostro y te dejo vivo*[103]. ¡Qué gozo, Dios mío! ¡Y qué bien lo expresa este anciano! Porque quiere decir con estas palabras: *Ya moriré contento, porque he visto tu rostro,* que su alegría es tan grande que es capaz de hacer que sea gozosa y agradable la misma muerte, que es la más triste y la más horrible de cuantas cosas hay en el

[94] Gal., II, 20.
[95] II Cor., XI, 29; Rom, IX, 2; I Cor., XV, 31.
[96] Luc., II, 35
[97] Cant.,1,12.
[98] Gen., XXI, 16.
[99] Jn., XI, 35.
[100] Luc., XIX, 41.
[101] Gen., XXXVII, 33,34.
[102] 17Gén.,XLV,27.
[103] 18Gén.,XLVI,30.



mundo. *El amor es fuerte como la muerte*[104], y las alegrías del amor vencen las tristezas de la muerte, porque la muerte no las puede matar, sino que las aviva.

V De la condolencia y complacencia del amor en la Pasión de nuestro Señor

Cuando veo a mi Salvador en el monte de los Olivos, con su *alma triste hasta la muerte*[105]. ¡Jesús! exclamo, ¿quién ha podido acarrear estas tristezas mortales al Alma de la vida, sino el que, excitando la conmiseración, ha introducido, por su medio, nuestras miserias en vuestro corazón soberano? Al ver este abismo de angustias y de congojas en este divino amante, ¿cómo puede el alma devota permanecer sin un dolor santamente amoroso? Más, al considerar, por otra parte, que todas las aflicciones de su Amado no proceden de ninguna imperfección ni de falta alguna de fuerzas, sino de la grandeza de su amor, es imposible que, a la vez, no se derrita toda ella de un amor santamente doloroso. Porque, ¿cómo puede una amante fiel contemplar tantos tormentos en su Amado, sin quedar transida, lívida y consumida de dolor?

El amor iguala a los amantes. Yo veo a este querido amante convertido en un *fuego* de amor, que arde entre las *zarzas* espinosas del dolor[106], y me ocurre lo mismo: estoy toda inflamada de amor dentro de las malezas de mis dolores, y soy como un *lirio entre espinas*[107]. ¡Ah! no miréis tan sólo los horrores de mis punzantes dolores, sino mirad también la hermosura de mis agradables amores. Este divino amante padece insoportables dolores, y esto es lo que me entristece y me pasma de angustia; pero también se complace en sufrir, y gusta de estos tormentos y muere contento de morir de dolor por mí. Por esta causa, así como me duelen sus dolores, me encantan sus amores, y no sólo me entristezco con Él, sino también me glorío en Él.

Entonces se practica el dolor del amor y el amor del dolor; entonces la condolencia amorosa y la complacencia dolorosa, *luchando*[108]entre sí acerca de quien tiene más fuerza, ponen al alma en unos pasmos y agonías increíbles y se produce en ella un éxtasis amorosamente doloroso y dolorosamente amoroso. Así aquellas grandes almas, San Francisco y Santa Catalina, sintieron amores no igualados en sus dolores, y dolores incomparables en sus amores, cuando fueron estigmatizados, y saborearon el amor gozoso de padecer por el amigo, que, en grado sumo, había practicado su Salvador en el árbol de la cruz. De esta manera, nace la preciosa unión de nuestro corazón con Dios, la cual, como un Benjamín místico, es a la vez *hija de gozo e hija de dolor*[109].

Es una cosa indecible hasta qué punto desea el Salvador entrar en nuestras almas por este amor de complacencia dolorosa. ¡Ah! —exclama— *ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi purísima, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos*[110]. ¿Qué es este *rocío* y qué es este *relente de la noche,* sino las aflicciones y las penas de la pasión? Quiere, pues, decirnos el divino amor del alma: Yo estoy cargado de las penas y de los sudores de mi Pasión, toda la cual transcurrió en medio de las tinieblas de la noche o en medio de las tinieblas que produjo el sol, cuando se oscureció en la plenitud del mediodía. Abre, pues, tu corazón hacia Mi, como las madreperlas abren sus conchas del lado del sol, y derramaré sobre ti el rocío de mi Pasión, que se convertirá en perlas de consuelo.

VI Del amor de benevolencia a nuestro Señor, que practicamos a manera de deseo

Nosotros no podemos desear con verdadero deseo ningún bien a Dios, porque su bondad es infinitamente más perfecta de lo que podemos desear y pensar. El deseo siempre se refiere a un bien futu-

[104] 19Cant.,VIII,6.
[105] 20Mat.,XXVI,38.
[106] 21Exod.,III,2.
[107] 22Cant.,II,2.
[108] 23 Gen., XXV, 22.
[109] 24 Gen., XXXV, 18.
[110] 25 Cant., V, 2.



ro, y ninguno es futuro para Dios, pues todo bien está en Él eternamente presente, porque la presencia del bien en su divina Majestad no es otra cosa que la divinidad misma. No pudiendo, pues, desear nada para Dios con deseo absoluto, forjamos ciertos deseos imaginarios y condicionales de esta manera: *Señor, vos sois mi Dios,* que, lleno de vuestra infinita bondad, no podéis *necesitar mis bienes*[111] ni otra cosa alguna; mas, si, imaginamos un imposible, pudiese llegar a creer que os falta algún bien, no cesaría nunca de deseároslo, aun a costa de mi vida, de mi ser y de todo cuanto hay en el mundo.

Se practica también una especie de benevolencia con Dios cuando, al considerar que no podemos engrandecerle en sí mismo, deseamos engrandecerle con nosotros, es decir, hacer siempre más y más grande en nosotros la complacencia que sentimos en su bondad. A imitación de la santísima Reina y Madre del amor, cuya sagrada alma *cantaba las magnificencias*[112] y engrandecía al Señor. Y, para que se supiese que este engrandecimiento se hacía por su complacencia en la divina bondad, añadía que *su espíritu estaba transportado de gozo en Dios su Salvador*[113]

VII Cómo el deseo de ensalzar y glorificar a Dios nos aleja de los placeres inferiores y nos hace atentos a las divinas perfecciones

Según lo dicho, el amor de benevolencia excita el deseo de acrecentar más y más, en nosotros, la complacencia que sentimos en la divina bondad; y, para lograr este acrecentamiento, el alma se priva cuidadosamente de todo otro placer. El verdadero amante casi no encuentra placer en cosa alguna fuera de la cosa amada. Así *todas las cosas le parecían basura*[114] y lodo al glorioso San Pablo, en comparación con el Salvador. Y la sagrada esposa es toda ella para su Amado: *Mi Amado es todo para mí y yo soy toda para Él.*[115] Y cuando el alma que siente estos santos afectos encuentra a las criaturas, por excelentes que sean, aunque sean los ángeles, no se detiene en ellas, sino en cuanto las necesita para que la socorran y ayuden en sus deseos. Decidme —les pregunta—, decidme, os lo conjuro, *¿no habéis visto al amado de mi alma?*[116].

Para mejor glorificar a su Amado, el alma anda siempre *en busca de su faz*[117], es decir, con una atención siempre más solícita y ardiente, va dándose cuenta de todos los pormenores de la hermosura y de las perfecciones que hay en Él, progresando continuamente en esta dulce busca de motivos que puedan perpetuamente excitarla a complacerse más y más en la incomprensible bondad que ama. Así David enumera minuciosamente las obras y las maravillas de Dios en muchos de sus salmos celestiales, y la amante sagrada hace desfilar en cánticos divinos, como un ejército bien ordenado, todas las perfecciones de su esposo, una tras otra, para mover a su alma a la santa contemplación, ensalzar, con mayor magnificencia, sus excelencias y someter todos los demás espíritus al amor de su amigo amable[118].

VIII Cómo la santa benevolencia produce la alabanza del divino Amado

Dios, colmado de una bondad que está por encima de toda alabanza y de todo honor, no recibe ninguna ventaja ni acrecentamiento de bien de todas las bendiciones que le tributamos; no es, por ello, más rico ni más grande, ni más feliz, ni tiene mayor contento, porque su dicha, su contento, su grandeza y sus riquezas no consisten ni pueden consistir en otra cosa que en la divina infinidad de su bondad. Con todo, como quiera que, según nuestra ordinaria manera de ver, el honor es considerado como uno de los más grandes efectos de nuestra benevolencia para con los demás, de suerte que, merced a él, no

[111] 26 Sal., XV, 2.
[112] 27 Luc, 1,46.
[113] 28 Luc, 1,47.
[114] 29 FiL, III, 8.
[115] 30 Cant., II, 16.
[116] 31 Cant., III, 3.
[117] 32 Sal. XXVI, 8.
[118] 33 Cant., V, lO y sig.

sólo no suponemos indiferencia alguna en aquellos a quienes honramos, sino que más bien reconocemos que abunda en toda clase de excelencias; de aquí que hagamos objeto de esta benevolencia a Dios, el cual no se limita a agradecerla, sino que la exige, como conforme a nuestra condición, y como cosa tan propia para dar testimonio del amor respetuoso que le debemos, que aún nos manda rendirle y referir a Él todo el honor y toda la gloria.

Así, pues, el alma que se complace mucho en la perfección infinita de Dios, al ver que no puede desear para Él ningún aumento de bondad, porque es ésta infinitamente superior a cuanto se puede desear y aún pensar, desea, alo menos, que su nombre sea bendito, ensalzado, alabado, honrado y adorado más y más; y, comenzando por su propio corazón, no cesa de moverlo a este santo ejercicio, y, como sagrada abeja, anda revoloteando de acá para allá sobre las flores de las obras y de las excelencias divinas, haciendo acopio de una dulce variedad de complacencias, de las que hace nacer y elabora la miel celestial de las bendiciones, alabanzas y honrosas confesiones, con las cuales, en cuanto le es posible, ensalza y glorifica el nombre de su Amado.

Pero este deseo de alabar a Dios que la santa benevolencia excita en nuestros corazones, es insaciable; porque el alma quisiera disponer de alabanzas infinitas, para tributarlas a su Amado, pues ve que sus perfecciones son más que infinitas, y así, sintiéndose muy lejos de poder satisfacer sus deseos, hace supremos esfuerzos de afecto para, en alguna manera, alabar a esta bondad tan laudable, y estos esfuerzos de benevolencia se acrecientan admirablemente por la complacencia; porque según el alma va encontrando bueno a Dios, saborea más y más su dulzura, se complace en su infinita belleza, y quisiera entonar más fuertemente las bendiciones y las alabanzas que le rinde.

El glorioso san Francisco, en medio *del* placer que le causaba el alabar a Dios y el entonar sus cánticos de amor, derramaba abundantes lágrimas y dejaba caer, de puro desfallecimiento, lo que entonces tenía en la mano, permaneciendo, con el corazón desmayado y perdiendo muchas veces el respirar a fuerza de aspirar a las alabanzas de Aquel a quien nunca podía alabar bastante.

IX Cómo la benevolencia nos mueve a llamar a todas las criaturas, para que alaben a Dios

Tocado y apremiado el corazón por el deseo de alabar más de lo que puede a la divina bondad, después de hacer para ello varios esfuerzos, sale muchas veces de sí mismo para invitar a todas las criaturas a que le ayuden en su designio. Así vemos que lo hicieron los tres jóvenes dentro de aquel horno, en su admirable himno de bendiciones, por el cual exhortan a todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos a dar gracias al Dios eterno y alabarle y bendecirle soberanamente. De la misma manera, el glorioso Salmista, después de haber compuesto un gran número de salmos que empiezan así: *alabad a Dios;* de haber discurrido por todas las criaturas, para invitarlas santamente a bendecir a la majestad celestial, y de haber echado mano de una gran variedad de medio y de instrumentos, para celebrar las alabanzas de esta eterna bondad, al fin, como quien pierde el aliento, concluye toda su sagrada salmodia con esta aspiración: *Que todo espíritu alabe al Señor*[119], es decir, todo lo que vive, que no viva ni respire más que para su Creador.

La complacencia atrae las suavidades divinas hacia el corazón, el cual queda tan lleno de ardor, que permanece como desatinado. Pero el amor de benevolencia hace salir nuestro corazón de sí mismo y que se deshaga en deliciosos perfumes, es decir, en toda suerte de santas alabanzas, y no pudiendo, con todo, explayarse cuanto quiera: —exclama— que vengan todas las criaturas a aportar las *flores* de sus bendiciones, las *manzanas* de sus acciones de gracias, de sus honores, de sus adoraciones, para que, en todas partes, se sientan los perfumes derramados a gloria de Aquel cuya infinita dulzura sobrepuja todo honor, y al cual nunca podremos glorificar dignamente.

Ésta es la divina pasión que movió a predicar, tanto y arrostrar tantos peligros a los Javieres, a los Berzeos, a los Antonios y a esta multitud de Jesuitas, de capuchinos, de toda suerte e religiosos y de eclesiásticos, en las Indias, en el Japón, en el Marañón, para hacer conocer, reconocer y adorar el santo nombre de Jesús, en medio de tantos pueblos. Esta es la pasión santa, que ha hecho escribir tantos libros

[119] 34 Sal. CL, 6.

de piedad, fundar tantas iglesias, levantar tantos altares, tantas casas piadosas, en una palabra, que hace velar, trabajar y morir a tantos siervos de Dios entre las llamas del celo que las consume y devora.

X Cómo el deseo de amar a Dios nos hace aspirar al cielo

Cuando el alma enamorada ve que no puede saciar el deseo que siente de alabar a su Amado, mientras vive entre las miserias de este mundo, y sabedora de que las alabanzas, que se tributan en el cielo de la divina bondad, se cantan con un aire incomparablemente más elevado, exclama: ¡Cuan laudables son las alabanzas que los espíritus bienaventurados entonan ante el trono de mi rey celestial! ¡Oh qué dicha oír aquella santísima y eterna melodía, en la cual, por un suavísimo conjunto de voces diferentes y tonos distintos, hacen que resuenen por todos lados perpetuas *aleluyasl*

¡Cuan amable es este templo, donde todo resuena en alabanzas! ¡Qué dulzura para los que viven en esta morada santa, donde tantos ruiseñores celestiales entonan, con una santa emulación de amor, los himnos de la suavidad eterna!

Luego, el corazón que, en este mundo, no puede cantar ni oír a su placer las divinas alabanzas, siente un deseo sin igual de ser liberado de los lazos de esta vida, para partir hacia la otra, donde es perfectamente alabado el amante celestial, y este deseo, una vez dueño del corazón, se hace tan potente y apremiante en el pecho de los sagrados amantes, que, echando fuera los demás deseos, les hace sentir hastío por todas las cosas de la tierra, y hace que el alma desfallezca y enferme de amor, y esta pasión va a veces tan lejos, que, si Dios lo permite, llega a causar la muerte.

He aquí por qué el glorioso y seráfico amante San Francisco, después de haber sido agitado, durante mucho tiempo, por este vehemente deseo de alabar a Dios, en sus últimos años, cuando por una especial revelación obtuvo la certeza de su salud eterna, no podía contener su gozo y se consumía de día en día, como si su vida y su alma se evaporasen, como el incienso, sobre el fuego de las ardientes ansias que tenía de ver a su Señor, para alabarle incesantemente; de suerte que, habiendo estos ardores tomado todos los días mayor incremento, salió su alma del cuerpo por un arranque hacia el cielo. Porque la divina Providencia quiso que muriese pronunciando estas santas palabras: *Saca de esta cárcel a mí alma, oh Señor, para que alabe tu nombre; esperando están los justos el momento en que me des la tranquilidad deseada*[120].

Este santo admirable, como un orador que quiere concluir y cerrar todo su discurso con alguna breve sentencia, puso fin a todos sus anhelos y deseos, de los cuales estas sus últimas palabras fueron como el compendio; palabras a las cuales juntó tan estrechamente su alma, que expiró cuando las pronunciaba. ¡Qué dulce y amable muerte fue aquella!

XI Cómo practicamos el amor de benevolencia en las alabanzas que nuestro Redentor y su Madre dan a Dios

En este santo ejercicio, vamos subiendo de grado en grado, por las criaturas que nos invitan a alabar a Dios, pasando de las insensibles a las racionales e intelectuales, y de la Iglesia militante a la triunfante, en la cual nos remontamos, por los ángeles y los santos, hasta que sobre todos ellos encontramos ala santísima Virgen, que con un tono incomparable alaba y glorifica a Dios más alta, santa y deliciosamente de lo que todas las criaturas juntas jamás podrían hacer.

Por esto el rey celestial la invita particularmente a cantar: *Muéstrame tu faz, amada mía* —dice—, *suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce, y lindo tu rostro*[121].

Mas estas alabanzas, que *esta. Madre del amor hermoso*[122], con todas las criaturas, da a la Divinidad, aunque excelentes y admirables, son, con todo, infinitamente inferiores al mérito de la bondad de

[120] 35Sal.CXLI,8.
[121] 36 Cant., II, 14.
[122] 37Ecl.,XXIV,24.



Dios. Va, pues, ésta más lejos, e invita al Salvador a alabar y glorificar al padre celestial con todas las bendiciones que su amor filial puede inspirarle. Y entonces, Teótimo, el espíritu llega a un punto de silencio, pues no podemos hacer otra cosa que admirarnos. ¡Oh, qué cántico el del Hijo al Padre! ¡Cuan *hermoso es este Amado entre los hijos de los hombres!* ¡Qué dulce es su voz, como que brota de los labios en los cuales *está derramada la plenitud de la gracia!*[123]

Todos los demás están perfumados, pero El es el perfume mismo; todos los demás están embalsamados, pero Él es el mismo bálsamo[124]. El Padre eterno recibe las alabanzas de los demás como el olor de las flores; pero, al oír las bendiciones que el Salvador le da, exclama sin dudar: *He aquí el olor de las alabanzas de mi Hijo, como el olor de un campo florido, el cual bendijo el Señor*[125].

He aquí a este divino amor del Amado, como se pone detrás de la pared de su humanidad[126]; ved como está atisbando por las llagas de su cuerpo y por la hendidura de su costado, como por unas *ventanas y celosías*, a través de las cuales nos *mira.*

Sí, Teótimo, el amor divino sentado sobre el corazón del Salvador, como sobre su trono real, mira por la hendidura de su costado a todos los corazones de los hijos de los hombres.

Si le viésemos tal como es, moriríamos de amor por Él, pues somos mortales, como Él murió por nosotros mientras fue mortal, y como moriría ahora si no fuese inmortal. ¡Oh si oyésemos a este divino corazón cantar con voz de infinita dulzura el cántico de alabanzas a la divinidad! ¡Qué gozo, qué esfuerzos los de nuestro corazón, para lanzarse a oírle para siempre!

Este querido amigo de nuestras almas nos mueve ciertamente a ello: *Ea, levántate* —dice—, *sal de ti misma, levanta el vuelo hacia Mi, paloma mía, hermosa mía*[127], hacia esta morada, donde todo es gozo y donde todas las cosas no respiran sino alabanzas y bendiciones. Todo florece allí[128]; todo esparce dulzuras y perfumes; las *tórtolas* dejan oír sus arrullos por el ramaje; ven, amada mía muy querida, y, para verme mejor, corre a las mismas ventanas por las cuales te miro; ven a contemplar mi corazón en la abertura de mi costado, que fue abierta cuando mi cuerpo, fue tan lastimosamente destrozado en el árbol déla cruz; *ven y muéstrame tu rostro*[129]. *Haz que oiga tu voz*[130], porque quiero juntarla con la mía; así será *lindo tu rostro y dulce tu voz*[131] ¡Qué suavidad en nuestros corazones cuando nuestras voces unidas y mezcladas con la del Salvador participarán de la infinita dulzura de las alabanzas que este Hijo muy amado tributa a su eterno Padre!

XII De la soberana alabanza con que Dios se alaba a sí mismo y del ejercicio de benevolencia que en ella practicamos

Todas las acciones humanas de nuestro Salvador son infinitas en valor y en mérito, por razón de la persona que las produce, que es un mismo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Más no por esto es infinita la naturaleza y la esencia de estas acciones. Porque aunque las hace la persona divina, no las hace según toda la extensión de su infinidad, sino según la grandeza finita de su humanidad, por la cual las hace. De suerte que, así como las acciones humanas de nuestro dulce Salvador son infinitas, en comparación con las nuestras, son, por el contrario, finitas, en comparación con la infinidad esencial de la Divinidad.

Por esta causa, después del primer pasmo causado por la admiración que se apodera de nosotros ante una alabanza tan gloriosa, como lo es la que el Salvador da a su Padre, no podemos dejar de reconocer que la Divinidad todavía es más laudable, pues no puede ser alabada ni por todas las criaturas ni

123 38Sal.,XLIV,3.
124 39Cánt.,I,2.
125 40 Gen., XXVII, 27.
126 41 Cant., II, 9.
127 42 Cant, II, 10.
128 43 Cant., II, 12.
129 44 Cant., II, 14.
130 Cant, II, 14.
131 Cant, II, 14.



por la humanidad misma de su Hijo eterno, sino por sí misma, que es la única que puede dignamente nivelar su suma bondad con una suprema alabanza.

Entonces exclamamos: *Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.* Y, para que se sepa que no es la gloria de las alabanzas creadas la que deseamos a Dios por esta aspiración, sino la gloria esencial y eterna, que tiene en sí mismo, por sí mismo y de sí misma y la cual es Él mismo, añadimos: *Como la tenía en un principio, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.* Como si le dijésemos, al expresar este deseo; Que sea Dios glorificado con la gloria que, antes de toda criatura, tenía en su infinita eternidad y en su eterna infinidad.

Esta es la causa por la cual añadimos este versículo de gloría a cada salmo y a cada cántico, según la costumbre antigua de la Iglesia oriental, cuya introducción en Occidente pidió San Jerónimo al papa San Dámaso, en reconocimiento de que todas las alabanzas humanas y angélicas son demasiado bajas para poder ensalzar dignamente a la divina bondad y que, para que ésta pueda ser dignamente alabada, es menester que sea ella misma su propia gloria, su alabanza, y su bendición.

¡Qué complacencia, qué gozo para el alma que ama, ver su deseo satisfecho, pues su Amado es infinitamente alabado, bendecido y glorificado por sí mismo! Y, aunque al principio el alma amante haya sentido ciertos deseos de poder alabar lo bastante a Dios, con todo, al volver sobre sí misma, reconoce que no puede alabarle cual conviene y permanecer en una humilde complacencia, al ver que la divina bondad es infinitamente laudable y que sólo puede ser suficientemente alabada por su propia infinidad.

Al llegar a este punto, el corazón, en un transporte de admiración, entona el himno del silencio sagrado.

Es así como los serafines de Isaías, cuando adoran y alaban a Dios, *cubren su faz y sus pies*[132], para confesar su insuficiencia en conocer y servir bien a Dios; pues los pies, sobre los cuales andamos, representan la servidumbre, pero *vuelan con dos alas*[133], movidas continuamente por la complacencia y la benevolencia, y su amor toma su descanso en medio de esta dulce inquietud.

El corazón del hombre nunca está tan inquieto como cuando le impiden el movimiento, por el cual se dilata y se contrae sin cesar, y nunca está tan sosegado como cuando se siente libre en sus movimientos; de suerte que su tranquilidad está en el movimiento.

Ahora bien, lo mismo le ocurre al amor de los serafines y de todos los hombres seráficos, porque este amor tiene su descanso en su continuo movimiento de complacencia, por el cual Dios le atrae hacia Sí» como comprimiéndole, y en su movimiento de benevolencia, por el cual se lanza y se arroja todo en Dios. Este amor desearía ver las maravillas de la infinita bondad de Dios, pero *dobla las alas* de este deseo *sobre su rostro,* reconociendo que no lo puede conseguir. Desearía también prestarle algún servicio digno de Él, pero dobla este deseo sobre sus pies, confesando que no puede, y solamente le quedan las *dos alas* de la complacencia y de la benevolencia, con las cuales vuela y se remonta hacia Dios.



[132] Is.,VI,2.
[133] Ibid.



LIBRO TERCERO
Del progreso y de la perfección del amor

I Que el amor sagrado puede aumentar más y más en cada uno de nosotros

El sagrado concilio de Trento afirma que los amigos de Dios, *andando de virtud en virtud,*[134] son cada día renovados, es decir, progresan, por sus buenas obras, en la justicia que han recibido por la divina gracia; y quedan más y más justificados, según estas celestiales enseñanzas; *El justo justifíquese más y más, y el santo más y más se santifique* [135]*. Combate por la justicia hasta la muerte*[136]*.*

En esta escalera el que no sube, baja [137]*;* en este combate, el que no vence es vencido.

Los que corren el estadio, si bien todos corren, uno solo se lleva el premio. Corred, pues, de tal manera que lo ganéis[138]. ¿Cuál es el premio, sino Jesucristo, y cómo podréis lograrlo, si no le seguís? Si le seguís, andaréis y correréis siempre, pues Él nunca se detiene, sino que continúa en su carrera de amor y de *obediencia, hasta la muerte, y muerte de cruz*[139]*.*

Ve, pues, mi querido Teótimo, y no tengas otra meta que la de tu vida, y mientras dure tu vida, corre en pos del Salvador, pero ardorosa y velozmente, porque ¿de qué te servirá el seguirle, si no logras la dicha de alcanzarle? Oigamos al profeta: *Incliné mi corazón a la práctica perpetua de tus justísimos mandamientos*[140]. No dice que los cumplirá durante algún tiempo, sino siempre, y, porque quiere obrar bien eternamente, obtendrá un eterno galardón. *Bienaventurados los que proceden sin mancilla, los que caminan según la ley del Señor*[141]*.*

La verdadera virtud no tiene límites; siempre va más allá, de un modo particular la caridad, que es la virtud de las virtudes, la cual, teniendo un objeto infinito, sería capaz de llegar a serlo, si encontrase un corazón en el cual lo infinito tuviese cabida; pues nada impide que este amor sea infinito sino la condición de la voluntad que lo recibe, condición debida a la cual, así como jamás nadie verá a Dios en la medida que es visible, así nadie podrá amarle en la medida que es amable. El corazón que pudiese amar a Dios con un amor adecuado a la divina bondad, tendría una sola voluntad infinitamente buena, lo cual solamente es propio de Dios. De donde se sigue que la caridad puede, entre nosotros, perfeccionarse indefinidamente, es decir, puede hacerse cada día más excelente, pero nunca puede llegar a ser infinita.

La misma caridad de nuestro Redentor, en cuanto Hombre, aunque es muy grande, y está por encima de cuanto los ángeles y los hombres pueden llegar a comprender, no es, empero, infinita en su ser y en sí misma, sino tan sólo en la estimación de su dignidad y de su mérito, porque es la caridad de una persona de excelencia infinita, es decir, de una persona divina, que es el Hijo eterno del Padre omnipotente.

Es, por lo tanto, un favor extremado hecho a nuestras almas, el que puedan crecer indefinidamente y cada día más en el amor de Dios, mientras están en esta vida caduca.

II Cómo nuestro Señor ha hecho fácil el crecimiento en el amor

[134] Sal.,LXXXIIL8.
[135] Apoc, XXII, 11.
[136] Ecl.,IV,33.
[137] Gen., XXVIII, 12.
[138] 1 Cor., IX, 24.
[139] Fil.,II,8.
[140] Sal.,CXVIII, 112.
[141] Sal.,CXVIII,l.



¿Ves, Teótimo, este *vaso de agua*[142] o este pedazo de pan que un alma santa da a un pobre por amor a Dios? Pues bien, esta acción, ciertamente insignificante y casi indignante consideración, según el juicio humano, es recompensada por Dios, que al instante concede por ella un aumento de caridad.

Digo que es Dios quien hace esto, porque la caridad no crece por sí misma, como el árbol que produce sus ramas y hace, por su propia virtud, que las unas salgan de las otras; al contrario, como quiera que la fe, la esperanza y la caridad son virtudes que tiene su origen en la bondad divina, debemos tener siempre nuestros corazones sueltos e inclinados hacia ella, para impetrar la conservación y el aumento de estas virtudes. *Oh Señor*—nos hace decir la santa Iglesia—, *dadnos aumento de fe, de esperanza y de caridad*[143] a imitación de aquellos que decían al Salvador. *Señor, aumenta nuestra fe*[144], y, según la advertencia de San Pablo, el cual asegura que *poderoso es Dios para colmarnos de todo bien*[145].

Las abejas fabrican la deliciosa miel, que es su obra más preciada; más no por esto la cera fabricada también por ellas, deja de tener su valor y de hacer que su trabajo sea muy recomendable. El corazón amante, se ha de esforzar en hacer las obras con gran fervor, y ha de procurar que sean de un precio muy subido; pero, a pesar de ello, si las hace más pequeñas, no perderá del todo su recompensa, porque Dios se lo agradecerá, es decir, le amará cada vez un poco más, y nunca Dios comienza a amar más aun alma que vive en caridad, sin que, a la vez, se le aumente, pues nuestro amor a Él es el propio y peculiar efecto de su amor a nosotros.

Tal es el amor que Dios tiene a nuestras almas, tal el deseo de hacernos crecer en el amor que debemos profesarle. Su divina dulzura hace que todas nuestras cosas sean útiles; todo lo convierte en bien; hace que redunden en provecho nuestro todos nuestros quehaceres, por humildes y sencillos que sean.

En la esfera de las virtudes morales, las obras pequeñas no acrecientan la virtud de la cual proceden, sino que más bien la disminuyen; porque una gran generosidad perece, cuando comienza a dar cosas de poca monta, y de generosidad se convierta en tacañería. Pero en la economía de las virtudes que estriban en la misericordia divina, sobre todo en la caridad, todas las obras redundan en aumento de las mismas; lo cual no es de maravillar, porque el amor sagrado, como rey de las virtudes, nada tiene, pequeño o grande, que no sea amable, pues el bálsamo, príncipe de los árboles aromáticos, nada posee, ni corteza, ni hojas, que no exhale olor. ¿Y qué puede producir el amor que no sea amor y que no tienda al amor?

III Cómo el alma, que vive en caridad, progresa en ella

Aunque, merced a la caridad derramada en nuestros corazones, podamos andar en la presencia de Dios y progresar en el camino de la salvación, siempre la divina bondad asiste al alma a la cual ha dado su amor, y la sostiene continuamente con su mano. Porque, de esta manera,

1.°, da a conocer mejor la dulzura de su amor para con ella;

2.°, la va animando siempre, más y más;

3.°, la alivia contra las inclinaciones depravadas y contra los malos hábitos contraídos por los pecados pasados;

4.°, y finalmente, la sostiene y defiende contra las tentaciones.

¿Acaso no vemos, oh Teótimo, que, con frecuencia, los hombres sanos y robustos tienen necesidad de que se le excite, para que empleen su fuerza y su vigor, y, por decirlo así, que se les acompañe de la mano hasta la obra? Así, habiéndonos dado Dios su caridad, y, por ella, la fuerza y los medios para adelantar en el camino de la perfección, con todo, su amor no le permite dejarnos solos, sino que le impele a ponerse en camino con nosotros, le insta a que nos inste, mueve su corazón a que mueva e

[142] Mat.,X,42.
[143] Orat. dorn., XIII, post. Pent.
[144] Luc.,XVII,5.
[145] II Cor., IX, 8.



impulse al nuestro a emplear bien la caridad que nos ha dado, mediante la frecuente repetición, con sus inspiraciones, de las advertencias que nos hace San Pablo: *Os exhortamos a no recibir en vano la gracia de Dios*[146]. *Mientras tenemos tiempo hagamos bien a todos*[147]. *Corred de tal manera que ganéis el premio*[148]. Debemos pues hacer cuenta, con frecuencia, que Dios repite a los oídos de nuestro corazón las palabras que decía el santo padre *Abraham: Camina delante de Mí y sé perfecto*[149].

Sobre todo es necesaria una asistencia especial de Dios al alma que tiene puesto el amor santo en empresas señaladas y extraordinarias; porque, si bien la caridad, por pequeña que sea, nos da la suficiente inclinación, y, como creo la fuerza bastante para aspirar y para acometer empresas excelentes y de gran importancia, nuestros corazones tienen necesidad de ser impelidos y levantados por la mano y por el movimiento de este gran Señor. Así S. Antonio y S. Simeón Estilita estaban en caridad y en gracia de Dios, cuando se resolvieron a emprender un género de vida tan levantado, y también la bienaventurada madre Teresa, cuando hizo el voto especial de obediencia; S. Francisco y S. Luis, cuando emprendieron el viaje a ultramar para la gloria de Dios; el bienaventurado Francisco Javier, cuando consagró su vida a la conversión de los indios; S. Carlos, cuando se puso al servicio de los apestados; S. Paulino, cuando se vendió para rescatar el hijo de la pobre viuda: jamás, empero, hubieran tenido arranques tan audaces y generosos, si a la caridad, que estaba en sus corazones, no hubiera añadido Dios las inspiraciones, las advertencias, las luces y las fuerzas especiales, por las cuales les animaba y lanzaba hacia estas proezas de valor espiritual.

¿No veis al joven del Evangelio, al cual nuestro Señor amaba, de lo que se desprende que vivía en caridad?[150]. En manera alguna pensaba en vender todo cuanto tenía para darlo a los pobres y seguir a nuestro Señor. Al contrario, cuando el Salvador le invitó a que hiciese esto, ni siquiera entonces tuvo el valor de realizarlo. Para estas grandes empresas, tenemos necesidad, no sólo de ser inspirados, sino también robustecidos para poner en práctica lo que la inspiración exige de nosotros.

Como también, en las grandes acometidas de las tentaciones extraordinarias, nos es absolutamente necesaria una presencia particular del celestial auxilio. Por esta causa, la santa Iglesia nos hace decir con frecuencia: ¡Moved, oh Señor, nuestros corazones! Te suplicamos, Señor, que prevengas nuestros actos con santas inspiraciones y que con tu auxilio las continúes. ¡Oh Señor, acude presto en nuestra ayuda!; para que, con tales preces, alcancemos la gracia de poder hacer obras excelentes y extraordinarias y de hacer con más frecuencia y con mayor fervor las ordinarias, como también para que podamos resistir con más ardor a las pequeñas tentaciones y combatir valientemente las más fuertes.

IV De la santa perseverancia en el sagrado amor

Así como una tierna madre que lleva consigo a su hijito, le ayuda y le sostiene según lo necesite, unas veces dejándole dar algunos pasos en los lugares llanos y menos peligrosos; otras dándole la mano y aguantándole; otras tomándole en brazos y llevándole; de la misma manera, nuestro Señor tiene un cuidado continuo de la dirección de sus hijos, es decir, de los hombres que viven en caridad, haciéndoles andar delante de Él, dándoles la mano en las dificultades, sosteniéndolos Él mismo en sus penas, pues ve que de otra manera, se les harían insoportables. Lo cual declara por Isaías, cuando dice: *Yo soy el Señor tu Dios,* que te tomo por la mano y te estoy diciendo: *No temas, que Yo soy el que te socorro*[151]. Debemos, pues, con gran ánimo, tener una firmísima confianza en Dios y en sus auxilios, porque, si correspondemos a su gracia, *llevará al cabo la buena obra de nuestra salvación, tal como la ha comenzado*[152], *obrando en nosotros no sólo el querer sino el ejecutar*[153], como lo advierte también el santo concilio de Trento.

[146] II. Cor., VI, 1.
[147] Gál.,VI, 10.
[148] 1Cor., IX, 24.
[149] Gen., XVII, 1.
[150] Mat.,XIX,21.
[151] Is., XVI, 13.
[152] Fil.,I,6.
[153] Fil..II, 13.

En esta dirección que la dulzura de Dios imprime en nuestras almas, desde que son introducidas en la caridad hasta la final consumación de ésta, que no se produce sino en la hora de la muerte, consiste el gran don de la perseverancia, al cual nuestro Señor vincula el gran don de la gloria eterna, según nos ha dicho: *Quien perseverare hasta el fin, éste se salvará*[154]*;* porque este don no es más que el conjunto de los diversos favores, consuelos y auxilios, merced a los cuales nos conservamos en el amor de Dios hasta el fin, como la crianza, la educación y la instrucción de un niño no son otra cosa que una multitud de cuidados, ayudas y socorros, y de varios oficios ejercitados y continuados con él hasta la edad en que ya no los necesita.

Pero esta serie de socorros y favores no es igual en todos los que perseveran, porque en unos es mucho más breve, como en los que se convierten a Dios poco antes de su muerte, tal como le ocurrió al buen ladrón; al dichoso portero que vigilaba a los cuarenta mártires de Sebaste, quien, al ver que uno de ellos perdía el ánimo y dejaba la palma del martirio, se puso en su lugar, y en un momento fue hecho, de una vez, cristiano, mártir y bienaventurado; y a otros mil, de quienes hemos visto o sabido que han tenido la dicha de morir bien, después de haber vivido mal.

No tienen éstos necesidad de una gran variedad de auxilios; al contrario, si no les sobreviene alguna grave tentación, pueden obtener una perseverancia muy breve, con la sola caridad que han recibido y los auxilios, gracias a los cuales se han convertido; porque estos tales llegan al puerto sin navegación y hacen toda su peregrinación de un solo salto, que la omnipotente misericordia de Dios les hace dar tan a propósito, que sus enemigos les ven triunfar, antes de verles combatir, y así su conversión y su perseverancia son casi una misma cosa.

En otros, al contrario, la perseverancia es muy prolongada, como en Santa Ana la profetisa, en San Juan Evangelista, en San Pablo primer ermitaño, en San Hilarión, en San Romualdo, en San Francisco de Paula; para éstos han sido menester mil diversos auxilios, según la variedad de contingencias de su peregrinación y según la duración de ésta.

Siempre, empero, la perseverancia es el don más deseable que podemos esperar en esta vida, el cual, como dice el santo concilio, no es posible recibir sino de Dios, que es el único que puede derribar al que está en pie, y levantar al caído. Por esta causa, hemos de pedirlo continuamente, empleando, a la vez, los medios que Dios nos ha enseñado para conseguirlo, como la oración, el ayuno, la limosna, el uso de los sacramentos, el trato con los buenos, el oír y leer cosas santas.

Y podemos decir con verdad, juntamente con el Apóstol, que *ni la vida, ni la muerte, ni los ángeles, ni lo que hay de más alto ni de más profundo, podrá jamás separamos del amor de Dios que está en Jesucristo nuestro Señor*[155]. Sí, porque ninguna criatura puede arrancarnos de este santo amor; únicamente nosotros podemos dejarlo y abandonarlo, por nuestra propia voluntad, fuera de la cual nada, en este punto, hemos de temer.

V Que la dicha de morir en la divina caridad es un don especial de Dios

Finalmente, habiendo el rey celestial conducido al alma que ama hasta nuestro término de esta vida, todavía la asiste en su dichoso tránsito, por el cual la eleva hasta el tálamo nupcial de la gloria eterna, que es el fruto delicioso de la santa perseverancia. Y entonces, querido Teótimo, esta alma arrebatada toda de amor por su Amado, al representársele la multitud de los favores y de los auxilios con que Dios la ha prevenido y asistido durante esta peregrinación, besa sin cesar esta dulce mano, que la ha traído, conducido y acompañado por este camino, y confiesa que de este divino Salvador ha recibido toda su dicha, pues ha hecho por ella iodo cuanto el patriarca Jacob deseaba para su viaje, después de haber visto la escalera del cielo.

¡Oh Señor! —dice entonces—Vos habéis estado conmigo, y me habéis guardado en el camino por el cual he venido; Vos me habéis dado el pan de vuestros Sacramentos para mi sustento; Vos me habéis vestido el traje nupcial de la caridad; Vos me habéis guiado hasta esta morada de gloria que es

[154] Mat.,X,22.
[155] Rom., VIII, 38,39.

vuestra mansión, oh Padre eterno. ¡Ah Señor! ¿Qué me queda por hacer sino confesar que sois mi Dios por los siglos de los siglos?

Tal es, pues, el orden de nuestra marcha hacia la vida eterna, para cuya ejecución la divina Providencia ha dispuesto, desde la eternidad, la multitud, de gracias necesarias para ello, con la mutua dependencia de unas con respecto a otras.

Ha querido, en primer lugar, con verdadero deseo, que, aun después del pecado de Adán, todos los hombres se salven, pero de una manera y por unos medios adecuados a la condición de su naturaleza dotada de libre albedrío, es decir, ha querido la salvación de todos los que han prestado su consentimiento a las gracias y a los favores que les ha preparado, ofrecido y distribuido con esta intención.

Ahora bien, quiso que, entre estos favores, fuese el primero el de la vocación, y que ésta fuese tan compatible con nuestra libertad, que pudiésemos aceptarla o rechazarla a nuestro arbitrio; a aquellos de quienes previo que la aceptarían, quiso procurarles los santos movimientos de la penitencia; dispuso que se concediese la santa caridad a los que hubiesen de secundar estos movimientos; tomó el acuerdo de dar los auxilios necesarios para perseverar a los poseedores de esta caridad, y a los que habían de aprovecharse de estos divinos auxilios, resolvió otorgarles la perseverancia final y la gloriosa felicidad de su amor eterno.

Podemos, pues, dar razón del orden de los efectos de la Providencia en lo que atañe a nuestra salvación, descendiendo desde el primero hasta el último, es decir, desde el fruto, que es la gloria, hasta la raíz de este hermoso árbol, que es la redención del Salvador; porque la divina bondad da la gloria según sean los méritos, los méritos según la caridad, la caridad según la penitencia, la penitencia según la obediencia a la vocación, y la vocación según la redención del Salvador, en la cual se apoya aquella mística escala de Jacob, que, del eterno Padre, donde los elegidos son recibidos y glorificados, y del lado de la tierra, surge del seno y del costado abierto del Señor, muerto en la cima del Calvario.

Y que este orden en los efectos de la Providencia, con su mutuo enlace, haya sido dispuesto por la voluntad eterna de Dios, aparece atestiguado por la santa Iglesia, en una de sus oraciones solemnes, de esta manera: *Omnipotente y eterno Dios, que de vivos y muertos eres árbitro, y que usas de misericordia con todos aquellos que, por su fe y sus obras, sabes que han de ser tuyos*[156], como si dijese que la gloria, que es la consumación y el fruto de la misericordia divina para con los hombres, sólo está reservada a aquellos que, según la previsión de la divina sabiduría, serán, en el porvenir, fieles a la vocación y abrazarán la fe viva, que obra por la caridad.

En suma, todos estos efectos dependen absolutamente de la redención del Salvador, que los ha merecido para nosotros, en todo rigor de justicia, por la amorosa *obediencia* practicada *hasta la muerte, y muerte de cruz*[157], la cual es la raíz de todas las gracias que recibimos los que somos sus vástagos espirituales, injertados en su tronco. Si, después de injertados, permanecemos[158] en él, llevaremos, sin duda, por la vida de la gracia que nos comunicará, el fruto de la gloria que nos ha sido preparada; pero, si somos como renuevos e injertos cortados de este árbol, es decir, si con nuestra resistencia quebramos la trabazón y el enlace de los efectos de su bondad, no será de maravillar si, al fin, nos arranca del todo y nos arroja *al fuego*[159] eterno, como ramas inútiles.

Es indudable que Dios ha preparado el paraíso para aquellos de quienes ha previsto que han de ser suyos. Seamos, pues, suyos por la fe y por las obras, y Él será nuestro por la gloria; porque, si bien el ser de Dios es un don del mismo Dios, es, empero, un don que Dios a nadie niega; al contrario, lo ofrece a todos, para darlo a los que de buen grado consienten en recibirlo.

Pero, ruégote, Teótimo, que veas con qué ardor desea Dios que seamos suyos, pues con esta intención se ha hecho todo nuestro, dándonos su muerte y su vida: su vida, para que fuésemos exentos de la muerte eterna; y su muerte, para que pudiésemos gozar de la eterna vida. Permanezcamos, pues, en paz, y sirvamos a Dios para ser suyos en esta vida mortal, y aún más en la vida eterna.

[156] 23 Ultima oración de las letanías de los santos.
[157] 24 Fil.,II,8.
[158] 25 Jn.,XV,5.
[159] Jn.,XV,6.



VI Que no podemos llegar a esta perfecta unión de amor con Dios en esta vida mortal

¡Oh Dios mío! —dice San Agustín—, habéis creado mi corazón para Vos y jamás tendrá reposo hasta que descanse en Vos: mas, *¿qué cosa puedo apetecer en el suelo y qué he de desear sobre la tierra? Sí, Señor, porque Vos sois el Dios de mi corazón, y mi herencia por toda la eternidad*[160]. Sin embargo, esta unión, a la cual nuestro corazón aspira, no puede llegar a su perfección en esta vida mortal. Podemos comenzar a amar a Dios en este mundo, pero sólo en el otro le amaremos perfectamente.

La celestial amante lo expresa de una manera muy delicada: *He aquí que encontré al que adora mi alma; asile y no le soltaré hasta haberle hecho entrar en la casa de mi madre, en la habitación de la que me dio la vida*[161]. Encuentra, pues, a su Amado, porque Él le hace sentir su presencia con mil consolaciones; gócese de Él, porque este sentimiento produce vehementes afectos, por los cuales le estrecha contra sí y le abraza; asegura que jamás le soltará. ¡Ah!, no; porque estos afectos se convierten en resoluciones eternas. Con todo no piensa en darle el beso nupcial hasta que esté con Él en la casa de su madre, que, como dice San Pablo, es la celestial Jerusalén, donde, *se celebrarán las bodas del Cordero*[162]. Aquí, en esta vida caduca, el alma está verdaderamente prometida y desposada con el Cordero inmaculado, pero todavía no está casada con Él. La fe y la palabra se dan en este mundo, pero queda diferida la celebración del matrimonio; por esta causa, siempre cabe el desdecirse, aunque jamás haya motivo para ello, pues nuestro Esposo nunca nos dejará, si no le obligamos a ello con nuestra deslealtad y perfidia. Pero, en el cielo, celebradas ya las bodas y consumada esta divina unión, el vínculo de nuestros corazones con nuestro soberano Príncipe será eternamente indisoluble.

VII Que la caridad de los santos, en esta vida mortal, iguala y, aún excede, a veces, a la de los bienaventurados

Cuando, después de los trabajos y de los azares de esta vida mortal, las almas buenas llegan al puerto de la eterna, son elevadas hasta el más alto grado de amor a que pueden llegar, y este final acrecentamiento de amor que se les concede en recompensa de sus méritos, se les reparte, no según una buena medida, sino *según una medida apretada* y *bien colmada, hasta derramarse*[163], como lo dijo nuestro Señor; de suerte que el amor que se da como premio es, en cada uno, mayor que el que se le dio para merecer. Ahora bien, no sólo cada uno en particular tendrá en el cielo un amor que jamás tuvo en la tierra, sino que, además, el ejercicio del más pequeño grado de caridad, en la vida celestial, será mucho más excelente y dichoso, generalmente hablando, que el de la mayor caridad que se haya tenido, se tenga o se pueda tener en esta vida caduca. Porque en el cielo los santos practican el amor incesantemente, sin interrupción alguna, mientras que, en este mundo, los más grandes siervos de Dios, obligados y tiranizados por las necesidades de esta vida de muerte, se ven en el trance de tener que padecer mil y mil distracciones, que, con frecuencia, los desvían del ejercicio del santo amor.

En el cielo, Teótimo; la atención amorosa de los bienaventurados es firme, constante e inviolable, de manera que no puede perecer ni disminuir. Su intención es siempre pura y está exenta de toda confusión con cualquiera otra intención inferior. En una palabra, la felicidad de ver a Dios claramente y de amarle sin variación es incomparable. ¿Y quién podrá jamás igualar el bien, si es que hay alguno, de vivir entre los peligros, las continuas tormentas, los vaivenes y las perpetuas mudanzas que se padecen en el mar, con el contento de estar en un palacio real, donde se encuentran todas las cosas que se pueden desear y donde las delicias sobrepujan todos los deseos?

Hay, pues, mayor contento, mayor suavidad y mayor perfección en el ejercicio del santo amor entre los habitantes del cielo, que entre los peregrinos de esta miserable tierra. Pero también ha habido personas tan dichosas en esta peregrinación, que su caridad ha sido mayor que la de muchos santos que gozan ya en la eterna patria. No es, ciertamente, verosímil que la caridad de San Juan, de los Apóstoles

[160] Sal.,LXXII,25,26.
[161] Cant.,III,4.
[162] Apoc, XIX, 9.
[163] Luc.,VI,38.



y de los varones apostólicos no fuese mayor, aun mientras vivían en este mundo, que la de los niños que, habiendo muerto con sólo la gracia bautismal, gozan de la gloria de la inmortalidad.

No es cosa ordinaria el que los pastores sean más valientes que los soldados, y, sin embargo, David, pequeño pastor, que, al llegar al ejército de Israel, vio que todos eran más diestros que él en el ejercicio de las armas, fue el más valiente de todos[164]. Tampoco es cosa ordinaria el que los hombres mortales tengan más caridad que los inmortales; mas a pesar de ello, ha habido mortales que, siendo inferiores en el ejercicio del amor a los inmortales, los aventajan en la caridad y en el hábito amoroso. Y, así como al comparar un hierro candente con una lámpara encendida, decimos que el hierro tiene más fuego y más calor, y que la lámpara tiene más llama y despide más luz; también, al comparar un niño glorioso con San Juan todavía preso, o con San Pablo todavía cautivo, diremos que el niño en el cielo, tiene más claridad y más luz en el entendimiento, más llama y mayor ejercicio del amor en la voluntad, pero que San Juan y San Pablo tuvieron en la tierra más fuego de caridad y más calor de dilección.

VIII Del incomparable amor de la Madre de Dios Nuestra Señora

En todo y siempre, cuando trazo comparaciones, no es mi intento hablar de la Santísima Virgen madre, Nuestra Señora, porque Ella es la hija de un amor incomparable; es la *única paloma, la toda perfecta*[165]. Esposa, *escogida, como el sol entre los astros*[166]. Y pasando más adelante, creo también que, así como la caridad de esta Madre de amor sobrepuja a la de todos los santos del cielo en perfección, asimismo la ejercitó de una manera mucho más excelente que ellos en esta vida mortal.

Jamás pecó venialmente, según lo estima la Iglesia; nunca hubo mudanzas ni retrasos en el progreso de su amor, antes al contrario, subió de amor en amor con un perpetuo avance; no sintió ninguna contradicción del apetito sensual, por lo que su amor reinó apaciblemente en su alma y produjo todos sus efectos en la medida de sus deseos. La virginidad de su corazón y la de su cuerpo fueron más dignas y más honorables que la de los ángeles. Por esta causa, su espíritu, si se me permite emplear una expresión de San Pablo, no estuvo *dividido*[167] ni repartido, sino que *anduvo solícito por las cosas del Señor y por lo que había de agradar a Dios*[168]. Finalmente, ¿qué no hubo de hacer en el corazón de una tal Madre y para el corazón de un tal Hijo, el amor maternal, el más apremiante, el más activo, el más ardiente de todos, amor infatigable y jamás saciado?

No alegues que esta Virgen estuvo sujeta al sueño, Teótimo. Porque ¿no ves que su sueño es un sueño de amor, de suerte que su mismo Esposo la deja que duerma cuanto le plazca? Atiende bien a estas palabras: *Os conjuro* —dice—, *que no despertéis a mi amada, hasta que ella quiera*[169]. Esta reina celestial jamás dormía sino de amor, pues no concedía ningún reposo a su cuerpo más que para vigorizarlo y hacerlo más apto para mejor servir, después, a su Dios; acto, ciertamente, muy excelente de caridad.

Porque, como dice el gran San Agustín, esta virtud nos obliga a amar convenientemente a nuestros cuerpos, en cuanto son necesarios para la práctica de las buenas obras; forman parte de nuestra persona y han de ser partícipes de la felicidad eterna. Un cristiano ha de amar a su cuerpo como a la imagen viviente del cuerpo del Salvador encarnado, como nacido, con Él, del mismo tronco, y, por consiguiente, como algo que está unido con Él por lazos de parentesco y consanguinidad, sobre todo después de haber renovado la alianza por la recepción real de este divino cuerpo del Redentor, en el adorable sacramento de la Eucaristía, y de habernos dedicado y consagrado a su soberana bondad, por el bautismo, la confirmación y los demás sacramentos.

Mas, la Santísima Virgen, ¡debía amar a su cuerpo virginal, no sólo porque era un cuerpo manso, humilde, puro, obediente al amor santo, y estaba todo perfumado de mil sagradas dulzuras, sino

[164] I Rey.,XVII,38,39.
[165] Cant.. VI, 8.
[166] Cant.. VI, 9.
[167] 1 Cor., VII, 33,34.
[168] 1 Cor., VII, 32.
[169] Cant., II, 7.



también porque era la fuente viva del cuerpo del Salvador y le pertenecía íntimamente por un derecho incomparable! Por esto, cuando entregaba su cuerpo angelical al reposo del sueño, le decía: Descansa, trono de la Divinidad; reposa un poco de tus fatigas y repara tus fuerzas con esta dulce tranquilidad.

¡Qué consuelo oír a San Juan Crisóstomo contar a su pueblo el amor que le tenía! «Cuando la necesidad del sueño —dice—, cierra mis párpados, la tiranía de mi amor a vosotros abre los ojos de mi espíritu; y muchas veces, entre sueños, me ha parecido que os hablaba, porque el alma acostumbra a ver, en sueños, por la imaginación, lo que ha pensado durante el día. Así, cuando no os veo con los ojos de la carne, os veo con los ojos de la caridad.» ¡Ah, dulce Jesús!

¿Qué debía soñar vuestra santísima Madre, mientras dormía y su corazón velaba? Tal vez soñaba, algunas veces, que, así como nuestro Señor había dormido sobre su pecho, como un corderito sobre el blando seno de su madre, de la misma manera dormía Ella en su costado abierto, como blanca paloma *en los agujeros de las peñas*[170]. De suerte que su sueño, en cuanto a la actividad del espíritu, era parecido al éxtasis, aunque, en cuanto al cuerpo, fuese un dulce y agradable alivio y descanso. Y, si alguna vez soñó, los progresos y el fruto de la redención obrada por su Hijo, en favor de los ángeles y de los hombres[171], ¿quién podrá jamás imaginar la inmensidad de tan grandes delicias? ¡Qué coloquios con su querido Hijo! ¡Qué suavidad por todas partes!

El corazón de la Virgen madre permaneció perpetuamente abrasado en el amor que recibió de su Hijo, hasta llegar al cielo, lugar dé su origen; tan cierto es que esta madre es la *Madre del amor hermoso*[172], es decir, la más amable, la más amante y la más amada Madre de este único Hijo, que es también el más amable, el más amante y el más amado de esta única Madre.

IX Preparación para el discurso acerca de la unión de los bienaventurados

El amor triunfante de los bienaventurados en el cielo consiste en la final, invariable y eterna unión del alma con Dios.

La verdad es el objeto de nuestro entendimiento, el cual, por lo mismo, tiene todo su contento en descubrir y conocer la verdad de las cosas, y, según que las verdades sean más excelentes, con más gusto y más atención se aplica a ellas.

Mas, cuando nuestro espíritu, levantado por encima de la luz natural, comienza a ver las sagradas verdades de la fe, el alma se derrite, al oír la palabra de su celestial Esposo, que le parece *más dulce* y más suave *que la miel* de todas las ciencias humanas[173].

¿No es verdad que sentíamos abrasarse nuestro corazón, mientras nos hablaba por el camino?[174] decíanlos dichosos peregrinos de Emaús, hablando de las amorosas llamas de que se sentían tocados por la palabra de la fe. Pues, sí las verdades divinas son tan suaves, propuestas a la sola luz obscura de la fe, ¿qué ocurrirá, cuando las contemplemos a la luz meridiana de la gloria?

Cuando al llegar a la celestial Jerusalén, veremos al gran rey de la gloria, sentado en el trono de la sabiduría, manifestando, con incomprensible claridad, las maravillas y los secretos eternos de su verdad soberana, con tanta luz, que nuestro entendimiento verá presentes las cosas que creyó en este mundo, entonces, mi querido Teótimo, ¡qué éxtasis, qué admiración, qué dulzura! Jamás —diremos en un exceso de suavidad—Jamás hubiéramos creído poder contemplar verdades tan deleitables.

X Que el deseo precedente acrecentará en gran manera la unión de los bienaventurados con Dios

[170] Cant., II, 14.
[171] Gen., XXVIII, 12.
[172] Eccl.,XXIV,24.
[173] Sal.,CXVIII, 103.
[174] Luc, XXIV, 32.



El deseo que precede el gozo hace que el sentimiento de éste sea más agudo y refinado, y, cuanto más apremiante y más fuerte, es el deseo, más agradable y deliciosa es la cosa deseada. ¡Oh Jesús mío! ¡Qué gozo para el corazón humano ver la faz de la Divinidad, faz tan deseada, faz que es el único deseo de nuestras almas! Nuestros corazones tienen una sed que no puede ser extinguida por los goces de la vida mortal. No tengas j amas reposo ni tranquilidad en esta tierra, alma mía, hasta que hayas encontrado las frescas aguas de la vida inmortal y de la Divinidad santísima, que son las únicas que pueden extinguir tu sed y calmar tus deseos.

Imagínate, Teótimo, con el Salmista, aquel ciervo[175] que, acosado por la jauría, siente que le faltan el aliento y los pies, y se arroja con avidez al agua que anda buscando. ¡Con qué ardor se sumerge en este elemento! Parece que gustosamente se derretiría y se convertiría en agua, para gozar más a sus anchas de su frescura. ¡Qué unión la de nuestro corazón allá en el cielo, donde, después de estos deseos infinitos del verdadero bien, jamás saciados en este mundo, encontraremos su verdadero y abundante manantial!

XI De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la divinidad.

Las verdades significadas en la palabra de Dios, son representadas en el entendimiento, como las cosas reflejadas en el espejo son, por el espejo, representadas en el ojo, de forma que, como dice el gran Apóstol, creer *es ver como por un espejo*[176].

Pero, en el cielo, la Divinidad se unirá por sí misma a nuestro entendimiento, sin la interposición de especie ni representación alguna; al contrario, se aplicará y juntará por sí misma a nuestro entendimiento, haciéndosele tan presente, que esta íntima presencia hará las veces de representación y de especie. ¡Qué suavidad, para el entendimiento humano permanecer siempre unido con su soberano objeto, recibiendo no su representación sino su presencia; no una imagen o especie, sino la propia esencia de la divina Verdad! Dios, nuestro padre, no se contenta con hacer que nuestro entendimiento reciba su propia sustancia, es decir, con hacernos ver su divinidad, sino que, además, por un abismo de su dulzura, Él mismo aplica su sustancia a nuestro espíritu, para que la entendamos, no ya en especie o representación, sino en sí misma y por sí misma; de suerte que su sustancia paternal y eterna sirve, ala vez, de especie y de .objeto para nuestro entendimiento. Y entonces quedan realizadas de una manera excelsa estas divinas promesas: *Yo la amamantaré y la llevaré a la soledad, y le hablaré al corazón*[177]*. Congratulaos con Jerusalén y regocijaos con ella, a fin de que, así, saquéis abundante copia de delicias de su consumada gloria. Vosotros seréis llevados a su regazo y acariciados sobre su seno*[178].

Felicidad infinita, de la cual no sólo tenemos las promesas, sino también las prendas en el santísimo sacramento de la Eucaristía, perpetuo banquete de la gracia divina; porque, en ella recibimos la sangre del Salvador en su carne, y su carne, en su sangre, para que sepamos que de la misma manera nos aplicará su esencia divina en el festín eterno de la gloria. Es verdad que, en este mundo, este favor se nos hace realmente, pero encubierto bajo las especies y apariencias sacramentales; pero, allá, en el cielo, la Divinidad se nos dará abiertamente, y la veremos *cara a cara*[179], tal cual es.

XII De la unión eterna de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión del nacimiento eterno del Hijo de Dios

Nuestro entendimiento, Teótimo, verá a Dios; pero, como he dicho, le verá cara a cara, contemplando, merced a la visión de su verdadera y real presencia, la propia esencia divina, y, en ella, sus infinitas bellezas, la omnipotencia, la suma bondad, la omnisciencia, la justicia infinita y todo el abismo de perfecciones.

[175] Sal.,XLI,2.
[176] 1 Cor., XIII, 12.
[177] Os., II, 14.
[178] Is.,LXVI, 10-12.
[179] 1 Cor., XIII, 12.



Verá, pues, claramente, este entendimiento, el conocimiento infinito que, desde toda la eternidad, el Padre ha tenido de su propia hermosura, y cuya extensión, en Sí mismo, pronuncia eternamente el Verbo, palabra y dicción absolutamente única e infinita, que abarcando y representando toda la perfección del Padre, no puede ser sino un mismo y único Dios con Él, sin división ni separación alguna.

Luego este hijo, infinita imagen y figura de su Padre infinito, es un solo Dios absolutamente único e infinito con el Padre, sin que exista ninguna distinción o diferencia de sustancia de personas. Así Dios, que es sólo, no es, por esto, solitario; porque es solo en su única y simplicísima divinidad; pero no es solitario, porque es Padre e Hijo en dos personas. ¡Qué gozo, qué alegría, al celebrar este nacimiento eterno, que se hace *en los esplendores de los santos*[180]*;* o, mejor dicho, al verlo.

El dulcísimo San Bernardo, mozo todavía, estaba, la noche de Navidad, en la iglesia de Chatillón, junto al Sena, aguardando el comienzo de los divinos oficios. Durante esta espera, durmióse ligeramente el buen jovencito, y vio en sueños, en espíritu, pero de una manera muy clara y distinta, como el Hijo de Dios, desposado con la naturaleza humana y hecho niño en las entrañas de su purísima Madre, nacía virginalmente de su sagrado seno con una humilde suavidad mezclada con majestad celestial.

Visión, que de tal manera llenó de gozo el corazón amante de San Bernardo, que conservó de ella, durante toda su vida, un recuerdo en extremo emocionante, de suerte que, si bien durante toda su vida, como una abeja sagrada, recogió siempre de todos los misterios divinos la miel de mil suaves y celestiales consuelos, todavía la solemnidad de este nacimiento le llenaba de una suavidad particular, y hablaba con un placer sin igual de la natividad de su Maestro. Pues bien, si una visión mística e imaginaria del nacimiento temporal y humano del Hijo de Dios, por el cual nacía hombre de una mujer, y virgen de una virgen, arrebató y conmovió tan fuertemente el corazón de un niño, ¿qué ocurrirá, cuando nuestros espíritus gloriosamente iluminados con la claridad de la bienaventuranza, verán aquel nacimiento eterno, por el cual el Hijo procede Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, divina y eternamente? Entonces nuestro espíritu se juntará, por una incomprensible complacencia, a este objeto tan delicioso, y, por una inmutable atención, permanecerá unido a él eternamente.

XIII De la unión de los espíritus bienaventurados con Dios en la visión de la producción del Espíritu Santo

Al ver el Padre eterno la infinita bondad y belleza de su esencia, tan viva, esencial y substancialmente expresada en su Hijo, y recíprocamente, al ver el Hijo que su misma esencia, bondad y belleza está originariamente en su Padre como en su fuente o manantial, ¿es posible que este Padre divino y este Hijo no se amen con un amor infinito, pues su voluntad, con la cual se aman, y su belleza, por cuya causa se aman, son infinitas en el uno y en el otro?

Cuando el amor no nos encuentra iguales, nos iguala; cuando no nos encuentra unidos, nos une. Ahora bien, al encontrarse el Padre y el Hijo no solamente iguales y unidos, sino siendo un mismo Dios, una misma esencia y una misma unidad, ¿cuál no ha de ser el amor que mutuamente se tienen? Mas este amor no transcurre como el amor que las criaturas intelectuales se tienen las unas a las otras o a su Creador. Porque el amor creado es un conjunto de impulsos, suspiros, uniones y vínculos que se entrelazan y forman la continuación del amor mediante una dulce sucesión de movimientos espirituales. Pero el amor divino del Padre eterno a su Hijo se realiza por un solo suspiro, recíprocamente exhalado por el Padre y por el Hijo, que, de esta suerte, permanecen juntamente unidos y ligados.

Y, como quiera que el Padre y el Hijo que suspiran tienen una esencia y una bondad infinita, por la cual suspiran, es imposible que el suspiro no sea infinito, y, como que no puede ser infinito sin que sea Dios, resulta que este espíritu suspirado por el Padre y por el Hijo es verdadero Dios. Y, no habiendo ni pudiendo haber más que un solo Dios, este espíritu es menester que sea una tercera persona divina, la cual, con el Padre y con el Hijo, no sea, sino un solo Dios. Y porque este amor es producido a manera de suspiro o inspiración, se llama Espíritu Santo.



[180] Sal.,CIX,3.



Si la amistad humana es tan agradablemente amable y esparce un olor tan delicioso sobre los que la contemplan, ¿qué será, ver el ejercicio sagrado del recíproco amor del Padre para con el Hijo eterno? San Gregorio Nacianceno nos cuenta que la incomparable amistad que reinaba entre él y su amigo Basilio, era celebrada en toda Grecia, y Tertuliano testificaba que los paganos admiraban el amor más que fraternal que se profesaban los primeros cristianos. ¡Con qué alabanzas y bendiciones será celebrada, con qué admiración será honrada y amada la eterna y soberana amistad del Padre y del Hijo! Nuestro corazón, Teótimo, se hundirá en un abismo de amor y de admiración ante la hermosura y la suavidad del amor que este Padre celestial y este Hijo incomprensible practican divina y eternamente.

XIV Que la santa cruz de la gloria servirá para la unión de los espíritus bienaventurados con Dios

El entendimiento creado verá, pues, la esencia divina sin la interposición de especie o representación alguna; pero sin embargo no la verá sin que alguna excelente claridad le disponga, le lleve y le de fuerzas para que sea capaz de una visión tan alta y de un objeto tan sublime y tan brillante. Porque, así como la lechuza tiene la vista bastante fuerte para ver la luz sombría de la noche serena, pero no para ver la claridad del mediodía, que es demasiado resplandeciente para ser recibida por unos ojos tan turbios y delicados, de la misma manera nuestro entendimiento, que tiene suficiente capacidad para considerar las verdades naturales con sus propios discursos, y aun las cosas sobrenaturales de la gracia, por la luz de la fe, no puede, empero, ni por la luz natural ni por la luz de la fe, alcanzar a ver la sustancia divina en sí misma.

Por esta causa, la suavidad de la sabiduría eterna ha dispuesto no aplicar su esencia a nuestro entendimiento, sin antes haberlo preparado, robustecido y habilitado para recibir una visión tan eminente y tan desproporcionada a su condición natural, como lo es la visión de la divinidad. El sol, soberano objeto de los ojos del cuerpo entre todas las cosas naturales, no se presenta a nuestra vista sin enviar primero sus rayos, por cuyo medio le podemos ver, de suerte que no le vemos sino por su luz.

Sin embargo, hay una gran diferencia entre los rayos que envía a nuestros ojos y la luz que Dios creará en nuestros entendimientos en el cielo; porque el rayo del sol corporal no fortalece nuestros ojos, que son flacos e impotentes para verle, sino que los ciega, deslumbrándolos y desvaneciendo su débil vista; en cambio, esta sagrada luz de la gloria, al encontrar a nuestros entendimientos ineptos e incapaces de ver la divinidad, los eleva, vigoriza y perfecciona de una manera tan excelente, que, por una maravilla incomprensible, miran y contemplan directa y fijamente el abismo de la divina claridad en sí misma, sin quedar deslumbrados y sin cerrarse ante la grandeza infinita de su brillo.

Y así como Dios nos ha dado la luz de la razón, por la cual podemos conocerle como autor de la naturaleza, y la luz de la fe, por la cuál le consideramos como fuente de la gracia, asimismo nos dará la luz de la gloria, por la cual le contemplaremos como fuente de la bienaventuranza y de la vida eterna, pero fuente que no contemplaremos de lejos, como lo hacemos ahora por la fe, sino por la luz de la gloria, sumergidos y abismados en ella.

XV Que la unión de los bienaventurados con Dios tendrá diferentes grados

Esta luz de la gloria, será la que dará la medida a la visión y contemplación de los bienaventurados y, según sea mayor o menor este santo resplandor, veremos más o menos claramente, y por consiguiente más o menos felizmente, la santísima Divinidad, la cual, diversamente contemplada, nos hará diversamente gloriosos. Es verdad que, en este paraíso celestial todos los espíritus ven toda la esencia divina; mas ninguno entre ellos, ni todos juntos, la ven ni pueden verla totalmente, porque, siendo Dios absolutamente único y simplicísimamente indivisible, no se puede ver sin que se vea todo; pero, siendo infinito, sin límite, término, ni medida, no puede haber capacidad alguna, fuera de Él mismo, que pueda jamás comprender o penetrar totalmente la infinidad de su bondad infinitamente esencialmente infinita.

Esta infinidad divina siempre tendrá en grado infinito muchas más excelencias que nosotros suficiencia y capacidad, y nuestro contento será indecible, cuando, después de haber saciado todos los

deseos de nuestro corazón y de haber llenado colmadamente su capacidad con el goce del bien infinito que es Dios, sepamos que, en esta infinidad, todavía quedan infinitas perfecciones para ver, gozar y poseer, que sólo su divina Majestad ve y comprende, pues sólo Ella se comprende a Sí misma.

Y, los espíritus bienaventurados se sienten arrebatados por una doble admiración; por la infinita hermosura que contemplan, y por el abismo de la afinidad que les queda por ver en esta misma hermosura. ¡Dios mío! ¡Qué admirable es lo que ven! Pero, ¡cuánto más lo es lo que no ven! Y, sin embargo, la santísima hermosura que ven, por ser infinita, les satisface y sacia perfectamente, y contentándose con gozar de ella según el lugar que ocupan en el cielo, a causa de la amable providencia divina, que así lo ha dispuesto, convierten el conocimiento que tienen de no poseer y de no poder poseer totalmente su objeto, en una simple complacencia de admiración, merced a la cual tienen un gozo soberano, al ver que la belleza que aman es de tal manera infinita, que no puede ser totalmente conocida sino por sí misma. Porque en esto consiste la divinidad de esta belleza infinita, o la belleza de esta infinita divinidad.

LIBRO CUARTO
De la decadencia y ruina de la caridad

I Que podemos perder la caridad y el amor de Dios mientras estamos en esta vida mortal

No va dirigido este discurso a las grandes almas escogidas, que Dios, por un favor especialísimo, de tal manera sostiene y confirma en su amor, que están fuera de todo peligro de perderlo. Hablamos para el resto de los mortales, a los cuales el Espíritu Santo dirige estas advertencias: *Mire no caiga el que piensa estar firme*[181]. *Mantén lo que tienes*[182]. *Esforzaos para asegurar vuestra vocación por medio de las buenas obras*[183].

Después de lo cual les hace pronunciar esta plegaria: *No me arrojes de tu presencia ni retires de mi tu santo espíritu*[184]*Y no nos dejes caer en la tentación*[185], para que *obren su propia salvación* con un santo *temblor*[186] y un temor saludable; sabiendo que no son constantes y firmes en conservar el amor de Dios; que el primer ángel, con sus secuaces, y Judas, que lo habían recibido, lo perdieron, y, perdiéndolo, se perdieron a sí mismos; que nadie duda de que Salomón, habiéndolo una vez rechazado, se condenó; que Adán, Eva, David, San Pedro, siendo hijos de salvación, no dejaron, empero, por algún tiempo, de decaer en este amor, fuera del cual nadie se salva.

¿Cómo es posible que un alma, que posee el amor de Dios, pueda un día perderlo? Porque donde hay amor hay resistencia al pecado. Y, puesto que el *amor es fuerte como la muerte e implacable como el infierno*[187] *en el combate,* ¿cómo es posible que las fuerzas de la muerte o del infierno, es decir, los pecados, venzan al amor, que, por lo menos, les iguala en fuerza, y les aventaja en los auxilios y en derecho? ¿Cómo se explica que un alma racional, que haya gustado una vez una tan grande dulzura, como lo es la del amor divino, pueda seguir la vanidad de las criaturas?

Mi querido Teótimo, *los mismos cielos se pasman y las puertas celestiales se horrorizan*[188], *y los ángeles de paz*[189] quedan sobrecogidos de admiración ante esta prodigiosa miseria del corazón humano, que deja un bien tan amable, para unirse a unas cosas tan rastreras.

Es imposible ver a la Divinidad y no amarla. Mas, en este mundo, donde sin verla la entrevemos a través de las sombras de la fe, *como en un espejo*[190], nuestro conocimiento no es tan grande que no dé entrada a la sorpresa de otros objetos y bienes aparentes, los cuales, entre las obscuridades que se mezclan con la certeza y la verdad de la fe, se deslizan insensiblemente como *raposinas que están asolando las viñas*[191]. En fin, cuando poseemos la caridad, nuestro libre albedrío anda ataviado con el vestido de bodas, del cual, así como puede estar siempre vestido, si así lo quiere, puede también despojarse, por el pecado.

II Del enfriamiento del alma en el amor sagrado

La caridad está, a veces, tan desfallecida y abatida en el corazón, que casi no se manifiesta por ningún acto, y, sin embargo, no deja de morar toda entera en la suprema región del alma, y esto sucede cuando el santo amor, bajo la multitud de los pecados veniales, como bajo la ceniza, permanece cubierto, con su brillo amortiguado, aunque no apagado ni extinguido; porque, así como la presencia del diamante estorba e impide el ejercicio y la acción de la propiedad que el imán posee para

181 Cor.,X, 12.
182 Apoc, III, 11.
183 II Ped.,1,10.
184 Sal. L, 13.
185 Mat.,VI, 13.
186 Fil.,II, 12.
187 Cant.,Vlll,6.
188 Jer.,II, 12.
189 ls., XXXIII, 7.
190 Cor..XIII, 12.
191 Cant,11,15.



atraer el hierro, sin privarle, con todo, de dicha propiedad, la cual obra en cuanto el impedimento es removido; de la misma manera, la presencia del pecado venial no arrebata a la caridad su fuerza y su potencia para obrar, pero la entorpece, en cierto modo, y la priva del uso de su actividad, de suerte que queda inactiva, estéril e infecunda.

Es cierto que ni el pecado venial ni el afecto al mismo son contrarios a la resolución esencial de la caridad, que es la de preferir a Dios sobre todas las cosas, pues, por este pecado, amamos alguna cosa fuera de razón, pero no contra razón; nos inclinamos, con algún exceso y más de lo que conviene, a la criatura, pero sin preferirla al Creador; nos entretenemos demasiado en las cosas de la tierra, pero no dejamos por ellas las celestiales. En una palabra, este pecado hace que andemos con retraso por el camino de la caridad, pero no nos aparta de él, por lo que, no siendo el pecado venial contrario a la caridad, jamás la destruye, ni en todo ni en parte.

Este afecto, pegándonos demasiado al goce de las criaturas, estorba la intimidad espiritual entre Dios y nosotros, a la cual la caridad, como verdadera amistad, nos incita. Por lo mismo, hace que perdamos los auxilios y los socorros interiores, que son como los espíritus que dan vida y alientos al alma, y de cuya falta proviene la parálisis espiritual, la cual, si no se le pone remedio, nos acarrea la muerte. Porque, en último término, siendo la caridad una cualidad activa, no puede durar mucho tiempo sin obrar o perecer.

Los espíritus viles, perezosos y entregados a los placeres exteriores, no estando instruidos para los combates, ni ejercitados en las armas espirituales no velan casi nunca por la caridad, y, ordinariamente, se dejan sorprender por la culpa mortal; lo cual acontece más fácilmente, cuando el alma, por el pecado venial, está más dispuesta para caer en el pecado mortal.

III Cómo se deja el divino amor por el amor a las criaturas

Esta desgracia, a saber, la de dejar a Dios por la criatura, sobreviene de esta manera. Nosotros no amamos a Dios sin intermitencias, porque, en esta vida mortal, la caridad está en nosotros a manera de simple hábito, del cual, usamos, cuando nos place, y nunca contra nuestro querer. Luego, cuando nosotros no ejercitamos la caridad que poseemos, es decir, cuando no aplicamos nuestro espíritu a las prácticas del amor sagrado, porque lo tenemos distraído en otras ocupaciones, o porque, perezoso de suyo, permanece inútil y negligente, entonces, puede ser tocado de algún objeto malo y sorprendido por alguna tentación.

Esto sucedió a nuestra madre Eva, cuya perdición comenzó por cierto entretenimiento que halló en conversar con la serpiente y en la complacencia que sintió al oírla hablar del acrecentamiento de su ciencia, y al ver la hermosura del fruto prohibido; de suerte que aumentando la complacencia con el entretenimiento y éste con la complacencia, se encontró, al fin, tan comprometida, que, dejándose llevar hasta el consentimiento, cometió el desdichado pecado, al cual arrastró después a su esposo[192]

Si no nos entretuviésemos en la vanidad de los placeres caducos, y, sobre todo, en complacer a nuestro amor propio, sino que, una vez en nuestro poder la caridad, fuésemos cuidadosos de volar directamente hacia donde ella nos lleva, nunca las sugestiones ni las tentaciones harían presa en nosotros.

Dios no quiere impedir que las tentaciones nos combatan, para que, resistiendo, se ejercite más y más la caridad, y pueda, por el combate, reportar la victoria, y, por la victoria, obtener el triunfo. Pero el que tengamos cierta inclinación a deleitarnos en las tentaciones, proviene de la condición de nuestra naturaleza, que ama tanto el bien, que está expuesta a ser atraída por todo lo que de bien tiene alguna apariencia; y lo que la tentación nos ofrece como cebo siempre tiene este aspecto. Porque, como enseñan las sagradas Letras, o es un bien honroso según el mundo, a propósito para provocar *la soberbia de la vida* mundana, o un bien deleitable a los sentidos, para arrastrarnos a la *concupiscencia de la carne,* o un bien útil para enriquecernos y para incitarnos a la avaricia o *concupiscencia de los ojos*[193]. Si nuestra fe fuese tal, que supiese discernir entre los verdaderos bienes, que

---

192 12 Gen., III, l y sig.
193 I Jn. I,16.

podemos procurar, y los falsos, que debemos rechazar, y que estuviese vivamente atenta a sus deberes, entonces sería el seguro centinela de la caridad y le avisaría la presencia del mal que se acerca al corazón, y la caridad lo rechazaría al punto.

Mas, porque nuestra fe está, ordinariamente, dormida, o menos atenta de lo que la conservación de nuestra caridad requiere, somos, con frecuencia, sorprendidos por la tentación, y, al seducir ésta nuestros sentidos, y al incitar éstos la parte inferior de nuestra alma a la rebelión, sucede, muchas veces, que la parte superior de la razón cede al empuje de esta rebeldía, y, cometiendo el pecado, pierde la caridad.

Con todo su séquito, es decir, con todos los dones del Espíritu Santo y demás virtudes celestiales, que son sus inseparables compañeras, si no son sus disposiciones y propiedades; y no queda, en nuestra alma, ninguna virtud de importancia, fuera del don de la fe, que, con su ejercicio, puede hacernos ver las cosas eternas, y el de la esperanza con su acción, los cuales, aunque tristes y afligidos, mantienen en nosotros la calidad y el título de cristiano que se nos confió por el bautismo. ¡Qué espectáculo más lamentable para los ángeles de paz, el ver cómo el Espíritu Santo y su amor salen de las almas pecadoras!

IV Que el amor sagrado se pierde en un momento

El amor a Dios, que nos lleva hasta el desprecio de nosotros mismos, nos hace ciudadanos de la Jerusalén celestial; el amor a nosotros mismos, que nos impele hacia el desprecio de Dios, nos hace esclavos de la Babilonia infernal. Ahora bien, es cierto que hacia el desprecio de Dios caminamos poco a poco; mas cuando llegamos a él, entonces, en seguida y en un instante, la caridad se separa de nosotros, o, mejor dicho, perece eternamente. En este desprecio de Dios consiste el pecado mortal, y un solo pecado mortal ahuyenta la caridad del alma, en cuanto rompe el vínculo y la unión de ésta con Dios, que es la obediencia *y* la *sumisión a su* voluntad. Y, así como el corazón humano no puede estar vivo y partido, tampoco la caridad, que es el corazón del alma y el alma del corazón, nunca puede ser lesionada sin que muera.

Los hábitos que adquirimos sólo por los actos humanos, no perecen por un solo acto contrario, pues nadie dirá que un hombre sea intemperante por haber cometido un solo acto de intemperancia, ni que un pintor no sea un buen artista, por haberse equivocado una vez en su arte; así como todos estos hábitos no se engendran en nosotros sino por la impresión de uña serie de muchos actos, de la misma manera, no los perdemos sino por una prolongada interrupción de sus actos o por una multitud de actos contrarios. Pero la caridad nos es arrebatada en un instante, en seguida que, desviando nuestra voluntad de la obediencia que debemos a Dios, acabamos de consentir en la rebelión y en la deslealtad, a la cual la tentación nos incita.

El Espíritu Santo, una vez ha infundido la caridad en el alma, la acrecienta de grado en grado y de perfección en perfección del amor, siendo la resolución de preferir la voluntad de Dios a todas las cosas, el punto esencial del amor santo.

Luego, cuando nuestro libre albedrío se resuelve a consentir en el pecado, dando muerte, de esta manera, a aquel propósito, la caridad muere con éste, y el alma pierde, en un instante su esplendor, su gracia y su hermosura, que consiste en el santo amor.

V Que la sola causa de la falta o del enfriamiento de la caridad es la voluntad de las criaturas

El sagrado concilio de Trento inculca divinamente a todos los hijos de la Iglesia santa, que la divina gracia nunca falta a los que hacen lo que pueden e invocan el auxilio celestial, y que Dios nunca deja a los que han sido una vez por Él justificados, a no ser que sean ellos los primeros en dejarle, de suerte que, si son fieles a la gracia, conseguirán la gloria.

Todos los hombres somos viajeros, en esta vida mortal; casi todos nos hemos dormido voluntariamente en la iniquidad*; y* Dios, sol de justicia, ha lanzado a manera de dardos, no sólo suficientemente, sino también con abundancia, los rayos de sus inspiraciones sobre todos nosotros, y ha dado calor a nuestros corazones con sus bendiciones, tocando a cada uno con los atractivos de su

amor. ¿Cuál es la causa de que sean tan pocos los que se sienten movidos por estos alicientes y que sean muchos menos los que por ellos se dejan prender?

Ciertamente, los que, siendo atraídos y después movidos, siguen la inspiración, tienen un gran motivo para regocijarse, de ello, mas no para gloriarse. Para regocijarse, porque gozan de un gran bien; mas no para gloriarse, pues todo es por pura bondad de Dios, que, dejando para ellos la utilidad de su beneficio, se reserva la gloria para Sí.

Mas, en cuanto a los que permanecen en el sueño del pecado, ¡con cuánta razón, oh Dios mío, se lamentan, gimen, lloran y se duelen! porque han caído en la más lamentable desdicha; pero sólo tienen razón de dolerse y de quejarse de sí mismos, porque han despreciado y sido rebeldes a la luz, reacios a los atractivos, y se han obstinado contra la inspiración; de suerte que sólo a su malicia deben, para siempre, su maldición y su confusión, pues son los únicos autores de su pérdida, los únicos causantes de su condenación. Así, habiéndose quejado los japoneses a San Francisco Javier, su apóstol, de que Dios, que había tenido tan gran cuidado de otras naciones, parecía haber olvidado a sus predecesores, no habiéndoles concedido su conocimiento, por falta del cual pudieran haberse perdido, respondióles el varón de Dios que, habiendo sido plantada la ley divina natural en el alma de todos los mortales, si sus antepasados la observaron, fueron, sin duda, iluminados por la luz celestial; pero, si la quebrantaron, merecieron ser condenados.

Respuesta apostólica de un hombre apostólico, y enteramente semejante a la razón que el gran Apóstol da de la pérdida de los gentiles, de los cuales dice que *no tienen disculpa, porque habiendo conocido el bien siguieron el mal,*[194] pues esto es, en pocas palabras, lo que inculca a los romanos en el primer capítulo de su epístola. Y desgracia sobre desgracia para los que no conocen que su desgracia proviene de su malicia.

VI Que debemos atribuir a Dios todo el amor que le tenemos

La Iglesia nuestra madre, con un ardiente celo, quiere que atribuyamos a nuestra salvación y los medios para llegar a ella a la sola misericordia del Salvador, para que, así en la tierra como en el cielo, sólo a Él se dé todo el honor y toda la gloria.

¿Qué tienes que no hayas recibido? —dice el Apóstol, hablando de los dones de ciencia, elocuencia y de las demás cualidades de los pastores eclesiásticos—, *y, si lo que tienes lo has recibido, ¿de qué te jactas, como si no lo hubieses recibido?*[195]. Es verdad que todo lo hemos recibido de Dios, pero, por encima de todas las cosas, hemos recibido los bienes sobrenaturales del santo amor.

Si alguno quisiera envalentonarse, por haber hecho algunos progresos en el amor de Dios —le diríamos— ¡infeliz criatura!, estabas desfallecida en tu maldad, sin que te quedasen fuerzas ni vida para levantarte, y Dios, por su infinita misericordia, corrió en tu ayuda, introduciendo en tu corazón su santa inspiración, y tú la recibiste; después, una vez recobraste el sentido, continuó robusteciendo tu espíritu con diversos movimientos y diferentes medios, hasta que derramó en él su caridad, como salud perfecta y vivificadora.

Dime, pues, ahora, ¿qué parte tienes en todo esto para que puedas vanagloriarte? Si Dios no te hubiese prevenido, no hubieras jamás sentido su bondad, ni por consiguiente, consentido en su amor, ni siquiera hubieras tenido un solo buen pensamiento para Él. Su movimiento ha dado su ser y su vida al tuyo, y, si su liberalidad hubiera sido siempre inútil para tu salvación. Confieso que has cooperado a la inspiración con tu consentimiento; pero, tu cooperación ha traído su origen de la acción de la gracia y, a la vez, de tu libre voluntad; así que, si la gracia no hubiese prevenido y llenado tu corazón con su auxilio, jamás hubieras podido ni querido prestar tu cooperación.

Nosotros podemos estorbar los efectos de la inspiración, pero no podemos dárnoslos: ella saca su fuerza y su virtud de la bondad divina, que es el lugar de su origen, y no de la voluntad humana, que es el lugar de su término.

[194] Rom.,1,20,21.
[195] 1 Cor. IV, 7.



Es, pues, la inspiración la que imprime en nuestro libre albedrío la feliz y suave influencia por la cual, no sólo le hace ver la belleza del bien, sino que, además, la enardece, la ayuda, le da fuerzas y la mueve dulcemente, de suerte que por este medio se desliza gustoso del lado del bien.

Sí tenemos algo de amor a Dios, para Él sea el honor y la gloria, que todo lo ha hecho en nosotros de manera que, sin Él, nada se hubiera hecho; y quede para nosotros el provecho y la obligación. Porque esta es la distribución que hace su divina bondad: deja el fruto para nosotros, y reserva para sí el honor y la alabanza; y a la verdad, puesto que nada somos sino por su gracia, nada debemos ser sino para su gloria.

VII Que hemos de evitar toda curiosidad y conformarnos humildemente con la sapientísima providencia de Dios

Es tan débil el espíritu humano, que, cuando quiere investigar con excesiva curiosidad las causas y las razones de la voluntad divina, se embaraza y enreda entre los hilos de mil dificultades, de los cuales, después, no puede desprenderse. Se parece al humo, que, conforme sube, se hace más sutil, y acaba por disiparse. A fuerza de querer remontarnos con nuestros discursos hacia las cosas divinas, por curiosidad, nos *envanecemos en nuestros pensamientos*[196] *y, en lugar de llegar al conocimiento de la verdad, caemos en la locura* de nuestra vanidad[197].

Pero, de un modo particular, respecto a la Providencia divina, somos caprichosos en lo que atañe a los medios que ella reparte para atraernos a su santo amor, y por su santo amor, a la gloria. Porque nuestra temeridad nos impele siempre a indagar por qué Dios da más medios a unos que a otros; por qué atrae a su amor a uno con preferencia a otro.

Dios hace todas las cosas con gran sabiduría, ciencia y razón, pero de suerte que, no habiendo penetrado el hombre en el divino consejo, cuyos juicios y planes están muy por encima de nuestra capacidad, debemos adorar devotamente sus decretos, como sumamente justos, sin indagar los motivos, que reserva para Sí, para mantener nuestro entendimiento en el respeto y en la humildad que se le deben.

San Agustín, en muchos pasajes de sus obras, enseña esta misma práctica: *«Nadie —dice— puede ir hacia el Salvador, si no es atraído. A quién atrae y a quién no atrae; por qué atrae a éste y no atrae a aquél, no quieras juzgarlo, si no quieres errar. Escúchame y procura entenderme. ¿No eres atraído? Ruega, para que lo seas*[198].

Ciertamente, al cristiano que vive de la fe y que no conoce, sino en parte, lo que es perfecto, tiene bastante con saber y creer que Dios no libra a nadie de la condenación, sino por una misericordia gratuita, por Jesucristo nuestro Señor, y que no condena a nadie, sino por su justísima verdad, por el mismo Jesucristo. Pero saber por qué libra a éste más bien que a aquél, que escudriñe quien pueda en esta inmensa profundidad de sus juicios, pero que se guarde del precipicio, pues sus juicios, aunque secretos, no son por esto injustos[199]. Decimos otra vez: *¿Quién eres tú, ho hombre, para reconvenir a Dios?*[200]*. Sus juicios son incomprensibles.* Y añadimos: *No te metas en inquirir lo que está por encima de tu capacidad ni escudriñar aquellas cosas que exceden tus fuerzas* [201]

Siempre me ha parecido admirable y simpática la sabia modestia y la prudentísima humildad del doctor seráfico San Buenaventura, en su discurso acerca de la razón por la cual la divina Providencia destina a los elegidos a la vida eterna.

«Tal vez —dice— *está la razón en la previsión de las buenas obras que hará aquel que es atraído; pero poder decir qué buenas obras son éstas, la previsión de las cuales sirve de motivo a la divina voluntad, ni lo sé claramente, ni quiero escudriñarlo; y no existe más razón que la de cierta congruencia, de suerte que podríamos dar alguna, y ser otra. Por lo mismo, no podemos indicar con certeza ni la verdadera razón ni el verdadero motivo de la voluntad de Dios en este punto; porque,*

[196] Rom., 1,21.
[197] Rom., 1,22.
[198] 1- Tract. XXVI, in Joan.
[199] Ep.CV.
[200] De bono perseq., XXII.
[201] Rom., IX, 20.



aunque la verdad sea certísima, está, con todo, muy lejos de nuestros pensamientos, de manera que nada podemos decir con seguridad, si no es por revelación de Aquel a quien todas las cosas son conocidas. Y, puesto que no era conveniente para nuestra salvación el conocimiento de estos secretos, era útil que los ignorásemos, para conservarnos en humildad; por lo cual Dios no quiso revelarlos, y ni aún el mismo Apóstol se atrevió a investigarlos, sino que, al contrario, reconoció la insuficiencia de nuestro entendimiento a este propósito, cuando exclamó: *¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*[202].

¿Se puede hablar más santamente Teótimo, de un tan santo misterio? Éstas son las palabras de un muy santo y juicioso doctor de la Iglesia.

VIII Exhortación a la amorosa sumisión que debemos a los decretos de la Providencia divina

Las razones de la voluntad divina no pueden ser penetradas por nuestro espíritu, mientras no veamos la faz de Aquel que *abarca fuertemente de un cabo a otro todas las cosas y las ordena todas con suavidad*[203], *disponiéndolo todo en número, pero y medida*[204], por lo que dice el Salmista: *Todo lo has hecho sabiamente*[205].

¡Cuántas veces acontece que ignoramos el cómo y el porqué de las mismas obras de los hombres!

Se cuenta de los indios que se divierten días enteros junto a un reloj, para oír como da las horas a su debido tiempo, y que, al no poder adivinar como se hace aquello, no dicen, empero, que ocurre sin arte ni razón, sino que permanecen arrebatados por el afecto y reverencia que sienten por aquellos que gobiernan los relojes, a los que admiran como a seres sobrehumanos.

Nosotros, vemos también el universo, sobre todo la naturaleza humana, como un reloj, con una variedad tan grande de acciones y movimientos, que no podemos impedir nuestra admiración. Y sabemos, en general, que estas piezas tan diversas sirven todas, o para mostrar, la santísima justicia de Dios, o para manifestar la triunfante misericordia de su bondad, como por un toque de alabanzas. Pero conocer, en particular, el empleo de cada pieza, o cómo está ordenada al fin general, o por qué está hecha de esta manera, no lo podemos entender, si el soberano artífice no nos lo enseña. Ahora bien, para que le admiremos con mayor reverencia, no nos manifestará su arte hasta que nos arrebate, en el cielo, con la suavidad de su sabiduría, cuando en la abundancia de su amor, nos descubra las razones, los medios,[206] los motivos de todo cuanto habrá ocurrido, en este mundo, en provecho de nuestra salvación eterna.

«Nos parecemos —dice el gran Nacianceno— *a los que padecen vértigo o mareo. Parecéis a éstos que todo, en torno suyo, da vueltas de arriba abajo, si bien lo que da vueltas no son los objetos sino su cerebro y su imaginación. Porque, de una manera parecida, cuando ocurren algunos hechos cuyas causas son desconocidas, nos parece que las cosas del mundo andan gobernadas sin razón, porque ignoramos éstas.*

Creamos, pues, que, así como Dios es el autor y el padre de todas las cosas, así también tiene cuidado de ellas por su providencia, la cual abarca toda la máquina de las criaturas; y, sobre todo, creamos que Él preside todos nuestros asuntos, aunque nuestra vida aparezca agitada por tantas contrariedades y accidentes, cuya razón desconocemos, para que, no pudiendo llegar a este conocimiento, admiremos la razón soberana de Dios, que sobrepuja todas las cosas; porque, entre nosotros, suelen ser fácilmente conocidas; mas lo que está por encima de la cumbre de nuestra inteligencia, cuanto más difícilmente se entiende, tanto mas excita nuestra admiración. Ciertamente, las razones de la Providencia serían muy bajas, si estuviesen al alcance de nuestros débiles espíritus; serían menos amables en su suavidad y menos admirables en su majestad, si estuviesen menos alejadas de nuestra capacidad.»

[202] Rom.,XI,33.
[203] Ecl.,III,22.
[204] Rom., XI, 33.
[205] Sab.,VIII,I
[206] Sab.XI,21.



Exclamemos, pues, Teótimo, en todas las ocasiones, pero con un corazón enteramente enamorado de la Providencia, toda sabia, todopoderosa y toda dulce de nuestro Padre eterno: *¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios!*[207]. ¡Oh Señor Jesús, qué excesivas son las riquezas de la bondad divina! Su amor para con nosotros es un abismo incomprensible; por esta causa, nos ha preparado una rica suficiencia o, mejor dicho, una rica abundancia de medios a propósito para salvarnos; y, para aplicárnoslos con suavidad, usa de una gran sabiduría, pues, con su infinita ciencia, prevé y conoce todo cuanto para este fin se requiere. ¡Ah! ¿Qué podemos temer? Antes bien ¿qué no hemos de esperar siendo hijos de un Padre tan rico en bondad para amarnos y querernos salvar, tan sabio para disponer los medios convenientes para ello, tan prudente en aplicarlos, tan bueno en querer, tan clarividente en ordenar, tan prudente en ejecutar?

No permitamos jamás que nuestros espíritus anden revoloteando, por curiosidad, en torno de los juicios divinos; porque, como mariposillas, veremos quemadas nuestras alas y pereceremos en este fuego sagrado.

IX De un cierto rastro de amor, que muchas veces permanece en el alma que ha perdido la santa caridad

La caridad, por la multitud de actos que produce, imprime en nosotros cierta facilidad para amar, y la deja en nosotros, aun después que hemos sido privados de su presencia. Cuando era joven, vi en un pueblo cercano a París, una caverna en la cual había un eco que repetía muchas veces las palabras que pronunciábamos junto a ella.

Si algún ignorante, sin experiencia, hubiese oído aquella repetición de palabras, hubiera creído que algún hombre hablaba desde el fondo. Pero nosotros, por el estudio, sabíamos ya que nadie en la caverna repetía las palabras, sino que tan sólo había allí unos huecos, en uno de los cuales se recogían nuestras voces, y, como no pudiesen pasar más allá, para no extinguirse del todo y aprovechar las fuerzas que les quedaban, producían otras voces, y éstas, reunidas en otro hueco, producían otras, y así sucesivamente, hasta llegar a once repeticiones; pero estas voces, producidas en aquellas concavidades, no eran voces, sino reminiscencias y reflejos de las primeras.

Y, de hecho, había mucha diferencia entre nuestras voces y aquéllas; porque cuando nosotros soltábamos una larga serie de palabras, los ecos sólo repetían algunas, acortaban la pronunciación de las sílabas, que se deslizaban con gran rapidez y con tonos y acentos en nada parecidos a los nuestros, y comenzaban a emitir estas palabras cuando nosotros ya habíamos acabado de pronunciarlas. Resumiendo, no eran voces de un hombre vivo, sino, por decirlo así de una roca, de una roca hueca e inerte, las cuales reproducían tan bien la voz humana, de la cual traían su origen, que cualquier ignorante se hubiera quedado sorprendido y burlado.

Permíteme ahora que te diga: Cuando el santo amor de caridad encuentra un alma manejable y hace en ella larga morada, produce un segundo amor, que no es amor de caridad, aunque tiene en ésta su origen; al contrario, es un amor humano, el cual, empero, de tal manera se parece a la caridad, que, aunque ésta se extinga en el alma, parece que se conserva en ella, por haber dejado tras sí esta su imagen y semejanza que la representa; de manera que un ignorante fácilmente se engañaría.

Sin embargo es muy grande la diferencia entre la caridad y el amor humano que produce en nosotros; porque la voz de la caridad repite, intima y pone en práctica todos los mandamientos de Dios en nuestros corazones, pero el amor humano, que queda después de ella, los repite e intima algunas veces, pero no los practica todos, sino tan sólo algunos: la caridad recoge todas las sílabas, es decir, todas las circunstancias de los mandamientos de Dios; el amor humano siempre deja algunas atrás, sobre todo la de la recta y pura intención.

Y, en cuanto al tono, el de la caridad es muy igual, suave y gracioso; mas el del amor humano siempre sube demasiado en las costas terrenas, baja con exceso en las cosas celestiales, y nunca pone manos a la obra hasta que la caridad ha cesado de hacer la suya. Porque, mientras la caridad vive en el alma, se sirve de este amor humano, que es su engendro, y lo emplea para que le ayude en sus obras; de suerte que, durante este tiempo, las obras de este amor, como las de un siervo, pertene-

[207] Sal.,CIII,24.



cen a la caridad, que es la señora. Más, cuando la caridad se ha alejado, todas las obras de este amor son exclusivamente suyas, y no tienen la estima ni el valor de la caridad; porque el amor humano, en ausencia de la caridad, no tiene ninguna fuerza sobrenatural para mover al alma a los actos excelentes del amor de Dios sobre todas las cosas.

X Cuan peligroso es este amor imperfecto

A la impiedad se llega por ciertos grados y casi nadie cae de repente en la extrema maldad.

Algunos jóvenes hemos visto bien formados en el amor de Dios, los cuales, una vez maleados, no han dejado de dar grandes muestras de su virtud pasada, aun en medio de su desdichada ruina; y, repugnando a los vicios presentes el hábito adquirido mientras vivían en caridad, ha sido difícil, durante *algunos* meses, discernir si tenían o no caridad, si eran virtuosos o viciosos, hasta que el tiempo ha dado claramente a conocer que estos ejercicios virtuosos no nacían de la caridad presente, sino de la caridad pasada; no del amor perfecto, sino del amor imperfecto, que la caridad había ido dejando en pos de sí, como señal de haber tenido en aquellas almas su morada.

Ahora bien, este amor imperfecto es bueno de suyo, porque siendo hijo de la santa caridad y algo perteneciente a su cortejo, no puede ser sino bueno, y habiendo estado al servicio de la caridad, durante la estancia de ésta en el alma, está presto a servirla de nuevo, cuando vuelva, y, aunque no puede realizar los actos propios del amor perfecto, no, por esto, es despreciable, porque esta es la condición de su naturaleza.

Sin embargo, aunque este amor imperfecto es bueno en sí, es, empero, peligroso, pues muchas veces nos contentamos con él, porque, como que tiene muchos rasgos exteriores e interiores propios de la caridad, creemos que es ésta la que poseemos, nos complacemos en él y nos tenemos por santos; y, en medio de esta vana persuasión, los pecados que nos han arrebatado la caridad crecen, aumentan y se multiplican tanto, que acaban por ser dueños de nuestro corazón.

El amor propio nos engaña. Por poco que nos apartemos de la caridad, forja en nuestra apreciación este hábito imperfecto, y nos complacemos en él, como si fuese la verdadera caridad, hasta que algún rayo de luz nos hace ver que nos hemos engañado.

¡Dios mío! ¿No es lástima grande ver cómo un alma, que en su imaginación cree ser santa, y que vive tranquila como si tuviese caridad, descubre, al fin, que su santidad era fingida, que su reposo era un letargo y que su gozo era una ilusión?

XI Manera de reconocer este amor imperfecto

Pero, ¿por qué medio —me dirás—, podré distinguir si es la caridad o el amor imperfecto, el que me comunica los sentimientos de devoción que advierto en mí? Si, examinando en particular los objetos de los deseos, de los afectos, de los planes que actualmente tienes, encuentras alguno que te lleva a contravenir a la voluntad y al beneplácito de Dios por el pecado mortal, entonces está fuera de toda duda que este sentimiento, esta facilidad y esta prontitud que tienes en el servicio de Dios, no procede de otra fuente que del amor humano e imperfecto; porque, si el amor perfecto reinase en ti, rompería con todo afecto, con todo deseo y con todo propósito, cuyo objeto fuese tan imperfecto, y no podría tolerar que su corazón se aficionase a él.

Pero ten en cuenta que he dicho que este examen ha de versar sobre los afectos actuales; porque no hay necesidad de imaginar los que pudiesen surgir después; basta que seamos fieles en las circunstancias del momento, según la diversidad de los tiempos, pues harto tiene cada hora su trabajo y cada día su pena.

Pero si alguna vez quieres ejercitar tu corazón en el valor espiritual, imaginando diversas luchas y asaltos, podrás hacerlo con provecho, con tal que después de estos actos de una valentía imaginaria, que tu corazón habrá realizado, no te juzgues por más valeroso que antes. Porque los hijos de Efraim, que hacían maravillas disparando el arco, en los simulacros de guerra que hacían entre sí, cuando llegó el momento de hacerlo de verdad, *volvieron la espalda en el día del combate*[208] y *no*

[208] Rom., XI, 33. Sal.LXXVII,9.

tuvieron pulso, ni siquiera para colocar las flechas en el arco, ni ánimo para mirar la punta de las de sus enemigos.

Luego, cuando ensayemos el valor, imaginando acontecimientos futuros o tan sólo posibles, si se levanta algún sufrimiento que arguye bondad y fidelidad, demos gracias a Dios, porque este sentimiento nunca puede dejar de ser bueno; pero, a pesar de ello, conservemos siempre la humildad entre la confianza y la desconfianza, esperando que, mediante el auxilio divino, cuando llegue la ocasión haremos lo que hubiéremos imaginado, pero temiendo, a la vez, que según nuestra ordinaria miseria tal vez no haremos nada y perderemos el ánimo.

Pero, si sentimos una desconfianza tan desmesurada, que nos parece que no tendremos ni fuerza, ni valor, y llegamos a caer en la desesperación, apropósito de imaginarias tentaciones, como si no estuviésemos en caridad y gracia de Dios, entonces hemos de hacer una resolución firme, a pesar del desaliento que sintamos, de ser fieles en todo cuanto pueda acontecemos, aun en las tentaciones que nos dan pena; y hemos de confiar en que, cuando lleguen, Dios multiplicará su gracia, doblará sus auxilios y nos ayudará cuanto sea necesario, pues el hecho de que nos parezca que no nos da fuerzas en una guerra imaginaria, no significa que no nos las de cuando llegue la ocasión. Porque, así como muchos han perdido el valor en el combate, otros, en cambio, han cobrado unos alientos y una resolución en presencia del peligro y de la necesidad, que nunca hubieran sentido en su ausencia. De la misma manera, muchos siervos de Dios, al representarse tentaciones no reales, se han espantado, hasta perder el valor, y, en medio de las tentaciones verdaderas, se han portado con la mayor valentía. No es, por lo tanto, necesario, mi querido Teótimo, que siempre sintamos el valor que se requiere para vencer *al león rugiente, que da vueltas en torno nuestro, buscando a quien devorar*[209], porque esto podría fomentar la vanidad y la presunción. Basta que tengamos el buen deseo de combatir valerosamente y una absoluta confianza en que el Espíritu divino nos asistirá con sus auxilios, cuando la ocasión de emplearlos se ofreciere.

[209] I Ped..V,8.



LIBRO QUINTO
De los dos principales ejercicios del amor sagrado, que consisten en la práctica de la complacencia y de la benevolencia

I De la sagrada complacencia del amor, y, primeramente, en qué consiste

El amor, como ya hemos dicho, no es otra cosa que el movimiento y el flujo del corazón hacia el bien, por la complacencia que en él siente, de suerte que la complacencia es el gran motivo del amor, como el amor es el gran motivo de la complacencia.

Ahora bien, este movimiento, con respecto a Dios, se practica de esta manera: Sabemos por la fe que la divinidad es un abismo incomprensible de toda perfección, soberanamente infinito en excelencia, infinitamente soberano en bondad. Esta verdad, que la fe nos enseña, es atentamente considerada por nosotros en la meditación, en la cual contemplamos este inmenso cúmulo de bienes que hay en Dios, o bien a la vez como un conjunto de todas las perfecciones, o bien distintamente, considerando sus excelencias una a una, por ejemplo, su omnipotencia, su sabiduría, su bondad, su eternidad, su infinidad. Cuando hemos logrado que nuestro entendimiento se fije atentamente en la grandeza de los bienes que encierra este divino objeto, es imposible que nuestra voluntad no se sienta tocada de la complacencia en este bien, y, entonces, haciendo uso de nuestra libertad y de la autoridad que tenemos sobre nosotros mismos, movemos a nuestro corazón a que reponga y refuerce su primera complacencia con actos de aprobación y regocijo. ¡ Ah — dice entonces el alma devota—, qué hermoso eres, amado mío, qué hermoso eres! Eres *todo deseable;* eres el mismo deseo.

De esta manera, aprobando el bien que vemos en Dios, y regocijándonos en él, hacemos el acto de amor que se llama complacencia, porque nos complacemos en el placer divino infinitamente más que en el nuestro; y es este amor el que causaba tan gran contento a los santos, cuando podían enumerar las perfecciones de su amado, y el que les hacía pronunciar con tanta suavidad que Dios era Dios. *Tened entendido* —decían— *que el Señor es Dios*.[210]

¡Qué gozo tendremos en el cielo, cuando veremos al amado de nuestros corazones como un mar infinito, cuyas aguas no son sino perfección y bondad! Entonces, como ciervos que, perseguidos y acosados durante mucho tiempo, beben en una fuente cristalina y fresca y atraen hacia sí la frescura de sus ricas aguas, nuestros corazones, al llegar a la fuente abundante y viva de la Divinidad, después de tantos desfallecimientos y deseos, recibirán, por esta complacencia, todas las perfecciones del Amado, gozarán de Él de una manera perfecta, por el contento que en Él sentirán, y se llenarán de delicias inmortales; y, de esta manera, el esposo querido entrará dentro de nosotros, como en su lecho nupcial, para comunicar su gozo eterno a nuestra alma, pues Él mismo ha dicho que, si guardamos la santa ley de su amor, vendrá y hará en nosotros su morada[211]

II Que por la santa complacencia somos hechos como niños en los pechos de nuestro Señor

¡Qué feliz es, el alma que se complace en conocer y saber que Dios es Dios y que su bondad es una bondad infinita! Porque este celestial esposo, por esta puerta de la complacencia, entra en ella y *cena* [212]con nosotros, y nosotros con Él. Nos apacentamos con Él en su dulzura, por el placer que en ella sentimos, y saciamos nuestros corazones en las perfecciones divinas, por el bienestar que en ellas encontramos. Y esta perfección es una cena, por el reposo que a ella sigue, pues la complacencia nos hace reposar dulcemente en la suavidad del bien que nos deleita, del cual hartamos nuestro corazón; porque, como ya lo sabes, Teótimo, el corazón se apacienta de las cosas que le agradan, y así decimos que uno se apacienta de honor, otro de riquezas, empleando el lenguaje del Sabio, el

210 1 Sal. XCIX, 3.
211 Jn.,XIV, 23
212 Apoc, III, 20..



cual dijo que *la boca de los necios se alimenta de sandeces*[213], y el de la suma Sabiduría, la cual manifiesta que su *manjar,* o sea su gozo, no es otro que *hacer la voluntad de su Padre*[214].

Venga mi amado a su huerto —dice la Sagrada esposa—, *y coma del fruto de sus manzanos*[215]. Ahora bien, el divino esposo va a su huerto cuando viene al alma devota, pues como quiera que *tiene todas su delicias en estar con los hijos de los hombres*[216], ¿dónde puede tener mejor morada que en la región del espíritu que ha hecho a su imagen y semejanza? En este jardín, Él mismo planta la amorosa complacencia que tenemos en su bondad, y de la cual nos apacentamos; como, asimismo, su bondad se apacenta y se complace en nuestra complacencia. De esta manera, introducimos el corazón de Dios en el nuestro, derrama Él su bálsamo precioso, y así se practica lo que con tanto regocijo dice la sagrada esposa: *Introdújome el rey en su gabinete; saltaremos de contento y nos regocijaremos en Ti, conservando la memoria de tus amores, superiores a las delicias del vino; por eso te aman los rectos de corazón*[217] -

¿Cómo es posible ser bueno y no amar tan gran bondad? Los príncipes de la tierra tienen los tesoros en sus arcas y las armas en sus arsenales; mas el príncipe celestial tiene sus tesoros en su seno y sus armas en su pecho, y, puesto que su tesoro y su bondad, lo mismo que sus armas, son sus amores, su seno se parece al de una dulce madre, provisto de tantos atractivos para cautivar al tierno niño, cuanto puede él desear.

¡Cuan deliciosamente siente los perfumes de las infinitas perfecciones del Salvador el alma que, por amor, lo sostiene entre los brazos de sus afectos! ¡Y con qué complacencia dice para sus adentros: He aquí que el olor de mi Dios es como el olor de un jardín florido.

III Que la sagrada complacencia da nuestro corazón a Dios y nos hace sentir un perpetuo deseo en el gozo

El bien infinito pone fin aL deseo, cuando causa el gozo, y pone fin al gozo cuando excita el deseo; por lo que no puede ser gozado y deseado al mismo tiempo. Pero el bien infinito hace que reine el deseo en la posesión, y la posesión en el deseo, porque puede satisfacer el deseo con su santa presencia, y darle siempre vida con la grandeza de su excelencia.

Cuando nuestra voluntad ha encontrado a Dios, descansa en Él y siente una suma complacencia, y sin embargo, no deja de sentir un movimiento de deseo, porque, así como desea amar, gusta también de desear; tiene el deseo del amor y el amor del deseo. El reposo del corazón no consiste en que permanezca inmóvil, sino en no tener necesidad de cosa alguna; no estriba en la carencia de todo movimiento, sino en no tener ninguna necesidad de moverse.

Los espíritus condenados están en un eterno movimiento, sin mezcla alguna de tranquilidad; nosotros, los mortales, que andamos todavía en esta peregrinación, unas veces sentimos reposo y, otras, movimiento en nuestros afectos; los espíritus bienaventurados viven siempre en reposo en sus movimientos, y en movimiento en su reposo; sólo Dios está en un reposo sin movimiento, porque es absolutamente un acto puro y substancial. Ahora bien, aunque, según la condición ordinaria de nuestra vida mortal, no tengamos reposo en nuestro movimiento, sin embargo, cuando nos ensayamos en los ejercicios de la vida inmortal, es decir, cuando practicamos los actos del amor santo, encontramos reposo en el movimiento de nuestros afectos, y movimiento en el reposo de la complacencia que sentimos en el amado, recibiendo de esta manera un goce anticipado de la futura felicidad a que aspiramos.

El alma que se ejercita en el amor de complacencia, exclama perpetuamente en su sagrado silencio; Me basta que Dios sea Dios, que su bondad sea infinita, que su perfección sea inmensa; que viva yo o que muera poco importa para mí, pues mi amado vive una vida triunfal eternamente. La misma muerte no puede entristecer al corazón que sabe que su soberano amor vive. Bástale al alma

213 Prov.,XV, 14
214 Jn.,IV,34.
215 Cant, V, 1.
216 Prov.,VIII,31.
217 Cant., 1,3.



que ama que aquel a quien ama más que a sí misma esté colmado de bienes eternos, pues vive más en el que ama que en el que anima, y ya no es ella la que vive, sino su amado en ella[218].

IV De la amorosa compasión, por la cual se explica mejor la complacencia del amor

La compasión, la condolencia, la conmiseración o misericordia no es más que un afecto, que nos hace partícipes de la pena y del dolor de aquel a quien amamos, y atrae hacia nuestro corazón la miseria que padece, por lo cual se llama misericordia, como si dijéramos miseria de corazón; de la misma manera que la complacencia introduce en el corazón del amante el placer y el contento de la cosa amada. El que produce ambos efectos es el amor, el cual, por la virtud que tiene de unir el corazón del que ama con el corazón del que es amado, hace, por este medio, que los bienes y los males de los amigos sean comunes, por lo cual lo que ocurre con la compasión, arroja mucha luz sobre todo cuanto se refiere a la complacencia.

La compasión recibe su grandeza de la del amor que la produce. Así son grandes las penas de las madres por las aflicciones de sus hijos únicos, como lo atestigua con frecuencia la Escritura. ¡Qué compasión en el corazón de Agar por los sufrimientos de Ismael, al que veía en trance de perecer de sed en el desierto! ¡Qué sentimiento el de David por la muerte de su hijo Absalón! ¿Novéis el corazón maternal del gran Apóstol, cuando dice: *enfermo con los enfermos, ardiendo* en el celo por los *escandalizados,* con un *continuo dolor* por la pérdida de los judíos y *muriendo todos los días* por sus queridos hijos espirituales?[219].

Pero considera, sobre todo, cómo el amor atrae todas las penas, todos los tormentos, los trabajos, los sufrimientos, los dolores, las heridas, la pasión, la cruz y la muerte de nuestro Redentor hacia el corazón de su madre santísima[220], por lo que pudo muy bien decir que era para ella *un manojito de mirra* en medio de su corazón[221].

La condolencia recibe también su grandeza de la magnitud de los dolores que padecen las personas amadas; si los males del amigo son extremos, nos causan gran dolor.

Pero la conmiseración crece extraordinariamente en presencia del ser que padece. Por esta causa, la pobre Agar se alejaba de su hijo, que desfallecía, para aliviar, en alguna manera, el dolor de compasión que sentía; *No veré morir a mi hijo* [222], decía. Cristo Nuestro Señor Hora, al ver el sepulcro de su amado Lázaro[223], y a la vista de su querida Jerusalén [224]; y el bueno de Jacob se siente traspasado de dolor ante la vestidura ensangrentada de su hijo José [225].

Ahora bien, otras tantas causas aumentan también la complacencia. A medida que el amigo nos es más querido, produce más placer en nosotros su contento, y su bienestar penetra más en nuestra alma, y, si su bien es excelente, es también muy grande nuestro gozo; mas, cuando llegamos a verle en el goce de este bien, no tiene límites nuestra alegría. Al saber Jacob que su hijo vivía *revivió su espíritu* [226].

Ah —dijo— *ya moriré contento,* mí querido hijo, *porque he visto tu rostro y te dejo vivo*[227]. ¡Qué gozo, Dios mío! ¡Y qué bien lo expresa este anciano! Porque quiere decir con estas palabras: *Ya moriré contento, porque he visto tu rostro,* que su alegría es tan grande que es capaz de hacer que sea gozosa y agradable la misma muerte, que es la más triste y la más horrible de cuantas cosas hay en el mundo. *El amor es fuerte como la muerte*[228], y las alegrías del amor vencen las tristezas de la muerte, porque la muerte no las puede matar, sino que las aviva.

[218] Gal., II, 20.
[219] II Cor., XI, 29; Rom, IX, 2; I Cor., XV, 31.
[220] Luc.,11,35
[221] Cant.,1,12.
[222] Gen., XXI, 16.
[223] Jn., XI, 35.
[224] Luc.,XIX,41.
[225] Gén., XXXVII, 33,34.
[226] Gén.,XLV,27.
[227] Gén.,XLVI,30.
[228] Cant., VIII, 6.

V De la condolencia y complacencia del amor en la Pasión de nuestro Señor

Cuando veo a mi Salvador en el monte de los Olivos, con su *alma triste hasta la muerte* [229] ¡Jesús! exclamo, ¿quién ha podido acarrear estas tristezas mortales al Alma de la vida, sino el que, excitando la conmiseración, ha introducido, por su medio, nuestras miserias en vuestro corazón soberano? Al ver este abismo de angustias y de congojas en este divino amante, ¿cómo puede el alma devota permanecer sin un dolor santamente amoroso? Más, al considerar, por otra parte, que todas las aflicciones de su Amado no proceden de ninguna imperfección ni de falta alguna de fuerzas, sino de la grandeza de su amor, es imposible que, a la vez, no se derrita toda ella de un amor santamente doloroso. Porque, ¿cómo puede una amante fiel contemplar tantos tormentos en su Amado, sin quedar transida, lívida y consumida de dolor?

El amor iguala a los amantes. Yo veo a este querido amante convertido en un *fuego* de amor, que arde entre las *zarzas* espinosas del dolor[230], y me ocurre lo mismo: estoy toda inflamada de amor dentro de las malezas de mis dolores, y soy como un *lirio entre espinas*[231]. ¡Ah! no miréis tan sólo los horrores de mis punzantes dolores, sino mirad también la hermosura de mis agradables amores. Este divino amante padece insoportables dolores, y esto es lo que me entristece y me pasma de angustia; pero también se complace en sufrir, y gusta de estos tormentos y muere contento de morir de dolor por mí. Por esta causa, así como me duelen sus dolores, me encantan sus amores, y no sólo me entristezco con Él, sino también me glorío en Él.

Entonces se practica el dolor del amor y el amor del dolor; entonces la condolencia amorosa y la complacencia dolorosa, *luchando*[232]entre sí acerca de quien tiene más fuerza, ponen al alma en unos pasmos y agonías increíbles y se produce en ella un éxtasis amorosamente doloroso y dolorosamente amoroso. Así aquellas grandes almas, San Francisco y Santa Catalina, sintieron amores no igualados en sus dolores, y dolores incomparables en sus amores, cuando fueron estigmatizados, y saborearon el amor gozoso de padecer por el amigo, que, en grado sumo, había practicado su Salvador en el árbol de la cruz. De esta manera, nace la preciosa unión de nuestro corazón con Dios, la cual, como un Benjamín místico, es a la vez *hija de gozo e hija de dolor* [233]

Es una cosa indecible hasta qué punto desea el Salvador entrar en nuestras almas por este amor de complacencia dolorosa. ¡Ah! —Exclama— *ábreme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, mi purísima, porque está llena de rocío mi cabeza y del relente de la noche mis cabellos*[234]. ¿Qué es este *rocío* y qué es este *relente de la noche,* sino las aflicciones y las penas de la pasión? Quiere, pues, decirnos el divino amor del alma: Yo estoy cargado de las penas y de los sudores de mi Pasión, toda la cual transcurrió en medio de las tinieblas de la noche o en medio de las tinieblas que produjo el sol, cuando se oscureció en la plenitud del mediodía. Abre, pues, tu corazón hacia Mi, como las madreperlas abren sus conchas del lado del sol, y derramaré sobre ti el rocío de mi Pasión, que se convertirá en perlas de consuelo.

VI Del amor de benevolencia a nuestro Señor, que practicamos a manera de deseo

Nosotros no podemos desear con verdadero deseo ningún bien a Dios, porque su bondad es infinitamente más perfecta de lo que podemos desear y pensar. El deseo siempre se refiere a un bien futuro, y ninguno es futuro para Dios, pues todo bien está en Él eternamente presente, porque la presencia del bien en su divina Majestad no es otra cosa que la divinidad misma. No pudiendo, pues, desear nada para Dios con deseo absoluto, forjamos ciertos deseos imaginarios y condicionales de esta manera: *Señor, vos sois mi Dios,* que, lleno de vuestra infinita bondad, no podéis *necesitar mis bienes* [235] ni otra cosa alguna; mas, si, imaginamos un imposible, pudiese llegar a creer que os falta

[229] Mat.,XXVI,38.
[230] Exod., III, 2.
[231] Cant., II, 2.
[232] Gen., XXV, 22
[233] Gen., XXXV, 18. ,
[234] Cant., V, 2.
[235] Sal., XV, 2.



algún bien, no cesaría nunca de deseároslo, aun a costa de mi vida, de mi ser y de todo cuanto hay en el mundo.

Se practica también una especie de benevolencia con Dios cuando, al considerar que no podemos engrandecerle en sí mismo, deseamos engrandecerle con nosotros, es decir, hacer siempre más y más grande en nosotros la complacencia que sentimos en su bondad. A imitación de la santísima Reina y Madre del amor, cuya sagrada alma *cantaba las magnificencias*[236] y engrandecía al Señor. Y, para que se supiese que este engrandecimiento se hacía por su complacencia en la divina bondad, añadía que *su espíritu estaba transportado de gozo en Dios su Salvador*[237]

VII Cómo el deseo de ensalzar y glorificar a Dios nos aleja de los placeres inferiores y nos hace atentos a las divinas perfecciones

Según lo dicho, el amor de benevolencia excita el deseo de acrecentar más y más, en nosotros, la complacencia que sentimos en la divina bondad; y, para lograr este acrecentamiento, el alma se priva cuidadosamente de todo otro placer. El verdadero amante casi no encuentra placer en cosa alguna fuera de la cosa amada. Así *todas las cosas le parecían basura*[238] y lodo al glorioso San Pablo, en comparación con el Salvador. Y la sagrada esposa es toda ella para su Amado: *Mi Amado es todo para mí y yo soy toda para Él*[239]. Y cuando el alma que siente estos santos afectos encuentra a las criaturas, por excelentes que sean, aunque sean los ángeles, no se detiene en ellas, sino en cuanto las necesita para que la socorran y ayuden en sus deseos. Decidme —les pregunta—, decidme, os lo conjuro, *¿no habéis visto al amado de mi alma?*[240].

Para mejor glorificar a su Amado, el alma anda siempre *en busca de su faz*[241], es decir, con una atención siempre más solícita y ardiente, va dándose cuenta de todos los pormenores de la hermosura y de las perfecciones que hay en Él, progresando continuamente en esta dulce busca de motivos que puedan perpetuamente excitarla a complacerse más y más en la incomprensible bondad que ama.

Así David enumera minuciosamente las obras y las maravillas de Dios en muchos de sus salmos celestiales, y la amante sagrada hace desfilar en cánticos divinos, como un ejército bien ordenado, todas las perfecciones de su esposo, una tras otra, para mover a su alma a la santa contemplación, ensalzar, con mayor magnificencia, sus excelencias y someter todos los demás espíritus al amor de su amigo amable[242].

VIII Cómo la santa benevolencia produce la alabanza del divino Amado

Dios, colmado de una bondad que está por encima de toda alabanza y de todo honor, no recibe ninguna ventaja ni acrecentamiento de bien de todas las bendiciones que le tributamos; no es, por ello, más rico ni más grande, ni más feliz, ni tiene mayor contento, porque su dicha, su contento, su grandeza y sus riquezas no consisten ni pueden consistir en otra cosa que en la divina infinidad de su bondad.

Con todo, como quiera que, según nuestra ordinaria manera de ver, el honor es considerado como uno de los más grandes efectos de nuestra benevolencia para con los demás, de suerte que, merced a él, no sólo no suponemos indiferencia alguna en aquellos a quienes honramos, sino que más bien reconocemos que abunda en toda clase de excelencias; de aquí que hagamos objeto de esta benevolencia a Dios, el cual no se limita a agradecerla, sino que la exige, como conforme a nuestra condición, y como cosa tan propia para dar testimonio del amor respetuoso que le debemos, que aún nos manda rendirle y referir a Él todo el honor y toda la gloria.

[236] Luc.,I,46.
[237] Luc.,1,47.
[238] Fil.,III,8.
[239] Cant.,II,16.
[240] Cant, III, 3
[241] Sal. XXVI, 8.
[242] Cant,V, 10 y sig.

Así, pues, el alma que se complace mucho en la perfección infinita de Dios, al ver que no puede desear para Él ningún aumento de bondad, porque es ésta infinitamente superior a cuanto se puede desear y aún pensar, desea, alo menos, que su nombre sea bendito, ensalzado, alabado, honrado y adorado más y más; y, comenzando por su propio corazón, no cesa de moverlo a este santo ejercicio, y, como sagrada abeja, anda revoloteando de acá para allá sobre las flores de las obras y de las excelencias divinas, haciendo acopio de una dulce variedad de complacencias, de las que hace nacer y elabora la miel celestial de las bendiciones, alabanzas y honrosas confesiones, con las cuales, en cuanto le es posible, ensalza y glorifica el nombre de su Amado.

Pero este deseo de alabar a Dios que la santa benevolencia excita en nuestros corazones, es insaciable; porque el alma quisiera disponer de alabanzas infinitas, para tributarlas a su Amado, pues ve que sus perfecciones son más que infinitas, y así, sintiéndose muy lejos de poder satisfacer sus deseos, hace supremos esfuerzos de afecto para, en alguna manera, alabar a esta bondad tan laudable, y estos esfuerzos de benevolencia se acrecientan admirablemente por la complacencia; porque según el alma va encontrando bueno a Dios, saborea más y más su dulzura, se complace en su infinita belleza, y quisiera entonar más fuertemente las bendiciones y las alabanzas que le rinde.

El glorioso san Francisco, en medio *del* placer que le causaba el alabar a Dios y el entonar sus cánticos de amor, derramaba abundantes lágrimas y dejaba caer, de puro desfallecimiento, lo que entonces tenía en la mano, permaneciendo, con el corazón desmayado y perdiendo muchas veces el respirar a fuerza de aspirar a las alabanzas de Aquel a quien nunca podía alabar bastante.

IX Cómo la benevolencia nos mueve a llamar a todas las criaturas, para que alaben a Dios

Tocado y apremiado el corazón por el deseo de alabar más de lo que puede a la divina bondad, después de hacer para ello varios esfuerzos, sale muchas veces de sí mismo para invitar a todas las criaturas a que le ayuden en su designio. Así vemos que lo hicieron los tres jóvenes dentro de aquel horno, en su admirable himno de bendiciones, por el cual exhortan a todo cuanto hay en el cielo, en la tierra y en los abismos a dar gracias al Dios eterno y alabarle y bendecirle soberanamente. De la misma manera, el glorioso Salmista, después de haber compuesto un gran número de salmos que empiezan así: *alabad a Dios;* de haber discurrido por todas las criaturas, para invitarlas santamente a bendecir a la majestad celestial, y de haber echado mano de una gran variedad de medio y de instrumentos, para celebrar las alabanzas de esta eterna bondad, al fin, como quien pierde el aliento, concluye toda su sagrada salmodia con esta aspiración: *Que todo espíritu alabe al Señor*[243], es decir, todo lo que vive, que no viva ni respire más que para su Creador.

La complacencia atrae las suavidades divinas hacia el corazón, el cual queda tan lleno de ardor, que permanece como desatinado. Pero el amor de benevolencia hace salir nuestro corazón de sí mismo y que se deshaga en deliciosos perfumes, es decir, en toda suerte de santas alabanzas, y no pudiendo, con todo, explayarse cuanto quiera: —exclama— que vengan todas las criaturas a aportar las *flores* de sus bendiciones, las *manzanas* de sus acciones de gracias, de sus honores, de sus adoraciones, para que, en todas partes, se sientan los perfumes derramados a gloria de Aquel cuya infinita dulzura sobrepuja todo honor, y al cual nunca podremos glorificar dignamente.

Ésta es la divina pasión que movió a predicar, tanto y arrostrar tantos peligros a los Javieres, a los Berzeos, a los Antonios y a esta multitud de Jesuitas, de capuchinos, de toda suerte e religiosos y de eclesiásticos, en las Indias, en el Japón, en el Marañón, para hacer conocer, reconocer y adorar el santo nombre de Jesús, en medio de tantos pueblos. Esta es la pasión santa, que ha hecho escribir tantos libros de piedad, fundar tantas iglesias, levantar tantos altares, tantas casas piadosas, en una palabra, que hace velar, trabajar y morir a tantos siervos de Dios entre las llamas del celo que las consume y devora.

X Cómo el deseo de amar a Dios nos hace aspirar al cielo

[243] Sal. CL, 6.

Cuando el alma enamorada ve que no puede saciar el deseo que siente de alabar a su Amado, mientras vive entre las miserias de este mundo, y sabedora de que las alabanzas, que se tributan en el cielo de la divina bondad, se cantan con un aire incomparablemente más elevado, exclama: ¡Cuan laudables son las alabanzas que los espíritus bienaventurados entonan ante el trono de mi rey celestial! ¡Oh qué dicha oír aquella santísima y eterna melodía, en la cual, por un suavísimo conjunto de voces diferentes y tonos distintos, hacen que resuenen por todos lados perpetuas *aleluyas*.

¡Cuan amable es este templo, donde todo resuena en alabanzas! ¡Qué dulzura para los que viven en esta morada santa, donde tantos ruiseñores celestiales entonan, con una santa emulación de amor, los himnos de la suavidad eterna!

Luego, el corazón que, en este mundo, no puede cantar ni oír a su placer las divinas alabanzas, siente un deseo sin igual de ser liberado de los lazos de esta vida, para partir hacia la otra, donde es perfectamente alabado el amante celestial, y este deseo, una vez dueño del corazón, se hace tan potente y apremiante en el pecho de los sagrados amantes, que, echando fuera los demás deseos, les hace sentir hastío por todas las cosas de la tierra, y hace que el alma desfallezca y enferme de amor, y esta pasión va a veces tan lejos, que, si Dios lo permite, llega a causar la muerte.

He aquí por qué el glorioso y seráfico amante San Francisco, después de haber sido agitado, durante mucho tiempo, por este vehemente deseo de alabar a Dios, en sus últimos años, cuando por una especial revelación obtuvo la certeza de su salud eterna, no podía contener su gozo y se consumía de día en día, como si su vida y su alma se evaporasen, como el incienso, sobre el fuego de las ardientes ansias que tenía de ver a su Señor, para alabarle incesantemente; de suerte que, habiendo estos ardores tomado todos los días mayor incremento, salió su alma del cuerpo por un arranque hacia el cielo. Porque la divina Providencia quiso que muriese pronunciando estas santas palabras: *Saca de esta cárcel a mí alma, oh Señor, para que alabe tu nombre; esperando están los justos el momento en que me des la tranquilidad deseada*[244].

Este santo admirable, como un orador que quiere concluir y cerrar todo su discurso con alguna breve sentencia, puso fin a todos sus anhelos y deseos, de los cuales estas sus últimas palabras fueron como el compendio; palabras a las cuales juntó tan estrechamente su alma, que expiró cuando las pronunciaba. ¡Qué dulce y amable muerte fue aquella!

XI Cómo practicamos el amor de benevolencia en las alabanzas que nuestro Redentor y su Madre dan a Dios

En este santo ejercicio, vamos subiendo de grado en grado, por las criaturas que nos invitan a alabar a Dios, pasando de las insensibles a las racionales e intelectuales, y de la Iglesia militante a la triunfante, en la cual nos remontamos, por los ángeles y los santos, hasta que sobre todos ellos encontramos ala santísima Virgen, que con un tono incomparable alaba y glorifica a Dios más alta, santa y deliciosamente de lo que todas las criaturas juntas jamás podrían hacer.

Por esto el rey celestial la invita particularmente a cantar: *Muéstrame tu faz, amada mía* —dice—, *suene tu voz en mis oídos, pues tu voz es dulce, y lindo tu rostro*[245].

Mas estas alabanzas, que *esta Madre del amor hermoso* [246] con todas las criaturas, da a la Divinidad, aunque excelentes y admirables, son, con todo, infinitamente inferiores al mérito de la bondad de Dios. Va, pues, ésta más lejos, e invita al Salvador a alabar y glorificar al padre celestial con todas las bendiciones que su amor filial puede inspirarle. Y entontes, Teótimo, el espíritu llega a un punto de silencio, pues no podemos hacer otra cosa que admirarnos. ¡Oh, qué cántico el del Hijo al Padre! ¡Cuan *hermoso es este Amado entre los hijos de los hombres!* ¡Qué dulce es su voz, como que brota de los labios en los cuales *está derramada la plenitud de la gracia!* [247]. Todos los demás están perfumados, pero El es el perfume mismo; todos los demás están embalsamados, pero Él es el mismo bálsamo[248]. El Padre eterno recibe las alabanzas de los demás como el olor de las flores; pero,

[244] Sal. CXLI, 8.
[245] Cant., II, 14.
[246] Ecl.,XXIV,24.
[247] Sal.,XLIV,3.
[248] Cánt.,I,2.

al oír las bendiciones que el Salvador le da, exclama sin dudar: *He aquí el olor de las alabanzas de mi Hijo, como el olor de un campo florido, el cual bendijo el Señor*[249].

He aquí a este divino amor del Amado, como se pone detrás de la pared de su humanidad [250]; ved como está atisbando por las llagas de su cuerpo y por la hendidura de su costado, como por unas *ventanas y celosías,* a través de las cuales nos *mira.*

Sí, Teótimo, el amor divino sentado sobre el corazón del Salvador, como sobre su trono real, mira por la hendidura de su costado a todos los corazones de los hijos de los hombres.

Si le viésemos tal como es, moriríamos de amor por Él, pues somos mortales, como Él murió por nosotros mientras fue mortal, y como moriría ahora si no fuese inmortal. ¡ Oh si oyésemos a este divino corazón cantar con voz de infinita dulzura el cántico de alabanzas a la divinidad! ¡Qué gozo, qué esfuerzos los de nuestro corazón, para lanzarse a oírle para siempre! Este querido amigo de nuestras almas nos mueve ciertamente a ello: *Ea, levántate* —dice—, *sal de ti misma, levanta el vuelo hacia Mi, paloma mía, hermosa mía* [251], hacia esta morada, donde todo es gozo y donde todas las coas no respiran sino alabanzas y bendiciones. Todo florece allí[252]; todo esparce dulzuras y perfumes; las *tórtolas* dejan oír sus arrullos por el ramaje; ven, amada mía muy querida, y, para verme mejor, corre a las mismas ventanas por las cuales te miro; ven a contemplar mi corazón en la abertura de mi costado, que fue abierta cuando mi cuerpo, fue tan lastimosamente destrozado en el árbol déla cruz; *ven y muéstrame tu rostro* [253]. *Haz que oiga tu voz*[254], porque quiero juntarla con la mía; así será *lindo tu rostro y dulce tu voz* [255] ¡Qué suavidad en nuestros corazones cuando nuestras voces unidas y mezcladas con la del Salvador participarán de la infinita dulzura de las alabanzas que este Hijo muy amado tributa a su eterno Padre!

XII De la soberana alabanza con que Dios se alaba a sí mismo y del ejercicio de benevolencia que en ella practicamos

Todas las acciones humanas de nuestro Salvador son infinitas en valor y en mérito, por razón de la persona que las produce, que es un mismo Dios con el Padre y con el Espíritu Santo. Más no por esto es infinita la naturaleza y la esencia de estas acciones. Porque aunque las hace la persona divina, no las hace según toda la extensión de su infinidad, sino según la grandeza finita de su humanidad, por la cual las hace. De suerte que, así como las acciones humanas de nuestro dulce Salvador son infinitas, en comparación con las nuestras, son, por el contrario, finitas, en comparación con la infinidad esencial de la Divinidad.

Por esta causa, después del primer pasmo causado por la admiración que se apodera de nosotros ante una alabanza tan gloriosa, como lo es la que el Salvador da a su Padre, no podemos dejar de reconocer que la Divinidad todavía es más laudable, pues no puede ser alabada ni por todas las criaturas ni por la humanidad misma de su Hijo eterno, sino por sí misma, que es la única que puede dignamente nivelar su suma bondad con una suprema alabanza.

Entonces exclamamos: *Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo.* Y, para que se sepa que no es la gloria de las alabanzas creadas la que deseamos a Dios por esta aspiración, sino la gloria esencial y eterna, que tiene en sí mismo, por sí mismo y de sí misma y la cual es Él mismo, añadimos: *Como la tenía en un principio, ahora y siempre y por todos los siglos de los siglos. Amén.* Como si le dijésemos, al expresar este deseo;

¡Que sea Dios glorificado con la gloria que, antes de toda criatura, tenía en su infinita eternidad y en su eterna infinidad! Esta es la causa por la cual añadimos este versículo de gloría a cada salmo y a cada cántico, según la costumbre antigua de la Iglesia oriental, cuya introducción en Occidente pidió San Jerónimo al papa San Dámaso, en reconocimiento de que todas las alabanzas huma-

[249] Gen., XXVII, 27
[250] Cant., II, 9.
[251] Cant.,II, 10.
[252] Cant, II, 12.
[253] Cant, II, 14.
[254] Cant, II, 14.
[255] Cant., II, 14.



nas y angélicas son demasiado baj as para poder ensalzar dignamente a la divina bondad y que, para que ésta pueda ser dignamente alabada, es menester que sea ella misma su propia gloria, su alabanza, y su bendición.

¡Qué complacencia, qué gozo para el alma que ama, ver su deseo satisfecho, pues su Amado es infinitamente alabado, bendecido y glorificado por sí mismo! Y, aunque al principio el alma amante haya sentido ciertos deseos de poder alabar lo bastante a Dios, con todo, al volver sobre sí misma, reconoce que no puede alabarle cual conviene y permanecer en una humilde complacencia, al ver que la divina bondad es infinitamente laudable y que sólo puede ser suficientemente alabada por su propia infinidad.

Al llegar a este punto, el corazón, en un transporte de admiración, entona el himno del silencio sagrado.

Es así como los serafines de Isaías, cuando adoran y alaban a Dios, *cubren su faz y sus pies*[256], para confesar su insuficiencia en conocer y servir bien a Dios; pues los pies, sobre los cuales andamos, representan la servidumbre, pero *vuelan con dos alas*[257], movidas continuamente por la complacencia y la benevolencia, y su amor toma su descanso en medio de esta dulce inquietud. El corazón del hombre nunca está tan inquieto como cuando le impiden el movimiento, por el cual se dilata y se contrae sin cesar, y nunca está tan sosegado como cuando se siente libre en sus movimientos; de suerte que su tranquilidad está en el movimiento.

Ahora bien, lo mismo le ocurre al amor de los serafines y de todos los hombres seráficos, porque este amor tiene su descanso en su continuo movimiento de complacencia, por el cual Dios le atrae hacia Sí» como comprimiéndole, y en su movimiento de benevolencia, por el cual se lanza y se arroja todo en Dios. Este amor desearía ver las maravillas de la infinita bondad de Dios, pero *dobla las alas* de este deseo *sobre su rostro,* reconociendo que no lo puede conseguir. Desearía también prestarle algún servicio digno de Él, pero dobla este deseo sobre sus pies, confesando que no puede, y solamente le quedan las *dos alas* de la complacencia y de la benevolencia, con las cuales vuela y se remonta hacia Dios.

256 Is.,VI,2.
257 Ibid.



LIBRO SEXTO
De los ejercicios del amor santo en la oración

I Descripción de la teología mística, la cual no es otra cosa que la oración

Dos son Los principales ejercicios de nuestro amor a Dios-uno afectivo y otro efectivo, o activo, el primero nos aficionamos a Dios y a todo lo que a El place; por el segundo servimos a Dios y hacemos lo que El ordena. Aquel nos une a la bondad de Dios- éste nos hace cumplir sus voluntades. El uno nos llena de complacencia, de benevolencia, de aspiraciones, de deseos, de suspiros de ardores espirituales, y nos hace practicar las sagradas infusiones y amalgamas de nuestro espíritu con el de Dios; el otro derrama en nosotros la sólida resolución, la firmeza de ánimo y la inquebrantable obediencia necesaria para poner en práctica las disposiciones de la voluntad divina, y para sufrir, aceptar, aprobar y a abrazar todo cuanto proviene de su beneplácito.

Ahora bien, el primer ejercicio consiste principalmente en la oración. No tomamos aquí la palabra oración en el sentido exclusivo de ruego o petición de algún bien, dirigido a Dios por los fieles como la llama San Basilio, sino en el sentido en que comprende todos los actos de la contemplación. La oración es una subida o elevación del alma hacia Dios; es un coloquio, una plática o una conversación del alma con El.

Mas ¿de qué tratamos en la oración? ¿Cuál es el tema de nuestra conversación? En ella, Teótimo, no se habla sino de Dios- porque ¿acerca de que puede platicar y conversar el amor más que del amado? Por esta causa, la oración y la teología mística no son sino una misma cosa. Se llama teología porque, así como la teología especulativa tiene por objeto Dios, también ésta no habla sino de Dios, pero con tres diferencias:

1.ª, aquélla trata de Dios en cuanto es Dios, y ésta habla de Él en cuanto es sumamente amable;

2.ª, la teología especulativa trata de Dios con los hombres y entre los hombres; la teología mística habla de Dios con Dios y en Dios;

3.ª, la teología especulativa tiende al conocimiento de Dios, y la mística, al amor, de suerte que aquélla hace a sus alumnos sabios, doctos y teólogos; mas ésta los hace fervorosos, apasionados y amantes de Dios.

Se llama, además, mística, porque en ella la conversación es del todo secreta, y nada se dice entre Dios y el alma que no sea de corazón a corazón, mediante una comunicación incomunicable a otros que no sean aquellos entre los cuales existe. Es tan particular el lenguaje de los amantes, que nadie lo entiende sino ellos. Donde reina el amor, no es menester el bullicio de palabras exteriores; ni el uso de los sentidos, para hablarse y oírse los que se aman. Resumiendo, la oración y la teología mística no son más que una conversación, por la cual el alma habla amorosamente con Dios de su amabilísima bondad, para juntarse y unirse con ella.

II De la meditación, primer grado de la oración o teología mística

La meditación lo mismo puede hacerse para el bien que para el mal. Sin embargo, la palabra meditación se emplea ordinariamente en el sentido de atención a las cosas divinas, para excitarse al amor de las mismas.

Ocurre a muchos que andan siempre pensando y con la atención fija en ciertas cosas inútiles, sin saber siquiera en lo que piensan; y lo más maravilloso del caso es que atienden como por inadvertencia, y quisieran no tener tales pensamientos. Otros muchos estudian y, por una ocupación muy laboriosa, se llenan de vanidad, no pudiendo resistir a la mera curiosidad; pero son muy pocos los que se dedican a meditar para inflamar su corazón en el santo amor celestial. En una palabra, el pensamiento y el estudio se emplean en toda suerte de cosas; pero la meditación, según acabamos de

decir, sólo mira los objetos cuya consideración puede hacernos buenos y devotos. De suerte que la meditación no es otra cosa que un pensamiento atento, reiterado o entretenido voluntariamente en el espíritu, para mover la voluntad a santos y saludables afectos y resoluciones.

La abeja revolotea, en primavera, de acá para allá, no a la ventura, sino de intento; no para recrearse tan sólo contemplando la variedad del paisaje, sino para buscar la miel; y, en hallándola, la chupa y carga con ella; la lleva después a la colmena, la dispone con primor, separándola de la cera, y construye con ésta el panal, en el cual guarda la miel para el próximo invierno. Tal es el alma devota en la meditación: anda de misterio en misterio, más no volando al acaso, ni para consolarse tan sólo contemplando la admirable hermosura de estos divinos objetos, sino con propósito y de intento, para encontrar motivos de amor o de algún celestial afecto; y, una vez los ha encontrado, los recoge, los saborea, carga con ellos, y, cuando los tiene reunidos y colocados dentro de su corazón, pone en lugar aparte lo que le parece menos propio para su aprovechamiento, y hace las resoluciones convenientes para el tiempo de la tentación.

De esta manera, la celestial esposa, como una abeja a mística, anda revoloteando, en el Cantar de los Cantares, sobre su amado, para sacar la suavidad de mil amorosos afectos, haciendo notar, en todos sus pormenores, todo cuanto halla de raro; de suerte, que, abrasada toda ella en el celeste amor, habla con él, le pregunta, le escucha, suspira, aspira a él y le admira; y él, a su vez, la colma de contento, la inspira, la conmueve y abriéndole el corazón, derrama sobre ella claridades, luces y dulzuras sin fin, pero de una manera tan secreta, que se puede muy bien decir de esta santa conversación del alma con Dios lo que el sagrado Texto dice de la conversión de Dios con Moisés, a saber, que, estando *Moisés* sólo en la cumbre de la montaña, *hablaba* a Dios, *y Dios le respondía*[258].

III Descripción de la contemplación, y de la primera diferencia que hay entre ella y la meditación

La contemplación, Teótimo, no es más que una amorosa, simple y permanente atención del espíritu a las cosas divinas lo que fácilmente entenderás, si la comparas con la meditación.

Las pequeñas abejas se llaman ninfas o larvas hasta que fabrican la miel, y entonces se llaman abejas. Asimismo la oración se llama meditación hasta que produce la miel de la devoción; después de esto se convierte en contemplación.

El deseo de obtener el amor divino nos hace meditar, pero el amor obtenido nos hace contemplar, porque el amor hace que encontremos una suavidad tan grande en la cosa amada, que no se harta nuestro espíritu de verla y considerarla.

Así como José fue la corona y la gloria de su padre, y acrecentó en gran manera sus honores y su contento, e hizo que se rejuveneciera en su vejez, así también la contemplación corona a su padre, que es el amor, lo perfecciona, y le comunica el colmo de la excelencia. Porque después que el amor ha excitado en nosotros la atención contemplativa, esta atención hace nacer, recíprocamente, un más grande y fervoroso amor, el cual, finalmente, es coronado de perfección cuando goza de lo que ama. El amor hace que nos complazcamos en la visión del amado, y la visión del amado hace que nos complazcamos en su divino amor; de suerte que, por este mutuo movimiento del amor a la visión y de la visión al amor, así como el amor hace que sea más bella la belleza de la cosa amada, asimismo la visión de ésta hace que el amor sea más amoroso y deleitable. El amor, por una imperceptible facultad, hace que parezca más bella la belleza amada; y la visión, a su vez, refina el amor, para que encuentre la belleza más amable; el amor impele a los ojos a contemplar con mayor atención la belleza amada, y la visión fuerza al corazón a amarla con mayor ardor.

IV Que, en este mundo, el amor trae su origen, mas no su excelencia, del conocimiento de Dios

Mas, ¿quién tiene más fuerza, el amor para hacernos mirar al amado, o la visión para hacer que le amemos? El conocimiento se requiere para la producción del amor; porque nunca podemos

[258] Ex.; XIX,19



amar lo que no conocemos, y, a medida que aumenta el conocimiento atento del bien, toma también mayor incremento el amor, con tal que nada haya que impida su movimiento. Acaece, empero, muchas veces que, habiendo el conocimiento producido el amor sagrado, no se detiene éste en los límites del conocimiento, que está en el entendimiento, sino que se adelanta y va mucho más allá que aquél; de suerte que, en esta vida mortal, podemos tener más amor que conocimiento de Dios, por lo que asegura santo Tomás que, con frecuencia, los más sencillos abundan en devoción y son ordinariamente más capaces del amor divino que los ilustrados y más sabios.

Ahora bien, en el amor sagrado, nuestra voluntad no es movida a él por un conocimiento natural, sino por la luz de la fe, la cual, dándonos a conocer, con toda seguridad, la infinidad del bien que hay en Dios, nos da harta materia para que le amemos con todas nuestras fuerzas. Este conocimiento oscuro, envuelto en muchas nubes, como es el de la fe, nos mueve infinitamente al amor de la bondad que nos hace entrever. Luego ¡cuánta verdad es, según exclamaba San Agustín, que los ignorantes arrebatan los cielos, mientras que muchos sabios se hunden en los infiernos!

¿Quién te parece, Teótimo, que amaría más la luz, el ciego de nacimiento que supiese todo cuanto los filósofos han discurrido acerca de ella y todas las alabanzas que se le han tributado, o el labrador que, con clarísima visión, siente y gusta del agradable esplendor del sol naciente? Aquél tiene más conocimiento, y éste más goce; y este goce produce un amor más vivo y animado que el que engendra el simple conocimiento del discurso; porque la experiencia de un bien lo hace infinitamente más amable que toda la ciencia que acerca de él se puede poseer. Comenzamos a amar por el conocimiento que la fe nos da de la bondad de Dios, la cual, después, saboreamos y gustamos por el amor; y el amor aviva nuestro gusto, y el gusto refina nuestro amor, de suerte que, así como las olas, agitadas por las ráfagas del viento, se encumbran como a porfía, al chocar entre sí; de una manera parecida el gusto del bien realza el amor al mismo, y el amor realza el gusto, según ya lo dijo la divina sabiduría: *Los que de mí comen, tienen siempre hambre de mi, y tienen siempre sed los que de mí beben* [259]. ¿Quién amó más a Dios, el teólogo Okam, a quien algunos llamaron el más sutil de los mortales, o santa Catalina de Genova, mujer ignorante?

Aquél le conoció mejor por la ciencia, ésta por la experiencia, y la experiencia de ésta la condujo muy adelante en el amor seráfico, mientras aquél, con toda su ciencia, permaneció muy alejado de esta tan excelente perfección.

Con todo es menester confesar que la voluntad, atraída por el deleite que siente en su objeto, se siente más fuertemente movida a unirse con él, cuando el entendimiento, por su parte, le da a conocer la excelencia de su bondad; porque entonces es atraída e impelida a la vez: impelida por el conocimiento, y atraída por el deleite; de suerte que la ciencia no es, de suyo, contraria, en manera alguna, a la devoción; y, si ambas andan juntas, se ayudan admirablemente, si bien acontece, con demasiada frecuencia, que, a causa de nuestra miseria, la ciencia impide el nacimiento de la devoción, pues la ciencia hincha y enorgullece, y el orgullo, que es contrario a toda virtud, es la ruina de la devoción. Ciertamente, la ciencia eminente de Cipriano, Agustín, Hilario, Crisóstomo, Basilio, Gregorio, Buenaventura y Tomás, no sólo ilustró mucho, sino también refino en gran manera su devoción, y, recíprocamente, su devoción no sólo realzó, sino también perfeccionó extraordinariamente su ciencia.

V Segunda diferencia entre la meditación y la contemplación

La meditación considera, en sus pormenores y como pieza por pieza, los objetos capaces de movernos; mas la contemplación produce una visión enteramente simple y de conjunto del objeto amado, y esta consideración así unificada mueve también más viva y fuertemente.

San Bernardo había meditado toda la Pasión paso por paso después, reunidos los principales puntos, formó con ellos un ramillete dé amoroso dolor, y, poniéndolo sobre su pecho, para convertir su meditación en contemplación, exclamó: *Manojito de mirra es para miel amado mío*[260].

[259] Ecl. XXIV , 29
[260] Cant I. 12



Después de haber producido una gran cantidad de diversos afectos piadosos, por la multitud de consideraciones de que se compone la meditación, reunimos, finalmente, Ja virtud de todos ellos, los cuales, de la confusión y mezcla de sus fuerzas, hacen nacer una especie de quintaesencia afectuosa, que es mucho más activa y potente que todos los afectos de los cuales procede; de suerte que, si bien no es sino uno solo, contiene la virtud y la propiedad de todos los demás, y se llama afecto contemplativo.

De una manera parecida —dicen los teólogos—, los ángeles más elevados en gloria tienen de Dios y de las criaturas un conocimiento mucho más simple que sus inferiores, y que las especies o ideas por las cuales ven son más universales; de suerte que, las cosas que los ángeles menos perfectos ven mediante varias especies y diversas miradas, los más perfectos las ven con menos especies y menos actos de *su* visión.

Y el gran San Agustín, a quien sigue Santo Tomás, dice que en el cielo no tendremos estas grandes mudanzas, variedades, cambios y rodeos de pensamientos e ideas, que van y vienen de un objeto a otro y de una cosa a otra, sino que, con un solo pensamiento, podremos atender muchas y diversas cosas, y poseer su conocimiento. A medida que el agua se aleja de su origen, se divide y derrama en diversos surcos, si no se tiene gran cuidado en encauzarla toda junta, y las perfecciones se separan y dividen a medida que se alejan de Dios, que es su fuente; mas, cuando se acercan a Él, se unen, hasta quedar abismadas en aquella soberana y única perfección, que es *la unidad necesaria de la mejor parte, que Magdalena escogió y que, en manera alguna, le será arrebatada*[261].

VI Que la contemplación se hace sin esfuerzo y que ésta es la tercera diferencia entre ella y la meditación

La simple visión de la contemplación tiene lugar de una de estas tres maneras. Unas veces, miramos solamente una de las perfecciones de Dios, por ejemplo, su infinita bondad, y, aunque ve en ella la justicia, la sabiduría y el poder, atiende tan sólo ala bondad, a la cual la simple visión de la contemplación se dirige. A veces, consideramos las muchas grandezas y perfecciones de Dios en conjunto y tan sencillamente, que no podemos decir cosa alguna en particular, sino que todo es perfectamente bueno y bello. Finalmente, otras veces, miramos, no varias ni una sola de las perfecciones, sino únicamente alguna acción o alguna obra divina, en la cual nos fijamos, por ejemplo, en el acto de la creación, o en el de la resurrección de Lázaro, o de la conversión de San Pablo; Entonces, Teótimo, el alma hace como un vuelo de amor, no sólo sobre la acción que considera, sino sobre aquel de quien procede: *Bueno sois, Señor; instruidme, pues, por vuestra bondad en vuestras justas disposiciones*[262]. *¡Oh, cuan dulces son a mis entrañas tus palabras, más que la miel a mi boca!*[263]. *O como* Santo Tomás: *Señor mío y Dios mío*[264].

Mas, en cualquiera de las tres maneras dichas, la contemplación siempre tiene esta excelente ventaja, a saber, que se hace con placer, pues presupone que se ha encontrado a Dios y su santo amor, que el alma se goza en Él y se deleita en Él, diciendo: *Encontré al que ama mi alma; asile y no le soltaré*[265]. En lo cual se diferencia de la meditación, que se hace siempre con dificultad y trabajo, y mediante el discurso, andando nuestro espíritu de consideración en consideración, buscando en diversos parajes al amado de su amor y el amor de su amado. En la meditación, trabaja Jacob para alcanzar a Raquel; pero goza de ella y se olvida de todos sus trabajos en la contemplación.

De ordinario, para llegar a la contemplación, tenemos necesidad de escuchar la divina palabra; de entablar conversaciones y pláticas espirituales con los demás, como lo hicieron los antiguos anacoretas; de leer libros devotos; de orar; de meditar; de cantar himnos; de formar buenos pensamientos. Por esto, siendo la santa contemplación el fin y el blanco al cual tienden estos ejercicios, todos se reducen a ella, y los que los practican se llaman contemplativos; como también esta ocupación se llama vida contemplativa, por causa de la acción de nuestro entendimiento, por la cual con-

261 Lc.,X, 42
262 Sal.,CXVIII,68.
263 Sal.,CXVIII, 103.
264 Jn.,XX,28.
265 Cant., III, 4.

templamos la verdad de la belleza y de la bondad divina con una atención amorosa, es decir, con un amor que nos hace atentos, o bien, con una atención que nace del amor y aumenta el que tenemos a la infinita suavidad de nuestro Señor.

VII Del recogimiento amoroso del alma en la contemplación

No hablo aquí del recogimiento por el cual los que quieren orar se ponen en la presencia de Dios, entrando dentro de sí mismos, y recogiendo, por decirlo así, su alma en su corazón, para mejor hablar con Dios; porque este recogimiento se procura por mandato del amor, el cual, al incitarnos a la oración, nos obliga a emplear este medio, para hacerla cual conviene; de suerte que este recogimiento de nuestro espíritu es obra nuestra.

El recogimiento del cual ahora hablamos no se produce porque lo ordena el amor, sino por el mismo amor, es decir, no depende de nuestra elección, porque no está en nuestras manos el tenerlo cuando queremos, ni de nuestra diligencia; es Dios quien nos lo da, por su santa gracia, cuando le place. El que escribió —dice la bienaventurada madre Teresa de Jesús— que la oración de recogimiento se hace a la manera del erizo o de la tortuga cuando se retira dentro de sí, lo entendió muy bien, excepción hecha de que estos animales se retiran en sí mismos cuando gustan, siendo así que el recogimiento no está en nuestra voluntad, sino que viene cuando Dios quiere hacernos esta gracia.

Esto se hace de esta manera. Nada es tan natural al bien como unir y atraer hacia sí las cosas que pueden sentirlo, como ocurre con nuestras almas, las cuales buscan siempre y se dirigen hacia su tesoro, es decir, hacia lo que aman. Sucede, pues, a veces, que nuestro Señor derrama imperceptiblemente en el fondo del corazón cierta dulce suavidad, que da testimonio de su presencia, y, entonces, las potencias, y aun los sentidos externos del alma, por una especie de secreto consentimiento, se vuelven del lado de aquella parte interior.

¡Dios mío! —dice entonces el alma—, a imitación de San Agustín» ¿dónde os buscaba, bondad infinita? Os buscaba fuera, y estabais en medio de mi corazón.

Imagina, Teótimo, a la Santísima Virgen nuestra Señora, cuando concibió al Hijo de Dios, su único amor. El alma de esta madre amada se concentró, sin duda, toda ella alrededor de este amado Hijo, y porque este divino amigo estaba en medio de sus sagradas entrañas, todas las facultades de su alma se recogieron en ellas, como santas abejas dentro de la colmena donde estaba su miel. No lanzaba sus pensamientos ni sus afectos fuera de sí misma, pues su tesoro, sus amores y sus delicias estaban en medio de sus sagradas entrañas.

Este mismo contento pueden sentir, por imitación, los que, habiendo comulgado, saben, con certeza de fe, lo que *ni la carne ni la sangre, sino el Padre celestial les ha revelado*[266], es decir que su Salvador está en cuerpo y alma presente, con una presencia enteramente real, en su cuerpo y en su alma, por este adorabilísimo sacramento; así sucede a muchos santos y devotos fieles, que, habiendo recibido el divino sacramento, su alma se cierra, y todas las facultades se recogen, no sólo para adorar a este Rey soberano, nuevamente presente, con una presencia admirable, en sus entrañas, sino también por el increíble consuelo y refrigerio espiritual de que gozan, al sentir, por la fe, este germen divino de inmortalidad en su interior.

Donde has de advertir cuidadosamente, Teótimo, que a fin de cuentas, todo este recogimiento es obra del amor, el cual, al sentir la presencia del Amado por los alicientes que derrama en medio del corazón, concentra y refiere toda el alma hacia Aquél, por una amabilísima inclinación, por un dulcísimo rodeo y por un delicioso repliegue de todas las facultades del lado del amado, que las atrae hacia Sí con la fuerza de su suavidad, con la cual ata y arrastra los corazones, como se arrastran los cuerpos con cuerdas y lazos materiales.

Pero este dulce recogimiento de nuestra alma, no sólo se produce por el sentimiento de la divina presencia, sino también por cualquiera manera que tengamos de ponernos ante ella. Acaece, a veces, que todas nuestras potencias interiores se concentran y encierran en sí mismas, por la extremada reverencia y dulce temor que se apodera de nosotros, al considerar la soberana majestad de aquel que está presente en nosotros y que nos mira.

[266] Mat.,XVI, 17.

Conocí un alma que, en cuanto se hablaba de algún misterio o se repetía alguna sentencia que le recordaba de una manera más expresiva que de ordinario la presencia de Dios, así en la confesión como en cualquiera conversación particular, se concentraba tan fuertemente en sí misma, que a duras penas podía salir de sí para hablar y responder; de suerte que, en su exterior, permanecía como destituida de vida y con todos sus sentidos aletargados, hasta que el Esposo le permitía salir de este estado, lo cual unas veces ocurría en seguida, pero otras mucho más tarde.

VIII Del reposo del alma recogida en su amado

Recogida así el alma dentro de sí misma, en Dios o delante de Dios, permanece, en alguna ocasión, tan dulcemente atenta a la bondad de su Amado, que le parece que su atención casi no es suya; tan sencilla y delicadamente la ejercita.

Los amantes humanos se contentan, a veces, con permanecer junto o a la vista de la persona amada sin hablarle, y sin discurrir acerca de ella o de sus perfecciones, saciados y satisfechos, según parece, con saborear esta amable presencia, no por medio de consideración alguna sobre ella, sino por cierta calma y reposo de su espíritu: *Mi Amado es para mi, y yo soy de mi Amado, el cual apacienta su rebaño entre azucenas, hasta que declina el día y caen las sombras*[267].

Ahora bien, este reposo va, a veces, tan lejos en su apacibilidad, que toda el alma y todas las potencias permanecen como adormecidas, sin movimiento ni acción alguna, fuera de la voluntad; y aun ésta no hace otra cosa que recibir el bienestar y la satisfacción que la presencia del Amado le comunica. Y lo más admirable es que la voluntad no se da cuenta de este bienestar y de este contento que recibe, gozando insensiblemente de ellos, puesto que no piensa en sí misma, sino tan sólo en la presencia de Aquel *i* que le comunica este placer, tal como suele ocurrir muchas veces t cuando, sorprendidos por un ligero sueño, entreoímos únicamente lo que nuestros amigos dicen junto a nosotros, pero sin darnos cuenta de ello.

Sin embargo, el alma que, en este dulce reposo, goza del delicado sentimiento de la presencia divina, aunque no se dé cuenta de este gozo, da a entender bien a las claras cuan preciado y amable es para ella, cuando se lo quieren arrebatar o cuando alguna cosa le desvía de él; porque entonces la pobre alma, deshecha en lamentos, grita y, a veces, llora, como un niño pequeño al cual despiertan cuando dormía bien, mostrando la satisfacción que sentía de su sueño, por el dolor que manifiesta al despertar. Por lo que el Pastor divino *conjura a las hijas de Sión por los corzos y los ciervos de los campos que no despierten a su amada hasta que ella quiera*[268] es decir, hasta que despierte por sí mismo. No, Teótimo, el alma de esta manera sosegada en su Dios no dejaría nunca este reposo por los mayores bienes del mundo.

Esta era la quietud de santa Magdalena, cuando *sentada a los pies* de su Maestro, *escuchaba su santa palabra*[269]. Contémplala, Teótimo: está sumida en una profunda tranquilidad; no dice una palabra, no llora, no solloza, no suspira, no se menea, no ora. Marta, toda atareada, pasa y vuelve a pasar por aquella sala. María ni piensa en ella. ¿Pues qué hace? No hace nada; *escucha.* ¿Y qué quiere decir *escuchad* Quiere decir que está allí como un vaso de honor, para recibir gota a gota la *mirra* de la suavidad que *los labios de su Amado* destilan sobre su corazón[270]; y este divino amante, celoso del amoroso sueño y reposo de su amada, reprende a Marta, que quiere despertarla: *Marta, Marta, tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas; y, a la verdad, que una sola cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, de que jamás será privada*[271]. Más, ¿cuál fue la parte de María? El permanecer en paz, en reposo y en quietud junto a su dulce Jesús.

Luego, cuando te halles en esta simple y pura confianza filial junto a nuestro Señor, permanece en ella, mi querido Teótimo, sin moverte en manera alguna para hacer actos sensibles, ni del entendimiento ni de la voluntad; porque este amor simple de confianza y este adormecimiento amoroso de tu espíritu en los brazos del Salvador contiene, por excelencia, todo cuanto puedas andar

[267] Cant, II, 16,17.
[268] Cant, VIII, 4.
[269] Lc.,X,39
[270] Cant.,V,13.
[271] Lc.,X,41,4-2



buscando para tu placer. Es mejor dormir en este sagrado pecho, que velar fuera de él, donde quiera que sea.

IX De los diversos grados de esta quietud, y cómo hay que conservarla

El alma a quien Dios concede la santa quietud en la oración, se ha de abstener, en lo posible, de volver los ojos sobre sí misma y sobre su reposo, el cual, para ser guardado, no puede ser curiosamente mirado; porque, quien se aficiona a él con exceso, lo pierde, y la regla justa de la recta afición consiste en no aficionarse. Así es menester que, al darnos cuenta de que nos hemos distraído por la curiosidad de saber lo que hacemos en la oración, encaminemos al punto nuestro corazón hacia la dulce y apacible atención de la cual nos habíamos desviado.

Sin embargo, no hemos de creer que corramos peligro de perder esta sagrada quietud a causa de los actos del cuerpo o del espíritu que no son debidos ni a ligereza ni a indiscreción. Porque, como dice la bienaventurada madre Teresa, es una superstición ser demasiado celoso de este reposo, hasta el extremo de no toser, ni respirar por miedo de perderlo, ya que Dios, que da esta paz, no la retira por tales movimientos necesarios, ni por las distracciones o divagaciones del espíritu, cuando son involuntarias. Además, la voluntad, una vez gustado el cebo de la divina presencia, no deja de saborear sus dulzuras, aunque el entendimiento y la memoria se le escapen y anden a la desbandada tras los pensamientos extraños e inútiles.

Es verdad que nunca la quietud del alma es tan grande como cuando el entendimiento y la memoria van acordes con la voluntad; pero, con todo, nunca deja de existir una verdadera tranquilidad espiritual, pues ésta reina en la voluntad, que es la señora de todas las demás facultades. Hemos visto el caso de un alma, en gran manera entregada y unida a Dios, la cual, a pesar de ello, conservaba el entendimiento y la memoria tan libres de toda ocupación interior, que oía distintamente lo que se decía en torno suyo y lo retenía fuertemente, aunque le era imposible responder ni desprenderse de Dios, al cual estaba adherida por la aplicación de la voluntad, de tal manera que no podía ser retirada de esta ocupación sin sentir gran dolor, que la provocaba a gemidos, aun en lo más fuerte de su consolación y reposo.

Con todo, la paz del alma es mucho mayor y más dulce cuando no se hace el menor ruido a su alrededor, y cuando nada la obliga a ningún movimiento ni del corazón ni del cuerpo, pues siempre prefiere ocuparse en la suavidad de la presencia divina; mas cuando no puede impedir las distracciones de las demás facultades, conserva, a lo menos, la quietud en la voluntad, que es la facultad por la cual recibe el gozo del bien.

Y advierte que la voluntad, retenida en su quietud por el placer que le causa la presencia divina, no hace el menor movimiento para reducir a las demás potencias, cuando éstas se extravían, porque, si quisiera acometer esta empresa, perdería su reposo, apartándose de su Amado, y se fatigaría inútilmente, corriendo de acá para allá, para dar alcance a estas potencias veleidosas las cuales de ninguna otra manera pueden ser mejor encaminadas hacia su deber que por la perseverancia de la voluntad en la santa quietud; porque, poco a poco, todas las facultades son atraídas por el placer que la voluntad recibe, y del cual les da a gustar ciertos sabores, como perfumes que las mueven a acercarse más a ella, para tener parte en el bien del cual disfruta.

X Prosigue el discurso sobre la santa quietud y sobre cierta abnegación de sí mismo que en ella se puede a veces, practicar

Según lo que acabamos de decir, la santa quietud tiene diversos grados; porque unas veces está en todas las potencias del alma, juntas y unidas a la voluntad; otras veces está solamente en ésta, en algunas ocasiones sensiblemente y en otras insensiblemente; pues, o bien el alma recibe un contento incomparable de sentir, por ciertas dulzuras interiores, que Dios está presente en ella, como

Santa Isabel, cuando la visitó nuestra Señora[272], o bien experimenta una especial suavidad de estar en la presencia de Dios cuando ésta se hace imperceptible, tal como les aconteció a los discípulos que iban dé camino, los cuales no se dieron cuenta del agradable placer que sentían, al andar en compañía de nuestro Señor, sino cuando llegaron al término de su viaje y le reconocieron en la divina fracción del pan[273].

Algunas veces, el alma no sólo advierte la presencia de Dios, sino también le oye hablar por ciertas luces y mociones interiores, que desempeñan el papel de las palabras; también sucede que le oye hablar y le habla recíprocamente, pero tan en secreto, tan dulce y suavemente, que no por esto pierde la paz y la quietud; de suerte que, sin que se despierte, *vela* con Él, y habla a su Amado con tan apacible sosiego y tan agradable reposo, como si dormitase dulcemente[274].

En otras ocasiones, oye hablar al Esposo, pero ella no sabe qué decirle, porque el placer de oírle o la reverencia que le tiene, la obligan al silencio; o también porque está tan seca y tan decaída de espíritu, que sólo tiene fuerzas para oír, mas no para hablar, tal como les acontece corporalmente a los que comienzan a dormir o están muy débiles por alguna enfermedad.

Finalmente, algunas veces, ni oye a su Amado ni le habla, ni siente señal alguna de su presencia; sabe tan sólo que está delante de su Dios, el cual gusta de que esté allí.

Esta quietud, durante la cual la voluntad no obra sino por simplicísima conformidad con la voluntad divina, queriendo permanecer en oración, sin pretender otra cosa que estar ante los ojos de Dios, mientras a Él le plazca, es una quietud en extremo excelente, pues está limpia de toda suerte de interés, como quiera que las facultades del alma no sienten en ella ningún contento, ni siquiera la misma voluntad, si no es en su parte más encumbrada, en la cual se contenta de no tener otro contento que el carecer de contento, por amor al beneplácito de Dios, en el cual descansa; porque, resumiendo, es el colmo del éxtasis de amor el no tener puesta la voluntad en su contento, sino en el de Dios.

XI De la efusión o derretimiento del alma en Dios

La fusión de un alma en su Dios es un verdadero éxtasis, por el cual el alma sale enteramente de los límites de su ser natural, y queda toda mezclada, absorbida y embebida en Dios, por lo que sucede que los que llegan a este santo exceso de amor divino, al volver después sobre sí, no ven cosa alguna, en la tierra que les dé contento, viven en un extremo anonadamiento de sí mismos, permanecen muy insensibles a todo cuanto se refiere a los sentidos, y tienen perpetuamente en el corazón la máxima de la bienaventurada virgen Teresa de Jesús: *Lo que no es Dios no es nada para mí.* Y ésta parece que fue la gran pasión amorosa de aquel gran amigo del Amado, que decía: *Vivo yo, o más bien no soy yo el que vivo, sino que Cristo vive en mí*[275]; *y Nuestra vida está escondida con Cristo en Dios*[276].

El alma fundida en Dios no muere; porque ¿cómo es posible que muera abismada en la Vida? Pero vive sin vivir en sí misma, porque, así como las estrellas si pierden su luz, no lucen en presencia del sol, sino que el sol luce en ellas y están ocultas en la luz del sol, también el alma, sin perder la vida, ya no vive, cuando está fundida en Dios, sino que es Dios quien vive en ella. Tales fueron, a mi modo de ver, los sentimientos de los dos bienaventurados Felipe Neri y Francisco Javier, cuando, rendidos por las consolaciones celestiales, pedían a Dios que se retirase un poco de ellos, si quería que todavía viviesen en este mundo, lo cual no podía ser mientras su vida permanecía toda *oculta* y absorbida *en Dios.*

XII De la herida de amor

El amor, es una complacencia, y, por lo mismo, es muy agradable cuando no deja en nuestros corazones el aguijón del deseo; mas, cuando lo deja, deja con él, un gran dolor. Con todo, es verdad que este dolor proviene del amor, y, por consiguiente, es dulce y amable dolor.

[272] Lc, 1,41.
[273] Lc, XXIV, 30.
[274] Cant, V, 2.
[275] Gal., II, 2.
[276] Col., III, 3.



Oíd las ansias dolorosas, pero amorosas, de un regio amante: *Sedienta está mi alma del Dios fuerte y vivo. ¡Cuando será que yo llegue y me presente ante la faz de Dios! Mis lagrimas me han servido de pan día y noche, desde que me están diciendo: ¿Dónde está tu Dios?*[277]. También la sagrada Sularnitis, toda anegada en sus amorosos dolores, habla así a las hijas de Jerusalén: *¡Ahí* —les dice—, *os conjuro que, si hallareis a mi Amado, le digáis mi pena, porque desfallezco, herida de su amor*[278].

Hay en la práctica del amor sagrado, una especie de herida que, a veces, hace Dios en el alma que quiere en gran manera perfeccionar. Porque le infunde unos admirables sentimientos y unos incomparables atractivos por su soberana bondad, como acosándola y solicitando su amor; y entonces el alma se lanza con fuerza, como para volar más alto hacia su divino objeto; pero, al mismo tiempo, se siente, también fuertemente retenida y no puede volar, como pegada a las bajas miserias de esta vida y por su propia impotencia; desea *alas de paloma para volar y hallar reposo*[279], y no las encuentra. No es el deseo de una cosa ausente el que hiere el corazón, pues el alma siente que su Dios está presente y *la ha introducido ya en la pieza donde guarda el vino y ha enarbolado sobre su corazón el estandarte de su amor*[280].

El corazón amante de su Dios, deseando amarle infinitamente, ve, que no puede ni amarle ni desearle lo bastante, y este deseo que no se puede realizar, es como un dardo en el pecho de un espíritu generoso; más el dolor que causa no deja de ser muy amable, porque el que desea amar gusta también de desear, y se tendría por el ser más miserable del universo, si no desease continuamente amar lo que es tan soberanamente amable. Deseando amar, recibe de ello el dolor; pero gustando de desear recibe de ello la dulzura.

Dios, pues, lanzando continuamente saetas de la aljaba de su infinita belleza, hiere el alma de sus amantes, haciéndoles ver claramente que le aman mucho menos de lo que Él es amable. Aquel de los mortales que no desea, amar más a la divina bondad, no la ama bastante; la suficiencia, en este divino ejercicio, no basta al que quiere detenerse en ella, como si fuera bastante.

XIII De algunos otros medios por los cuales el amor santo hiere los corazones

Se produce otra herida de amor, cuando el alma siente muy bien que ama a su Dios, y, sin embargo, Dios la trata como si no supiese que la ama, o como si desconfiase de su amor. Porque, mi querido Teótimo, el alma padece extremas angustias, pues se le hace insoportable el ver el semblante que Dios pone de desconfianza en ella.

Tenía San Pedro y sentía su corazón lleno de amor a su Maestro, nuestro Señor, simulando no saberlo: *Pedro* —le dijo—, *¿me amas más que estos? Si, Señor*—respondió el apóstol—: *Tú sabes que te amo.* Pero replicó el Señor: *Pedro, ¿me amas? Mi querido Maestro* —repuso el apóstol— *te amo ciertamente; Tú lo sabes.* Y este dulce Maestro, para probarle, y como desconfiando de su amor, *Pedro* —repitió— *¿me amas?* Éste en gran manera afligido, exclama amoroso, pero dolorosamente: *Maestro mío. Tú lo sabes todo; Tú sabes que te amo*[281].

San Pedro estaba bien seguro de que nuestro Señor lo sabía todo y de que no podía ignorar que le amaba; mas, porque la repetición de estas palabras: «*¿me amas?*» tenía la apariencia de cierta desconfianza se entristeció sobremanera. ¡ Ah! la pobre alma que sabe muy bien que está resuelta a morir antes que ofender a Dios pero que no siente una sola brizna de fervor, sino al contrario, una frialdad extrema, que la tiene toda entorpecida y débil, hasta el punto de que cae en las más lamentables imperfecciones; esta alma—digo—, está toda herida; porque es muy doloroso su amor, cuando ve que Dios aparenta, en su semblante, ignorar cuánto le ama, y que la deja como una criatura, que no le pertenece; y le parece que, en medio de sus defectos, sus distracciones y sus frialdades, lanza nuestro Señor contra ella este reproche: ¿Cómo puedes decir que me amas, si tu alma no está conmi-

[277] Sal.,XLI,4.
[278] Cant., V, 8.
[279] Sal.,LIV,7.
[280] Cant., II, 4.
[281] Jn.,XXI, I5 y sig.



go? Lo cual es, para ella, un dardo de dolor que atraviesa su corazón, pero un dardo de dolor que procede del amor, porque, si no amase, no se afligiría por la aprensión que tiene de que no ama.

A veces se produce esta herida de amor al sólo recuerdo de haber vivido antes sin amar a Dios. ¡Oh! ¡Qué tarde os he amado, beldad antigua y nueva! decía aquel santo que había sido hereje durante treinta años.

El mismo amor nos hiere, a veces, con solo considerar la multitud de los que desprecian el amor de Dios, hasta el punto de desfallecer por ello de angustia. El gran San Francisco, creyendo que nadie le oía, lloraba un día, sollozaba y se lamentaba tan fuertemente, que un personaje, al oírle, corrió hacia él, como quien corre en auxilio de alguien a quien quieren matar; y, al verle solo, le preguntó: ¿Por qué gritas así buen hombre? ¡Ah! --dijo—, lloro porque nuestro Señor ha padecido tanto por nuestro amor, y nadie piensa en ello. Y, dichas estas palabras, comenzó de nuevo a derramar lágrimas; y aquel buen personaje se puso también a gemir y a llorar con él.

Pero, de cualquier manera que esto sea lo más admirable en estas heridas recibidas por el divino amor es que su dolor es agradable, y que todos los que lo sienten y lo aceptan no quisieran cambiar este dolor por todas las dulzuras del universo. No hay dolor en el amor, y, si lo hay, es un dolor muy apreciado. Un serafín, que tenía en la mano una flecha de oro, de cuya punta salía una pequeña llama, la lanzó contra el corazón de la bienaventurada madre Teresa, y, al quererla sacar, parecióle a esta virgen que le arrancaban las entrañas; el dolor era tan grande que sólo tenía fuerzas para prorrumpir en débiles y pequeños gemidos, pero era, a la vez, un dolor tan amable, que nunca hubiera querido verse libre de él. Tal fue también el dardo de amor que arrojó Dios al corazón de la gran santa Catalina de Génova, en los comienzos de su conversión, con el cual quedó toda trocada y como muerta al mundo y a las cosas creadas, para no vivir sino por su Creador. *Manojito de mirra amarga es para mí el Amado mío*[282].

[282] Cant, 1,12



LIBRO SÉPTIMO
De la unión del alma con su Dios, que se perfecciona en la oración

I Cómo el amor produce la unión del alma con Dios, en la oración

No hablemos aquí de la unión general del corazón con su Dios, sino de ciertos actos y movimientos particulares, que el alma recogida en Dios, produce a manera de oración, para unirse y juntarse más y más con la divina bondad.

Nuestro corazón, una vez unido con Dios, se va hundiendo continuamente, por un insensible progreso de aquella unión, hasta que llega a ser todo de Dios, a causa de la santa inclinación que el santo amor le comunica a unirse cada vez más con la soberana bondad; porque, como dice el gran apóstol de Francia[283], el amor es una virtud unitiva, es decir, que nos conduce a la perfecta unión con el sumo bien. Y, puesto que es una verdad indudable que el divino amor, mientras estamos en este mundo, es un movimiento, o a lo menos un hábito activo y con tendencia al movimiento, sucede que, aún cuando haya llegado ya a la simple unión, no deja, empero, de obrar, aunque de una manera imperceptible, para acrecentarla y perfeccionarla más y más.

Uniéndose más y más a Dios, pero mediante un acrecentamiento imperceptible, cuyo progreso no se echa de ver mientras se va produciendo, sino cuando está acabado. Cuando un sentimiento de amor, por ejemplo: *¡Qué bueno es Dios!,* penetra en el corazón, en primer lugar produce la unión con aquella bondad, pero una vez se ha fomentado con cierta prolijidad, penetra, como un perfume precioso, por todos los rincones del alma, se derrama y se dilata por nuestra voluntad, y, por decirlo así, se incorpora a nuestro espíritu, se junta y se abraza a nosotros por todos lados, mientras nosotros nos unimos a él. Esto es lo que nos enseña el profeta David, cuando compara las sagradas palabras con la miel[284].

Porque, ¿quién no sabe que la dulzura de la miel impresiona más a nuestros sentidos por un aumento continuo del sabor, cuando la entretenemos algún tiempo en la boca, y que penetra más y más en el gusto que cuando simplemente la tragamos? Asimismo, este sentimiento de la bondad celestial expresado por estas palabras de San Bruno: ¡Oh bondad!, o por éstas de Santo Tomás: ¡Mi Señor y mi Dios!, o por éstas de santa Magdalena: ¡Mi Señor mío!, o por éstas de San Francisco: ¡Dios mío y todas las cosas!, este sentimiento, digo, cuando se detiene por algún tiempo en un corazón amoroso, se dilata, se extiende, se hunde por una íntima penetración en el espíritu, lo empapa más y más de su sabor, todo lo cual no es más que un aumento de unión, tal como ocurre con el ungüento o el bálsamo, el cual, al caer sobre el algodón, se mezcla y se une de tal manera, poco a poco, con él, que al fin, es imposible decir si el perfume es el algodón o si el algodón es el perfume.

¡OH! ¡Que dichosa es el alma que, en la tranquilidad de su corazón, conserva amorosamente el sagrado sentimiento de la presencia de Dios! Porque su unión con la divina bondad crecerá perpetuamente, aunque de una manera insensible, y llenará todo su espíritu de su infinita suavidad. Ahora bien, cuando, a este propósito, hablo del sagrado sentimiento de la presencia de Dios!

Porque su unión con la divina bondad crecerá perpetuamente, aunque de una manera insensible, y llenará todo su espíritu de su infinita suavidad. Ahora bien, cuando, a este propósito, hablo del sagrado sentimiento de la presencia de Dios, no me refiero al sentimiento sensible, sino al que reside en la cima y en la parte más elevada del espíritu, donde el divino amor reina y produce sus principales efectos.

II De los diversos grados de la sagrada unión que se produce en la oración

[283] San Dionisio Areopagita.
[284] Sal.,CXIII,103.

A veces, la unión se produce sin que nosotros cooperemos a ella, únicamente dejándonos llevar y unir sin resistencia a la divina bondad.

Algunas veces cooperamos cuando, al sentirnos atraídos, corremos gustosos para secundar la dulce fuerza de la bondad que nos atrae y nos une a sí por el amor.

Otras veces nos parece que somos nosotros los que comenzamos a juntarnos y a abrazarnos con Dios, antes de que Él se junte con nosotros, porque sentimos la acción de la unión de nuestro lado, sin sentirla del lado de Dios, el cual, sin duda, nos previene siempre, aunque no siempre sintamos esta prevención.

Ved al niño Marcial; que fue, según se dice, el bienaventurado niño del cual se habla en San Marcos (cap. IX). Nuestro Señor le tomó, le levantó y le tuvo durante largo tiempo entre sus brazos. ¡Oh hermoso niño Marcial! ¡Qué feliz eres al ser cogido, tomado, llevado, unido, juntado y estrechado contra el celestial pecho del Salvador y al ser besado por su sagrada boca, sin que cooperes de otra manera que no oponiendo resistencia a estas divinas caricias! Al contrario, San Simeón abraza y oprime sobre su seno al mismo Señor, sin que el Señor aparente cooperar a esta unión, aunque, como canta la Iglesia, el viejo llevaba al Niño, mas el Niño dirigía al viejo.

III Del supremo grado de unión por la suspensión y el arrobamiento

La caridad es un vínculo, y un vínculo de perfección[285], y el que tiene más caridad, más estrechamente unido está con Dios. No hablamos de la unión que es fruto de la acción y que es una de las prácticas de la caridad y de la dilección. Imagina que San Pablo, San Dionisio, San Agustín, San Bernardo, San Francisco, Santa Catalina de Génova o de Sena, están todavía en este mundo, y que duermen de cansancio, después de varios trabajos tomados por amor de Dios.

Figúrate, por otra parte, un alma buena, pero no tan santa como aquellas, que, durante el mismo tiempo han permanecido en oración de unión. Pregunto ahora, ¿quién está más unido, más abrazado, más asido a Dios, aquellos grandes santos que duermen o esta alma que ora?

Ciertamente, aquellos amantes admirables, porque tienen más caridad y porque sus efectos, aunque en alguna manera dormidos, están de tal manera obligados a Dios y aprisionados en Él, que es imposible separarlos. Pero, ¿cómo es posible —me dirás— que un alma que está en oración unitiva, hasta llegar al éxtasis, esté menos unida a Dios que los que duermen, por santos que éstos sean? A esto respondo, que aquélla está más adelantada en el ejercicio de la unión, más éstos han avanzado más en la unión misma; éstos están unidos, mas no se unen, porque duermen; aquélla, empero, se une, porque está en el ejercicio y en la práctica actual de la unión.

Este ejercicio de la unión con Dios puede también practicarse por medio de breves y pasajeros, pero frecuentes movimientos de nuestro corazón hacia Dios, a manera de oraciones jaculatorias hechas con esta intención. ¡Ah, Jesús! ¿Quién me concederá la gracia de que forme con Vos un solo espíritu? ¡Ah Señor! Puesto que vuestro corazón me ama, ¿por qué no me arrebata hacia sí, tal como yo lo quiero?

Atraedme y correré en pos de vuestros encantos[286], para arrojarme en vuestros brazos paternales, y no moverme de ellos jamás, por los siglos de los siglos.

IV Del arrobamiento y de la primera especie del mismo

Los sagrados éxtasis, son de tres ciases; el del entendimiento, el del afecto y el de la acción; el uno se produce por la admiración, el otro por la devoción y el tercero por la operación. La admiración se engendra en nosotros por el descubrimiento de una nueva verdad, que no conocíamos ni esperábamos conocer. Y, sí a la nueva verdad que descubrimos, se junta la belleza y la bondad, entonces la admiración que de ella nace es en gran manera deliciosa.

285 3 Col., III, 14.
286 4 Cant, 1,3.



Alguna vez da Dios al alma una luz no sólo clara, sino también creciente, como el alba del día; y, entonces, como los que han encontrado una mina de oro, que siempre ahondan más y más, para encontrar con mayor abundancia el tan deseado metal, así el entendimiento va profundizando en la consideración de su divino objeto; porque de la misma manera que la admiración ha dado origen a la contemplación y a la teología mística; y, porque esta admiración, cuando es fuerte, nos saca fuera de nosotros mismos y nos eleva por la viva atención y aplicación de nuestro entendimiento a las cosas celestiales, nos lleva consiguientemente hasta el éxtasis.

V De la segunda especie de arrobamiento

Dios, padre de toda luz, soberanamente bueno y bello, por su belleza atrae nuestro entendimiento, para que le contemple, y por su bondad atrae nuestra voluntad para que le ame. Como bello, al llenar nuestro entendimiento de delicias, derrama su amor en nuestra voluntad; como bueno, al llenar nuestra voluntad de su amor, excita nuestro entendimiento a contemplarle. El amor nos provoca a la contemplación y la contemplación al amor; de donde se sigue que el éxtasis y el arrobamiento dependen totalmente del amor; porque es el amor el que mueve al entendimiento a la contemplación, y a la voluntad a la unión; de manera que, finalmente, hemos de concluir, con San Dionisio, que el amor divino es extático y no permite que los amantes sean de sí mismo, sino de la cosa amada. Por esta causa, el admirable apóstol San Pablo, poseído de este divino amor y hecho partícipe de su fuerza extática exclamaba, con labios divinamente inspirados: Vivo yo, más no yo, sino que Cristo en mí[287].

Sin embargo, ambos éxtasis, el del entendimiento y el de la voluntad, no están tan íntimamente ligados que, con mucha frecuencia, no exista el uno sin el otro; porque, así como los filósofos tuvieron más conocimiento que amor del Creador, al contrario, los buenos cristianos tienen, muchas veces, más amor que conocimiento, según he advertido en otro lugar.

Ahora bien, el sólo éxtasis de la admiración no nos hace mejores, según lo que de él dice el que había sido arrebatado en éxtasis hasta el tercer cielo: Si conociese todos los misterios y toda la ciencia y no tuviese caridad, nada soy[288]; y, por esta causa, el espíritu maligno puede extasiar, si es lícito hablar así, y arrebatar el entendimiento, ofreciéndole maravillosos conocimientos que le eleven y suspendan por encima de sus fuerzas naturales, y, por medio de tales luces, puede también comunicar a la voluntad cierta especie de amor vano ligero, tierno e imperfecto, por manera de complacencia, de satisfacción y de consolación sensible.

Pero dar el verdadero éxtasis de la voluntad, por el cual se une única y poderosamente a la bondad divina, solamente corresponde a aquel Espíritu soberano por el cual la caridad de Dios se derrama en nuestros corazones[289].

VI De las señales del buen arrobamiento y de la tercera especie del mismo

En efecto, Teótimo, hemos visto, en nuestros tiempos a muchas personas que creían, y otras con ellas, que, con gran frecuencia, eran divinamente arrebatadas en éxtasis; más, al fin, se descubría que todo eran ilusiones y pasatiempos diabólicos. Los mismos filósofos conocieron ciertas especies de éxtasis naturales, causados por la intensa aplicación de su espíritu a la consideración de las cosas más levantadas. Por lo cual no es de maravillar, si el maligno espíritu, para remedar al bueno, escandalizar a los débiles y transformarse en ángel de luz[290], produce arrobamientos en ciertas almas no muy sólidamente instruidas en la verdadera piedad.

Con el fin, pues, de que se puedan distinguir los éxtasis divinos de los humanos y diabólicos, los siervos de Dios nos han dejado muchos documentos. Mas, por lo que a mí toca me bastará, para mi propósito, proponeros dos señales de éxtasis bueno y santo.

287 5 Gal., II, 20.
288 6 Cor., XIII, 2
289 7 Rom., V, 5.
290 8 II Cor., XI, 14.

La primera es que el éxtasis sagrado nunca prende tanto en el entendimiento como en la voluntad, a la cual conmueve, enciende y llena de un poderoso afecto a Dios; de manera que, si el éxtasis es más bello que bueno, más luminoso que ardiente, más especulativo que afectivo, es muy dudoso y digno de que se sospeche de él.

No niego que se puedan tener arrobamientos y aún visiones proféticas sin la caridad; porque sé muy bien que, así como se puede tener caridad, sin sentirse arrobado y sin profetizar, asimismo puede no sentirse arrobado y profetizar sin tener caridad; pero digo que aquel que, en su arrobamiento, tiene más luz en el entendimiento para admirar a Dios, que calor en la voluntad para amarle, ha de ponerse en guardia, porque corre el peligro de que este éxtasis sea falso y de que hinche el espíritu, en lugar de edificarle, colocándolo, como a Saúl, a Balaán y a Caifas entre los profetas[291] pero dejándolos entre los réprobos.

La segunda señal de los verdaderos éxtasis consiste en la tercera clase de los mismos, que hemos indicado más arriba; éxtasis enteramente santo y amable, que es la corona de los otros; el éxtasis de la obra y de la vida. La perfecta observancia de los mandamientos de Dios no está dentro del círculo de las fuerzas humanas, pero sí dentro de los límites del instinto del espíritu humano, como muy conforme a la razón y a la luz natural; de suerte que cuando vivimos según los mandamientos de Dios, no, por ello, vivimos fuera de nuestra inclinación natural.

Pero, además de los mandamientos divinos, hay celestiales inspiraciones, para cuya ejecución no basta que Dios nos levante por encima de nuestras fuerzas, sino que, además, es menester que nos lleve más allá de los instintos y de las inclinaciones de nuestra naturaleza, porque, si bien estas inspiraciones no son contrarias a la razón humana, con todo la exceden, la sobrepujan y son superiores a ella, de suerte que entonces no sólo vivimos una vida correcta, honesta y cristiana sino también una vida sobrehumana, espiritual, devota y extática, es decir, una vida que, bajo todos los aspectos, está fuera y por encima de nuestra condición natural.

No hurtar, no mentir, no fornicar, orar a Dios, no jurar en vano, amar y honrar a los padres, no matar, todo esto es vivir según la razón natural del hombre.

Pero dejar todos nuestros bienes, amar la pobreza, llamarla y tenerla por deliciosa dueña; considerar como una felicidad y una bienaventuranza los oprobios, los desprecios, la abyección, las persecuciones y los martirios; mantenerse dentro de los términos de una castidad absoluta, y, finalmente, vivir en el mundo y en esta vida mortal contra todas las opiniones y las máximas mundanas y contra la corriente del río de esta vida, mediante una habitual resignación, renuncia y abnegación de nosotros mismos, esto no es vivir humanamente, sino sobrehumanamente; no es vivir en nosotros, sino fuera y por encima de nosotros, y, puesto que nadie puede salir de esta manera de sí mismo, si el Padre eterno no le atrae[292], sigúese que este género de vida es un arrobamiento continuo y un éxtasis perpetuo de acción y operación.

Vosotros estáis muertos —decía el gran Apóstol a los Colosenses— y vuestra *vida está oculta con Jesucristo en Dios*[293]. La muerte hace que el alma no viva en su cuerpo ni en el recinto del mismo.

¿Qué quieren, pues, decir Teótimo, estas palabras del Apóstol: *Vosotros estáis muertos*. Es como si dijera: Vosotros no vivís ya en vosotros mismos, ni dentro del cercado de vuestra condición natural; vuestra alma no vive según ella misma, sino sobre sí misma. Luego, *nuestra vida está escondida en Dios, con Jesucristo, y cuando Jesucristo, que es nuestro amor, y, por consiguiente nuestra vida espiritual, aparecerá el día del juicio, entonces nosotros apareceremos con Él en la gloria*[294]; es decir, Jesucristo nuestro amor nos glorificará, comunicándonos su felicidad y su esplendor.

VII Cómo el amor es la vida del alma. Prosigue el discurso sobre la vida extática

291 I Reg., X, 11.
292 Jn., VI, 44.
293 Col., III, 3.
294 Col.,III,4.



Cuando hemos puesto nuestro amor en Jesucristo, tenemos, por lo mismo, en Él nuestra vida espiritual. Ahora bien, El está oculto en Dios, en el cielo, como Dios estuvo oculto en Él, en la tierra. Por lo cual nuestra vida está oculta en Él, y, cuando Él aparezca glorioso, nuestra vida y nuestro amor aparecerán, asimismo, con Él, en Dios. Así, San Ignacio, decía que su amor estaba crucificado, como si hubiese querido decir: Mi amor natural y humano, con todas las pasiones que de él dependen, está clavado en la cruz; yo le he dado muerte como a un amor mortal, que hacía vivir mi corazón con una vida también mortal, y, así como mi Salvador fue crucificado y murió, según su vida mortal, para resucitar a una vida inmortal, de la misma manera yo he muerto con Él en la cruz, según mi amor natural, que era la vida mortal de mi alma, para resucitar a la vida sobrenatural de un amor que, pudiendo ejercitarse en el cielo, es también, por consiguiente, inmortal.

Al ver, pues, a una persona que, en la oración, tiene unos arrobamientos por los cuales sale y se eleva sobre sí misma en Dios, pero que, a pesar de ello, no tiene el éxtasis de la vida, es decir, no lleva una vida realzada y unida a Dios por la abnegación de las concupiscencias mundanas y la mortificación de los deseos y de las inclinaciones naturales, por la dulzura interior, la simplicidad, la humildad y sobre todo por una continua caridad, cree, Teótimo, que todos estos arrobamientos son muy dudosos y peligrosos; son arrobamientos propios para hacerse admirar de los hombres, mas no para santificarlos.

Porque ¿qué bien puede sacar un alma de ser arrobada en Dios, en la oración, si su conversación y su vida son arrebatadas por los afectos terrenos, bajos y naturales?

Estar por encima de sí mismo en la oración y por debajo de sí mismo en la vida y en la acción, ser angélico en la meditación y bestial en la conversación, es andar cojeando de ambas piernas, es jurar por Dios y jurar por Melcomn[295]; en una palabra, es una verdadera señal de que tales arrobamientos y engaños son del espíritu maligno.

Bienaventurados los que viven una vida sobrenatural, extática, levantada por encima de sí mismos, aunque no sean arrobados sobre sí mismos en la oración. Muchos santos hay en el cielo, que jamás estuvieron en éxtasis o en arrobamiento durante la contemplación. Porque, ¡cuántos mártires y grandes santos y santas vemos, en la historia, los cuales jamás tuvieron, en la oración, otro privilegio que el de la devoción y el fervor! Pero jamás ha habido santo alguno que no haya tenido el éxtasis y el arrobamiento de la vida y de la obra, remontándose sobre sí mismo y sobre sus inclinaciones naturales.

VIII Admirable exhortación de San Pablo a la vida extática y sobrehumana

San Pablo nos propone el más fuerte, el más apremiante y el más admirable argumento, para inclinarnos a todos al éxtasis y al arrobamiento de la vida y de la obra. Escucha, Teótimo, las ardientes y celestiales palabras de este apóstol todo él extasiado y transportado al amor de su maestro. Hablando, pues, de sí mismo (que j es lo mismo que decir de cada uno de nosotros), dice: *La caridad de Cristo nos apremia*[296]. Nada mueve tanto el corazón del hombre como el amor. Si un hombre sabe que es amado, sea por quien sea se ve obligado a corresponder con el amor; pero si el que le ama es un gran monarca ¡cuánto más apremiado no se siente!

Y ahora, mi querido Teótimo, sabiendo que Jesucristo, verdadero Dios eterno y omnipotente, nos ha amado hasta querer sufrir por nosotros la muerte, y la muerte de cruz, ¿no equivale todo esto a tener nuestros corazones como en una prensa para que salga de ellos exprimido el amor, con una fuerza y una violencia tanto más irresistible cuanto es más amable y agradable?

Lo que se sigue de esto, es lo que Cristo deseó de nosotros: que nos conformásemos con Él, para que, como dice el Apóstol, los que viven no vivan yapara sí, sino para el que murió y resucitó por ellos[297]. ¡Oh Dios mío! ¡Qué fuerte es esta consecuencia en materia de amor! Jesucristo murió por nosotros; nos dio la vida con su muerte; nosotros no vivimos, sino porque Él murió; nuestra vida,

[295] Reg., XVIII, 21. — Melcom, el ídolo conocido también por Moloch.
[296] II Cor., V, 14.
[297] II Cor., V, 15.



por lo tanto, no es nuestra, sino de Aquel que nos la adquirió con su muerte; luego no debemos vivir más en nosotros, sino en Él; no para nosotros, sino para Dios.

Consagremos al divino amor con que murió nuestro Salvador, todos los momentos de nuestra vida, refiriendo a su gloria todas nuestras empresas, todas nuestras conquistas, todas nuestras obras, todas nuestras acciones todos nuestros pensamientos y todos nuestros afectos. Contemplemos a este divino Redentor tendido sobre la cruz en la cual muere de amor por nosotros.

¿Por qué no nos arrojamos en espíritu sobre Él, para morir en la cruz con Él, que por nuestro amor quiso también morir? Me cogeré de Él, deberíamos decir si tuviésemos generosidad, moriré con Él y me abrasaré en las mismas llamas de su amor; un mismo fuego consumirá a este divino Creador y a su ruin criatura. Mi Jesús es todo mío y yo soy todo suyo[298]; y viviré y moriré sobre su pecho; ni la muerte ni la vida me separarán jamás de Él[299].

Así, es, cómo se realiza el éxtasis del verdadero amor, cuando ya no vivimos según las razones y las inclinaciones humanas, sino por encima de ellas, según las inspiraciones y los sentimientos del divino Salvador de nuestras almas.

IX Del supremo efecto del amor afectivo, que es la muerte de los amantes, y primeramente, de los que murieron en el amor

El amor es fuerte como la muerte[300]. Algunas veces el amor sagrado es tan violento, que efectivamente causa la separación del cuerpo y del alma, haciendo morir a los amantes con una muerte tan dichosa que vale más que cien vidas.

Así como es propio de los réprobos morir en pecado, así es propio de los elegidos morir en el amor y gracia de Dios; pero con todo, acaece de una manera muy diferente. El justo nunca muere de una manera imprevista, porque gran previsión de la muerte es el haber perseverado en la justicia cristiana hasta el fin.

Ha habido en nuestros tiempos varones eximios, en virtud y en doctrina, que han sido encontrados muertos, unos en el confesionario, otros oyendo un sermón, y no han faltado algunos que han fallecido al bajar del pulpito, después de haber predicado con gran fervor; muertes repentinas todas éstas, mas no imprevistas!,

Y a cuántos hombres de bien no hemos visto morir de apoplejía, de letargo, y de otras mil dolencias repentinas, y a cuántos también presa de desvarío, y aún privados del uso de la razón! Todos éstos, con los niños bautizados, han muerto en gracia y, por consiguiente, en el amor de Dios. Mas ¿cómo han podido morir en el amor de Dios, sin pensar siquiera en Dios en el momento de su tránsito?

Los hombres sabios no pierden su ciencia cuando están dormidos; de lo contrario, serían de nuevo ignorantes al despertar y tendrían que volver a la escuela. Lo mismo ocurre con todos los demás hábitos de prudencia, de templanza, de fe, de esperanza, de caridad: siempre se conservan dentro del espíritu de los justos, aunque no siempre produzcan sus actos. Parece que, en el hombre dormido, todos los hábitos duermen con él, y que con él despiertan.

De la misma manera, cuando el justo muere súbitamente, ya sea aplastado por una casa que se le cae encima, ya herido del rayo, ya ahogado por un catarro, o bien fuera de sus cabales, por causa de una fiebre muy subida, no muere, ciertamente, en el ejercicio del amor divino, pero muere en el hábito de este amor, por lo cual dijo el Sabio: *El justo, aunque sea arrebatado de muerte prematura, estará en lugar del refrigerio* [301]; porque, para obtener la vida eterna, basta morir en el estado y en el hábito del amor y de la caridad.

Muchos santos, empero, han muerto no sólo en caridad y con el hábito del amor celestial, sino también en el acto y en la práctica de éste. San Agustín murió en el ejercicio de la santa contrición; San Jerónimo, mientras exhortaba a sus queridos hijos al amor de Dios, del prójimo y de la

298 Cant.,II, 16.
299 Rom., VIII, 38,39.
300 Cant, VIII. 6.
301 Sab.,IV,7.



virtud; San Ambrosio, del todo arrobado, mientras conversaba dulcemente con su Salvador, inmediatamente después de haber recibido el divinísimo Sacramento del altar; San Antonio de Padua, después de haber repetido un himno a la gloriosa Virgen madre, y hablando gozosamente con el Salvador; Santo Tomás de Aquino, juntando las manos, levantando los ojos al cielo, alzando fuertemente la voz y pronunciando, a manera de aspiraciones, con gran fervor, estas palabras de los Cantares, que era las últimas que había explicado: Ven querido amigo, salgamos a los campos[302]. Todos los apóstoles y casi todos los mártires murieron rogando a Dios.

El bienaventurado y venerable Beda, habiendo tenido noticia, por revelación, de la hora de su muerte, acudió a vísperas (era el día de la Ascensión), y, estando en pie, apoyado tan sólo en los brazos de su silla, sin enfermedad alguna, acabó su vida en el mismo instante en que acababa de cantar las vísperas, como en la hora más a propósito para seguir a su Señor en su subida a los cielos, a fin de gozar, ya muy de mañana, de la eternidad que no tiene noche.

Juan Gersón, canciller de la Universidad de París, hombre tan docto como piadoso, del cual, como dice Sixto de Siena, no se puede discernir si, en él, la doctrina, aventajó a la piedad o la piedad a la doctrina, después de haber explicado las cincuenta propiedades de] amor divino indicadas en el Cantar de los Cantares, tres días después, con un rostro y un corazón llenos de vida, expiró, pronunciando y repitiendo muchas veces, a manera de jaculatoria, estas sagradas palabras sacadas del mismo Cantar: «Oh Dios mío, vuestro amor es fuerte como la muerte»[303]; y el gran apóstol de los japoneses, Francisco Javier, expiró sosteniendo y besando el crucifijo, y repitiendo a cada momento estas aspiraciones, salidas de su alma: ¡Oh Jesús, Dios de mi corazón!

X De los que han muerto por el amor, y por el amor divino

¡Qué dichosa es esta muerte! ¡Qué dulce es esta amorosa saeta, que al herirnos con la herida incurable de la santa dilección, hace que languidezcamos para siempre y que enfermemos de unos latidos de corazón tan fuertes, que, al fin, es menester morir! Estos sagrados desfallecimientos y estos trabajos soportados por la caridad, acortaron los días a los divinos amantes, como santa Catalina de Sena, San Francisco, el jovencito Estanislao de Kostka, San Carlos, y tantos otros, que murieron tan jóvenes.

En cuanto a San Francisco, desde que recibió los sagrados estigmas de su Maestro, tuvo tan fuertes y penosos dolores, tales espasmos, convulsiones y enfermedades, que no le quedó sino la piel y los huesos, y más parecía un esqueleto o una imagen de la muerte que un hombre vivo y con aliento.

XI Que algunos entre los divinos amadores han muerto también en el ejercicio del amor[304]

Este es el efecto más violento que el amor produce en un alma y que exige de antemano una gran desnudez de todos los afectos que pueden tener al corazón pegado al mundo o al cuerpo; de suerte que, así como el fuego, después de haber separado, poco apoco, la esencia de su masa, hace salir la quinta esencia, de la misma manera, el amor santo, después de haber liberado el corazón humano de todos los humores, inclinaciones y pasiones, en la medida de lo posible, hace, después, salir el alma, para que, por esta muerte preciosa, a los divinos ojos, pase a la gloria inmortal.

San Basilio había contraído una estrecha amistad con un célebre médico, judío de nación y de religión, con el intento de atraerle a la fe de nuestro Señor, lo cual, empero, no pudo conseguir, hasta que quebrantado de ayunos, de vigilias y de trabajos, llegó al artículo de la muerte y le preguntó cuál era su parecer acerca de su salud, conjurándole que se lo dijese francamente, lo cual hizo el médico, después de tomarle el pulso.

No hay remedio, le dijo; mañana, antes de la puesta del sol, habréis ya muerto. Mas ¿qué diréis— repuso el enfermo—, si mañana todavía vivo? Os prometo que me haré cristiano, replicó el

302 Cant, VII, 11.
303 Cant, VIII, 6.
304 Mt, V, 7.



médico. El santo rogó a Dios y obtuvo la prolongación de su vida corporal en favor de la vida espiritual de su médico, el cual, habiendo visto esta maravilla, se convirtió.

San Basilio se levantó animosamente del lecho, fue a la iglesia, y le bautizó, con toda su familia; y, vuelto a su habitación y acostado de nuevo, después de haber conversado largamente con nuestro Señor, en la oración, exhortó a los que le asistían a que sirviesen a Dios de todo corazón, y, al ver que los ángeles corrían hacia él, pronunció, con gran suavidad, estas palabras: *Dios mío, os encomiendo mi alma y la pongo en vuestras manos*, y expiró.

El pobre médico convertido, al verle ya muerto, le abrazó, y, derramando lágrimas, dijo: Oh, gran Basilio, siervo de Dios, en verdad que, si así lo hubieseis querido, no hubieseis muerto hoy, como no moristeis ayer. ¿Quién no ve que esta muerte fue enteramente una muerte de amor? Y la bienaventurada madre Teresa de Jesús reveló, después de su tránsito, que había muerto de un asalto e ímpetu de amor, el cual había sido tan violento, que la naturaleza no lo había podido soportar, por lo que su alma había partido hacia su Amado, objeto de sus afectos.

XII Que la santísima Virgen Madre de Dios murió de amor por su Hijo

No es posible dudar prudentemente de que San José murió antes de la pasión y muerte del Salvador, pues, de lo contrario, no hubiera recomendado su Madre a San Juan. Y, siendo esto así, ¿quién sería capaz de imaginar que el Hijo querido de su corazón, al cual había sustentado, no le asistió en la hora de su tránsito? *Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia*[305]. Un santo que tanto había amado en vida no podía morir más que de amor; porque, no pudiendo su alma amar a su sabor a su amado Jesús, en medio de las distracciones de esta vida, y habiendo cumplido ya la misión que le fue confiada durante la infancia del Señor, ¿qué le quedaba por hacer, sino decir al Padre celestial: ¡oh, Padre!, *yo he cumplido el encargo que me habéis confiado*, y después a su Hijo; ¡Hijo mío! así como tu Padre celestial puso tu cuerpo entre mis manos, el día de tu venida al mundo, así en este día de mi partida de este mundo, pongo mi espíritu en las tuyas.

Tal como me imagino, hubo de ser la muerte de este gran patriarca, hombre escogido para hacer, al servicio del Hijo de Dios, los más tiernos y los más amorosos oficios, cuales jamás se hicieron ni se harán, después de los que desempeñó su celestial esposa, verdadera Madre natural de este mismo Hijo, de la cual es imposible imaginar que muriese de otra muerte que de amor, muerte la más noble de todas, y debida, por consiguiente, a la vida más noble que jamás ha existido entre las criaturas; muerte de la cual los mismos ángeles desearían morir, si de morir fuesen capaces.

XIII Que la santísima Virgen murió de un amor extremadamente dulce y tranquilo

El amor divino crecía a cada momento en el corazón virginal de nuestra gloriosa Señora, pero con crecimiento dulce, apacible y continuo, sin agitación ni brusquedad, ni violencia alguna.

No podía caber una impetuosidad agitada en este celestial amor del corazón maternal de la Virgen, porque el amor es de suyo dulce, gracioso, apacible y tranquilo, y si alguna vez procede por saltos y sacude el espíritu, ello es debido a que encuentra resistencia.

Más, en la santísima Virgen, todo favorecía y secundaba la corriente del celestial amor. Los progresos y los acrecentamientos de éste eran incomparablemente mayores que en todas las demás criaturas, pero, infinitamente suaves, apacibles y tranquilos. La i santísima Virgen no quedó pasmada de amor ni de compasión junto a la cruz de su Hijo, a pesar de haber sentido entonces el más doloroso acceso de amor que imaginarse pueda; porque, aunque este acceso fue extremado, fue, con todo, igualmente fuerte y dulce a la vez, poderoso y tranquilo, activo y apacible, lleno de un ardor agudo pero suave.

No digo, Teótimo, que en el alma de la santísima Virgen no hubiese dos partes, y, por consiguiente, dos apetitos: uno según el espíritu y la razón superior; otro según los sentidos y la razón

305 23 Jn., XVII, 4.



inferior, de suerte que pudo sentir repugnancias y oposición de la una con respecto a la otra, porque este trabajo aparece también en nuestro Señor su Hijo; pero digo que en esta celestial Madre estaban todos los afectos tan bien dispuestos y ordenados, que el divino amor ejerció en ella su imperio y su dominio muy apaciblemente, sin que se sintiera turbada por la diversidad de voluntades o apetitos ni por la repugnancia de los sentidos, porque ni las repugnancias del apetito natural, ni los movimientos de los sentidos jamás llegaban hasta el pecado, ni siquiera hasta el pecado venial; al contrario, todo esto era, en ella, santa y fielmente empleado en el servicio del santo amor y en la práctica de las demás virtudes, las cuales, en su mayor parte, no se pueden practicar sino entre las dificultades, las repugnancias y las contradicciones.

La gloriosa Virgen, hecha partícipe de todas las miserias del género humano, menos de aquellas que tienden inmediatamente al pecado, las empleó utilísimamente en el ejercicio y acrecentamiento de las virtudes de la fortaleza, de la templanza, de la justicia de la prudencia, de la pobreza, de la humildad, del sufrimiento y de la compasión, de suerte que aquellas miserias no opusieron ningún obstáculo, sino, al contrario, ofrecieron al amor celestial muchas ocasiones de robustecerse con continuados ejercicios y progresos.

Nuestro corazón ha sido hecho por Dios, que lo atrae continuamente y que no cesa de hacer sentir en él los alicientes de su celestial amor.

Pero cinco cosas impiden esta atracción:

1. el pecado, que nos aleja de Dios;
2. el afecto a las riquezas;
3. los placeres sensuales;
4. el orgullo y la vanidad;
5. el amor propio, con la multitud de las pasiones desordenadas que engendra, las cuales son en nosotros una pesada carga que nos aplasta.

Ahora bien, ninguno de estos impedimentos tuvo cabida en el corazón de la gloriosa Virgen:

1. siempre preservada de todo pecado;
2. siempre pobre de corazón;
3. siempre purísima;
4. siempre humildísima;
5. siempre señora pacífica de todas sus pasiones y libre de la rebelión que el amor propio suscita contra el amor de Dios.

Así la santísima Madre, no teniendo nada en sí misma que impidiese la operación del divino amor de su Hijo, se unía con Él con una unión incomparable, en éxtasis dulces, apacibles y sin esfuerzo; éxtasis en los cuales la parte inferior no dejaba de producir sus actos, pero sin que esto estorbara en nada la unión del espíritu, l y, recíprocamente, la perfecta aplicación de su espíritu no causaba gran distracción de los sentidos. De manera que la muerte de esta Virgen fue más dulce de lo que se puede imaginar, pues su Hijo la atrajo suavemente con el olor de sus perfumes[306], y ella corrió tras la fragancia de aquéllos, hacia el seno de la bondad de su Hijo.

El amor había hecho sentir, junto a la cruz, a esta divina esposa, los supremos dolores de la muerte; era, pues, razonable que, al fin, la muerte le comunicase las soberanas delicias del amor.


[306] 24 Cant, 1,3.



LIBRO OCTAVO
Del amor de conformidad, por el cual unimos nuestra voluntad a la de Dios, que nos es significada por sus mandamientos, consejos e inspiraciones

I Del amor de conformidad, que proviene de la sagrada complacencia

El verdadero amor nunca es desagradecido, y siempre procura complacer a aquellos en quienes se complace; de aquí nace la conformidad de los amantes, que nos hace tales como lo que amamos.

Esta transformación se hace insensiblemente por la complacencia, la cual, cuando entra en nuestros corazones, engendra otra para aquel de quien la hemos recibido. Así, a fuerza de complacerse en Dios, se hace el hombre conforme a Dios, y nuestra voluntad se transforma en la divina, por la complacencia que en ella siente.

El amor **—dice San Juan Crisóstomo—** o encuentra o engendra la semejanza; el ejemplo de aquellos a quienes amamos ejerce un dulce e imperceptible imperio y una autoridad insensible sobre nosotros; es menester o dejarlos o imitarles.

Con el placer que nuestro corazón recibe de la cosa amada, atrae hacia sí las cualidades de ésta, porque el deleite abre el corazón, como la tristeza lo encoge, por lo que la sagrada Escritura emplea, con frecuencia, la palabra dilatar en lugar de la palabra alegrar. Estando, pues, abierto el corazón por el placer, las impresiones que producen las cualidades de las cuales aquel depende penetran fácilmente en el espíritu, y con ellas también las otras dimanan del mismo objeto, las cuales, aunque no desagraden, no dejan empero de penetrar en nosotros mezcladas con el placer.

Por esta causa, la santa complacencia nos transforma en Dios, a quien amamos, y cuanto mayor es tanto más perfecta es la transformación. Así los santos que han amado mucho han sido rápida y perfectamente transformados, habiendo sido el amor el que ha transportado e introducido las costumbres y las cualidades de un corazón a otro.

Dice el gran Apóstol que *no se puso la ley para el justo*[307] porque, en verdad, el justo no es justo ser apremiado por el rigor de la ley, pues el amor es el doctor que más mueve, y que con más fuerza persuade al corazón que lo posee, a que obedezca a las voluntades e intenciones del amado.

II De la conformidad de sumisión, que procede del amor de benevolencia

El amor de benevolencia nos lleva a rendir una total obediencia y sumisión a Dios, por propia elección e inclinación y aun por una suave violencia amorosa, al considerar la suma bondad, justicia y rectitud de la divina voluntad. ¿Acaso no vemos cómo una doncella, por libre elección que hace del amor de benevolencia, se sujeta a un esposo, al cual, por otra parte, no estaba en manera alguna obligada, y cómo un gentilhombre se somete al servicio de un príncipe extranjero o bien pone su voluntad en manos del superior de la comunidad religiosa en la cual ha ingresado?

De esta manera, pues, se realiza la conformidad de nuestro corazón con la voluntad de Dios, cuando ponemos todos nuestros afectos en manos de la divina voluntad, para que sean doblegados y manejados a su gusto, moldeados y formados según su beneplácito. Y en este punto consiste la profundísima obediencia del amor, la cual no tiene necesidad de ser movida por amenazas ni por recompensas, ni por ley ni mandato alguno, porque ella previene todo esto y se somete a Dios por la sola perfectísima bondad que hay en Él, por razón de la cual merece que toda voluntad le sea obediente, y le esté sujeta y sumisa, conformándose y uniéndose para siempre, en todo y por todo a las intenciones divinas.

[307] 1 Tim.,1,9.

III Cómo debemos conformarnos con la divina voluntad, que llaman significada

Algunas veces consideramos la voluntad de Dios en sí misma, y al verla toda santa y toda buena, no es fácil alabarla, bendecirla y adorarla y sacrificar nuestra voluntad y todas las de las demás criaturas a su obediencia, por lo cual exclamamos: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo[308]. Otras veces, consideramos la voluntad de Dios en los acontecimientos que nos sobrevienen y en las consecuencias que de ellos se nos derivan, y, finalmente, en la declaración y en la manifestación de sus intenciones.

Y, aunque es cierto que su divina Majestad sólo tiene una voluntad absolutamente única y simplicísima, con todo le damos diferentes nombres según la variedad de los medios por los cuales la conocemos; variedad según la cual estamos también diversamente obligados a conformarnos con ella.

La doctrina cristiana nos propone claramente las verdades que Dios quiere que creamos.

Ahora bien, como que esta voluntad de Dios significada procede a manera de deseo y no de un querer absoluto, podemos o bien seguirla obedeciendo o bien resistirle desobedeciendo, porque tres son los actos de la voluntad de Dios en este punto: quiere que podamos resistir, desea que no resistamos, y permite, sin embargo, que resistamos si queremos.

El que podamos resistir depende de nuestra natural condición y libertad; el que no resistamos es conforme al deseo de la divina bondad.

Luego, cuando resistimos, Dios en nada contribuye a nuestra desobediencia, sino que, *dejando nuestra voluntad en manos*[309] de su libre albedrío, permite que elija el mal. Pero, cuando obedecemos, Dios contribuye con su auxilio, sus inspiraciones y su gracia.

Porque la permisión es un acto de la voluntad que, de suyo, es estéril e infecundo y, por así decirlo, es un acto pasivo, que no hace nada, sino que deja de hacer.

Al contrario, el deseo es un acto activo, fecundo, fértil, que excita, atrae y apremia. Por esta causa, al desear Dios que sigamos su voluntad significada, nos solicita, exhorta, incita, inspira, ayuda y socorre; pero, al permitir que resistamos, no hace otra cosa i que dejar que hagamos lo que queramos, según nuestra libre elección, contra su deseo e intención.

Sin embargo, este deseo de Dios es un verdadero deseo, porque ¿cómo se puede expresar más ingenuamente el deseo de que un amigo coma bien, sino preparando un buen y excelente festín, como lo hizo aquel rey de la parábola evangélica; y después invitarle, instarle y casi obligarle, con ruegos, exhortaciones y apremios, a que vaya a sentarse a la mesa y a que coma?

A la verdad, aquel que, a viva fuerza, abriera la boca de un amigo y le introdujera la comida en las fauces y se la hiciese tragar, no le daría un banquete de cortesía, sino que le trataría como a una bestia y como a un ave a la que se quiere cebar. Esta especie de beneficio quiere ser ofrecido por medio de invitaciones, ruegos y llamamientos, y no ejercido por la violencia y por la fuerza.

Por esta razón, se hace a manera de deseo y no de querer absoluto. Pues bien, lo mismo ocurre con la voluntad de Dios significada, pues por ella quiere Dios, con verdadero deseo, que hagamos lo que Él nos manifiesta, y, para ello, nos da todo lo que se requiere, exhortándonos e instándonos a que lo empleemos. En esta clase de favores no se puede pedir más.

Luego, la conformidad de nuestro corazón con la voluntad de Dios significada consiste en que queramos todo lo que la divina bondad nos manifiesta como intención suya, de suerte que creamos según su doctrina, esperemos según sus promesas, temamos según sus amenazas, amemos y vivamos según sus mandatos y advertencias, a lo cual tienden las protestas que, con tanta frecuencia, hacemos durante las ceremonias litúrgicas. Porque, para esto, nos ponemos de pie mientras se lee el Evangelio, para dar a entender que estamos prestos a obedecer la santísima voluntad de Dios significada, contenida en él.

---
[308] Mt., VI, 10.
[309] Ecl., XV, 14.



Para esto besamos el libro, en el lugar del Evangelio, para adorar la santa palabra que nos da a conocer la voluntad celestial. Para esto, muchos santos y santas llevaban antiguamente el Evangelio escrito sobre sus pechos, como reconfortante, tal como se lee de Santa Cecilia, y tal como, de hecho, se encontró el de San Mateo sobre el corazón de San Bernabé difunto, escrito de su propia mano.

IV De la conformidad de nuestra voluntad con la que Dios tiene de salvarnos

Dios nos ha manifestado de tantas maneras y por tantos medios que quiere que todos nos salvemos, que nadie lo puede ignorar. Con este intento nos hizo a su imagen y semejanza por la creación, y Él se hizo a nuestra imagen y semejanza por la encarnación, después de la cual padeció la muerte, para rescatar a toda la raza de los hombres y salvarla.

Y, aunque no todos se salven, esta voluntad no deja, empero, de ser una verdadera voluntad de Dios, que obra en nosotros según la condición de su naturaleza y de la nuestra; porque su bondad le mueve a comunicarnos generosamente los auxilios de su gracia, para que podamos llegar a la felicidad de su gloria, pero nuestra naturaleza requiere que su liberalidad nos deje en libertad para aprovecharnos de ellos y así salvarnos, o para despreciarlos y perdernos.

Ciertamente, *sus delicias consisten en estar entre los hijos de los hombres*[310], para verter sus gracias sobre ellos. Nada es tan agradable y delicioso para las personas libres como el hacer su voluntad.

La voluntad de Dios es nuestras santificación[311], y nuestra salvación su beneplácito.

Todo el templo celestial de la Iglesia triunfante y de la militante resuena por todos lados con los cánticos y alabanzas de este dulce amor de Dios para con nosotros. Y el cuerpo sacratísimo del Salvador, como un templo santísimo de su divinidad, está todo adornado con las señales e insignias de esta benevolencia.

Debemos querer nuestra salvación tal como Dios la quiere; Él la quiere por manera de deseo; luego, debemos también nosotros quererla de conformidad con su deseo. Pero no solamente la quiere, sino que, además, nos da todos los medios necesarios para hacernos llegar a ella, y nosotros, como consecuencia de este deseo que tenemos de salvarnos, no sólo debemos quererla, sino también aceptar todas las gracias que nos tiene preparadas y que nos ofrece.

Pero acontece muchas veces que los medios para llegar a alcanzar la salvación, considerados en conjunto y en general, son gratos a nuestro corazón, pero, en sus pormenores y en particular, le parecen espantosos. ¿No vemos, acaso, al pobre San Pedro dispuesto a recibir, en general, toda suerte de penas y aun la misma muerte para seguir a su Maestro? Y sin embargo, cuando llegó la ocasión, palideció, tembló y renegó de su Señor a la sola voz de una criada.

Todos pensamos que podemos beber el cáliz de nuestro Señor juntamente con Él; pero cuando, en realidad, se nos ofrece, huimos y lo dejamos todo. Cuando las cosas se nos presentan en concreto, producen una impresión más fuerte e hieren más sensiblemente la imaginación. Por esta causa en la Introducción de la Vida Devota aconsejo que, en la santa oración, después de los afectos generales, se hagan resoluciones particulares. David aceptaba en particular las aflicciones como una preparación para la perfección, cuando cantaba: *Bien me está que me hayas humillado, para que aprenda tus justísimos preceptos*[312].

Así fueron los apóstoles, los cuales se gozaron en las tribulaciones, pues de ellas recibían el *favor de padecer ignominias por el nombre de su Salvador* [313].

[310] Prov.,VIII,31.
[311] 1 Tes., IV, 3.
[312] Sal.,CXVIII, 7 1
[313] Hech.,V,41.

V De la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios que nos es significada por sus mandamientos

Nunca es más agradable un presente que cuando nos lo hace un amigo. Los más suaves mandatos se hacen ásperos si un corazón tirano y cruel los impone, y nos parecen muy amables, cuando los dicta el amor. La servidumbre le parecía a Jacob un reinado, porque procedía del amor.

Muchos guardan los mandamientos como quien toma una medicina, a saber, más por temor de morir y condenarse que por el placer de vivir según el agrado de Dios. \

Al contrario, el corazón enamorado ama los mandamientos, y cuanto más difíciles son, más dulces y agradables le parecen, porque así mejor complace al Amado y es mayor el honor que le tributa. Entonces deja escapar y canta himnos de alegría, cuando Dios le enseña sus mandamientos y sus justificaciones[314].

VI De la conformidad de nuestra voluntad con la cada por los consejos

Hay mucha diferencia entre el mandar y el recomendar. El que manda echa mano de la autoridad para obligar; el que recomienda usa de la amistad para mover y provocar. El mandamiento impone algo que es necesario; el consejo y la recomendación nos exhortan a lo que es de mayor utilidad. Al mandamiento corresponde la obediencia; al consejo, el asentimiento. Seguimos el consejo para complacer, y el mandamiento para no desagradar. Por esta causa, el amor de complacencia, que nos obliga a dar gusto al amado, nos lleva, por lo mismo, a la observancia de los consejos y al amor de benevolencia, que quiere que todas las voluntades y todos los afectos le estén sujetos, hace que queramos no sólo lo que él ordena sino también lo que aconseja y aquello a lo cual nos exhorta así como el amor y el respeto que un hijo fiel tiene a su buen padre hace que se resuelva a vivir no sólo según los mandatos que impone, sino también según los deseos y las inclinaciones que manifiesta.

El consejo se da en beneficio de aquel a quien se aconseja, a fin de que sea perfecto. *Si quieres ser perfecto* - dice el salvador - *ve, vende todo lo que tienes, dalo a los pobres y sígueme*[315].

Pero el corazón amante no recibe el consejo para su utilidad, sino para conformarse con el deseo del que aconseja y para rendir el homenaje que es debido a su voluntad. Por lo mismo, no guarde los consejos sino en la medida que Dios quiere, que cada uno los observe todos, sino tan sólo aquellos que son convenientes, según la diversidad de personas, de bienes y de fuerzas, tal como la caridad lo requiere; que, como reina de todas las virtudes, de todos los mandamientos, de todos los consejos y, en una palabra, de todas las leyes y de todos los actos del cristiano, da a todas estas cosas la categoría, el orden, la oportunidad y el valor.

Si tu padre o tu madre tienen verdadera necesidad de tu ayuda para vivir, no es entonces la ocasión de poner en práctica el consejo de retirarte a un monasterio, porue la caridad ordena que cumplas el mandamiento de honrar, servir y socorrer a tu padre y a tu madre.

Eres un príncipe, por cuyos descendientes los súbditos de la corona han de ser conservados en paz y asegurados contra la tiranía, las sediciones y las guerras civiles; no hay duda que un bien tan grande te obliga a procurarte, por un santo matrimonio, legítimos sucesores. No es perder la castidad o, a lo menos, es perderla castamente, el sacrificarla en aras del bien público, en obsequio de la caridad.

¿Tienes una salud floja e inconsciente, que tiene necesidad de grandes cuidados? No practiques voluntariamente la pobreza efectiva, porque la caridad no sólo no permite a los padres de familia venderlo todo para darlo a los pobres, sino que les manda reunir honradamente lo que es menester para la educación y el sustento de la esposa, de los hijos y de los criados; como también obliga a los reyes y a los príncipes a acumular tesoros, los cuales, adquiridos mediante justas economías, y no por tiránicos procedimientos, sirvan como de saludable preservativo contra los enemigos visibles.

[314] Sal.,CXVIII, 17 1
[315] Mt., XIX, 21.

¿Acaso no aconseja San Pablo a los casados que, transcurrido el tiempo de la oración, vuelvan al tren de vida ordenado de los deberes conyugales?[316].

Todos los consejos han sido dados para la perfección del pueblo cristiano, mas no para la perfección de cada cristiano en particular. Hay circunstancias que los hacen unas veces imposibles, otras inútiles, otras peligrosos, otras dañosos, por lo cual nuestro Señor dice de uno de estos consejos lo que quiere que se entienda de todos: *Quien pueda tomarlo que lo tome*[317], como si dijera, según lo expone San Jerónimo: quien pueda ganar y llevarse el honor de la castidad, como premio de su reputación, que lo tome, pues es el premio propuesto a los que corren denodadamente. Luego, no todos pueden, o mejor dicho, no es conveniente a todos la guarda de todos los consejos, pues, habiendo sido dados en favor de la caridad, ha de ser ésta la regla y la medida que hemos de seguir en la práctica de los mismos.

Así, pues, cuando la caridad lo ordena, se sacan los monjes y los religiosos de los claustros, para hacerlos cardenales, prelados y párrocos, y hasta para que contraigan matrimonio para la quietud de los reinos, según hemos dicho más arriba y según ha ocurrido algunas veces.

Ahora bien, si la caridad obliga a salir de los claustros a los que, por voto solemne, están ligados con ellos, con mucha mayor razón y por un motivo de menor importancia se puede, por la autoridad de esta misma caridad, aconsejar a muchos que permanezcan en sus casas, que conserven sus bienes, que se casen, y hasta que tomen las armas y vayan a la guerra, a pesar de ser una profesión tan peligrosa.

Ahora bien, cuando la caridad induce a unos a la práctica de la pobreza, y aparta de ella a otros; cuando encamina a unos hacia el matrimonio y a otros hacia la continencia; cuando encierra a unos en un claustro y saca de él a otros, no tiene necesidad de dar explicaciones a nadie; porque ella, en la ley cristiana, tiene la plenitud del poder, según está escrito: *La caridad todo lo puede*[318]. Ella posee el colmo de la prudencia, según se dijo: *La caridad nada hace en vano*[319]. Y, si alguno quiere preguntarle por qué obra así, podrá responder osadamente; *Porque el Señor tiene necesidad de ello*.[320]

Todo se hace por la caridad, y la caridad todo lo hace por Dios; todo ha de servir a la caridad, más ella no ha de estar al servicio de nadie, ni siquiera de su amado, del cual no es sierva, sino esposa. Por esto es ella la que ha de regular la práctica de los consejos; porque a unos les ordenará la castidad, y no la pobreza; a otros la obediencia, y no la castidad; a otros el ayuno, y no la limosna; a otros la limosna, y no el ayuno; a unos la soledad; a otros el ministerio pastoral; a unos la conversación; a otros la soledad. En resumen, la caridad es un agua sagrada que fecunda el jardín de la Iglesia, y aunque es incolora, cada una de las flores que hace crecer tiene su color diferente. Ella produce mártires, más rojos que la rosa; vírgenes más blancas que el lirio; a unos les comunica el fino morado de la mortificación; a otros el amarillo de los cuidados del matrimonio, valiéndose de los diversos consejos para la perfección de las almas, tan felices de vivir bajo su mando.

VII Que el amor a la voluntad de Dios significada en los mandamientos nos lleva al amor de los consejos

El alma que ama a Dios, de tal manera queda transformada en su santísima voluntad, que más bien merece ser llamada voluntad de Dios, que obediente o sujeta a la voluntad divina, por lo cual dice Dios por Isaías que llamará a la Iglesia cristiana *con su nombre nuevo que pronunciará el Señor con su propia boca*[321], y lo marcará y grabará en el corazón de sus fíeles, y este nombre será *Mi voluntad en ella*, como si dijera que, entre los que no son cristianos, cada uno tiene su voluntad propia dentro de su corazón; pero, entre los verdaderos hijos del Salvador, cada uno dejará su propia voluntad y no habrá más que una sola voluntad dueña, rectora y universal, que animará, gobernará y

[316] 1. Cor., VII, 5.
[317] Mt., XIX, 12.
[318] 1 Cor., XIII.
[319] 1 Cor., XIII, 4.
[320] Mt., XXI, 3.
[321] Is., LXII.

dirigirá todas las almas, todos los corazones, todas las voluntades, y el nombre de honor de los cristianos no será otro que la voluntad de Dios en ellos, voluntad que reinará sobre todas las voluntades y las transformará todas en sí misma, de suerte que la voluntad de los cristianos y la voluntad de Dios no serán más que una sola voluntad.

Lo cual se realizó perfectamente en la primitiva Iglesia, cuando, como dice el glorioso San Lucas, *en la multitud de los creyentes no había más que un solo corazón y una sola alma*[322]. Cuando el espíritu se rebela, quiere que su corazón sea dueño de sí mismo y que su propia voluntad sea soberana como la de Dios. Y no quiere que la voluntad divina reine sobre la suya, sino que quiere ser dueño absoluto y no depender de nadie. ¡*Oh Señor eterno, no lo permitáis, antes haced que jamás se cumpla mi voluntad, sino la vuestra*[323].

Cuando nuestro amor a la voluntad de Dios ha llegado ya al colmo, no nos contentamos con hacer solamente la voluntad divina, significada en los mandamientos, sino que, además, nos sometemos a la obediencia de los consejos, los cuales no se nos dan sino para que observemos más perfectamente los mandamientos a los cuales también se refieren.

El Señor, durante su vida en este mundo, dio a conocer su voluntad, en muchas cosas, por manera de mandato, y, en muchas otras, la significó tan sólo por manera de deseo; porque alabó mucho la castidad, la pobreza, la obediencia y la resignación perfecta, la abnegación de la propia voluntad, la viudez, el ayuno, la oración ordinaria, y lo que dijo de la castidad, a Saber, que el que pudiese obtener el premio, que lo tomase, lo dijo también de todos los demás consejos. Ante este deseo, los cristianos más animosos han puesto manos a la obra, y, venciendo todas las resistencias, todas las concupiscencias y todas las dificultades, han llegado a alcanzar la perfección y se han sujetado a la estrecha observancia de los deseos de su Rey, obteniendo, por este medio, la corona de la gloria.

Dios no sólo escucha la oración de sus fieles, sino también sus solos deseos y la sola preparación de sus corazones para orar; tan favorable es y tan propicio a hacer la voluntad de los que le aman. ¿Por qué, pues, no hemos de ser nosotros recíprocamente celosos de seguir la santa voluntad de nuestro Señor, de suerte que no sólo hagamos lo que manda, sino también lo que da a entender que le agrada y desea? Las almas nobles, para abrazar un designio, no tienen necesidad de otro motivo que el saber que su Amado lo desea.

VIII Que el desprecio de los consejos evangélicos es un gran pecado

Las palabras con las cuales nuestro Señor nos exhorta a desear la perfección y a tender a ella son tan enérgicas y apremiantes, que no es posible disimular la obligación que nos incumbe de comprometernos a realizar este intento. *Sed santos —dice—- puesto que Yo soy santo*[324]. *El que es justo justifíquese más y más, y el santo más y más se santifique*[325]. *Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*[326].

Las virtudes no poseen su cabal medida y suficiencia hasta que engendran, en nosotros, deseos de hacer progresos, que, como semillas espirituales, sirven para la producción de nuevos actos de virtud. Y la virtud que no posee el grano o la pepita de estos deseos, no se encuentra en el grado debido de su suficiencia y madurez. Nada, a la verdad, es estable y fijo en este mundo, pero del hombre se ha dicho de una manera más particular *que jamás permanece en un mismo estado*[327]. Es, pues, necesario que adelante o que vuelva atrás.

No digo que sea pecado el no practicar los consejos. No lo es, ciertamente, porque en esto estriba la diferencia entre el mandamiento y el consejo, en que el mandamiento obliga bajo pena de pecado y el consejo nos invita sin penas de pecado. Digo, con todo, que es un gran pecado despreciar el deseo de la perfección cristiana, y más aún despreciar la invitación por la cual nuestro Señor nos

[322] Hech.,IV,32.
[323] Lc, XXXII, 42
[324] Levit.,XI,44.
[325] Ap.,XXII , 11.
[326] Mt., V, 48.
[327] Job., XIV, 2.

llama a ella, y es una impiedad intolerable despreciar los consejos y los medios que nuestro Señor nos indica para alcanzarla.

Se puede, sin pecado, no seguir los consejos, debido a tener puesto el afecto en otras cosas, por ejemplo se puede no vender lo que se posee y no darlo a los pobres por falta de valor para una renuncia tan grande. Puede uno casarse por amor a una mujer o por no tener la fuerza que se requiere para emprender la guerra contra la carne. Pero hacer expresa profesión de no seguir ni uno solo de los consejos, esto no se puede hacer, sin que redunde en desprecio de quien los ha dado.

No seguir el consejo de guardar la virginidad - para casarse, no es una cosa mala; pero casarse, por preferir el matrimonio a la castidad, tal como lo hacen los herejes, es un gran desprecio del consejero o del consejo. Beber vino contra el parecer del médico, cuando uno se siente vencido por la sed o por la ilusión de beber no es, propiamente, despreciar al médico ni su consejo, pero decir: no quiero seguir el parecer del médico, no puede ser sino efecto de la poca estima en que se le tiene.

Ahora bien, entre los hombres, es posible despreciar sus consejos sin despreciar a los que los dan, porque no es despreciar a un hombre creer que se ha equivocado. Pero, cuando se trata de Dios, no aceptar su consejo y despreciarlo, no puede ser sino efecto de estimar que no ha aconsejado bien, lo cual no se puede pensar sin espíritu de blasfemia, ya que ello equivale a suponer que Dios no es suficientemente bueno para querer o aconsejar bien. Lo mismo se diga de los consejos de la Iglesia, la cual, por razón de la continua asistencia del Espíritu Santo, que la ilustra y la guía por el camino de la verdad, nunca puede dar un mal consejo.

IX Prosigue el discurso precedente. Cómo todos deben amar, aunque no practicar, todos los consejos evangélicos, y cómo, a pesar de ello, debe cada uno practicar los que puede

Aunque cada cristiano, en particular, no puede ni debe practicar todos los consejos, está, empero, obligado a amarlos, porque todos son buenos.

Alegrémonos cuando veamos que otras personas emprenden el camino de los consejos que nosotros no debemos o no podemos practicar; roguemos por ellos, bendigámosles, favorezcámosles y ayudémosles, porque la caridad nos obliga a amar no sólo lo que es bueno para nosotros, sino también lo que es bueno para el prójimo.

Daremos suficientes pruebas de que amamos todos los consejos, cuando observemos devotamente los que son conformes con nuestra manera de ser; porque, así como el que cree un artículo de fe, por haberlo Dios revelado con su palabra, anunciada y declarada por la Iglesia, no puede dejar de creer los demás, y el que observa un mandamiento, por verdadero amor de Dios, está presto a observar los demás, cuando se ofrezca la ocasión, asimismo el que ama y aprecia un consejo evangélico, porque Dios lo ha dado, no puede dejar de apreciar los demás, pues son todos de Dios.

Ahora bien, nosotros podemos fácilmente practicar algunos, aunque no todos a la vez, porque Dios ha dado muchos, para que cada uno pueda observar algunos y para que no haya día en el cual no se ofrezca alguna ocasión de practicarlos.

Exige la caridad que, para ayudar a vuestro padre o a vuestra madre, viváis con ellos; pero, sin embargo, conservad el amor y la afición al retiro y no tengáis puesto el corazón en la casa paterna, sino en la medida necesaria para hacer en ella lo que la caridad requiere. No es conveniente, por causa de vuestro estado, que guardéis una castidad perfecta; guardad, empero, a lo menos, la que, sin faltar a la caridad, os sea posible guardar. El que no pueda hacerlo todo, que haga alguna parte. No estáis obligados a ir en pos del que os ha ofendido, porque es él quien ha de volver sobre sí y ha de acudir a vosotros para daros satisfacción, pues, de él ha procedido la injuria y el ultraje; pero haced lo que el Salvador os aconseja: adelantaos a hacerle bien, devolvedle bien por mal: echad sobre su cabeza y sobre su corazón *ascuas encendidas* [328] de caridad, que todo lo abrasen y le fuercen a amaros.

No estáis obligados por el rigor de la ley a dar limosna a todos los pobres que encontréis, sino tan sólo a los que tengan de ella gran necesidad; pero, según el consejo del Salvador, no dejéis de dar a todos los indigentes que os salgan al paso, en cuanto vuestra condición y vuestras verdaderas

[328] Rom., XII, 20.

necesidades lo permitan. Tampoco estáis obligados a hacer ningún voto, pero haced, con todo, algunos, los que vuestro padre espiritual juzgue a propósito para vuestro adelantamiento en el amor divino. Podéis libremente beber vino dentro de los límites de la templanza; pero, según el consejo de San Pablo a Timoteo, bebed tan sólo el que fuere menester para entonar vuestro estómago.

Hay en los consejos diversos grados de perfección. Prestar a los pobres, fuera de los casos de extrema necesidad, es el primer grado del consejo de la limosna, el dar la propia persona, consagrándola al servicio de los pobres. Visitar a los enfermos, que no lo están de extrema gravedad, es un acto muy laudable de caridad; servirles es aún mejor; pero dedicarse a su servicio, es lo más excelente de este consejo, que los clérigos de la Visitación de enfermos practican, en virtud de su propio instituto, como también muchas señoras, a imitación de aquel gran santo, Sansón, noble y médico romano, el cual, en la ciudad de Constantinopla, donde fue sacerdote, se dedicó enteramente, con admirable caridad, al servicio de los enfermos, en un hospital que comenzó a construir allí, y que levantó y terminó el emperador Justiniano; y a imitación, asimismo, de las santas Catalina de Sena y de Génova de Isabel de Hungría y de los gloriosos amigos de Dios, San Francisco e Ignacio de Loyola, que, en los comienzos de sus Religiones, practicaron estos ejercicios con un ardor y un provecho espiritual incomparable.

La perfección de las virtudes tiene cierta extensión, y, por lo regular, no estamos obligados a practicarlas hasta el grado máximo de su excelencia; basta que penetremos en este ejercicio tanto cuanto sea necesario para que nos hallemos en él. Pero pasar más adelante y avanzar más lejos en la perfección es un consejo; los actos heroicos de las virtudes no están ordinariamente mandados, sino tan sólo aconsejados.

Pues bien, la perfecta imitación del Salvador consiste en la práctica de los actos heroicos de virtud, y el Salvador, como dice Santo Tomás tuvo, desde el primer instante de su concepción todas las virtudes en grado heroico, y, por mejor decir, más que heroico, pues no era simplemente más que hombre sino infinitamente más hombre, es decir, verdadero Dios.

X Cómo nos hemos de conformar con la voluntad divina significada por las inspiraciones, y, en primer lugar, de la variedad de medios por los cuales Dios nos inspira

La inspiración es un rayo celestial, que lleva a nuestros corazones una luz cálida, la cual nos hace ver el bien y nos enardece para buscarlo con fervor. Sin la inspiración, nuestras almas vivirían perezosamente, impedidas e inútiles; pero, al llegar los divinos rayos de la inspiración, sentimos la presencia dé una luz mezclada de un calor que da vida, la cual ilumina nuestro entendimiento, despierta y alienta nuestra voluntad y le da fuerzas para querer y hacer el bien que se requiere para nuestra eterna salvación. Dios alienta e inspira en nosotros los deseos y las intenciones de su amor.

Los medios para inspirar, de los cuales se vale son infinitos. San Antonio,. San Francisco, San Anselmo y otros mil, recibían con frecuencia las inspiraciones por la vista de las criaturas. El medio ordinario es la predicación; pero, algunas veces, aquellos a quienes la palabra no aprovecha son instruidos por las tribulaciones, según el decir del profeta: *La aflicción dará inteligencia al oído*[329], o sea, los que, al oír las amenazas del cielo sobre los malos, no se enmiendan, aprenderán la verdad por los acontecimientos y los hechos y llegarán a ser cuerdos mediante la aflicción. Santa María Egipciaca se sintió inspirada al ver una imagen de Nuestra Señora; San Antonio, al oír el Evangelio que se lee en la misa; San Agustín, al oír contar la vida de San Antonio; el duque de Gandía, al contemplar el cadáver de la emperatriz difunta; San Pacomio, ante un ejemplo de caridad; San Ignacio de Loyola, con la lectura de las vidas de los santos.

Cuando yo era joven, en París, dos estudiantes, uno de los cuales era hereje, pasaban una noche por el arrabal de Saint Jacques, en una francachela, cuando oyeron el toque de maitines de los cartujos. Preguntó el hereje a su compañero cuál era el motivo de ello, y le explicó con qué devoción se celebraban los divinos oficios en aquel monasterio. ¡Dios mío —exclamó— qué diferente es del nuestro el ejercicio de estos religiosos! ellos hacen el oficio de los ángeles y nosotros el de los brutos animales, y, queriendo ver por experiencia, el día siguiente, lo que sabía por el relato de su compañe-

[329] Is., XXVIII, 19.

ro, encontró a aquellos padres en sus asientos del coro, colocados como estatuas de mármol, inmóviles, en una serie de nichos, sin pensar en otra cosa que en la salmodia, que recitaban con una atención y una devoción verdaderamente angélicas, según la costumbre de esta santa orden; tanto, que aquel pobre joven, arrebatado por la admiración, fue presa de una gran consolación, al ver a Dios tan bien adorado entre los católicos, y tomó la resolución, como lo hizo más tarde, de ingresar en el seno de la Iglesia, verdadera y única esposa de Aquel que le había visitado con su inspiración, en el mismo lugar infame y abominable en que estaba.

Las almas que no se limitan a hacer lo que por medio de los mandamientos y de los consejos exige de ellas el divino Esposo, sino que, además, están prontas para seguir las santas inspiraciones, son las que el Padre celestial tiene dispuestas para ser esposas de su Hijo muy amado.

XI De la unión de nuestra voluntad con la de Dios en las inspiraciones que se nos dan para la práctica extraordinaria de las virtudes, y de la perseverancia en la vocación, primera señal de la inspiración.

Hay inspiraciones que tienden tan sólo a una extraordinaria perfección de los ejercicios ordinarios de la vida cristiana. La caridad con los pobres es un ejercicio ordinario de los verdaderos cristianos, pero ejercicio ordinario que fue practicado con extraordinaria perfección por San Francisco y por Santa Catalina de Sena, cuando llegaron a lamer y a chupar las úlceras de los leprosos y de los cancerosos, y por el glorioso San Luís, cuando servía de rodillas y con la cabeza descubierta a los enfermos, lo cual llenó de admiración a un abad del Cister, que le vio manejar y cuidar en esta postura a un desgraciado enfermo lleno de úlceras horribles y cancerosas.

Y también era una práctica bien extraordinaria de este santo, la de servir a la mesa a los pobres más viles y abyectos y comerlas sobras de sus escudillas.

El gran Santo Tomás es del parecer de que no conviene consultar mucho ni deliberar largamente sobre la inclinación que podamos sentir a entrar en alguna bien constituida Religión, y da la razón de ello: porque apareciendo el estado religioso aconsejado por nuestro Señor, en el Evangelio, ¿qué necesidad hay de muchas consultas? Basta hacer una buena a pocas personas que sean prudentes y capaces de aconsejar en este negocio, y que puedan ayudarnos a tomar una rápida y sólida resolución. Pero, una vez hemos deliberado y nos hemos resuelto en esta materia, como en todas las que se refieren al servicio de Dios, es menester que permanezcamos firmes e invariables, sin dejamos conmover por ninguna clase de apariencia de un mayor bien, porque, como dice el glorioso San Bernardo, el espíritu maligno, *para distraemos de acabar una obra buena, nos propone otra que parece mejor, y, una vez hemos comenzado ésta, nos presenta una tercera, contentándose con que empecemos muchas veces, con tal que nada llevemos a buen fin*. Tampoco conviene pasar de una comunidad religiosa a otra sin motivos de mucho peso, dice Santo Tomás.

Es necesario que vayamos a donde la inspiración nos impele, sin cambiar de rumbo ni volver atrás, sino marchando hacia donde Dios ha vuelto su rostro, sin mudar de parecer. El que anda por el buen camino, se salva. Pero sucede, a veces, que se deja lo bueno para buscar lo mejor, y, al dejar el uno, no se encuentra el otro. Vale más la posesión de un pequeño tesoro encontrado, que el deseo de otro mayor que aún se ha de buscar.

Es sospechosa la inspiración que nos inclina a dejar un bien presente, para andar a caza de otro mejor, pero futuro. Un joven portugués, llamado Francisco Bassus, era admirable no sólo en la divina elocuencia, sino también en la práctica de las virtudes, bajo la dirección del bienaventurado Felipe Neri, en su congregación del Oratorio, en Roma.

Ahora bien, creyó que se sentía inspirado a dejar esta santa asociación, para ingresar en una orden religiosa propiamente dicha, y, al fin, resolvióse a hacerlo. Pero el bienaventurado Felipe, que asistió a su recepción en la orden de Santo Domingo, lloraba amargamente. Habiéndole preguntado Francisco María Tauruse, que después fue arzobispo de Sena y cardenal, por qué derramaba tantas lágrimas: *Lamento —dijo— la pérdida de tantas virtudes.* En efecto, aquel joven tan excelentemente juicioso y devoto en la congregación del Oratorio, en cuanto entró en religión fue tan inconstante y voluble, que, agitado por diversos deseos de novedades y de mudanzas, dio después grandes y enojosos escándalos.

Así nuestro enemigo, al ver que un hombre, inspirado por Dios, emprende una profesión o un método de vida apropiado a su avance en el amor celestial, le persuade que emprenda otro camino, de mayor perfección, en apariencia, y, después de haberle desviado del primero, poco a poco le hace imposible la marcha por el segundo, y le propone un tercero, para que ocupándole en la busca continua de diversos y nuevos medios de perfección, le impida emplear alguno y, por consiguiente, llegar al fin por el cual los había buscado, que es la perfección. Habiendo, pues, cada uno encontrado la voluntad de Dios, en su vocación, procure permanecer santa y amorosamente en ella, y practicar los ejercicios propios de la misma, según el orden de la prudencia y con el debido celo de la perfección.

XII De la unión de la voluntad humana con la de Dios en las inspiraciones que van contra las leyes ordinarias, y de la paz y dulzura de corazón, segunda señal de la inspiración

De esta manera, pues, conviene proceder en las inspiraciones que no son extraordinarias, sino tan sólo en cuanto nos mueven a practicar con extraordinario fervor y perfección los ejercicios ordinarios del cristiano. Pero hay otras inspiraciones, que se llaman extraordinarias, no sólo porque hacen que el alma adelante más allá del paso ordinario, sino también porque la llevan a realizar acciones contrarias a las leyes, reglas y costumbres comunes de la santa Iglesia, y, por lo tanto, son más admirables que imitables. Un joven dio un puntapié a su madre, y, herido de un vivo arrepentimiento, fue a confesarse con San Antonio de Padua, el cual, para imprimir en su alma el horror de su pecado, le dijo, entre otras cosas: *Hijo mío, el pie que ha servido de instrumento a tu malicia merecería ser cortado*; lo cual tomó el joven tan en serio, que, de regreso a casa de su madre, arrebatado de un vivo sentimiento de contrición, se cortó el pie. Las palabras del santo no hubieran tenido tanta fuerza, según su alcance ordinario, si Dios no hubiese añadido su inspiración, pero inspiración tan extraordinaria, que hubiera podido ser tenida por tentación, obrado por la bendición del santo, no la hubiese autorizado.

Una de las mejores señales de la bondad de todas las inspiraciones, y, particularmente, de las extraordinarias, es la paz y la tranquilidad en el corazón que las recibe; porque el divino espíritu es, en verdad, violento, pero con violencia dulce, suave y apacible. *Se presenta como un viento impetuoso*[330] y como un rayo celestial, pero no derriba ni turba a los apóstoles; el espanto que su ruido causa en ellos es momentáneo y va inmediatamente acompañado de una dulce seguridad. Por *esto su fuego se sienta sobre cada uno de ellos*[331], como tomando allí, y dando a la vez, un santo reposo; y, así como el Salvador es llamado apacible o pacífico Salomón, su esposa es llamada Sulamitis, tranquila, e hija de la paz; y la voz, es decir, la inspiración del Esposo, no la agita ni la turba en modo alguno, sino que, antes bien, la atrae con tanta suavidad que la hace dulcemente derretirse y produce como una transfusión de su alma en Él. Mi alma —dice ella— *se ha derretido cuando ha hablado mi Amado*[332]. Y aunque ella sea belicosa y guerrera, es, a la vez, de tal manera apacible[333], que, en medio de los ejércitos y de las batallas, prosigue en sus acordes de una melodía sin igual.

¿Qué veréis —dice— en la Sulamitis, sino los coros de los ejércitos? Sus ejércitos son coros, es decir, conciertos de cantores, y sus coros son ejércitos, porque las armas de la Iglesia y las del alma devota no son otra cosa que las oraciones, los himnos, los cantos y los salmos. Así, los siervos de Dios que han sentido las más altas y sublimes inspiraciones han sido los más dulces y los más apacibles del universo: Abraham, Isaac y Jacob. Moisés es calificado como el más suave de todos los hombres[334]; David es recomendado por su mansedumbre.

Al contrario, el maligno espíritu es turbulento, áspero, inquieto, y los que siguen sus sugestiones infernales, creyéndolas inspiraciones del cielo, son fáciles de conocer, porque son turbulentos, testarudos, arrogantes; emprenden y revuelven muchos negocios; todo lo trastornan de arriba a abajo, so pretexto de celo; censuran a todo el mundo, reprenden, lo critican todo: personas sin norte, sin

[330] Hech.,II,2.
[331] Ibid.,3.
[332] Cant.,V,6.
[333] Ibid., VII, 1
[334] Num.,XII,3.

condescendencia, nada soportan, y ponen en juego las pasiones del amor propio, bajo el nombre de celo por honor divino.

XIII Tercera señal de la inspiración, que es la santa obediencia a la Iglesia y a los superiors

A la paz y a la dulzura del corazón está inseparablemente unida la santa virtud de la humildad. Mas no llamo humildad al ceremonioso conjunto de palabras, ademanes, besar el suelo, reverencias, inclinaciones, cuando se hacen, como ocurre con frecuencia, sin ningún sentimiento interior de la propia abyección y del justo aprecio del prójimo. Todo esto no es más que un vano pasatiempo de los espíritus débiles, y más bien se ha de llamar fantasma de humildad que humildad verdadera.

Hablo de una humildad noble, real, jugosa, sólida, que nos haga suaves en la corrección, manejables y prontos en la obediencia. Cuando el incomparable Simeón Estilita era todavía novicio en Thelede[335], se hizo inflexible al parecer de los superiores, que querían impedirle la práctica de sus extraños rigores, con los que se ensañaba desordenadamente en sí mismo; y llegó la cosa al punto de ser despedido del monasterio, como poco asequible a la mortificación del corazón y excesivamente dado a la del cuerpo.

Pero habiendo sido después llamado de nuevo y hecho más devoto y prudente en la vida espiritual, se portó de otra manera, como lo prueba el siguiente hecho. Porque, cuando los eremitas de los desiertos vecinos a Antioquía tuvieron noticia de la vida extraordinaria que llevaba sobre su columna, en la cual parecía un ángel terreno o un hombre celestial, le enviaron un mensajero, escogido entre ellos, al cual dieron la orden de que le dijese en nombre de todos:

«¿Por qué, Simeón, dejas el camino real de la vida devota, trillado por tantos y tan grandes santos, que en él nos han precedido, y sigues otro desconocido de los hombres y tan alejado de todo cuanto se ha visto y oído hasta ahora? Deja esta columna y confórmate, como todos los demás, con la manera de vivir y con el método de servir a Dios empleado por los buenos padres, predecesores nuestros».

Dieron también al mensajero la orden de que, si Simeón se sujetaba a su parecer y, para condescender con sus deseos, se mostraba dispuesto a bajar de la columna, le dejase en libertad para perseverar en aquel género de vida, que ya había comenzado, pues, por su obediencia —decían aquellos buenos padres— se podrá conocer que ha emprendido esta manera de vida por inspiración divina; pero que, si, al contrario, resistía y, despreciando sus exhortaciones, quería seguir su propia voluntad, que lo sacase de allí por la fuerza y le obligase a dejar la columna. Habiendo llegado el mensajero a la columna, no había aún puesto fin a su embajada, cuando el gran Simeón, sin demora, sin reservas, sin réplica alguna, se dispuso a bajar con una obediencia y una humildad dignas de su rara santidad. Al verlo el mensajero, *detente —le dijo— permanece aquí, persevera en este lugar constantemente, ten buen ánimo y prosigue con valor en tu empresa: tu vida en esta columna es cosa de Dios».*

Ved como aquellos antiguos y santos anacoretas, reunidos en asamblea general, no encontraron señal más segura de la inspiración celestial, en una cosa tan extraordinaria como lo fue la vida de aquel gran Estilita, que el verle sencillo, dulce y amable, bajo las leyes de la santa obediencia. Dios, por su parte, bendiciendo la sumisión de aquel gran hombre, le concedió la gracia de perseverar durante treinta años enteros sobre una columna de treinta y seis codos de altura, después de haber estado siete años sobre otras columnas de seis, de doce y de veinte pies, y diez sobre la punta de una roca, en el lugar llamado Mandra[336]. De esta manera, esta ave del Paraíso, viviendo en el aire, sin tocar el suelo, dio un espectáculo de amor a los ángeles y de admiración a los hombres. Todo es seguro en la obediencia, y todo es sospechoso fuera de ella.

Cuando Dios envía sus inspiraciones a un corazón, la primera que deja sentir es la de la obediencia. El que dice que está inspirado y se niega a obedecer a los superiores y a seguir su parecer, es un impostor. Todos los profetas y todos los predicadores que han sido inspirados por Dios, han amado siempre a la Iglesia, se han sujetado a su doctrina, siempre han recibido su aprobación, y nada han

[335] Monasterio de Siria.
[336] Monasterio de Siria.

anunciado con tanta energía como esta verdad: *En los labios del sacerdote ha de estar el depósito de la ciencia, y de su boca se ha de aprender la ley*[337].

De suerte que las misiones extraordinarias son ilusiones diabólicas, y no inspiraciones celestiales, si no están reconocidas y aprobadas por los pastores, cuya misión es ordinaria, porque así se ponen de acuerdo Moisés y los profetas. Santo Domingo, San Francisco, y los demás padres de las órdenes religiosas, se consagraron al servicio de las almas por una inspiración extraordinaria, pero vivieron humilde y cordialmente sumisos a la sagrada jerarquía de la Iglesia.

Resumiendo, las tres mejores y más seguras señales de las legítimas inspiraciones, son la perseverancia, contra la inconstancia y la ligereza, la paz y la dulzura del corazón, contra las inquietudes y las prisas, y la humilde obediencia, contra la terquedad y la arrogancia.

XIV Breve método para conocer la voluntad de Dios

San Basilio dice que la voluntad de Dios se nos manifiesta por sus preceptos o mandamientos, y que entonces no hay que deliberar, porque es menester hacer simplemente lo que está mandado; pero que, en cuanto lo demás, queda a nuestra libertad el escoger, a nuestro arbitrio, lo que mejor nos pareciere, aunque no es necesario hacer todo lo que es posible, sino tan sólo lo que es conveniente, y, finalmente, que para discernir bien lo que conviene, hay que escuchar el parecer de un prudente padre espiritual.

La elección de estado, el plan de un negocio de graves consecuencias, de alguna empresa de grandes alientos o de algún dispendio de mucha monta, el cambio de residencia, el tema de una entrevista y otras cosas parecidas, merecen que se considere seriamente qué es más conforme con la voluntad divina; pero, en las obras menudas de cada día, las cuales tienen tan poca importancia, que aún el dejarlas de hacer no es cosa irreparable ni que acarree consecuencias, ¿qué necesidad hay de andar atareado, solícito y embarazado en consultas importunas? ¿A qué viene fatigarse en averiguar si Dios prefiere que rece el rosario o el oficio de Nuestra Señora, cuando es tan poca la diferencia que se echa de ver entre el uno y el otro, que ni siquiera es menester examinarlo; o si gusta más de que vaya al hospital, a visitar a los enfermos, que a vísperas, o a sermón, o a una iglesia donde se ganan indulgencias?

Por lo regular, ninguna de estas cosas aventaja tanto a las otras, que se requiera una larga deliberación acerca de ellas. En estos trances, es menester proceder con buena fe y no andar con sutilezas, hacer con libertad lo que bien nos parezca, para no dar lugar a que nuestro espíritu pierda el tiempo y se ponga en peligro de inquietud, escrúpulo y superstición. Ahora bien, lo dicho siempre se ha de entender de los casos en que no hay gran desproporción entre una obra y la otra y no aparecen circunstancias notables en favor de una de las partes.

En las cosas de importancia, hemos de ser muy humildes y no hemos de pensar que hallaremos la voluntad de Dios a fuerza de examen y de discursos sutiles. Después de haber pedido luz al Espíritu Santo, de haber aplicado nuestra consideración al conocimiento de su beneplácito, tomado consejo de nuestro director y, si el caso se ofreciere, de otras dos o tres personas espirituales, hay que resolverse y decidirse, en nombre de Dios, sin que convenga poner, después, en duda nuestra elección, sino que es menester cultivarla y sostenerla con devoción, apacibilidad y constancia.

Y, aunque las dificultades, tentaciones y diversidad de acontecimientos, que encontremos en la ejecución de nuestros designios, puedan infundirnos cierta desconfianza acerca de la buena elección, debemos, empero, permanecer firmes y no poner la atención en esto, sino que hemos de considerar que, si hubiésemos hecho otra elección, tal vez estaríamos cien veces peor; aparte de que no sabemos si quiere Dios que seamos ejercitados en la consolación o en la tribulación, en la paz o en la guerra. Una vez tomada santamente la resolución, no hemos de dudar de la santidad de la ejecución, porque, si por nosotros no queda, no puede ella faltar. Obrar de otra manera, es señal de mucho amor propio o de puerilidad, de flaqueza o necedad de espíritu.

[337] Mat., II, 7.

LIBRO NOVENO
Del amor de sumisión, por el cual nuestra voluntad se une al beneplácito de Dios

I De la unión de nuestra voluntad con la voluntad divina, que se llama voluntad de beneplácito

Fuera del pecado, nada se hace sino por la voluntad de Dios llamada absoluta y de beneplácito, voluntad que nadie puede impedir y que sólo se conoce por sus efectos, los cuales, una vez se han producido, nos manifiestan que Dios los ha querido y dispuesto.

Hemos de sentir, una suma complacencia, al ver cómo Dios ejercita su misericordia por medio de diversos favores, que distribuye entre los ángeles y entre los hombres, en el cielo y en la tierra, y cómo practica su justicia por una infinita variedad de penas y de castigos; porque su justicia y su misericordia son igualmente amables y admirables en sí mismas, pues una y otra no son más que una misma y absolutamente única bondad y divinidad.

Mas, porque los efectos de su justicia son ásperos y llenos de amargura, los endulza siempre, mezclándolos con los de su misericordia, y hace que, en medio de las aguas del diluvio de su justa indignación, se conserve el verde olivo, y que el alma devota, como una casta paloma, pueda, al fin, encontrarle, si quiere meditar amorosamente al modo de esta ave. Así la muerte, las aflicciones, los sudores, los trabajos, en que abunda nuestra vida, los cuales, por justa disposición de Dios, son las penas de pecado, son también, por su dulce misericordia, las gradas para subir al cielo, los medios para aprovecharnos de la gracia y los méritos para obtener la gloria. Bienaventurados son el hambre la sed, la pobreza, la tristeza, la enfermedad, la muerte y la persecución, porque son verdaderamente justos castigos de nuestras faltas pero castigos de tal manera templados y de tal manera aromatizados por la suavidad, la mansedumbre y la clemencia divina, que su amargura es una amargura amabilísima.

Pensemos de un modo particular en la cantidad de bienes interiores y exteriores, como también el gran número de prensas internas y externas, que la divina Providencia ha dispuesto para nosotros, según su santísima justicia y misericordia; y, como quien abre los brazos de nuestro consentimiento, abracémoslo todo amorosísimamente, descansemos en su santísima voluntad y cantemos a Dios como himno de eterno sosiego; *Hágase vuestra voluntad, así en la tierra como en el cielo*[338].

Hágase vuestra voluntad no sólo en la ejecución de vuestros mandamientos, consejos, e inspiraciones, que nosotros debemos poner en práctica, sino también en el sufrimiento de las aflicciones y de las penas, que debemos aceptar para que vuestra voluntad disponga de nosotros, en todo y según le plazca.

II Que la unión de nuestra voluntad con el beneplácito de Dios se hace principalmente en las tribulaciones

Las penas consideradas en sí mismas no pueden ser amadas, pero consideradas en su origen, es decir, en la providencia y en la voluntad divina, son infinitamente amables. Mira la vara de Moisés en el suelo, y en una serpiente espantosa; mírala en manos de Moisés, y

[338] Mt., VI, 10.

obra maravillas. Mira las tribulaciones en sí mismas, y te parecerán horribles; míralas en la voluntad de Dios, y son amores y delicias. ¡Cuántas veces nos acontece que recibimos a regañadientes las medicinas de manos del médico o del farmacéutico, y, al sernos ofrecidas por una mano querida, el amor se sobrepone a la repugnancia, y las tomamos con gozo! Ciertamente, el amor o libra al trabajo de su aspereza, o lo hace amable.

Amar los sufrimientos y las aflicciones, por amor de Dios, es el punto más encumbrado de la caridad; porque, en esto, nada hay que sea amable, fuera de la voluntad divina; hay una gran contradicción por parte de nuestra naturaleza, y no sólo se renuncian los placeres, sino también se abrazan los tormentos y los trabajos.

El maligno espíritu sabía muy bien que era éste el ultimo refinamiento del amor, cuando, después de haber oído de labios de Dios que Job era justo, recto y temeroso de Dios, que huía de todo pecado y que permanecía firme en su inocencia, tuvo todo esto en muy poca cosa, en comparación con el sufrimiento de las aflicciones, por las cuales hizo la última y suprema prueba del amor de este gran siervo a Dios; y, para que estos sufrimientos fuesen extremados, los hizo consistir en la pérdida de todos sus bienes y de todos sus hijos, en el abandono de todos sus amigos; en una fuerte contradicción por parte de sus más allegados, y de su misma esposa; contradicción llena de desprecios, de burlas, de reproches, a todo lo cual juntó casi todas las enfermedades que puede padecer un hombre, especialmente una llaga general, cruel, infecta y horrible.

Ahora bien, mira al gran Job, como rey de los desgraciados de la tierra, sentado sobre un estercolero, como sobre el trono de la miseria, cubierto de llagas, de úlceras, de podredumbre, como quien anda vestido con el traje real adecuado a la cualidad de su realeza; en medio de un tan grande abyección y anonadamiento, que, de no haber hablado, no se podría discernir si era un hombre convertido en estercolero, o sí el estercolero era un montón de podredumbre en forma de hombre, oye como exclama: *Si recibimos los bienes de la mano de Dios, ¿por qué no recibiremos también los males?*[339].

¡Dios mío! ¡Cuan grande es el amor de estas palabras! Considera que has recibido los bienes de la mano de Dios y da una prueba de que no había estimado tanto estos bienes por ser bienes, cuanto porque venían de la mano del Señor. De lo cual concluye que es menester soportar amorosamente las adversidades, pues proceden de la misma mano del Señor, igualmente amable cuando reparte aflicciones que cuando da consolaciones. Todos reciben gustosamente los bienes; pero recibir los males, es tan sólo propio del amor perfecto, que los ama tanto más, cuanto que no son amables sino por la mano que los envía.

III De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino, en las aflicciones espirituales, por la resignación

El amor a la cruz nos mueve a imponernos aflicciones voluntarias, como ayunos, vigilias, cilicios y otras laceraciones de la carne, y nos hace renunciar a los placeres, a los honores y **a** las riquezas. El amor, en estos ejercicios, es muy agradable al Amado. Sin embargo, todavía lo es más cuando aceptamos con paciencia, dulcemente y con agrado, las penas, los tormentos y las tribulaciones, en consideración a la voluntad divina que nos las envía. Pero, el amor alcanza la plenitud de la excelencia, cuando, además de recibir con paciencia y dulzura las aflicciones, las queremos, las amamos y las aceptamos con cariño por causa del divino beneplácito del cual ellas proceden.

[339] Job., II, 10.

Esta unión y conformidad con el beneplácito divino se hace o por la santa resignación o por la santa indiferencia. Ahora bien, la resignación se practica a manera de esfuerzo y sumisión; quisiera vivir en lugar de morir; sin embargo, puesto que la voluntad de Dios es que muera, me conformo con ello. Estas son palabras de resignación y de aceptación, fruto del sufrimiento y de la paciencia.

IV De la unión de nuestra voluntad con el beneplácito divino por la indiferencia

La indiferencia está por encima de la resignación, porque no ama cosa alguna, sino por amor a la voluntad de Dios. El corazón indiferente, sabedor de que la tribulación, no deja de ser hija, muy amada del divino beneplácito, la ama tanto como a la consolación, aunque ésta sea más agradable, y aun ama más la tribulación, porque nada ve en ella de amable, si no es la señal de la voluntad de Dios. Si yo no quiero otra cosa que agua pura, ¿qué me importa que me la sirvan en vaso de oro o en vaso de cristal, pues, al fin, no beberé sino el agua? Mejor dicho, me gustará más en vaso de cristal, pues no tiene otro color que el del agua, el cual, por lo mismo, aparece en él mucho más clara.

Heroica y más que heroica fue la indiferencia del incomparable San Pablo: *estoy apretado* —dice a los Filipenses—*por dos lados, pues deseo verme libre de este cuerpo y estar con Jesucristo, cosa muchísimo mejor, y también permanecer en esta vida por vosotros*[340]. En lo cual fue imitado por el gran obispo San Martín, quien, al llegar al fin de su vida, a pesar de que se abrasaba en deseos de ir a Dios, no dejó, empero, de manifestar que, con gusto, hubiera permanecido entre los trabajos de su cargo, para el bien de su querido rebaño.

El corazón indiferente es como una pelota de cera entre las manos de Dios, para recibir de una manera igual todas las impresiones del querer eterno: un corazón indiferente para elegir, igualmente dispuesto a todo, sin ningún otro objeto para su voluntad que la voluntad de Dios; que no pone su afecto en las cosas que Dios quiere, sino en la voluntad de Dios que las quiere. Por esta causa, cuando la voluntad de Dios se manifiesta en varias cosas, escoge, al precio que sea, aquella en la cual aparece más clara. El beneplácito de Dios se encuentra en el matrimonio y en la virginidad, pero porque resplandece más en la virginidad, el corazón indiferente la escoge, aun a costa de la vida, tal como acaeció a la hija espiritual de San Pablo, Santa Tecla, a Santa Cecilia, a Santa Ágata y a otra símil.

La voluntad se encuentra en el servicio del pobre y en el *del* rico, pero algo más en el del pobre; el corazón indiferente tomará este partido. La voluntad de Dios aparece en la modestia, practicada entre las consolaciones, y la paciencia, practicada entre las tribulaciones; el corazón indiferente escogerá ésta, porque ve en ella más voluntad de Dios. En una palabra, la voluntad de Dios es el supremo objeto del alma indiferente; dondequiera que lave, *corre al olor de sus perfumes*[341] y busca siempre aquello donde más se manifiesta, sin consideración a otra cosa alguna. Es conducido por la divina voluntad como por un lazo suavísimo, y la sigue por dondequiera que va; llegaría a preferir el infierno al paraíso, si supiese que en aquél hay un poco más de beneplácito divino que en éste.

V De la práctica de la indiferencia amorosa en las cosas del servicio de la gloria de Dios

[340] Fil., 1,23,24.
[341] Cant.,I,3.

Casi no es posible conocer el divino beneplácito más por los acontecimientos, y, mientras nos es desconocido, es menester que nos unamos lo más fuerte que podamos con la voluntad que nos es manifestada o significada. Pero en seguida que se muestra el beneplácito de su divina Majestad, hay que sujetarse amorosamente a su obediencia.

Mi madre o yo (que para el caso es lo mismo) estamos enfermos en cama. ¿Por ventura sé si quiere Dios que sobrevenga la muerte? A la verdad no sé nada. Lo que sé con certeza es que mientras espero el acontecimiento que su beneplácito tenga a bien disponer, quiere, con voluntad manifiesta, que emplee todos los remedios necesarios para la curación. Lo haré, pues, así, fielmente, sin omitir nada de cuanto pueda buenamente contribuir a la consecución de este fin. Pero, si es voluntad de Dios que el mal, vencedor de los remedios, acarree la muerte, en cuanto esté seguro de ello por el mismo acontecimiento, quedaré amorosamente tranquilo en la parte superior de mi espíritu, a pesar de la repugnancia de las potencias inferiores de mi alma. Sí, Señor, lo quiero — diré— porque es de vuestro agrado que sea así; si os place a Vos, también me place a mí, que soy siervo humildísimo de vuestra voluntad.

Pero si el querer divino se nos diese a conocer antes del acontecimiento, como a San Pedro y el género de muerte, a San Pablo las cadenas y las cárceles, a Jeremías la destrucción de su amada Jerusalén, a David la muerte de su hijo, entonces sería menester unir, al instante, nuestra voluntad con la de Dios, hasta el punto de poner en ejecución, a ejemplo de Abrahan, el decreto eterno de la muerte de nuestros hijos. ¡Admirable unión la de la voluntad de este patriarca con la de Dios! pues, al ver que el beneplácito divino le exigía el sacrificio de su hijo, lo quiso y se dispuso a su ejecución tan decidido; admirable también la unión de la voluntad del hijo, que ofreció tan suavemente su cuello a la espada de su padre, para hacer vivir la voluntad de Dios al precio de su propia muerte.

Pero advierte, Teótimo, un rasgo de la perfecta unión de un corazón con el beneplácito divino. Cuando Dios le manda que sacrifique a su hijo, no se entristece; cuando le dispensa de ello, no se regocija. Todo es igual para este gran corazón, con tal que la voluntad de Dios sea servida.

Muchas veces Dios, para ejercitarnos en esta santa indiferencia, nos inspira designios muy elevados, cuya realización no desea; y, entonces, así como es menester comenzar y continuar la obra con osadía, aliento y constancia, en la medida de lo posible, del mismo modo es menester conformarse suave y tranquilamente con el éxito de la empresa que a Dios pluguiere darnos. San Luís, movido por la inspiración, pasa el mar, para conquistar Tierra Santa; el éxito es adverso, y él se conforma dulcemente. Prefiere la tranquilidad de este asentamiento que la magnanimidad del designio. San Francisco se va a Egipto, para convertir a los infieles o morir mártir entre ellos; tal es la voluntad de Dios, pero regresa sin haber logrado ni lo uno ni lo otro, y también es ésta la voluntad de Dios.

Fue también voluntad de Dios que San Antonio de Padua desease el martirio y que no lo lograse. El bienaventurado Ignacio de Loyola, después de haber puesto en marcha, con grandes trabajos, la Compañía de Jesús, cuyos hermosos frutos contemplaba, previendo otros mucho mejores para el porvenir, sintióse, empero, con alientos para asegurar que, si la Compañía llegase a deshacerse, cosa para él la más áspera, le bastaría media hora para sosegarse y quedar tranquilo en la voluntad de Dios. Aquel doctor y santo predicador de Andalucía, Juan de Ávila, después de haber concebido el designio de fundar, una comunidad de clérigos reformados, para el servicio de la gloria de Dios, cuando tenía ya el plan muy adelantado desistió de su intento con una dulzura y una humildad incomparables, al ver que los jesuitas eran suficientes para la realización de esta empresa.

¡Oh, qué felices son estas almas, animosas y fuertes para las empresas que Dios les inspira, y, al mismo tiempo, dóciles y flexibles en dejarlas, cuando Dios así lo dispone! Estos son los rasgos de una indiferencia perfectísima: el desistir de hacer un bien, cuando a Dios así le place, y el volver atrás en el camino comenzado, cuando la voluntad de Dios, que es nuestro guía, así lo ordena.

Así, ¿no podemos poner afecto en ninguna cosa, y hemos de dejar todos los negocios a merced de los acontecimientos? No hemos de olvidar nada de cuanto se requiere para el buen éxito de las empresas que Dios ha puesto en nuestras manos, pero siempre con la condición de que sí el éxito es adverso, lo aceptemos con tranquilidad y dulzura, porque tenemos el mandato de poner un gran cuidado en las cosas que se refieren a la gloria de Dios y que nos han sido confiadas, pero no estamos obligados ni corre a cuenta nuestra el obtener un buen éxito, porque no depende de nosotros. *Ten cuidado de él*[342], le fue dicho al dueño del mesón, en la parábola de aquel pobre hombre que yacía medio muerto entre Jerusalén y Jericó. *Hace Notar San* Bernardo que no se le dijo: Cúralo, sino: Ten cuidado de él. Así los apóstoles, con un cariño incomparable, predicaron primeramente a los judíos, aunque sabían que al fin tendrían que dejarlos, como una tierra estéril, para dirigirse a los gentiles. Corresponde a nosotros el *sembrar* y el *regar*, pero el *dar el fruto*[343] sólo es propio de Dios.

Pero, si la empresa, comenzada por inspiración, se malogra por culpa de aquellos a quienes ha sido encomendada, ¿cómo se puede decir entonces que es menester conformarse con la voluntad de Dios? Porque me dirá alguno que no es la voluntad de Dios la que impide el éxito, sino mi falta, de la cual no es causa la voluntad divina. Es cierto, hijo mío, que tu falta no es debida a la voluntad de Dios, pues Dios no es autor del pecado; pero es voluntad de Dios que a tu falta siga, en castigo de la misma, el fracaso y el mal éxito de la empresa, porque, si su bondad no puede querer la falta, su justicia hace que quiera la pena que por ella padeces. Así Dios no fue la causa de que David pecase, pero le impuso la pena debida a su pecado; tampoco fue la causa del pecado de Saúl, pero sí de que, en castigo, se echase a perder en sus manos la victoria.

Luego, cuando acaece que los sagrados designios fracasan, en castigo de nuestras faltas, debemos igualmente detestar la falta por un sólido arrepentimiento, y aceptar la pena que por ella recibimos, porque, así como el pecado es contrario a la voluntad de Dios, la pena es conforme a ella.

VI De la indiferencia que debemos practicar en lo tocante a nuestro adelanto en las virtudes

Si no sentimos el progreso y el avance de nuestros espíritus en la vida devota, según quisiéramos, no nos turbemos, permanezcamos en paz y procuremos que siempre la tranquilidad reine en nuestros corazones. Es deber nuestro cultivar nuestras almas y, por consiguiente, es menester que nos empleemos fielmente en ello. Pero, en cuanto a la abundancia de la cosecha y de la mies, dejemos el cuidado a nuestro Señor.

El labrador nunca será reprendido por no tener una buena cosecha, sino por no haber arado y sembrado bien las tierras. No nos inquietemos, si siempre nos vemos novicios en el ejercicio de las virtudes; porque, en el monasterio de la vida devota, todos se creen siempre novicios y, en él, toda la vida está destinada a probación, y no hay señal más evidente de ser, no ya novicio, sino digno de expulsión y de reprobación, que el creerse profeso y tenerse por tal, porque, según la regla de esta orden, no la solemnidad de los votos, sino el cumplimiento

342 Lc, X, 35.
343 1 Cor., III, 6.

de los mismos hace profesos a los novicios. Pero dirá alguno: Si yo reconozco que, por mi culpa, se retarda mi aprovechamiento en las virtudes, ¿cómo puedo dejar de entristecerme y de inquietarme? Ya lo dije en la *Introducción a la vida devota,* pero lo repito con gusto, porque es una cosa que nunca se dirá bastante: Conviene entristecerse por las faltas cometidas, pero con un arrepentimiento fuerte y sosegado, constante y tranquilo, más nunca turbulento, inquieto, desalentado. ¿Conocéis que vuestro retraso en el camino de la virtud es debido a vuestras culpas?

Pues bien, humillaos delante de Dios, implorad su misericordia, postraos en el acatamiento de su divina bondad, pedidle perdón, reconoced vuestra falta, solicitad su gracia al oído mismo de vuestro confesor y recibiréis la absolución; pero, una vez hecho esto, permaneced en paz, y, después de haber detestado la ofensa, abrazaos amorosamente con la humillación que sentís por vuestro retraso en el progreso espiritual.

Las almas que están en el purgatorio, indudablemente están en él por sus pecados, que han detestado y detestan en gran manera; pero, en cuanto a la abyección y pena que sienten por estar privadas, durante algún tiempo, del goce del amor bienaventurado del paraíso, la sufren amorosamente y pronuncian con devoción el cántico de la justicia divina; *Justo sois Señor, y rectos son vuestros juicios*[344]. Esperemos, pues, con paciencia nuestro adelanto, y, en lugar de inquietarnos por haber progresado tan poco en el pasado, procuremos obrar con más diligencia en el porvenir.

VII Cómo debemos unir nuestra voluntad con la de Dios en la permisión de los pecados

Dios odia sumamente el pecado, y, sin embargo, lo permite muy sabiamente, para dejar que la criatura racional obre según la condición de su naturaleza, cuando, pudiendo quebrantar la ley, no la quebrantan. Adoremos, pues, y bendigamos esta santa permisión. Mas, puesto que la Providencia, que permite el pecado, lo odia infinitamente, detestémoslo con ella, odiémoslo, deseando con todas nuestras fuerzas que el pecado permitido no se cometa nunca; y, como consecuencia de este deseo, empleemos todos los remedios que estén a nuestro alcance para impedir el comienzo, al avance y el reino del pecado, a imitación de nuestro Señor, que no cesa de exhortar, de prometer, de amenazar, de prohibir, de mandar y de inspirar, para apartar nuestra voluntad del pecado, en cuanto sea posible, sin detrimento de su libertad.

Pero, una vez cometido el pecado, hagamos cuanto podamos para que sea borrado, a imitación de nuestro Señor, quien volvería a padecer la muerte para librar a una sola alma del pecado. Pero, si el pecador se obstina, lloremos, Teótimo, suspiremos, roguemos por él, juntamente con el Salvador de nuestras almas, quien habiendo, durante su vida, derramado muchas lágrimas por los pecadores, murió, finalmente, con los ojos anegados en llanto y con su cuerpo bañado en sangre, lamentando la muerte de ellos. Este sentimiento conmovió tan vivamente a David, que desfalleció su corazón: *Desmayé de dolor, por causa de los pecadores que abandonaban tu ley*[345]. Y el gran Apóstol confiesa que *siente un continuo dolor*[346] por la obstinación de los judíos.

Sin embargo, por obstinados que sean los pecadores, no nos desalentemos en su ayuda y servicio; porque ¿acaso sabemos si harán penitencia y se salvarán? Bienaventurado aquel que, como San Pablo, puede decir a sus prójimos: *No he cesado, de día y de noche de*

[344] Sal.,CXVIII, 137.
[345] Sal.,CXVIII,53.
[346] Rom., IX, 2.

amonestar con lágrimas a cada uno de vosotros[347]*; y por lo tanto, estoy limpio de la sangre de todos, pues no he dejado de intimaros todos los designios de Dios*[348]. Mientras permanezcamos dentro de los límites de la esperanza de que el pecador se pueda enmendar, los cuales son tan extensos como los límites de la vida, nunca debemos rechazarle, sino que hemos de rogar por él y ayudarle tanto cuanto su desgracia lo permita.

Finalmente, después de haber llorado sobre los obstinados y de haber cumplido con respecto a ellos todos los deberes de caridad, para ale arlos del pecado, hemos de imitar a nuestro Señor y a los apóstoles, es decir, hemos de desviar nuestro espíritu de allí y volverlo hacia otros objetos y hacia otras ocupaciones más útiles para la gloria de Dios. *A vosotros* —decían los apóstoles a los judíos— *debía ser primeramente anunciada la palabra de Dios; mas, ya que la rechazáis y os juzgáis vosotros mismos indignos de la vida eterna, de hoy en adelante nos vamos a los gentiles*[349]. *Os será quitado el reino de Dios y dado a gentes que rindan fruto*[350], porque solo podemos detenernos en llorar demasiado sobre unos, cuando no es en detrimento del tiempo necesario para procurar la salvación de otros. Ciertamente, dice el Apóstol *que siente un dolor continuo por la pérdida de los judíos;* pero lo dice de la misma manera que decimos nosotros que bendecimos a Dios en todo tiempo, pues esto no quiere decir otra cosa sino que le bendecimos con mucha frecuencia y en toda ocasión.

Por lo demás, hemos de adorar, amar y alabar la justicia vindicativa de nuestro Dios, tal como amamos su misericordia, pues una y otra son hijas de su bondad. Porque, por su gracia, quiere hacernos buenos, como buenísimo, que es; y, por su justicia, quiere castigar el pecado, porque, siendo soberanamente bueno, detesta el sumo mal, que es la iniquidad.

Nunca Dios retira su misericordia de nosotros, sí no es en equitativa venganza de su justicia, y nunca escapamos de su justicia, sino por su misericordia con los que se han de salvar, se alegrará, asimismo, cuando vea la venganza; los bienaventurados aprobarán con alegría la sentencia de condenación de los réprobos, como aprobarán la de salvación de los justos, y los ángeles que hayan practicado la caridad con los hombres confiados a su custodia, permanecerán en paz al verles obstinados y aun condenados. Es, por lo mismo, necesario descansar en la voluntad divina y besar con igual amor y reverencia la mano derecha de su misericordia y la mano izquierda de su justicia.

VIII Cómo la pureza de la indiferencia se ha de practicar en las acciones del amor sagrado

Uno de los mejores músicos del mundo, que tocaba el laúd ala perfección, ensordeció tanto, en poco tiempo, que perdió enteramente el uso del oído. Sin embargo no dejó, por esta causa, de cantar y de pulsar delicada y maravillosamente su instrumento, merced a la gran habilidad que en ello tenía, y que su sordera no le había arrebatado.

Mas, porque no sentía ningún placer en su canto ni en su música, pues, privado del oído, no podía darse cuenta de la dulzura y de la belleza de los sonidos, sólo cantaba y tocaba el laúd para contentar a un príncipe, del cual había nacido súbdito y a quien se sentía muy inclinado a complacer, obligado, además, como estaba, por haberse criado, durante su juventud, en su casa. Por este motivo, sentía un placer sin igual en darle gusto, y, cuando su príncipe daba muestras de complacerse en su canto, quedaba transportado de alegría. Mas acaecía, a veces, que el príncipe, para poner a prueba el amor de este amable músico, le mandaba cantar, y en seguida lo dejaba en su cámara y se iba de caza; pero el deseo que el cantor te-

[347] Hech.,XX,31.
[348] lbid.,26,27.
[349] Hech.,XX,31.
[350] Mt., XXI, 43.

nía de acomodarse al gusto de su señor, hacía que continuase cantando con la misma atención que si el príncipe hubiese estado presente, aunque, en verdad, no sentía en ello ningún gusto; porque ni sentía el placer de la melodía, porque le privaba de él la sordera, ni el de agradar al príncipe, porque estaba ausente y no podía gozar de la dulzura de sus hermosos cantos.

A la verdad, el corazón humano es el verdadero cantor del himno del amor sagrado, y es también el arpa y el salterio. Este cantor se escucha por lo regular, a sí mismo, y siente una gran complacencia en oír la melodía de su canto. En otros términos: cuando nuestro corazón ama a Dios, saborea las delicias de este amor y recibe un contento indecible de amar un objeto tan amable. Y en esto estriba la variación, a saber, en que, en lugar de amar este santo amor porque tiende a Dios, que es el amado, lo amamos porque procede de nosotros, que somos los amantes.

¿Quién no ve que, haciéndolo así, no buscamos a Dios, sino que nos volvemos hacia nosotros mismos, amando el amor en lugar de amar al amado, es decir, amando este amor, no por el contento y beneplácito de Dios, sino por el placer y el contento que de este amor sacamos?

Luego, el cantor que, al principio, cantaba a Dios y para Dios, canta ahora más a sí mismo y para sí mismo que para Dios; si se complace en cantar, no es tanto para alegrar los oídos de Dios, cuanto para alegrar los suyos. Y, puesto que el cántico del amor divino es el más excelente de todos, lo ama también más, no por causa de las divinas excelencias que en él son alabadas, sino porque el aire del canto es, por ello, más delicioso y agradable.

IX Manera de conocer el cambio en el sujeto de este santo amor

Fácilmente conocerás esto, Teótimo, porque si este ruiseñor canta para agradar a Dios, cantará el himno que sabrá que es más agradable a la divina Providencia. Pero, si canta por el placer que siente en la melodía de su canto, no cantará el cántico que es más agradable a la celestial bondad, sino el que más le guste a él y en el cual crea que podrá encontrar mayor deleite. Bien podrá ocurrir que de dos cantos verdaderamente divinos, el uno se cante porque es divino y el otro porque es agradable. El cántico es divino, pero el motivo que nos hace cantar es el deleite espiritual que en él buscamos.

¿No ves —diremos a un obispo— que Dios quiere que cantes el himno pastoral del divino amor en medio de tu grey, que este mismo autor te mandó, por tres veces, apacentar, en la persona del apóstol San Pedro, el primero de todos los pastores? ¿Qué responderás a esto? Que en Roma y en París hay más deleites espirituales, y que el divino amor se puede practicar allí con más suavidad. ,¡Dios mío! no es por vuestro agrado que este hombre quiere cantar, sino por el gusto que siente en ello; no os busca a Vos en el amor, sino el contento que le causa el ejercicio de este amor. Los religiosos desearían cantar el cántico de los prelados, y los casados el de los religiosos, con el fin, según dicen ellos, de poder mejor amar y servir a Dios.

¡Ah! os engañáis a vosotros mismos, mis queridos amigos; no digáis que es para mejor amar y servir a Dios, sino para servir vuestro propio contento, al que amáis más que al contento de Dios. También en la enfermedad se encuentra la voluntad de Dios, y, ordinariamente, más que en la salud. Si amamos, pues, la salud, no digamos que es mejor servir a Dios; porque *¿quién no ve que lo que buscamos no es la voluntad de Dios en la salud, sino la salud en la voluntad de Dios?*

Es sin duda, muy difícil amar a Dios sin amar, a la vez, el placer que causa el amarle; pero, no obstante, hay mucha diferencia entre el contento que produce el amor a Dios porque es bello, y el que produce el amarle porque su amor nos es agradable. Debemos, pues, buscar en Dios el amor de su belleza, y no el placer que hay en la belleza de su amor. El que, cuando ruega a Dios, se da cuenta de que ruega no atiende perfectamente a la oración, porque distrae su atención de Dios, a quien ruega. El mismo cuidado que muchas veces ponemos en no distraernos es, con frecuencia, causa de grandes distracciones.

La simplicidad, en las acciones espirituales, es lo más recomendable. ¿Quieres contemplar a Dios? Contémplale y atiende a esto; porque, si reflexionas y vuelvas los ojos hacia ti, para ver como le contemplas, ya no contemplas a El, sino que contemplas tu actitud, a ti mismo. El que ora con fervor, no sabe si ora o no ora, porque no piensa en la oración que hace, sino en Dios, a quien la hace. El que ama con ardor no vuelve su corazón sobre sí mismo, para mirar lo que hace, sino que lo detiene y lo ocupa en Dios, a quien aplica su amor.

El cantor celestial se complace tanto en dar gusto a Dios, que no recibe ningún goce de la melodía de su voz, sino porque ésta agrada a su Dios. ¿Ves, Teótimo, a este hombre que ruega a Dios, y al parecer con tanta devoción, y que es tan fervoroso en los ejercicios del amor celestial? Aguarda un poco y verás si es Dios a quien ama. ¡Ah!, en cuanto cese la suavidad y la satisfacción que sentía en el amor, y lleguen las sequedades, lo dejará todo y no rogará sino como de paso.

Pues bien, si era Dios a quien amaba, ¿por qué ha dejado de amarle, ya que Dios siempre es el mismo? Amaba la consolación de Dios, y no el Dios de la consolación.

Muchos, ciertamente, no se complacen en el amor divino, sino cuando es confitado con el azúcar de alguna suavidad sensible, y fácilmente harían como los niños, los cuales cuando se les da miel sobre un pedazo de pan, lamen y chupan la miel, y echan, después, el pan; porque si la suavidad pudiese ser separada del amor, dejarían el amor y se quedarían con la suavidad. Estas personas están expuestas a muchos peligros": o al peligro de volver atrás, cuando los gustos y los consuelos faltan, o al de gozarse en vanas suavidades, bien ajenas al verdadero amor.

X De la perplejidad del corazón que ama sin que sepa que agrada al Amado

Muchas veces no sentimos ningún consuelo en los ejercicios del amor sagrado, y, como los cantores sordos, no oímos nuestra propia voz, ni podemos gozar de la suavidad de nuestro canto; al contrario, aparte de esto, nos sentimos acosados de mil temores, turbados de mil ruidos, que el enemigo hace en torno de nuestro corazón, sugiriéndonos el pensamiento de que quizás no somos agradables a nuestro Señor de que nuestro amor es inútil y aun falso y vano, pues no nos causa ningún consuelo. Entonces trabajamos no sólo sin placer sino con gran tedio, no viendo ni el fruto de nuestro trabajo ni el contento de Aquel por quien trabajamos.

Es cuando es menester dar pruebas de invencible fidelidad al Salvador, sirviéndole puramente por amor a su voluntad, no sólo sin placer, sino también entre este diluvio de tristezas, de horrores, de espantos y de ataques, como lo hicieron su gloriosa Madre y San Juan, el día de su pasión, los cuales, entre tantas blasfemias, dolores y angustias mortales, permanecieron firmes en el amor, aun en aquellos momentos en que el Salvador, habiendo retirado todo su santo gozo a la cumbre de su espíritu, no irradiaba alegría ni consuelo algu-

no de su divino rostro, y en que sus ojos, cubiertos de oscuridad de muerte, no despedían sino miradas de dolor, como el sol despedía rayos de horror y espantosas tinieblas.

XI Cómo el alma, en medio de estos trabajos interiores, no conoce el amor que tiene a Dios, y de la muerte amabilísima de la voluntad

El alma que anda muy cargada de penas interiores si bien puede creer, esperar y amar a Dios, y, en realidad, así lo haga, sin embargo no tiene fuerza para discernir si cree, espera y ama a su Dios, pues la angustia la llena y la abate tan fuertemente, que no puede volver sobre sí misma para ver lo que hace; por esta causa, figura que no tiene fe, ni esperanza, ni caridad, sino tan sólo fantasmas, e inútiles impresiones de estas virtudes que siente sin sentirlas, y como extrañas, mas no como familiares de su alma.

Las angustias espirituales, hacen el amor enteramente puro y limpio; porque, cuando estamos privados de todo goce, por el cual podríamos estar obligados a Dios, nos une a Dios inmediatamente, voluntad con voluntad, corazón con corazón, sin que anden de por medio ningún consuelo o pretensión. ¡Qué afligido está el pobre corazón, cuando, como abandonado por el amor, mira en todas direcciones y no lo encuentra, según le parece!

¿Qué podrá, pues, hacer el alma que vive en este estado? En tales momentos, Teótimo, no sabe cómo sostenerse, entre tantas congojas, y sólo tiene fuerza para dejar morir su voluntad en las manos de la voluntad de Dios, a imitación del dulce Jesús, el cual, cercado a la muerte, exhalando el último suspiro, dijo con una gran voz y con muchas lágrimas: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*[351] palabras que fueron las últimas de todas y por las cuales el Hijo muy amado dio la prueba suprema de su amor al Padre. Nosotros, cuando las convulsiones de las penas espirituales nos priven de toda suerte de alivio y de los medios de resistir, pongamos nuestro espíritu en manos del eterno Hijo, que es nuestro verdadero padre, y bajando la cabeza en señal de asentimiento a su beneplácito, entreguémosle toda nuestra voluntad.

XII Cómo la voluntad, una vez muerta a sí misma, vive puramente en la voluntad de Dios

No dejamos de hablar con propiedad, cuando, en nuestro lenguaje, llamamos tránsito a la muerte de los hombres, significando con ello que la muerte no es más que un paso de una vida a otra, y que al morir no es sino atravesar los límites de esta vida mortal para ir a la inmortal. Ciertamente, nuestra voluntad, como nuestro espíritu, nunca puede morir; pero, a veces, va más allá de los confines de su vida ordinaria, para vivir toda en la voluntad divina, y es entonces cuando ni puede ni quiere querer cosa alguna, sino que se entrega totalmente y sin reservas al beneplácito de la divina Providencia, confundiéndose de tal manera con este divino beneplácito que ya no aparece más, sino que está toda oculta, con Jesucristo, en Dios, donde vive, aunque no ella, sino la voluntad de Dios en ella.

La suma perfección de nuestra voluntad consiste en que esté tan unida con la del soberano Bien como la de aquel santo que decía: *Oh Señor, me habéis conducido y guiado hacia vuestra voluntad;* que quiere decir que no había hecho uso de su voluntad para conducirse a sí mismo, sino simplemente se había dejado guiar y llevar por la de Dios.

[351] Lc, XXIII, 46.

XIII Del ejercicio más excelente que podemos practicar en medio de las penas interiores y exteriores de esta vida, mediante la indiferencia y la muerte de nuestra voluntad

Bendecir a Dios y darle las gracias por todos los acontecimientos, que su Providencia ordena, es, en verdad, una ocupación muy santa; pero, cuando dejamos a Dios el cuidado de querer y de hacer lo que le plazca en nosotros, sobre nosotros y de nosotros, sin atender a lo que ocurre, aunque lo sintamos mucho, procurando desviar nuestro corazón y aplicar nuestra atención a la bondad y a la dulzura divina, bendiciéndolas, no en sus efectos ni en los acontecimientos que ordenan, sino en sí mismas y en su propia excelencia, entonces hacemos, sin duda, un ejercicio mucho más eminente.

Mis ojos están siempre fijos en el Señor, porque El ha de sacar mis pies del lazo[352]. ¿Has caído en las redes de las adversidades? No mires tu desventura ni las redes en las cuales estás prendido; mira a Dios, y déjale hacer, y El tendrá cuidado de ti. *Arroja en el seno del Señor tus ansiedades, y Él te sustentará*[353]. ¿Por qué te entrometes en querer o no querer los acontecimientos y los accidentes del mundo, pues no sabes lo que debes querer, y sabiendo que Dios siempre querrá por ti todo cuanto tú puedas querer, sin que tengas que vivir con cuidado? Atiende, pues, con sosiego de espíritu a los efectos del beneplácito divino, y que te baste su querer, pues siempre es bueno. Así lo ordenó Él a Santa Catalina de Sena: Piensa en Mí —le dijo— y Yo pensaré en ti.

Es muy difícil expresar bien esta indiferencia de la voluntad humana, así reducida y muerta en la voluntad de Dios; porque no hay que decir, al parecer, que ella presta su aquiescencia a la voluntad divina, pues la aquiescencia es un acto del alma que manifiesta su consentimiento. Tampoco hay que decir que la acepta y la recibe, porque el aceptar y el recibir son ciertas acciones, que en alguna manera se pueden llamar pasivas, por las cuales abrazamos y tomamos lo que nos acontece. Asimismo no hay que decir que permite, porque la permisión es un acto de la voluntad, una especie de querer ocioso, que, verdaderamente, nada quiere hacer, aunque quiere dejar hacer.

Me parece, pues, mejor decir que el alma que está en esta indiferencia y que, en lugar de querer cosa alguna, deja a Dios querer lo que le plazca, mantiene su voluntad en una simple y general espera, porque esperar no es hacer u obrar, sino estar dispuesto a cualquier acontecimiento. Y, si reparáis en ello, veréis que esta espera del alma es verdaderamente voluntaria, y, sin embargo, no es una acción, sino una simple disposición para recibir lo que acaeciere; y, cuando los acontecimientos han llegado y han sido aceptados, la espera queda transformada en un consentimiento o aquiescencia; pero, antes de que ocurran, el alma permanece en una simple espera, indiferente a todo lo que a la divina voluntad pluguiere ordenar.

Nuestro Señor expresa así la extrema sumisión de la voluntad humana a la de su Padre eterno: *El Señor Dios* —dice— *me abrió los oídos,* es decir, me dio a conocer su beneplácito acerca de la multitud de trabajos que debo padecer; *y Yo* —prosigue— *no me resistí, no me volví atrás*[354]. ¿Qué quiere decir: *y Yo no me resistí, no me volví atrás,* sino: mi voluntad permanece en una simple espera y dispuesta a todo lo que Dios ordene, por lo cual *entrego mis espaldas a los que me azotarán y mis mejillas a los que mesarán mi barba*[355], preparado para todo cuanto quieran hacer de Mí? Mas te ruego, Teótimo, que consideres que, así como nuestro Salvador, después de la oración resignada que hizo en el huerto de los Olivos, y después de su prendimiento, se dejó atar y conducir según el capricho de los que le

[352] Sal.,XXIV, 15.
[353] Ibid.
[354] Is.,L,5.
[355] Ibid.,6.

crucificaron, con un admirable abandono en sus manos de su cuerpo y de su vida, del mismo modo puso su alma y su voluntad, por una indiferencia perfectísima, en manos de su Padre eterno; porque, aunque dijo: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado ?*[356], habló así para darnos a conocer las verdaderas amarguras y penas de su alma, mas no para oponerse a la santa indiferencia, en la cual estaba, como lo demostró enseguida, cerrando toda su vida y su pasión con estas palabras: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*[357].

XIV Del despojo perfecto del alma unida a la voluntad de Dios

El amor al entrar en un alma, para hacerla morir dichosamente a sí misma y revivir en Dios, la despoja de todos los deseos humanos y de la estima de sí misma, que no está menos adherida al espíritu que la piel a la carme, y, finalmente, la desnuda de los afectos más amables, tales como el afecto que tenía a las consolaciones espirituales, a los ejercicios de piedad y a la perfección de las virtudes, que parecían ser la propia vida del alma devota.

Entonces, puede exclamar con razón: *Ya me despojé de mi túnica, ¿me la he de vestir otra vez*[358]*. Lavé mis pies de toda suerte de afectos, ¿y me los he de volver a ensuciar? Desnudo salí de las manos de Dios, y desnudo volveré a ellas. El Señor me había dado muchos deseos; el Señor me los quitó; bendito sea su santo nombre*[359]. Sí, Teótimo, el mismo Señor que nos hace desear las virtudes, en los comienzos, nos quita después el afecto a las mismas y a todos los ejercicios espirituales, para que con más sosiego, pureza y simplicidad no nos aficionemos a cosa alguna fuera del beneplácito de su divina Majestad. Porque, como la hermosa y prudente Judit guardaba en sus cofres sus bellos trajes de fiesta, y, sin embargo, no les tenía afición alguna, no se los vistió jamás en su viudez, sino cuando, inspirada por Dios, marchó para dar muerte a Holofernes; así, aunque nosotros hayamos aprendido la práctica de las virtudes y los ejercicios de devoción, no debemos aficionarnos a ellos ni vestir con ellos nuestro corazón, sino a medida que sepamos que es el beneplácito de Dios.

Y así como Judit anduvo siempre vestida con el traje de luto, hasta que Dios quiso que luciera sus galas, de la misma manera debemos nosotros permanecer apaciblemente revestidos de nuestra miseria y abyección, en medio de nuestras imperfecciones y flaquezas, hasta que Dios nos levante a la práctica de acciones más excelentes.

No es posible permanecer durante mucho tiempo en este estado de privación y de despojo de toda clase de afectos. Por esta causa, según el consejo del Apóstol, *una vez nos hayamos quitado las vestiduras del viejo Adán, hemos de vestirnos el traje del hombre nuevo*[360], es decir, de Jesucristo; porque, habiendo renunciado aun al afecto a las virtudes, para no querer, ni con respecto a ellas ni con respecto a otra cosa alguna, sino lo que quiere el divino beneplácito, conviene que nos revistamos enseguida de otros muchos afectos, y quizás de los mismos a los cuales hubiéramos renunciado; pero nos hemos de revestir de ellos, no porque son agradables, útiles y honrosos y a propósito para dar contento al amor que sentimos a nosotros mismos, sino porque son agradables a Dios, útiles para su honor y porque están destinados a su gloria.

Son menester vestiduras nuevas para la esposa del Salvador. Sí, por amor a Él, se ha despojado del antiguo afecto, a sus padres a su patria, a su casa[361], a sus amigos es necesario

[356] Mt., XXVII, 46.
[357] Lc, XXIII, 46.
[358] Cant., V, 3.
[359] Job. I,21.
[360] Colos.,III,9,10
[361] Sal., XLVI, 11,12.

que sienta un afecto enteramente nuevo, amando todas estas mismas cosas, pero en el lugar que les corresponde; no según las consideraciones humanas, sino porque el celestial Esposo lo quiere y lo manda; y porque ha dispuesto de esta manera *el orden de la caridad*[362]. Si el alma se ha despojado del viejo afecto a los consuelos espirituales, a los ejercicios de devoción, a la práctica de las virtudes y aún al adelanto en la perfección, ha de revestirse de otro afecto del todo nuevo, amando todos estos favores celestiales, no porque perfeccionan y adornan nuestro espíritu, sino porque así el nombre del Señor es santificado, su reino enriquecido y su divino beneplácito glorificado.

Así San Pedro vistióse en la prisión: no por elección suya, sino conforme el ángel se lo fue indicando[363]. Tomó su ceñidor, después sus sandalias y, finalmente, las demás vestiduras. Y el glorioso San Pablo, despojado, en un momento, de todos sus afectos, *Señor* —dice— *¿qué queréis que haga?*[364] es decir, ¿a qué cosas os place que me aficione? pues, al derribarme en tierra, me habéis hecho abandonar mi propia voluntad. ¡ Ah, Señor! poner en su lugar vuestro beneplácito, y *enseñadme a hacer vuestra voluntad, porque sois mi Dios*[365]. *El* que ha dejado todas las cosas por Dios, no ha de volver a tomar ninguna, sino en la medida que Dios lo quiera; no ha de alimentar su cuerpo, sino de la manera que Dios lo ordene, para servir al espíritu; no ha de estudiar, sino para ayudar al prójimo y a su propia alma, según la intención divina; ha de practicar las virtudes, mas no las que son de su agrado, sino las que quiere Dios.

El amor es fuerte como la muerte[366], para hacer que lo dejemos todo, pero es magnífico como la resurrección, para revestirnos de gloria y de honor.

[362] Cant.,II,4.
[363] Hech.,XII,8.
[364] IbÍd.,IX,6.
[365] Sal., CXLII, 10.
[366] Cant.,VIII,6.

LIBRO DÉCIMO
Del mandamiento de amar a Dios sobre todas las cosas

I De la dulzura del mandamiento que Dios nos ha impuesto de amarle sobre todas las cosas

El hombre es la perfección del universo; el espíritu es la perfección del hombre; el amor es la perfección del espíritu, y la caridad es la perfección del amor. Por esto, el amor de Dios es el fin, la perfección y la excelencia del universo. En esto consiste la grandeza y la primacía del mandamiento del amor divino, Llamado por el Salvador *máximo y primer mandamiento*[367]. Este mandamiento es como un sol, que ilumina y dignifica todas las leyes sagradas, todas las disposiciones divinas, todas las Escrituras. Todo se hace por este celestial amor y todo se refiere a él. Del árbol sagrado de este mandamiento dependen, como flores suyas, todos los consejos, las exhortaciones, las inspiraciones y los demás mandamientos, y, como fruto suyo, la vida eterna; y todo lo que no tiende al amor eterno, aquél, cuya práctica perdura en la vida eterna y que no es otra cosa que la misma vida eterna.

Pero considera, Teótimo, cuan amable es esta ley de amor.

¡Si pudiésemos entender cuan obligados estamos a este soberano Bien, que no sólo nos permite, sino que nos manda que le amemos! No sé si he de amar más vuestra infinita belleza, que una tan divina bondad me manda amar, o vuestra divina bondad, que me manda amar una tan infinita belleza.

Dios, el día del juicio, imprimirá, de una manera admirable, en los espíritus de los condenados, el sentimiento de lo que perderán; porque la divina Majestad les hará ver claramente la suma belleza de su faz y los tesoros de su bondad; y, a la vista de este abismo infinito de delicias, la voluntad, con un esfuerzo supremo, querrá lanzarse hacia Él para unirse con Él y gozar de su amor; pero será en vano, porque, a medida que el claro y bello conocimiento de la divina hermosura vaya penetrando en los entendimientos de estos infortunados espíritus, de tal manera la divina justicia irá quitando fuerzas a la voluntad, que no podrá ésta amar en manera alguna al objeto que el entendimiento le propondrá y le representará como el más amable; y esta visión, que debería engendrar un tan grande amor en la voluntad, en lugar de esto engendrará en ella una tristeza infinita, la cual se convertirá en eterna por el recuerdo que quedará para siempre en estas almas de la soberana belleza perdida; recuerdo estéril para todo bien y fértil en trabajos, penas, tormentos y desesperación inmortal.

Porque la voluntad sentirá una imposibilidad, o mejor dicho, una eterna aversión y repugnancia en amar a esta tan deseable excelencia. De suerte que los miserables condenados permanecerán, para siempre, en una rabia desesperada, al conocer una perfección tan sumamente amable, sin poder poseer su goce ni su amor; porque, mientras pudieron amarla, no lo quisieron. Se abrasarán en una sed tanto más violenta, cuanto que el recuerdo de esta fuente de las aguas de la vida eterna agudizará sus ardores; morirán inmortalmente, *como perros,* de un *hambre*[368] tanto más vehemente cuanto que su memoria avivará su insaciable crueldad con el recuerdo del festín del cual habrán sido privados.

No me atrevería, ciertamente, a asegurar que esta visión de la hermosura de Dios, que tendrán los malaventurados, a manera de relámpago, haya de ser tan clara como la de los bienaventurados; con todo lo será tanto que *verán al Hijo del hombre en su majestad*[369], *y verán delante al que traspasaron*[370], y, por la visión de esta gloria, conocerán la magnitud de su pérdida. Si Dios hubiese prohibido al hombre amarle ¡qué pena en las almas generosas! ¡Qué no harían para obtener este permiso!

¡Cuan deseable es, la suavidad de este mandamiento, pues si la divina voluntad lo impusiese a los condenados, en un momento quedarían libres de su gran desdicha, y los bienaventurados no son

[367] Mt., XXII, 38.
[368] Sal.,LVIII,7.
[369] Mt., XXIV. 30.
[370] Jn., XIX, 37

bienaventurados, sino por la práctica del mismo! ¡Oh amor celestial, qué amable eres a nuestras almas!

II Que este divino mandamiento del amor tiende hacia el cielo, pero, con todo, es impuesto a los fíeles de este mundo

No se ha puesto ley al justo[371], porque, adelantándose a ella y sin necesidad de ser por ella obligado, hace la voluntad de Dios, llevado por el instinto de la caridad que reina en su alma.

En el cielo, tendremos un corazón enteramente libre de pasiones, un alma purificada de distracciones, un espíritu desembarazado de contradicción, unas fuerzas exentas de repugnancias; por consiguiente, amaremos a Dios con un perpetuo y jamás interrumpido amor. ¡Oh Señor! ¡Qué gozo, cuando constituidos en aquellos eternos tabernáculos, estarán nuestros espíritus en perpetuo movimiento, en medio del cual tendrán el reposo eterno tan deseado de su eterno amor!

Bienaventurados, Señor, los que moran en tu casa; alabarte han por los siglos de los siglos[372].

Mas no hemos de pretender este amor, tan sumamente perfecto, en esta vida mortal, pues no tenemos todavía ni el corazón, ni el alma, ni el espíritu, ni las fuerzas de los bienaventurados. Basta que amemos con todo el corazón y con todas las fuerzas que tengamos. Mientras somos niños pequeños sabemos como niños, hablamos como niños, amamos como niños[373]; más cuando seremos perfectos, en el cielo, seremos liberados de nuestra infancia, y amaremos a Dios con perfección. Con todo, mientras dura la infancia de nuestra vida mortal, no hemos de dejar de hacer lo que dependa de nosotros, según nos ha sido mandado, pues no sólo podemos, sino que es facilísimo, como quiera que todo este mandamiento de amor, y de amor de Dios, que, por ser soberanamente bueno, es soberanamente amable.

III Cómo estando ocupado todo el corazón en el amor sagrado, puede, sin embargo, amar a Dios deferentemente, y amar también muchas cosas por Dios

El hombre se entrega todo por el amor, y se entrega tanto cuanto ama; está, pues, enteramente entregado a Dios, cuando ama enteramente a la divina bondad, y cuando está de esta manera entregado, nada debe amar que pueda apartar su corazón de Dios.

En el paraíso, Dios se dará todo a todos, y no en parte, pues Dios es un todo que carece de partes; mas, a pesar de esto, se dará diversamente, y las diferentes maneras de darse serán tantas cuantos sean los bienaventurados, lo cual ocurrirá así porque, al darse todo a todos y todo a cada uno, no se dará totalmente, ni a cada uno en particular, ni a todos en general Nosotros nos daremos a Él según la medida en que Él se dará a nosotros, porque le veremos verdaderamente *cara a cara*[374], tal cual es en su belleza, y le amaremos de corazón a corazón, tal cual es en su bondad; no todos, empero, le verán con igual claridad, ni le amarán con igual dulzura, sino que cada uno le verá y le amará según el grado particular de gloria que la divina Providencia le hubiere preparado. Todos poseeremos igualmente la plenitud de este divino amor, pero, con todo, las plenitudes serán desiguales en perfección. Si en el cielo, donde estas palabras: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón*[375] serán con tanta excelencia practicadas, habrá a pesar de ello, grandes diferencias en el amor, no es de maravillar que haya también muchas en esta vida mortal.

No sólo entre los que aman a Dios de todo corazón, hay quienes le aman más y quienes le aman menos, sino que una misma persona se excede, a veces, a sí misma, en este soberano ejercicio

[371] Tim. 1, 9.
[372] Sal., LXXXIII, 5.
[373] I Cor.,Xffl,ll.
[374] 1 Cor., XIII, 12.
[375] Deut., VI, 5.

del amor de Dios sobre todas las cosas. ¿Quién no sabe que hay progresos en este santo amor, y que el fin de los santos está colmado de un más perfecto amor que los comienzos?

Según la manera de hablar de las Escrituras, hacer alguna cosa de todo corazón no quiere decir sino hacerla de buen grado y sin reserva.

Todos los verdaderos amantes son iguales en dar todo su corazón, con todas sus fuerzas; pero son desiguales en darlo todos diversamente y de diferentes maneras, pues algunos dan todo su corazón con todas sus fuerzas, pero menos perfectamente que otros. Unos lo dan todo por el martirio, otros por la virginidad, otros por la pobreza, otros por la acción, otros por la contemplación, otros por el ministerio pastoral, y, dándolo todos todo, por la observancia de los mandamientos, unos, empero, lo dan más imperfectamente que otros.

El precio de este amor que tenemos a Dios depende de la eminencia y excelencia del motivo por el cual y según el cual le amamos. Cuando le amamos por su infinita y suma bondad, como Dios y porque es Dios, una sola gota de este amor vale mucho más, tiene más fuerza y merece más estima que todos los otros amores que jamás puedan existir en los corazones de los hombres y entre los coros de los ángeles, porque mientras este amor vive, es él el que reina y empuña el cetro sobre todos los demás afectos, haciendo que Dios sea, en la voluntad, preferido a todas las cosas, universalmente y sin reservas.

IV De dos grados de perfección con los cuales este mandamiento puede ser observado en esta vida mortal

Hay algunas almas que, habiendo hecho ya algunos progresos en el amor divino, han cortado todo otro amor a las cosas peligrosas; mas, a pesar de esto, no dejan de tener algunos afectos perniciosos y superfluos, porque se aficionan con exceso y con un amor demasiado tierno y más apasionado de lo que Dios quiere. Dios quería que Adán amase tiernamente a Eva, pero no tanto que, por complacerla, quebrantase la orden que la divina Majestad le había dado.

No amó, pues, una cosa superflua y de suyo peligrosa, pero la amó con superfluidad y peligro. El amor a nuestros padres, amigos y bienhechores es, de suyo, un amor según Dios, pero no es lícito amarlos con exceso; las mismas vocaciones, por espirituales que sean, y nuestros ejercicios de piedad (a los cuales debemos aficionarnos) pueden ser amados desordenadamente, cuando son preferidos a la obediencia o a un bien más universal, o cuando se pone en ello el afecto como en el último fin, siendo así que no son sino medios y preparativos para la realización de nuestro anhelo final, que es el divino amor.

Y estas almas que no aman sino lo que Dios quiere que amen, pero que se exceden en la manera de amar, aman verdaderamente a la divina bondad sobre todas las cosas, pero no en todas las cosas, porque a las mismas cosas cuyo amor les está permitido, aunque con la obligación de amarlas según Dios, no las aman solamente según Dios, sino por causas y motivos que no son contrarios a Dios, pero que están fuera de Él. Tal fue el caso de aquel pobre joven que, *habiendo guardado los mandamientos desde sus primeros años*[376], no deseaba los bienes ajenos, pero amaba con demasiada ternura los propios. Por esto, cuando nuestro Señor le aconsejó *que los diese a los pobres*[11], se puso triste y melancólico. No amaba nada que no le fuese lícito amar, pero lo amaba con un amor superfluo y demasiado cerrado.

Estas almas, oh Teótimo, aman de una manera demasiado ardorosa y superflua, pero no aman las superfluidades, sino lo que deben amar. Y, por esta causa, gozan del tálamo nupcial déla unión, de la quietud y del reposo amoroso de que nos hablan los libros quinto y sexto de los Cantares; pero no gozan en calidad de esposas, porque la superfluidad con que se aficionan a las osas buenas hace que no penetren con mucha frecuencia en las divinas intimidades del Esposo, por estar ocupadas y distraídas en amar, fuera de Él y sin Él, lo que deberían amar únicamente en Él y por Él.

[376] Mt., XIX, 20.

V De otros dos grados de mayor perfección por los cuales podemos amar a Dios sobre todas las cosas

Hay almas que aman tan sólo lo que Dios quiere. Almas felices, pues aman aDios, a sus amigos en Dios y a sus enemigos por Dios, pero no aman ni una sola sino en Dios y por Dios. Refiere San Lucas que nuestro Señor invitó a que le siguiese a un joven que le amaba mucho, pero que también amaba mucho a su padre, por lo cual deseaba volver a él[377]; y el Señor le corta esta superfluidad de su amor y le da un amor más puro, no sólo para que ame a Dios más que a su padre, sino también para que ame a su padre únicamente en Dios. *Deja a los muertos el cuidado de enterrar a sus muertos; mas tú, ve y anuncia el reino de Dios*[378]. Y estas almas, Teótimo, como ves, gozando de una tan grande unión con " el Esposo, merecen participar de su calidad y de ser reinas, como Él es rey, pues le están todas dedicadas, sin división ni separación alguna, no amando nada fuera de Él y sin Él, sino tan sólo en Él y por Él.

Finalmente, por encima de todas estas almas hay una absolutamente única, que es la reina de la reinas, la más amable, la más amante y la más amada de todas las amigas del divino Esposo, la cual no sólo ama a Dios sobre todas las cosas y en todas las cosas, sino únicamente a Dios en todas las cosas; de suerte que no ama muchas cosas, sino una sola cosa, que es Dios. Y, porque solamente ama a Dios en todo lo que ama, le ama igualmente en todas partes, fuera de todas las cosas y sin todas las cosas, según lo exige el divino beneplácito.

Si es tan sólo Ester a quien ama Asuero, ¿por qué le amará más cuando anda perfumada y adornada que cuando viste en traje ordinario? Si sólo amo a mi Salvador, ¿por qué no he de amarle tanto en el Calvario como en el Tabor, pues es el mismo, en uno y otro monte?

¿Por qué no he de decir con el mismo afecto, en uno y otro lugar: *Señor, bueno es estarnos aquí*[379]. La verdadera señal de que amamos a Dios sobre todas las cosas es amarle igualmente en todo, pues siendo Él siempre igual a Sí mismo, la desigualdad de nuestro amor para con Él no puede tener su origen sino en la consideración de alguna cosa que no es Él. Esta sagrada amante no ama más a su Rey con todo el universo, que si estuviese solo sin el universo; porque todo lo que está fuera de Dios y no es Dios, es nada para ella.

Alma toda pura, que no ama, ni aún el mismo cielo, sino porque el Esposo es amado en él; Esposo tan soberanamente amado en el paraíso, que aunque no lo tuviera para darlo, no por esto sería menos amable ni menos amado por esta animosa amante, que no sabe amar el paraíso de su Esposo, sino a su Esposo del paraíso, y que no tiene en menos estima el calvario, mientras su Esposo está sacrificado en él, que el cielo, donde está glorificado. El que pesa las pequeñas bolas encontradas en las entrañas de Santa Clara de Montefalco[380], el mismo peso encuentra en cada una en particular que en todas ellas juntas. Así el gran amor encuentra a Dios solo tan amable, como a Él junto con todas las criaturas, cuando no ama a éstas sino en Dios y por Dios.

Son tan pocas estas almas tan perfectas, que cada una de ellas es llamada *unigénita de su madre*[381], porque no ama sino su palomar, y, además, *perfecta*[382] porque por el amor se ha convertido en una misma cosa con la divina perfección, por lo que puede decir con humildísima verdad: *Yo no soy sino para mi Amado, y El está todo inclinado hacia mí*[383].

Ahora bien, únicamente la santísima Virgen nuestra Señora llegó plenamente a este grado de excelencia en el amor de su Amado.

Jamás hubo criatura mortal que amase al celestial Esposo con un amor tan perfectamente puro, fuera de la Santísima Virgen, que fue, a la vez, su madre y su esposa. Mas, en cuanto a la prácti-

[377] Ibid., y Luc, XVIII, 21-23.
[378] Lc, IX, 59.
[379] Luc, IX, 60.
[380] Mt., XVII, 4.
[381] Se cuenta de esta santa que, abierto su cuerpo, después de su muerte, se encontró en su corazón la imagen de Cristo crucificado.
[382] Cant., VI, 8.
[383] Ibid.

ca, por parte de las otras almas, de estas cuatro clases de amor, es imposible vivir mucho sin pasar de la una a la otra.

Las almas que, como las doncellas, andan todavía enredadas en muchos afectos vanos y peligrosos, no dejan, a veces, de tener algunos sentimientos de amor más elevado y más puro; mas, como quiera que estos sentimientos no son más que vislumbres y relámpagos pasajeros, no se puede afirmar que, por ello, hayan salido ya estas almas del estado de novicias y aprendizas.

En cambio, acaece, a veces, que algunas almas que pertenecen ya a la categoría de únicas y perfectas amantes, descienden y se rebajan mucho, hasta llegar a cometer imperfecciones y enojosos pecados veniales, como es de ver en muchas disensiones, con frecuencia harto agrias, entre grandes siervos de Dios, y aún entre algunos de los divinizados apóstoles, de los cuales no se puede negar que cayeron en algunas faltas, por las cuales no fue violada la caridad, pero sí el fervor de esta virtud.

Mas, puesto que, a pesar de esto, dichas almas amaban, de ordinario, a Dios con un amor perfectamente puro, debemos afirmar que permanecieron en el estado de perfecta dilección. Porque, así como los buenos árboles jamás producen frutos venenosos, aunque si alguno verde, también los grandes santos no cometen nunca pecado mortal alguno, pero sí algunas acciones inútiles, poco maduras, ásperas, bruscas y mal sazonadas, y, entonces, hay que reconocer que estos árboles son fructuosos, de lo contrario, no serían buenos; pero no hay que negar que algunos de sus frutos no son provechosos; los pequeños movimientos de ira, y los pequeños amagos de alegría, de risa, de vanidad y de otras pasiones parecidas, son movimientos inútiles e ilegítimos. Y, sin embargo, *siete veces*, es decir, con mucha frecuencia, los produce *el justo*[384].

VI Que el amor de Dios sobre todas las cosas es común a todos los amantes

Aunque sean tan diversos los grados del amor entre los verdaderos amantes, con todo no hay más que un solo mandamiento de amor, que obliga igualmente a todos, con una obligación absolutamente igual, aunque sea observada de muy diferentes maneras y con infinita variedad de perfecciones, no existiendo quizás ni almas en la tierra, ni ángeles, en el cielo, que tengan entre sí una perfecta igualdad de dilección; pues, así como *una estrella es diferente de otra estrella en claridad*[385], lo mismo ocurrirá entre los bienaventurados resucitados, cada uno de los cuales entonará un cántico de gloria y recibirá *un nombre que nadie conoce, sino el que lo recibe*[386]. Mas ¿cuál es el grado de amor, al cual el mandamiento obliga a todos, siempre, igual y universalmente?

Ya sabes, Teótimo, que hay muchas clases de amores: por ejemplo, hay el amor paternal, el filial, el nupcial, el de sociedad, el de obligación, el de dependencia, y otros mil, todos los cuales son diferentes en excelencia, y de tal manera proporcionados a sus objetos, que no se pueden aplicar o distraer hacia otros. El que amase a su padre con un amor exclusivamente fraternal no le amaría bastante; el que amase a su mujer tan sólo como a su padre, no la amaría convenientemente; el que amase a su criado con amor filial, cometería una impertinencia.

El amor es como el honor: así como los hombres se diversifican según la variedad de los méritos por los cuales se otorgan, también los amores son diferentes según la variedad de las bondades amadas. El sumo honor corresponde a la suma excelencia, y el sumo amor a la suma bondad. El amor de Dios es el amor sin par, porque la bondad de Dios es la bondad sin igual. *Escucha Israel: El Señor Dios nuestro es el solo Señor; por lo tanto, amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas*[387].

Porque Dios es el único Señor, y porque su bondad es infinitamente eminente sobre toda bondad, hay que amarle con un amor elevado, excelente y fuerte sin comparación. Esta es la suprema dilección, cuya estima infunde Dios de tal manera en nuestras almas, haciendo también que le apre-

384 Cant., VI, 8.
385 Cant., VII, 10.
386 Prov., XXIV, 16.
387 1 Cor., XV, 41.

ciemos en tan alto grado el bien de serle agradables, que lo preferimos y nos aficionamos a él sobre todas las cosas.

Ahora bien, ¿no ves que el que ama a Dios de esta suerte, tiene toda su alma y toda su energía consagradas a Dios, pues siempre y para siempre, en todas las circunstancias, preferirá la gracia de Dios a todas las cosas, y estará siempre dispuesto a dejar todo el universo, para conservar el amor debido a la divina bondad? En una palabra, es el amor de excelencia, o la excelencia del amor, lo que se manda a todos los mortales en general, y a cada uno de ellos en particular, desde que han llegado al uso de la razón: amor suficiente para cada uno y necesario a todos para salvarse.

VII Aclaración del capítulo anterior

No siempre se conoce con claridad, y nunca se conoce con certeza, a los menos con certeza de fe, si se posee el verdadero amor de Dios, necesario para salvarse; mas, a pesar de todo, no deja de haber de ello muchas señales, entre las cuales, la más segura y casi infalible se da cuando algún amor grande a las criaturas se opone a los designios del amor de Dios.

Porque, si entonces el amor divino está en el alma, preferirá la voluntad de Dios a todas las cosas, y, en todas las ocasiones que se ofrezcan, lo dejará todo para conservarse en la gracia de la suma bondad, sin admitir cosa alguna que pueda separarle de ella; de suerte que, si bien este divino amor no conmueve ni enternece tanto el corazón como los otros amores, sin embargo, cuando se da el caso, realiza acciones nobles y excelentes, que una sola de ellas vale más que diez millones de las otras.

VIII Memorable historia para dar bien a entender en qué estriba la fuerza y la excelencia del sagrado amor

De lo dicho se sigue que el amor a Dios sobre las cosas ha de tener enorme alcance. Hade sobreponerse a todos los afectos, vencer todas las dificultades y preferir el honor de la amistad de Dios a todas las cosas; y digo *a todas las cosas*, absolutamente, sin excepción y reserva de ningún género, y lo digo con gran encarecimiento, porque se encuentran personas que dejarían animosamente todos los bienes, el honor y la propia vida por nuestro Señor, las cuales sin embargo, no dejarían por Él otras cosas de mucha menor consideración.

En tiempo de los emperadores Valeriano y Galieno, vivía en Antioquía un sacerdote llamado Sapricio, y un seglar, por nombre Nicéforo, los cuales, por causa de su grande y antigua amistad, se consideraban como hermanos. Mas sucedió, al fin, que, no sé por qué motivos, esta amistad falló, y, según suele acontecer fue reemplazada por un odio todavía más encendido, el cual reinó, durante algún tiempo entre ellos, hasta que Nicéforo, reconociendo su falta, hizo tres tentativas de reconciliación con Sapricio, al cual, unas veces por unos y otras veces por otros de sus comunes amigos, hacía llegar todas las palabras de satisfacción y de sumisión que podía desear.

Pero Sapricio, sin doblegarse ante sus invitaciones, rehusó siempre la reconciliación, con tanta energía, cuanto may oí era la humildad de Nicéforo, creyendo que si Sapricio le veía postrado ante él y pidiéndole perdón, se sentiría más vivamente conmovido, salióle al encuentro en su casa, y, arrojándose decididamente a sus pies: Padre mío —le dijo—, perdonadme; os lo ruego por el amor a Nuestro Señor. Pero este acto de humildad fue despreciado y desechado como los precedentes.

Entretanto, se levantó una cruel persecución contra los cristianos, durante la cual, Sapricio hizo prodigios en sufrir mil y mil tormentos por la confesión de la fe, especialmente cuando le sacudieron y le hicieron dar vueltas en un instrumento construido al efecto, a guisa de torno de prensa, sin que jamás perdiese la constancia, por lo que irritado, en extremo el gobernador de Antioquía, le condenó a muerte.

Fue enseguida sacado de la cárcel, para ser conducido al lugar donde había de recibir la corona del martirio. Apenas Nicéforo se dio cuenta de ello, corrió sin demora hacia Sapricio, y,

habiéndolo encontrado, postróse en tierra y exclamó, en alta voz: ¡Oh mártir de Cristo!, perdonadme, pues os he ofendido.

Como Sapricio no hiciese caso, el pobre Nicéforo, dando un rodeo por otra calle, se le puso otra vez delante, y, con las misma humildad, conjuróle de nuevo a que le perdonara, con estas palabras: ¡Oh mártir de Cristo!, perdonadme la ofensa que os hice, como hombre que soy, expuesto a fallar; porque, he aquí que pronto una corona os será dada por el Señor, a quien no habéis negado, sino que habéis confesado su nombre en presencia de muchos testigos. Pero Sapricio, prosiguiendo en su obstinada dureza, no le respondió palabra.

Los verdugos, maravillados de la perseverancia de Nicéforo: Nunca —le dijeron— hemos visto un loco tan rematado como tú; este hombre va a morir en seguida, ¿por qué, pues, necesitas su perdón? A lo que replicó Nicéforo: *Vosotros no sabéis lo que yo pido al confesor de Jesucristo pero lo sabe Dios.*

Apenas hubo llegado Sapricio al lugar del suplicio, cuando Nicéforo, postrado otra vez en tierra: Os ruego —decía—, oh mártir de Jesucristo, que me perdonéis; porque escrito *está: Pedid y se os dará*[388]*;* palabras que no lograron doblar el corazón desleal y rebelde del miserable Sapricio, el cual, al negarse obstinadamente a usar de misericordia con su prójimo, fue también, por justo juicio de Dios, privado de la gloriosa palma del martirio; porque al decirle los verdugos que se pusiera de rodillas, para cortarle la cabeza, comenzó a perder el ánimo y a capitular con ellos, hasta hacer, finalmente este acto de deplorable y vergonzosa sumisión: ¡Ah!, por favor, no me cortéis la cabeza; voy a hacer lo que los emperadores mandan y a sacrificar a los ídolos.

El buen Nicéforo, al oír esto, comenzó a clamar: ¡ Ah, mi querido hermano! no queráis, os lo ruego, no queráis quebrantar la ley y renegar de Jesucristo; no le dejéis y no perdáis la celestial corona, ganada con tantos trabajos y tormentos. Mas ¡ay!, este infeliz sacerdote, al llegar al altar del martirio, para consagrar su vida al Dios eterno, no se acordó de que el príncipe de los mártires había dicho: *Si, al tiempo de presentar tu ofrenda en el altar, allí te acuerdas de que tu hermano tiene alguna queja contra ti, deja allí mismo tu ofrenda, y ve primero a reconciliarte con tu hermano, y después volverás a presentar tu ofrenda*[389].

Por esta causa Dios rechazó su presente, retiró de él su misericordia y permitió, no sólo que perdiese la suprema dicha del martirio, sino también que se precipitase en la desgracia de la idolatría; mientras que el humilde y dulce Nicéforo, al ver esta corona del martirio vacante por la apostata del empedernido Sapricio, tocado de una feliz y extraordinaria inspiración, se empeñó osadamente en obtenerla, diciendo a los arqueros y a los verdugos: *Amigos míos, soy cristiano de verdad y creo en Jesucristo, de quien éste ha renegado; os ruego, pues, que me pongáis en su lugar y que me cortéis la cabeza.*

Maravillados los arqueros, llevaron la nueva al gobernador, el cual mandó que Sapricio fuese puesto en libertad y que Nicéforo fuese ajusticiado, lo cual acaeció el día 9 de febrero del año 260 de nuestra salud, según el relato de Metafraste y Surio. Historia espantosa y digna de ser muy meditada a propósito de lo que vamos diciendo. Porque ¿ves, mi querido Teótimo, cómo este valiente Sapricio es audaz y fervoroso en la confesión de la fe, cómo padece mil tormentos, cómo permanece inconmovible y firme en la confesión del nombre del Salvador, mientras da vueltas y es despedazado en aquel instrumento a manera de torno, y cómo está a punto de recibir el golpe de muerte para llegar a la cumbre más eminente de la fe divina, prefiriendo el honor de Dios a su propia vida?

Y sin embargo, porque, por otra parte, prefiere, antes que la voluntad divina, la satisfacción que su ánimo cruel siente en su odio a Nicéforo, se queda corto en la carrera, y cuando llega el momento de alcanzar y ganar el premio de la gloria por el martirio, cae lastimosamente, se rompe el cuello y va a dar de cabeza en la idolatría.

Es, pues, muy cierto, mi querido Teótimo, que no nos basta amar a Dios más que a nuestra propia vida, si no le amamos de una manera general y absoluta, y sin excepción alguna sobre todo lo que amamos o podemos amar.

---

[388] Ap., III, 17.
[389] Deut., V, 4,5.

Pero me dirás: ¿Acaso nuestro Señor no nos dio a conocer cual sea el colmo del amor, cuando dijo que *nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos ?*[390]. Es verdad que entre los actos y testimonios del amor divino, no hay otro mayor que el de arrostrar la muerte por la gloria de Dios. Sin embargo, también es verdad que, aunque sea uno solo el acto y uno solo el testimonio que merezca el nombre de obra maestra de la caridad, con todo, además de éste, son muchos los otros actos que la caridad exige de nosotros, y los exige con tanto mayor ardor y energía, cuanto que son actos más fáciles y más generalmente necesarios para todos los amantes y más generalmente necesarios para la conservación del santo amor.

¡Oh miserable Sapricio! ¿Te atreverías a decir que amabas a Dios cual conviene amarle, cuando posponías su voluntad a la pasión de odio y de rencor que sentías contra el pobre Nicéforo? Querer morir por Dios es el más grande, pero no el único acto de amor que le debemos; y querer este solo acto, rechazando los demás, no es caridad sino vanidad. La caridad no es fanfarrona, y lo sería en extremo, si queriendo complacer al Amado en cosas dificultosas, le desagradase en las fáciles. ¿Cómo podrá morir por Dios el que no quiere vivir según Dios?

Un espíritu bien equilibrado, deseoso de dar la vida por un amigo, estaría sin duda, dispuesto a padecer cualquier otra cosa por él, pues ha de haber despreciado todas las cosas el que antes ha despreciado la muerte. Pero el espíritu humano es débil, inconstante y caprichoso; ésta es la causa por la cual los hombres prefieren, a veces, morir, a soportar penas más ligeras, y dan gustosamente su vida en aras de ciertas satisfacciones sumamente necias, pueriles y vanas. Habiendo sabido Agripina que el hijo que llevaba en su seno sería emperador, pero que le daría muerte: Que me mate —dijo—, con tal que llegue a reinar. Mira el desorden de este corazón locamente maternal; prefiere el encumbramiento de su hijo a su propia vida.

Catón y Cleopatra antes eligieron la muerte que ver el contento y la gloria que sus enemigos hubieran recibido de su prisión; y Lucrecia se dio cruelmente la muerte, para no tener que soportar injustamente la vergüenza de un hecho en el cual, según parece, no había tenido parte. ¡Cuántas personas hay que morirían con gusto por sus amigos, pero que se negarían a ponerse a su servicio y a someterse a su voluntad! Muchas expondrían su vida, pero jamás expondrían su bolsa. Y, aunque son muchos los que comprometieron su vida en la defensa de un amigo, sólo se encuentra uno en cada siglo que esté dispuesto a comprometer su libertad y a perder una onza de la reputación, o de la fama más vana e inútil del mundo, por quienquiera que sea.

IX Cómo debemos amar a la divina bondad sumamente y más que a nosotros mismos

El amor de Dios, sin embargo, precede a todo amor a nosotros mismos, aun por inclinación natural de nuestra voluntad, tal como queda declarado en el libro primero.

La voluntad está de tal manera dedicada y consagrada a la bondad, que, si una bondad infinita le es mostrada claramente, es imposible, sin un milagro, que no la ame sumamente. Así, los bienaventurados se sienten arrebatados e impelidos, aunque no forzados, a amar a Dios, cuya suma bondad contemplan con toda claridad.

Mas, en esta vida mortal, no nos sentimos apremiados todos a amarle tan soberanamente, pues no le conocemos tan perfectamente. En el cielo, donde le veremos cara a cara, le amaremos de corazón a corazón, es decir, al ver todos, si bien cada uno según su medida, la infinita hermosura con una visión extremadamente clara, seremos arrebatados por el amor de su infinita bondad, con un encanto tan fuerte, que no querremos ni podremos hacerle jamás resistencia. Pero, en esta tierra, donde no vemos esta soberana bondad en su belleza, sino que tan sólo la entrevemos en medio de nuestras obscuridades, nos sentimos inclinados y atraídos, pero no arrebatados a amarle más que a nosotros mismos; sino antes al contrario, aunque tenemos esta santa inclinación a amar a la Divinidad sobre todas las cosas, no tenemos, empero, fuerza para ponerla en práctica, si esta misma divinidad no derrama sobrenaturalmente sobre nuestros corazones su santísima caridad.

---

[390] Mt., VII, 7.

Es verdad, no obstante, que, así como la clara visión de la Divinidad produce infaliblemente la necesidad de amarla más que a nosotros mismos, a su vez, la visión velada, es decir, el conocimiento natural de la Divinidad, produce infaliblemente la ternura y la inclinación a amarla también más que a nosotros mismos. Porque, dime, Teótimo, ¿es posible que la voluntad destinada a amar el bien, pueda conocer, siquiera un poco, el bien sumo, sin sentirse al mismo tiempo inclinada, aunque sólo sea un poco, a amarle extraordinariamente? Entre todos los bienes que no son infinitos, nuestra voluntad preferirá siempre, en su amor, el que más de cerca le toque, y, sobre todo, el propio bien; pero hay tan poca proporción entre lo infinito y lo finito, que nuestra voluntad, que conoce un bien infinito, se siente indudablemente conmovida e incitada a preferir la amistad del abismo de esta bondad infinita a toda otra suerte de amor, y aun al de nosotros mismos.

Pero esta inclinación es principalmente fuerte en nosotros, porque estamos más en Dios que en nosotros mismos; vivimos más en Él que en nosotros, y somos de tal manera de Él, por Él, y para Él, que no podemos pensar serenamente lo que nosotros somos con respecto a Él y lo que Él es con respecto a nosotros, sin que nos veamos forzados a exclamar: Soy vuestro Señor, y no he de ver sino para Vos; mi alma es vuestra, y no debe vivir sino para Vos; mi amor es vuestro, y no ha de tender sino hacia Vos. Debo amaros como a mi primer principio, pues vengo de Vos; he de amaros como a mi fin y mi reposo, pues soy para Vos; he de amaros más que a mi ser, pues mi ser subsiste por Vos; he de amaros más que a mí mismo, pues soy todo vuestro y esto todo en Vos.

X Cómo la santísima caridad produce el amor al prójimo

Así como Dios *creó al hombre a su imagen y semejanza*[391], así también le ordenó un amor al hombre a imagen y semejanza del amor debido a su divinidad. *Amarás* —dice— *al Señor Dios tuyo con todo tu corazón. Este es el primero y el más grande mandamiento. El segundo es semejante al primero: Amarás al prójimo como a ti mismo*[392]. ¿Por qué, amamos a Dios? La causa por la cual amamos a Dios —dice San Bernardo— es el mismo Dios; como si dijera que amamos a Dios, porque es la suma e infinita bondad. ¿Por qué nos amamos a nosotros mismos en caridad? Porque somos la imagen y la semejanza de Dios. Ahora bien, puesto que todos los hombres tienen esta misma dignidad, les amamos también como a nosotros mismos, es decir, en su calidad de imágenes santas y vivientes de la divinidad, porque es merced a esta cualidad, que pertenecemos a Dios, con una tan estrecha alianza y amable dependencia, que no tiene ninguna dificultad en llamarse nuestro padre y en llamarnos hijos suyos; y es por esta cualidad, que somos capaces de unirnos a su divina esencia, por el goce de su bondad y de su felicidad soberana; es por esta cualidad, que recibimos su gracia y que nuestros espíritus están asociados al suyo santísimo, hechos, por decirlo así, partícipes de su divina naturaleza, como lo dice San Pedro[393].

De esta manera, pues, la misma caridad que produce los actos de amor a Dios produce, al mismo tiempo, los actos de amor al prójimo. Y así como Jacob vio que una misma escalera tocaba al cielo y a la tierra y servía a los ángeles tanto para subir como para bajar, igualmente sabemos nosotros que un mismo amor se extiende a amar a Dios y a amar al prójimo, levantándonos a la unión de nuestro espíritu con Dios y conduciéndonos a la amorosa compañía de los prójimos, pero de tal suerte que amamos al prójimo en cuanto es la imagen y la semejanza de Dios, creada para comunicar con la divina bondad, para participar de su gracia y gozar de su gloria.

Amar al prójimo por caridad, es amar a Dios en el hombre o al hombre en Dios; es amar a Dios por amor al mismo, y a la criatura por amor a Dios. Habiendo llegado el joven Tobías, acompañado del ángel Rafael, a casa de Raquel, su pariente, al cual, con todo, era desconocido, en cuanto Raquel puso sus ojos en él, en seguida, como cuenta la Escritura, volviéndose a Ama, su mujer, le dijo: *¡Cuan parecido es este joven a mi primo hermano!* Dicho esto, les preguntó: *¿De dónde sois, oh jóvenes, hermanos nuestros?* A lo cual respondieron: *Somos de la tribu de Neftalí, de los cautivos de Nínive.*

[391] Mt., V., 23,24.
[392] Jn., XV, 13.
[393] Gen., 1, 26.

Díjoles Raquel: *¿Conocéis a Tobías, mi primo hermano? Le conocemos,* respondieron ellos. Y diciendo él muchas alabanzas de Tobías, el ángel dijo a Raquel: *Tobías, de quien hablas, es el padre de éste.* Entonces Raquel le echó los brazos, y besándole con muchas lágrimas, y llorando abrazado a su cuello, *dijo: Bendito seas tú, hijo mío, que eres hijo de un hombre de bien, de un hombre virtuosísimo. Asimismo, Ana, mujer de Raquel, y Sara, hija de ambos, prorrumpieron en llanto de ternura*[394]. ¿No veis cómo Raquel, sin conocer a Tobías, le abraza, le acaricia, le besa y llora de amor, abrazado a él? ¿De dónde proviene este amor, sino del que tiene al viejo Tobías, su padre, a quien tanto se parece este joven? *Bendito seas* —le dice— más ¿por qué? No es ciertamente porque eres un buen joven, pues todavía no lo *sé; porque eres hijo* de Tobías y te pareces a tu padre, *que es un hombre muy bueno.*

Cuando vemos al prójimo creado a imagen y semejanza de Dios, ¿no deberíamos decirnos, los unos a los otros: Ved cómo se parece a su Creador esta criatura? ¿No deberíamos llenarle de bendiciones? Más, ¿por amor a él? No, por cierto, pues no sabemos si, de suyo, es digno de amor o de odio. ¿Pues por qué?

Por el amor de Dios, que lo ha formado a su imagen y semejanza y, por consiguiente, lo ha hecho capaz de participar de su bondad, en la gracia y en la gloria; por el amor de Dios, de quien es, a quien pertenece, en quien está, para quien es y a quien se parece de una manera tan singular. Por esta causa, el amor divino no sólo ordena el amor al prójimo, sino que, muchas veces, él mismo lo produce y lo derrama en el corazón humano, como imagen y semejanza suya; pues, así como el hombre es la imagen de Dios, de la misma manera el amor sagrado del hombre al hombre es la verdadera imagen del amor celestial del hombre a Dios. Pero este discurso del amor al prójimo requiere un tratado aparte, por lo que suplico al soberano Amante de los hombres que lo quiera inspirar a alguno de sus excelentes siervos, pues el colmo del amor a la divina bondad del Padre celestial consiste en la perfección del amor a nuestros hermanos y compañeros.

XI Del celo o celos que debemos tener para con nuestro Señor

El corazón de Dios es tan abundante en amor, su bien es tan infinito, que todos pueden poseerlo sin que, por esto, ninguno lo posea menos, pues esta infinita bondad no puede agotarse, aunque llene todos los espíritus del universo; porque, después que todo está colmado de ella, su infinidad se conserva toda entera, sin la menor disminución. El sol no mira menos una rosa, aunque mire mil millones de otras flores, que si mirara a ella sola. Y Dios no derrama menos su amor sobre un alma, aunque ame a una infinidad de ellas, que si amase a aquella sola, pues la fuerza de su amor no disminuye un punto por la multitud de rayos que despida, sino que siempre permanece en toda la plenitud de su inmensidad.

El celo que hemos de tener para con la divina Bondad es ante todo odiar, ahuyentar, estorbar, rechazar, combatir y derribar todo lo que es contrario a Dios, es decir a su voluntad, a su gloria y a la santificación de su nombre. *Aborrecí la injusticia* dice David— *y la detesté*[395] *¿No es así, Señor, que yo he aborrecido a los que te aborrecían ? ¿ Y no me consumía interiormente por causa de tus enemigos?*[396]. *Mi celo me ha hecho consumir, porque mis enemigos se han olvidado de tus palabras*[397]. Contempla, Teótimo, a este gran rey. ¡De qué celo está animado. No *odia* simplemente la iniquidad, sino que *abomina* de ella; *se consume* de pena, al verla; *se desmaya y desfallece,* la persigue, la derriba y la extermina. De la misma manera, el celo, que devoraba el corazón de nuestro Salvador hizo que arrojase y que, al mismo tiempo, vengase la irreverencia y la profanación que aquellos vendedores y traficantes cometían en el templo[398].

En segundo lugar, el celo nos hace ardientemente celosos por la pureza de las almas, que son esposas de Jesucristo, según dice el Apóstol a los Corintios: *Yo soy amante celoso de vosotros, en*

394 Mt., XXII, 37 y sig.
395 II Ped., I, 4.
396 Tob.,VII, lysig.
397 Sal.,CXVIII, 163.
398 íbid. CXXXVIII, 21.

nombre de Dios, pues os tengo desposados con este único Esposo, que es Cristo, para presentaros a El como una casta virgen[399].

Con lo cual quiere decir el glorioso San Pablo a los Corintios: *He sido enviado por Dios a vuestras almas, para tratar del matrimonio de una eterna unión entre su Hijo nuestro Salvador y vosotros; yo os he prometido a Él para presentaros como una virgen casta* a este divino Esposo, y he aquí porque *estoy celoso;* mas no son celos propios, sino con los celos de Dios, en cuyo nombre he tratado con vosotros.

Estos celos, Teótimo, hacían morir y desfallecer, todos los días, a este santo Apóstol: *No hay día* —dice— *en que yo no muera por vuestra gloria*[400]. *¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me abrace?*[401].

Ved qué cuidado y qué celos el de una clueca para con sus polluelos, pues nuestro Señor no juzgó esta comparación indigna de su Evangelio. La gallina es un animal sin valor y sin generosidad, mientras no es madre; pero, en cuanto llega a serlo, tiene un corazón de león, siempre con la cabeza erguida, siempre con los ojos vigilantes; siempre volviendo la vista a todos lados, por insignificante que sea la apariencia de peligro para sus pequeñuelos; no se presenta enemigo ante sus ojos, contra el cual no se lance, en defensa de sus polluelos, por los que tiene una solicitud continua, que la hace andar siempre cacareando y gimiendo.

Y, si alguno de sus pequeños perece, ¡qué pena! ¡Qué cólera! Es el celo de los padres y de las madres para con sus hijos; de los pastores, para con sus ovejas; de los hermanos, para con sus hermanos. ¡Qué celo el de los hijos de Jacob, cuando supieron que Dina había sido deshonrada! ¡Qué celo el de Job ante el temor de que sus hijos ofendiesen a Dios! ¡Qué celo el de San Pablo para con sus hermanos según la carne y para con sus hijos según Dios, por los cuales hasta deseaba ser apartado de Cristo, como un criminal digno de anatema y excomunión![402]. ¡Qué celo el de Moisés para con su pueblo, por el cual, en cierta ocasión, quiso ser borrado del libro de la vida![403].

En los celos humanos, tememos que la cosa amada sea poseída por algún otro; pero el celo que tenemos por Dios hace que, al contrario, temamos, ante todo, no ser enteramente poseídos por El. Los celos humanos nos hacen temer no ser bastante amados; los celos cristianos nos infunden el temor de no amar bastante.

XII Aviso sobre la manera de conducirse en el santo celo

Siendo el celo como un ardor y vehemencia del amor, necesita ser sabiamente dirigido, pues de lo contrario violaría los términos de la modestia y de la discreción; no porque el divino amor, por vehemente que sea, pueda ser excesivo, ni en sí mismo ni en los movimientos e inclinaciones que imprime en los espíritus, sino porque, en la ejecución de sus proyectos, echa mano del entendimiento, ordenándole que busque los medios para el éxito y de la audacia o de la cólera para vencer las dificultades, con lo cual acaece, con frecuencia, que el entendimiento propone y hace emprender caminos demasiado ásperos y violentos, y que la cólera o la audacia, una vez excitadas, no pudiendo contenerse en los límites que señala la razón, arrastran el corazón al desorden, de suerte que el celo, de esta manera, se ejerce indiscreta y desordenadamente, lo cual lo hace malo y reprensible.

El celo emplea la ira contra el mal, pero le ordena siempre, con gran encarecimiento, que, al destruir la iniquidad y el pecado, salve, si puede, al pecador y al malo. Aquel buen padre de familia que nuestro Señor describe en el Evangelio, sabía bien que los siervos fogosos y violentos suelen ir más allá de las intenciones de su dueño, pues, al ofrecerse los suyos para ir a escardar, a fin de arran-

399 Ibid., CXVIII, 139.
400 Jn., II, 13-22.
401 II Cor., XI, 2.
402 I Cor., XV, 31.
403 II Cor., XI, 29.

car la cizaña: *No* —les dijo—, *porque no suceda que, arrancando la cizaña, arranques juntamente el trigo*[404].

Ciertamente, Teótimo, la ira es un siervo que, por ser fuerte, animoso y muy emprendedor, realiza mucha labor; pero es tan ardiente, tan inquieto, tan irreflexivo e impetuoso, que no hace ningún bien sin que, ordinariamente, cause, al mismo tiempo, muchos males.

El amor propio nos engaña con frecuencia y nos alucina, poniendo en juego sus propias pasiones bajo el nombre de celo. El celo se ha servido alguna vez de la cólera, y ahora la cólera, en desquite, se sirve del nombre del celo, para encubrir su ignominioso desconcierto. Digo que se sirve del nombre del celo, porque no puede servirse del celo en sí mismo, por ser propio de todas las virtudes, sobre todo de la caridad, de la cual depende el celo, el ser tan buenas, que nadie puede abusar de ellas.

Pero hay personas que creen que es imposible tener mucho celo sin montar fuertemente en cólera, y que nada se puede arreglar sin echarlo a perder todo; siendo así que, por el contrario, el verdadero celo nunca se sirve de la cólera; porque, así como el hierro y el fuego no se aplican a los enfermos, sino cuando no queda otro recurso, de la misma manera el santo celo no echa mano de la cólera sino en los casos de necesidad extrema.

XIII Que el ejemplo de muchos santos, los cuales, según parece, ejercitaron el celo con cólera, en nada contradice lo dicho en el capítulo precedente

Un día en que nuestro Señor pasaba por Samaría, envió a buscar alojamiento en una ciudad; pero sus habitantes, al saber que nuestro Señor era judío de nación y que iba a Jerusalén, no quisieron admitirle. Viendo esto sus discípulos, Santiago y Juan, dijeron: *¿Quieres que mandemos que llueva fuego de cielo y los devore? Pero Jesús, vuelto a ellos, les respondió, diciendo: No sabéis a qué espíritu pertenecéis. El Hijo del hombre no ha venido para perder hombres, sino para salvarlos*[405].

Santiago y Juan, que querían imitar a Elías, haciendo caer fuego del cielo sobre los hombres, fueron reprendidos por nuestro Señor, el cual les dio a entender que su espíritu y su celo eran dulces, mansos y bondadosos, y que no empleaba la indignación y la cólera sino muy raras veces, cuando no había esperanza de poder sacar provecho de otra manera. Santo Tomás, aquel gran astro de la Teología, estaba enfermo de la enfermedad de que murió, en el monasterio de Fosanova, de la orden del Císter, cuando he aquí que los religiosos le pidieron que les hiciese una breve exposición del sagrado Cantar de los Cantares, a imitación de San Bernardo.

Respondióles el Santo: Mis queridos padres, dadme el espíritu de San Bernardo e interpretaré este divino cántico como San Bernardo. Asimismo, si a nosotros, pobres cristianos, miserables, imperfectos y débiles, nos dicen: Ayudaos de la ira y de la indignación en vuestro celo, como Fineés, Elias, Matatías, San Pedro y San Pablo, hemos de responder: *Dadnos el espíritu de perfección y de puro celo, juntamente con la luz interior de estos grandes santos, y nos llenaremos de ira como ellos. No es patrimonio de todos saber encolerizarse cuando conviene y como conviene.*

Estos grandes santos estaban directamente inspirados por Dios, y, por lo tanto, podían sin peligro, echar mano de la cólera; porque el mismo espíritu que provocaba en ellos estas explosiones, sostenía las riendas de su justo enojo, para que no fuera más allá de los límites que de antemano le había señalado. Una ira que está inspirada o excitada por el Espíritu Santo, no es ya la ira del hombre, y es precisamente la *ira del hombre* la que hay que evitar, pues, como dice el glorioso Santiago, *no obra la justicia de Dios*[406]. Y, de hecho, cuando estos grandes siervos de Dios se servían de la cólera, lo hacían en ocasiones tan solemnes y por crímenes tan atroces, que no corrían ningún peligro de que la pena excediese a la culpa.

404 Rom., IX, 2.
405 Exod., XXXII, 32.
406 Mt., XIII, 28, 29.

Ciertamente, ninguno de nosotros es San Pablo para saber hacer las cosas a propósito. Pero los espíritus agrios, mal humorados, presuntuosos y maldicientes, al dejarse llevar de sus inclinaciones, de su humor, de sus aversiones y de su jactancia, quieren cubrir su injusticia con la capa del celo, y cada uno, bajo el nombre de fuego sagrado, se deja abrasar por sus propias pasiones. El celo por la salvación de las almas hace desear las prelacias, dice el ambicioso; hace correr de acá para allá al monje destinado al coro, dice este espíritu inquieto; es causa de rudas censuras y murmuraciones contra los prelados de la Iglesia y contra los príncipes temporales, dice el arrogante. No hablan estos sino de celo, mas no aparece tal celo, sino tan sólo la maledicencia, la cólera, el odio, la envidia y la ligereza de espíritu y de lengua.

Se puede practicar el celo de tres maneras:

primeramente, realizando grandes actos de justicia, para rechazar el mal; pero esto sólo corresponde a aquellos que, por razón de su oficio, están autorizados para corregir, censurar y reprender públicamente, en calidad de superiores, como los príncipes, los magistrados, los prelados y los predicadores; mas, por ser este papel respetable, todos quieren desempeñarlo y entrometerse en él.

En segundo lugar, se ejercita el celo practicando grandes actos de virtud, para dar buen ejemplo, sugiriendo los remedios contra el mal, exhortando a emplearlos, obrando el bien contrario al mal que quiere exterminar, lo cual incumbe a todos, si bien son pocos los que lo quieren practicar.

Finalmente, se practica el celo de una manera muy excelente padeciendo y sufriendo mucho para impedir y alejar el mal, y casi nadie quiere practicar esta clase de celo.

En verdad, el celo de nuestro Señor se puso principalmente de manifiesto en la muerte de cruz, para destruir la muerte y el pecado de los hombres, en lo cual fue excelentemente imitado por aquel admirable *vaso de elección*[407] y de dilección, según lo expresa con palabras de oro el gran San Gregorio Nacianceno; porque, hablando de este santo apóstol, dice: «Combate por todos, derrama sus preces por todos, es apasionado de celo por todos, está abrasado por todos y se atreve a más que todo esto por sus hermanos según la carne, pues llega hasta desear, por caridad, ser apartado, por ellos, de Jesucristo[408]. ¡Oh excelencia de un valor y de un fervor de espíritu increíble! Imita a Jesucristo, que *se hizo, por nosotros, objeto de maldición*[409]*, cargó con nuestras dolencias y tomó sobre Sí nuestras enfermedades*[410]*;* o mejor dicho, fue el primero, después del Salvador, que no rehusó sufrir y ser reputado por impío por nuestra causa».

El verdadero celo es hijo de la caridad, porque es el ardor de la misma; por esta causa, es, como ella, *paciente y benigno,* sin turbación, sin altercado, sin odio, sin envidia, *y se regocija en la verdad*[411].

XIV Cómo nuestro Señor practicó todos los actos más excelentes de amor

Después de haber hablado tan largamente de los actos sagrados del amor divino, para que más fácil y santamente conserves su recuerdo, voy ahora a ofrecerte un compendio y resumen de los mismos. La caridad de Cristo *nos apremia*[412], dice el gran Apóstol. Sí, ciertamente, Teótimo, esta caridad nos fuerza y hace violencia, con su infinita dulzura, practicando durante toda la obra de nuestra redención, en la cual *apareció la benignidad* y *el amor de Dios para con los hombres*[413]*;* porque ¿qué no hizo este divino Amante en materia de amor?

1,° Nos amó con amor de complacencia, por que tuvo *sus delicias en estar con los hijos de los hombres*[414], y en atraer al hombre hacia Sí, haciéndose Él mismo hombre.

[407] Lc, IX, 54 y sig.
[408] Sant. I,20.
[409] Hech. IX, l5.
[410] Rom., IX, 9.
[411] Gal., m, 13.
[412] Mt., VIII, 7.
[413] 1 Cor., XIII, 4-6.
[414] II Cor., V, 14.

2.° Nos amó con amor de benevolencia, estableciendo su propia divinidad en el hombre, de manera que el hombre fuese Dios.

3.° Se unió a nosotros por un lazo incomprensible, adhiriéndose y abrazándose tan fuerte, indisoluble e infinitamente con nuestra naturaleza, que jamás cosa alguna estuvo tan estrechamente vinculada y adherida a la humanidad, como lo está la santísima divinidad, en la persona del Hijo de Dios.

4.° Se difundió en nosotros, y, por decirlo así, derritió su grandeza para reducirla a la forma y a la figura de nuestra pequeñez, por lo que fue llamado fuente de agua viva, rocío y lluvia del cielo.

5.° Estuvo en éxtasis, no sólo porque, como dice San Dionisio, salió fuera de Sí mismo, en un exceso de su amorosa bondad, extendiendo su providencia a todas las cosas y permaneciendo en todas ellas; sino también, porque, según dice San Pablo, se dejó a Sí mismo, se vació de Sí mismo, se despojó de su grandeza y de su gloria, descendió del trono de su incomprensible majestad, y, si es lícito hablar así, *se anonadó a Sí mismo*[415], para venir a nuestra humanidad, llenarnos de su divinidad, colmarnos de su bondad, elevarnos a su dignidad y darnos el divino ser de hijos de Dios.

6.° Admiróse muchas veces por amor, como le ocurrió con el centurión y con la cananea.

7.° Contempló al joven que hasta entonces había guardado los mandamientos, y deseó encaminarlo hacia la perfección.

8.° Reposó amorosamente en nosotros y aun con alguna suspensión de sus sentidos, como en el seno de su madre y en su infancia.

9.° Tuvo ternuras con los pequeñuelos, a los que tomó en sus brazos y acarició amorosamente; con María, con Magdalena y con Lázaro, sobre quien lloró, como también sobre Jerusalén.

10.° Estuvo animado de un celo sin par, el cual, como dice San Dionisio, se convirtió en celos, y alejó, en cuanto estuvo en su mano, todo mal de su amada naturaleza humana, con peligro y aun a costa de su propia vida, echando de ella al diablo, príncipe de este mundo, que parecía ser su rival.

11.° Padeció mil dolencias de amor; porque ¿de dónde podían proceder estas divinas palabras: *Con un bautismo he de ser bautizado, y ¡cómo tengo oprimido mi corazón hasta que lo vea cumplido!*[416]. Veía la hora en que había de ser bautizado con su sangre, y desfallecía, mientras *no* llegaba: el amor que nos profesaba le apremiaba a librarnos, con su muerte, de la muerte eterna. Y así se entristeció, sudó sangre de angustia, en el huerto de los Olivos, no sólo por el extremado dolor que su alma sentía, en la parte inferior de su razón, sino también por el amor que, por nosotros, sentía en la parte superior de la misma; el dolor le infundía espanto ante la muerte, y el amor grandes deseos de ella, de suerte que un rudo combate y una cruel *agonía* se entabló entre el deseo y el horror a la muerte, hasta provocar una gran *efusión de sangre*, que manó como de unas fuente, *chorreando hasta el suelo*[417].

12.° Finalmente este divino Amante murió entre las llamas y los ardores de su infinita caridad para con nosotros y por la fuerza y la virtud del amor; es decir, murió en el amor, por el amor, para el amor y de amor. Porque, aunque los crueles suplicios fueron suficientísimos para hacer morir a cualquiera, con todo jamás la muerte hubiera podido entrar en la vida de Aquel en cuyo poder están las *llaves* de la vida

[415] TU, ni, 4.
[416] Prov.,VIII,31.
[417] Fil., 11,1.

y de la *muerte*[418], si el divino amor, que mueve estas llaves, no le hubiese abierto las puertas para que pudiese saquear aquel divino cuerpo y arrebatarle la vida; pues el amor no se contentó con haberlo hecho mortal por nosotros, sino que le quiso muerto. Murió por propia elección y no por la vehemencia del mal. *Nadie me arranca la vida, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, y soy dueño de darla y dueño de recobrarla*[419].

Fue ofrecido —dice Isaías—, *porque Él mismo lo quiso*[420], y así, no se dice que su espíritu se fue, le dejó y se separó de Él, sino, al contrario, que fue Él quien lo *entregó*[421], *exhaló, y lo puso en manos del Padre*[422], eterno; y hace notar San Atanasio que *inclinó la cabeza*[423] para morir, en señal de asentimiento, cuando llegó la muerte, lo cual, si así no fuera, no se hubiera atrevido a acercarse a Él; y *clamando con una voz muy grande*[424], envió su espíritu al Padre, para dar a entender que, así como tenía bastante fuerza y aliento para no morir, tenía también tanto amor, que no podía vivir sin hacer volver a la vida, con su muerte, a los que, sin esto, jamás hubieran podido evitar la muerte ni pretender la verdadera vida.

La muerte del Salvador fue un verdadero sacrificio, y un sacrificio de holocausto, que Él mismo ofreció a su Padre por nuestra redención. Porque, si bien las penas y los dolores de su pasión fueron tan grandes y tan fuertes, que cualquiera otro hombre hubiera muerto de ellos, con todo, en cuanto a Él, nunca hubiera muerto, si no hubiese querido y si el fuego de su infinita caridad no hubiese consumido su vida. Fue, pues, Él mismo el sacrificador que se ofreció a su Padre, y el que se inmoló por amor.

Sin embargo, esta muerte amorosa del Salvador no tuvo lugar por vía de arrobamiento. Porque el objeto por el cual su caridad le llevó a la muerte no fue tan amable que pudiese arrebatar a aquella alma divina, la cual salió de su cuerpo impelida y lanzada por la anuencia y la fuerza del amor, como arroja la mirra su primer licor, por su sola abundancia, sin que nadie se lo saque ni la exprima, según lo que el mismo Señor dijo, como ya lo hemos notado: *Nadie me arranca ni arrebata la vida, sino que la doy de mi propia voluntad*[425]. ¡Dios mío, qué brasero, para inflamarnos en la práctica de los ejercicios del santo amor a un Salvador tan bueno, el ver que El los practicó por nosotros, que somos tan malos! Esta es, pues, *la caridad de Cristo que nos apremia*[426].

[418] Lc, XII, 50.
[419] Lc, XXII, 43,44.
[420] Ap., 1,18.
[421] Jn., X, 18.
[422] Is., Lili, 7.
[423] Mt., XXVn, 50.
[424] Jn., XIX, 30.
[425] Lc, XXIII, 46.
[426] Ibid.

LIBRO ONCE
De la soberana autoridad que el amor sagrado ejerce sobre todas las virtudes, acciones y perfecciones del alma

I Cómo todas las virtudes son agradables a Dios

La virtud es tan amable, por su propia naturaleza, que Dios la favorece dondequiera que la ve. Los paganos, practicaban algunas virtudes humanas y cívicas, cuya condición no excedía las fuerzas del espíritu racional. Puedes pensar, Teótimo, cuan poca cosa era esto. A la verdad, aunque estas virtudes tuviesen mucha apariencia, tenían de hecho muy poco valor, a causa de la bajeza de la intención de quienes las practicaban, los cuales no buscaban sino la propia honra, o algún fin muy insignificante, como las conveniencias sociales, o la satisfacción de alguna ligera tendencia hacia el bien, la cual, no encontrando gran oposición, les inclinaba a la práctica de algunos pequeños actos de virtud, como a saludarse unos a otros, a auxiliar a los amigos, a vivir sobriamente, a no hurtar, a servir fielmente a los señores, apagar los jornales a los obreros. Y, a pesar de ello, aunque fue una cosa tan tenue y tan envuelta en toda clase de imperfecciones, Dios se complacía en ello y se lo recompensaba abundantemente.

La razón natural es un buen árbol que Dios ha plantado en nosotros: los frutos que produce no pueden ser sino buenos; frutos que, en comparación con los que proceden de la gracia, son, en verdad, de un precio insignificante, mas, con todo, no carecen de valor, pues Dios los ha estimado y ha dado por ellos recompensas temporales; según esto, como dice San Agustín, recompensó las virtudes morales de los romanos con la gran extensión y magnífica reputación de su imperio.

El pecado pone enfermo el espíritu, el cual, por lo mismo, no puede hacer grandes y fuertes obras, aunque sí obras pequeñas; porque no todas las acciones de los enfermos se resienten de la enfermedad, ya que todavía hablan, ven, oyen y beben.

El alma que está en pecado puede hacer actos buenos, que, siendo naturales, son recompensados con premios naturales, y, siendo civiles, son pagados con moneda civil y humana, es decir, con comodidades de orden temporal. La condición de los pecadores no es la de los demonios, cuya voluntad está de tal manera torcida e inclinada al mal, que no puede querer ningún bien. No es éste el estado del pecador en el mundo; yace en medio del camino, entre *Jerusalén y Jericó,* herido de muerte, pero no ha muerto todavía, porque como dice el Evangelio, *lo han dejado medio vivo*[427][1]; y como está medio vivo, puede también hacer acciones débiles, y no obstante las cuales, moriría miserablemente empapado en su propia sangre, *si* el *misericordioso samaritano* no aplicase *su aceite y su vino* a sus heridas,, *y* no lo *llevase al mesón*[428][2], para hacerlo curar a sus expensas.

La razón natural queda gravemente lesionada y como medio muerta por el pecado, y, en este mal estado, *no* puede guardar todos los mandamientos, cuya conveniencia, empero, reconoce. Sabe cuál es su deber, pero no puede cumplirlo, y tienen más luz sus ojos para mostrarle el camino, que fuerza sus piernas para emprenderlo.

El pecador puede observar algunos mandamientos, y aún puede observarlos todos, durante algún tiempo, cuando no se presentan grandes ocasiones de practicar la virtudes mandadas, o tentaciones que impelen a cometer el pecado prohibido; pero que el pecador pueda vivir largo tiempo en su pecado, sin cometer otros nuevos, esto no es posible sin una

[427] Lc.,X,30
[428] Ibid., 33,34

protección especial de Dios. Porque los enemigos del hombre son ardorosos, inquietos y se mueven continuamente para precipitarlo; y, cuando ven que llega la ocasión en que debe practicar las virtudes prescritas, levantan mil tentaciones, para hacerle caer en las cosas prohibidas, y entonces la naturaleza, sin la gracia, no se puede liberar del precipicio. Porque, si vencemos, *Dios nos da la victoria por la virtud de nuestro Señor Jesucristo*[429], como dice San Pablo. *Velad y orad, para no caer en la tentación*[430]. *Si nuestro* Señor dijese tan solo: *Velad*, creeríamos poder hacer algo por nosotros mismos; pero, cuando añade: *Orad*, da a entender que si Él no guarda nuestras almas en el tiempo de la tentación, *en vano velarán los que las guardan*[431].

II Que el amor sagrado hace que las virtudes sean mucho más agradables a Dios de lo que lo son por su propia naturaleza

Las virtudes humanas, aunque estén en un corazón bajo, terreno y ocupado por el pecado, no quedan, empero, infectadas de la malicia de éste, pues su naturaleza es tan franca e inocente, que no puede ser corrompida por la campaña de la iniquidad. Y si a pesar de ser buenas en sí mismas, no son recompensadas con un galardón eterno, cuando son practicadas por los infieles o por los que están en pecado, no hay que maravillarse de eso, pues el corazón del cual dimanan no es capaz del bien eterno, porque está alejado de Dios, y, como quiera que la celestial herencia pertenece al Hijo de Dios, nadie puede ser partícipe de ella, sino Él y no es hermano suyo adoptivo; aparte de que el pacto por el cual Dios promete el cielo, sólo se refiere a los que están en su gracia, y que las virtudes de los pecadores no tienen más dignidad ni valor que el de su propia naturaleza, y, por lo mismo, no pueden ser elevadas al mérito acreedor de las recompensas sobrenaturales, las cuales se llaman así precisamente porque la naturaleza y todo cuanto de ella depende no puede ni procurarlas ni merecerlas.

Mas las virtudes de los amigos de Dios, aunque, de suyo, no sean más que morales y naturales, están, empero, ennoblecidas y son encumbradas a la dignidad de obras santas.

¡Oh suma bondad de Dios, que favorece tanto a sus amantes, hasta el punto de estimar en mucho sus más insignificantes acciones, por poca que sea su bondad, y de ennoblecerlas de una manera excelente, dándoles el título y la cualidad de santas! Ello es debido a la contemplación de su Hijo muy amado, a cuyos hijos adoptivos quiere honrar, santificando todo cuanto de bueno hay en ellos, los huesos, los cabellos, los vestidos, los sepulcros y aun la *sombra*[432]*;* de sus cuerpos; la fe, la esperanza, el amor, la religión y aun la sobriedad, la urbanidad y la afabilidad de sus corazones.

Así que, amados hermanos míos —dice el Apóstol— *estad firmes y constantes, trabajando siempre más y más en la obra del Señor, pues sabéis que vuestro trabajo no quedará sin recompensa* [433]. Y advierte, Teótimo, que toda obra virtuosa ha de ser considerada como *obra del Señor*, aunque sea un infiel quien la practique, pues las virtudes morales no dejan de pertenecerle, aunque las practique un corazón pecador. Mas, cuando estas mismas virtudes están en un corazón verdaderamente cristiano, es decir, dotado del santo amor, entonces no sólo pertenecen a Dios, sino que *no son inútiles en el Señor*[434], sino fructuosas y preciosas a los ojos de su bondad. Añadid a un hombre la caridad —dice San Agustín—, y

[429] I Cor. XV, 57
[430] Mt. XXXVI, 41
[431] Sal.CXXXVI, 1
[432] Hech., V 15
[433] I Cor. XV, 58
[434] Job. I, 1

todo, en él, aprovecha; quitadle la caridad, y todo lo demás no sirve para nada. *Todas las cosas contribuyen al bien de los que aman a Dios*[435].

III Cómo hay virtudes que son levantadas a un mayor grado de excelencia que otras por la presencia del divino amor

Todas las virtudes reciben un nuevo lustre y una más excelente dignidad de la presencia del amor sagrado; mas la fe, la esperanza, el temor de Dios, la piedad, la penitencia y todas las demás virtudes que, por sí mismas, miran particularmente a Dios y a su honor, no sólo reciben la impresión del amor divino, que las eleva a una eximia dignidad, sino que, además, se inclinan totalmente hacia él, se asocian a él, y le siguen y le sirven en todas las ocasiones.

Por esto entre todos los actos virtuosos, debemos practicar cuidadosamente los actos de religión y de reverencia a las cosas divinas; los de fe, de esperanza, de santo temor de Dios, hablando con frecuencia de las cosas celestiales, pensando en la eternidad y aspirando a ella, frecuentando las iglesias y las funciones sagradas, haciendo lecturas devotas, observando las ceremonias de la religión cristiana; porque el santo amor se alimenta, en la medida de sus deseos, entre estos ejercicios, y esparce sobre ellos sus gracias y dones con mayor abundancia que sobre los actos de las virtudes simplemente humanas.

IV Cómo el divino amor santifica de una manera más excelente las virtudes, cuando se practican por su orden y mandato

Todas las acciones virtuosas de los hijos de Dios pertenecen a la sagrada dilección: unas, porque ella misma las produce de su propia naturaleza; otras, en cuanto las santifica con su vivificadora presencia, y otras, finalmente, por la autoridad y el mando que ejerce sobre las demás virtudes, de las cuales las hace nacer. Y éstas, si bien no son, en verdad, tan eminentes en dignidad como las acciones propias e inmediatamente nacidas de la dilección, superan incomparablemente a las acciones que reciben toda su dignidad de la sola presencia y compañía de la caridad.

Ahora bien, aunque, en general, decimos con el divino Apóstol que *la caridad todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta*[436] en una palabra, que todo lo hace, sin embargo no dejamos de distribuir la alabanza por la salvación de los bienaventurados a las otras virtudes, según hayan sobresalido en cada uno; porque decimos que la fe ha salvado a unos, la limosna a otros, la templanza, la oración, la humildad, la esperanza, la castidad a otros, pues los actos de estas virtudes han aparecido con brillo en estos santos. Pero después, recíprocamente, una vez han sido realizadas, estas virtudes particulares, hay que referir todo su honor al amor santo, que a todos comunica la santidad que poseen.

Porque, ¿qué otra cosa quiere decir el glorioso Apóstol, cuando inculca que *la caridad es benigna, paciente, que todo lo cree, todo lo espera y todo lo soporta*[437], sino que la caridad ordena y manda a la paciencia que sea paciente, a la esperanza que espere y a la fe que crea? Y es verdad, Teótimo, que con esto también da a entender que el amor es el alma y la vida de todas las virtudes, como si quisiera decir que la paciencia no es bastante paciencia, ni la fe bastante fiel, ni la esperanza bastante confiada, ni la mansedumbre bastante dul-

[435] Rom. VIII , 28
[436] I Cor. XIII , 7
[437] I Cor. XIII , 4,7

ce, si el amor no las anima y vivifica. Y esto mismo también nos significa este *vaso de elección*[438] cuando dice que *sin la caridad nada le aprovecha, y* que él mismo *nada es*[439], porque es como si dijera que, sin el amor, no es paciente, ni manso, ni constante, ni fiel, ni confiado, en el grado que es menester para servir a Dios, en lo cual consiste el verdadero ser del hombre.

V Cómo el amor sagrado mezcla su dignidad entre las demás virtudes y perfecciona la de cada una en particular

El amor adquiere mayor fuerza y vigor, cuantos más frutos produce en el ejercicio de todas las virtudes. Como lo advierten los santos Padres, es insaciable en el deseo de fructificar, y no cesa de apremiar al corazón que por ella está ocupado.

Los frutos de los árboles injertados son todos según el injerto: si el injerto es de manzano, da manzanas; si es de cerezo, da cerezas; de suerte que siempre estos frutos tienen el sabor del tronco. Asimismo, Teótimo, nuestros actos toman su nombre y su especie de las particulares virtudes de las cuales proceden, pero sacan de la sagrada caridad el gusto de su santidad; de esta manera, la caridad es la raíz y la fuente de toda la santidad del hombre. Y, así como el tallo comunica su sabor a todos los frutos que los injertos producen, pero de manera que cada fruto no deja de conservar las propiedades naturales del injerto de donde procede, también la caridad de tal manera esparce su excelencia y su dignidad sobre las acciones de las demás virtudes, que, a pesar de ello, deja a cada una el valor y la bondad particular, que cada una posee por su natural condición.

Por consiguiente, si con igual caridad sufre uno la muerte del martirio y otro el hambre del ayuno ¿quién no ve que el precio de este ayuno no, por esto, será igual al del martirio? Porqué ¿quién se atreverá a decir que el martirio no es en sí mismo más excelente que el ayuno? Y, si es más excelente y, al sobrevenir la caridad, lejos de arrebatarle esta excelencia, la perfecciona, tenemos que deja en él las ventajas que naturalmente tenía sobre el ayuno. A la verdad, ningún hombre de sano juicio igualará la castidad nupcial a la virginidad, ni el buen uso de las riquezas a la entera renuncia de las mismas.

¿Y quién osará decir que la caridad que sobreviene a estas virtudes les arrebata sus propiedades y sus privilegios, siendo así que no es una virtud que destruye y empobrece, sino que mejora, vivifica y enriquece todo cuanto encuentra de bueno en las almas que gobierna? Tanto dista la caridad de arrebatar a las virtudes las dignidades y preeminencias que naturalmente poseen, que, al contrario, teniendo la propiedad de perfeccionar las perfecciones que encuentra, cuanto mayores son éstas más las perfecciona; como el azúcar, que en las confituras de tal manera sazona las frutas con su dulzura, que, si bien las endulza todas, las deja, empero, desiguales en sabor y suavidad, según sean más o menos sabrosas por naturaleza.

Si la dilección es ardiente, poderosa y excelente en un corazón, enriquecerá y perfeccionará más todas las obras de las virtudes que de él procedan. Se puede padecer la muerte y el fuego por Dios sin tener caridad, como lo supone San Pablo[440] y yo lo declaro en otra parte; con mayor razón se puede padecer con poca caridad; y así digo que puede muy bien ocurrir que una virtud muy pequeña tenga más valor en un alma, en la cual reina ardientemente el amor sagrado, que el mismo martirio en otra alma, donde el amor es lánguido, débil y lento. De esta manera, las pequeñas virtudes de Nuestra Señora, de San Juan y de otros

[438] Hech. IX, 15
[439] I Cor. XIII. 2, 3
[440] I Cor XIII. 3

grandes santos, tenían más valor delante de Dios que las encumbradas de muchos santos inferiores, como muchos impulsos amorosos de los serafines son más encendidos que los más vehementes de los ángeles del orden postrero, y como el canto de los ruiseñores principiantes es incomparablemente más armonioso que el de los jilgueros mejor amaestrados.

Las pequeñas simplicidades, abatimientos y humillaciones, bajo las cuales tanto se complacieron en ocultarse los santos, y, por cuyo medio, pusieron sus corazones al abrigo de la vanagloria, cuando se practican con aquella excelencia propia del arte y del ardor del amor celestial, son más agradables a Dios que las grandes e ilustres empresas de muchos otros, realizadas con poca caridad y devoción.

La sagrada esposa hirió a su Esposo *con una sola trenza de sus cabellos*[441], a los que tiene en tanto aprecio que los compara *a los rebaños de cabras de Galaad*[442], y no alaba más los ojos de su amante, que son las partes más nobles de todo el rostro, que la cabellera, que es la más frágil, la más vil y la más baja, para que sepamos que en un alma prendada del divino amor, las acciones que parecen más humildes son sumamente agradables a su divina Majestad.

VI De la excelencia del valor que el amor sagrado comunica a las acciones nacidas del mismo, y a las que proceden de las demás virtudes

Las obras de los buenos cristianos tienen un valor tan grande, que, a trueque de ellas, se nos da el cielo; mas esto no es debido a que proceden de nuestros corazones, sino a que están teñidas en la sangre del Hijo de Dios, es decir, porque es el Salvador quien santifica nuestras obras por el mérito de su sangre.

El sarmiento unido a la cepa lleva fruto, no por su propia virtud, sino por la virtud de la cepa. Nosotros estamos unidos por la caridad a nuestro Redentor, como los miembros a la cabeza; por esta causa, nuestros frutos y nuestras buenas obras, al recibir su valor de Aquel, merecen la vida eterna.

Quien está unido conmigo y Yo con él, éste da mucho fruto[443]. Y esto es así, porque el que permanece en Él, participa de su divino Espíritu, el cual está en medio del corazón humano como una fuente viva, que *mana* y lanza sus aguas *hasta la vida eterna*[444]. Así el óleo de la redención derramado sobre el Salvador como *sobre la cabeza* de la Iglesia, la triunfante y la militante, *se derrama* sobre la sociedad de los bienaventurados, los cuales, como la *barba* de este divino Maestro, están adheridos a su faz, y también destila sobre la sociedad de los fieles, que, como vestiduras, están pegados y unidos por amor a su divina Majestad; y ambas sociedades como compuestas de verdaderos hermanos, pueden, por este motivo, exclamar: *¡OH cuan buena y cuan dulce cosa es el vivir los hermanos en mutua unión! Es como el perfume, que, derramado en la cabeza, va destilando por la respetable barba de Aarón, y desciende hasta la orla de su vestidura*[445].

Nuestras obras, pues, como el granito de mostaza, no son en manera alguna comparables, en grandeza, con el árbol de gloria que producen; pero tienen el vigor y la virtud de producirlo, porque proceden del Espíritu Santo, el cual, por una admirable infusión de su gracia en nuestros corazones, hace suyas nuestras obras, pero dejando a la vez, que sean

[441] Cant. IV. 9
[442] Ibid.VI. 4
[443] Jn. XV. 5
[444] Ibid. IV.14
[445] Sal. CXXXII, 12

nuestras, porque somos miembros de una cabeza, de la cual Él es el espíritu, y estamos injertados en un árbol, del cual Él es la sabia divina.

Y porque de esta suerte opera en nuestras obras, y porque nosotros obramos con Él o cooperamos a su acción, deja para nosotros todo el mérito y provecho de nuestros servicios y obras buenas, y nosotros dejamos para Él todo el honor y toda la alabanza, reconociendo que el comienzo, el progreso y el fin de todo el bien que hacemos depende de su misericordia, por la cual ha venido a nosotros y nos ha prevenido; ha venido con nosotros y nos ha guiado, *acabando* lo que había *comenzado*[446]. ¡Que misericordioso es, para con nosotros, y qué bondad en este reparto! Nosotros le damos la gloria de nuestras alabanzas y Él nos da la gloria de su gozo, y, por tan suaves y pasajeros trabajos, adquirimos bienes perdurables, por toda la eternidad.

VII Que las virtudes perfectas jamás están las unas sin las otras

Las virtudes son tales por su conveniencia o conformidad con la razón, y una acción no se puede llamar virtuosa, si no procede del afecto que el corazón siente a la honestidad y a la belleza de la razón. El que ama una virtud por amor a la razón y por la honestidad que en ella relucen, las amará todas, pues en todas encontrará los mismos motivos; y las amará más o menos según que la razón se manifieste en ellas más o menos resplandeciente. Quien ama la liberalidad y no ama la castidad, muestra bien a las claras que no ama la liberalidad por la belleza de la razón, pues esta belleza es mayor en la castidad; y donde la causa tiene más fuerza, deberían también ser más fuertes los efectos. Es, pues, una señal evidente de que aquel corazón no ama la liberalidad teniendo por motivo la razón y por consideración a ésta; de donde se sigue que esta liberalidad, que parece una virtud, no tiene sino la apariencia, pues no procede de la razón, que es el verdadero motivo de las virtudes, sino de algún otro motivo extraño.

Puede, por lo tanto, ocurrir que un hombre posea unas virtudes y que carezca de las demás; pero siempre serán o virtudes incipientes, tiernas y como flores en capullo, o virtudes decadentes y moribundas, como flores marchitas; porque, por decirlo en pocas palabras, las virtudes no pueden subsistir en su verdadera integridad, como nos lo aseguran toda la filosofía y la teología.

Es cierto que no se pueden practicar a la vez todas las virtudes, pues las ocasiones no se presentan juntas; así hay virtudes que algunos santos nunca han tenido ocasión de practicar. Porque, por ejemplo, ¿qué motivos pudo tener San Pablo, primer ermitaño, para practicar el perdón de las injurias, la afabilidad, la magnificencia y la mansedumbre? No obstante, estas almas no dejan de sentirse de tal manera aficionadas a la honestidad de la razón, que aun cuando al efecto, las poseen en cuanto al afecto, y están prontas y dispuestas a seguir y a servir a la razón, en cualesquiera circunstancia, sin excepción ni reserva alguna.

Existen ciertas inclinaciones que se consideran como virtudes, y no son tales, sino favores y ventajas de la naturaleza. ¡Cuántas personas hay que por su condición natural son sobrias, sencillas, dulces, silenciosas, y aun castas y honestas! Pues bien, todo esto parece ser virtud, y sin embargo carece del mérito de ésta, de la misma manera que las malas inclinaciones no merecen ninguna recriminación, hasta que al humor natural se ha añadido el libre y voluntario consentimiento.

[446] Fil., 1,6.

No es virtud dejar de comer porque la naturaleza nos inclina a ello; pero sí lo es guardar abstinencia por libre elección; no es virtud ser callado por inclinación, pero sí lo es el callar, cuando lo aconseja la razón. Muchos creen poseer las virtudes, cuando no tienen los vicios contrarios. El que nunca ha sido atacado puede vanagloriarse de no haber jamás huido, pero no de ser valiente; el que nunca es afligido puede alabarse de no ser impaciente, pero no de ser paciente. Paréceles, pues, a muchos, que están dotados de virtudes, las cuales no pasan de ser buenas inclinaciones, y, porque algunas de estas inclinaciones están sin las otras, creen que lo mismo ocurre con las virtudes.

Podemos tener alguna clase de virtud sin tener las demás, y, a pesar de esto, no podemos, en manera alguna, poseer virtudes perfectas sin tenerlas todas; pero que, en cuanto a los vicios, se pueden tener unos sin tenerlos todos a la vez; de manera que no se deduce de ello que quien haya perdido todas las virtudes posea por lo mismo todos los vicios, pues casi todas las virtudes tienen dos vicios opuestos, no sólo contrarios a la virtud, sino contrarios entre sí.

El que, por su temeridad, ha perdido el valor, no puede, al mismo tiempo, tener el vicio de la cobardía, y el que ha perdido la liberalidad con sus prodigalidades, no puede, al mismo tiempo, ser tachado de avaro. Catalina —dice San Agustín— era sobrio, vigilante, paciente en sufrir el frío, el calor, y el hambre; por esta causa, parecíale a él y a sus compañeros que era muy constante; mas esta fortaleza no era prudente, pues escogía el mal en lugar del bien; no era templada, porque descendía a infames bajezas; no era justa, pues conspiraba contra su patria; no era, pues, constancia, sino una terquedad, que llevaba aquel nombre para engañar a los necios.

VIII Cómo la caridad abarca todas las virtudes

Un río salía de este lugar de delicias, para regar el paraíso, y desde allí se dividía en cuatro brazos[447]. El hombre es un lugar de delicias, donde Dios ha hecho brotar el río de la razón y de la luz natural, para regar todo el paraíso de nuestro corazón; y este río se divide en cuatro brazos, es decir, en cuatro corrientes, según las cuatro regiones del alma.

1. Porque, en primer lugar, sobre el entendimiento, llamado práctico porque discierne las acciones que conviene hacer u omitir, la luz natural derrama la prudencia, que inclina a nuestro espíritu a juzgar rectamente acerca del mal que debemos evitar y desechar, y cerca del bien que hemos de hacer y procurar.
2. En segundo lugar, sobre nuestra voluntad, hace que surja la justicia, la cual no es otra cosa que un perpetuo y firme deseo de dar a cada uno lo que es debido.
3. En tercer lugar, sobre el apetito concupiscible, hace que se deslice la templanza, que modera las pasiones.
4. En cuarto lugar, sobre el apetito irascible o la cólera, hace flotar la fortaleza, que refrena y modera todos los movimientos de la ira.

Estos cuatro ríos, así separados, se dividen después en muchos otros, para que todas las acciones humanas puedan estar bien encaminadas hacia la honestidad y hacia la felicidad natural.

[447] Gen., II, 10.

Pero, además de esto, deseoso Dios de enriquecer a los cristianos con un especial favor, hace brotar, en la cima de la parte superior de su espíritu, una fuente sobrenatural, que llamamos gracia, la cual comprende la fe y la esperanza, pero que, sin embargo, consiste en la caridad, que purifica el alma de todos los pecados, la adorna y embellece con deliciosa hermosura y, finalmente, esparce sus aguas sobre todas las facultades y operaciones de aquélla, *para comunicar al entendimiento una prudencia celestial; a la voluntad, una justicia santa; al apetito irascible, una fortaleza devota;* a fin de que todo el corazón humano tienda a la honestidad y a la felicidad sobrenatural, que llamamos gracia, la cual comprende la fe y la esperanza, pero que, sin embargo, consiste en la caridad, que purifica el alma de todos los pecados, la adorna y embellece con deliciosa hermosura y, finalmente, esparce sus aguas sobre todas las facultades y operaciones de aquélla, para comunicar al entendimiento una prudencia celestial*; a la voluntad, una justicia santa; al apetito irascible, una fortaleza devota; a fin de que todo el corazón humano tienda a la honestidad y a la felicidad sobrenatural, que consiste en la unión con Dios*.

Si estas cuatro corrientes y ríos de la caridad encuentran en un alma alguna de las cuatro virtudes naturales, la reducen a su obediencia y se mezclan con ella, para perfeccionarla, como el agua perfumada perfecciona el agua natural, cuando se mezclan juntas.

Pero, si el santo amor, así derramado, no encuentra las virtudes naturales en el alma, entonces él mismo realiza todos los actos, según lo van exigiendo las ocasiones.

Así el amor celestial, al encontrar muchas virtudes en San Pablo, en San Ambrosio, en San Dionisio, en San Pacomio, derramó sobre ellas una agradable claridad y las redujo todas a su servicio. Pero, en Magdalena, en Santa María Egipciaca, en el buen ladrón y en mil otros penitentes, que habían sido grandes pecadores, el divino amor, al no encontrar ninguna virtud, desempeñó el papel y realizó las obras de todas las virtudes, haciéndose en ellos paciente, dulce, humilde y generoso.

El gran Apóstol no dice solamente que la caridad nos comunica la paciencia, la benignidad, la constancia y la simplicidad, sino también que ella misma es paciente, benigna y constante[448]; y es propio de las supremas virtudes, así entre los ángeles como entre los hombres, no sólo ordenar a las inferiores que obren, sino también el que puedan hacer por sí mismas lo que mandan a las demás. El obispo confiere los cargos para todas las funciones eclesiásticas, tales como abrir la iglesia, leer, exorcizar, alumbrar, predicar, bautizar, celebrar el santo sacrificio, dar la comunión, absolver; pero él sólo puede hacer y hace todo esto, pues tiene en sí una virtud eminente, que contiene todas las inferiores.

El que posee la caridad tiene una perfección que encierra la virtud de todas las perfecciones o la perfección de todas las virtudes. Por esto, la caridad *es paciente y benigna; no es envidiosa,* sino bondadosa, *no comete ligerezas,* sino que es prudente; *no se hincha de orgullo,* sino que es humilde; *no es ambiciosa ni desdeñosa,* sino amable y afable; no es quisquillosa *en querer lo que le pertenece,* sino franca y condescendiente; *no se irrita* por nada, sino que es apacible; *no piensa mal,* sino que es mansa; *no se alegra de lo malo, sino que se goza con la verdad y en la verdad; todo lo sufre; cree* fácilmente *todo el bien* que le dicen, sin terquedad, sin disputa, sin desconfianza; *espera todo bien* del prójimo, sin jamás desalentarse en el procurarle la salvación; *todo lo soporta*[449], esperando sin inquietud lo que se le ha prometido.

[448] I Cor., XIII, 4.
[449] 1 Cor., XIII, 4, 5, 6, 7.

IX Que las virtudes sacan su perfección del amor sagrado

La caridad es *el vínculo de perfección*[450], pues por ella y en ella se contienen y juntan todas las perfecciones del alma y, sin ella, no sólo es imposible ver todas las virtudes reunidas, sino también poseer la perfección de alguna virtud en particular. Sin el cemento y el mortero, que traba las piedras y las paredes, todo el edificio se viene abajo; sin los nervios y los tendones, todo el cuerpo se deshace, y, sin la caridad, no pueden las virtudes sostenerse unas a otras.

Nuestro Señor vincula siempre el cumplimiento de los mandamientos a la caridad. *Quien ha recibido* —dice— *mis mandamientos y los observa, éste es el que me ama. El que no me ama no guarda mis mandamientos. El que me ama observará mi doctrina*[451]. Lo cual repite así el discípulo amado: *Quien guarda los mandamientos*—dice—, *en éste, verdaderamente, la caridad de Dios es perfecta*[452]. *El amor de Dios consiste en que observemos sus mandamientos*[453].

Ahora bien, el que poseyese todas las virtudes, guardaría todos los mandamientos; el que poseyese la virtud de la religión, guardaría los tres primeros; el que tuviese la piedad, guardaría el cuarto; el que tuviese la mansedumbre y la benignidad, guardaría el quinto; por la castidad, se cumpliría el sexto; por la generosidad, se evitaría el quebrantamiento del séptimo; por la verdad, se observaría el octavo, y por la templanza se observarían el noveno y el décimo; y, si no se pueden guardar los mandamientos sin la candad, con mayor razón no se pueden poseer, sin ella, todas las virtudes.

Se puede, ciertamente, tener alguna virtud y permanecer, por algún tiempo, sin ofender a Dios, aunque no se tenga el divino amor.

Mas las virtudes separadas de la caridad son muy imperfectas, pues, sin ella, no pueden conseguir su fin, que es hacer al hombre feliz.

La caridad es, entre las virtudes, como el sol entre las estrellas, que distribuye a todas su claridad y su hermosura. La fe, la esperanza, el temor y la penitencia suelen andar delante de ella cuando ha llegado, la obedecen y la sirven como las demás virtudes, y ella las alienta, las adorna y las vivifica con su presencia.

De manera que, si se pudiese lograr que todas las virtudes estuviesen reunidas en un hombre, pero que faltase en él la caridad, este conjunto de virtudes sería, en verdad, un cuerpo perfectamente acabado, en sus partes, como el cuerpo de Adán, cuando Dios, con mano maestra, lo formó del barro de la tierra; pero cuerpo sin movimiento, sin vida y sin gracia, hasta que Dios *le inspirase el soplo de vida*[454], es decir, la sagrada caridad, sin la cual ninguna cosa aprovecha.

La perfección del amor divino es tan excelente, que perfecciona todas las demás virtudes, y no puede ser perfeccionada por ellas, ni siquiera por la obediencia, que es la que puede derramar más perfecciones sobre las demás. Es verdad que amando obedecemos, y que obedeciendo amamos; pero si esta obediencia es tan excelentemente amable, es debido a que tiende a la excelencia del amor, y su perfección depende, no de que, amando, obedezcamos, sino de que, obedeciendo, amamos. De suerte que así como es igualmente el fin y la primera fuente de todo lo que es bueno, asimismo el amor, que es el origen de todo afecto bueno, es también su último fin y su perfección.

---

450 Colos., III; 14.
451 Jn., XIV, 21,24, 25.
452 Un., II, 5.
453 Ibid.,V, 3.
454 Gen., II, 7.

X Cómo el santo amor, cuando vuelve al alma, hace que revivan todas las obras que el pecado había hecho perecer

Cuando el hombre justo se hace esclavo del pecado, todas las buenas obras que antes había hecho quedan miserablemente olvidadas y reducidas a cieno; mas, al salir del cautiverio, cuando por la penitencia vuelve a la gracia del divino amor, las buenas obras precedentes son sacadas del pozo del olvido, y, tocadas por los rayos de la misericordia celestial, reviven y se convierten en llamas tan resplandecientes como jamás lo fueron, para ser puestas sobre el sagrado altar de la aprobación divina y recuperar su primera dignidad, su primer precio y su primer valor.

XI Cómo debemos reducir toda la práctica de las virtudes y de nuestras acciones al santo amor

El hombre es de tal manera dueño de sus acciones humanas y racionales, que las hace todas por algún fin, y puede encaminarlas a uno o a varios fines particulares, según bien le parezca; porque puede cambiar el fin natural de una acción, por ejemplo, cuando jura para engañar, siendo así que el fin del juramento es todo lo contrario, a saber, evitar el engaño, y puede añadir al fin natural de una acción otro fin cualquiera, como cuando, además de la intención de socorrer al pobre, a la cual tiende la limosna, tiene la intención de obligar recíprocamente al menesteroso.

Unas veces añadimos al fin propio de la acción un fin menos perfecto; otras veces un fin de igual o semejante perfección, y otras, finalmente, un fin más eminente y elevado. Porque aparte del socorro al necesitado, al cual tiende especialmente la limosna, ¿no se puede acaso pretender, primeramente, adquirir su amistad; en segundo lugar, edificar al prójimo y, por último, agradar a Dios? He aquí tres diversos fines, el primero de los cuales es menos excelente, el segundo algo más y el tercero muchísimo más, que el fin ordinario de la limosna; de suerte que, como ves, podemos comunicar diversas perfecciones a nuestros actos, según la variedad de los motivos, fines e intenciones con que los hacemos.

Sed buenos negociantes, dice el Salvador. Tengamos, pues, mucho cuidado en no trocar los motivos y el fin de nuestras acciones, si no es con ventaja y provecho, y en no hacer nada, en este negocio, sino con buen orden y razón.

Hay que dar a cada fin el lugar que le corresponde, y por consiguiente hay que dar el lugar soberano al fin de agradar a Dios.

El soberano motivo de nuestras acciones, que es el amor celestial, por ser el más puro, tiene la soberana propiedad de hacer que sea también más pura la acción que de él procede. Así los ángeles y los santos del cielo no aman cosa alguna por otro fin que por la divina bondad, ni por otro motivo que el deseo de complacerla. Se aman mutuamente con ardor, nos aman también a nosotros, aman las virtudes, más todo esto únicamente para agradar a Dios. Siguen y practican las virtudes, no porque son en sí mismas bellas y amables, sino porque son agradables a Dios. Aman su felicidad, no tanto, porque es suya, cuanto porque gusta de ella Dios.

XII Cómo la caridad contiene en sí los dones del Espíritu Santo

Para que el espíritu humano siga con facilidad los movimientos y las inclinaciones de la razón, al objeto de llevar a la dicha natural al que puede aspirar viviendo según las leyes de la honestidad, tiene necesidad de las cualidades que hacen al espíritu dulce, obediente y flexible a las leyes de la razón natural.

Pues bien, Teótimo, el Espíritu Santo, que habita en nosotros, deseando hacer a nuestra alma obediente a sus divinos mandamientos y celestiales inspiraciones, que son las leyes de su amor, y en cuya observancia consiste la felicidad sobrenatural de la vida presente, nos otorga siete propiedades y perfecciones, las cuales, en la Sagrada Escritura y en los libros de los teólogos, se llaman dones del Espíritu Santo.

Ahora bien, estos dones no sólo son inseparables de la caridad, sino que, bien consideradas todas las cosas y propiamente hablando, son las principales virtudes, propiedades y cualidades de la misma.

Así, la caridad es para nosotros otra escala de Jacob, compuesta de los siete dones del Espíritu Santo, como de otros tantos peldaños sagrados, por los cuales los hombres angelicales suben de la tierra al cielo, para ir a juntarse con el seno de Dios, y por los cuales *bajan* [455] del cielo a la tierra, para venir a tomar al prójimo de la mano y conducirlo a la gloria;

1. porque, al subir el primer peldaño, el temor nos hace evitar el mal;
2. en el segundo, la piedad nos mueve a querer hacer el bien;
3. en el tercero, la ciencia nos da a conocer el bien que hay que hacer y el mal que hay que evitar;
4. en el cuarto, por la fortaleza, tomamos aliento contra todas las dificultades con que *tropezamos en nuestra empresa;*
5. *en el quinto, por el consejo,* escogemos los medios aptos para esto;
6. en el sexto realizamos *la unión de nuestro entendimiento con Dios*, para ver y penetrar los rasgos de su infinita belleza;
7. y, en el séptimo, *unimos nuestra voluntad a Dios* para saborear y sentir las dulzuras de su incomprensible bondad, pues, en lo alto de esta escalera, Dios, inclinándose hacia nosotros, nos da el beso de amor y nos da a gustar los sagrados pechos de su suavidad, *mejores que el vino*[456].

Pero si, después de haber gozado de estos amorosos favores, queremos volver la tierra, para atraer al prójimo hacia esta misma felicidad, entonces, llena nuestra voluntad de un ardentísimo celo, en el primero y más alto peldaño, y perfumadas nuestras almas con los perfumes de la caridad soberana de Dios, descendemos al segundo, donde nuestro entendimiento recibe una claridad sin igual y hace provisión de las ideas y de las imágenes más excelentes, para gloria de la belleza y de la bondad divinas; de aquí, bajamos al tercero, donde, por el don de consejo, descubrimos por qué medios hemos de inspirar a las almas de los prójimos el gusto y la estima de la divina suavidad; en el cuarto, nos alentamos y recibimos una santa fortaleza, para vencer las dificultades que se oponen a este designio; en el quinto, comenzamos a predicar, por el don de la ciencia, exhortando a las almas a practicar la virtud y a huir del vicio; en el sexto, nos esforzamos en infundirles una santa piedad, para que, reconociendo a Dios por el padre más amable, le obedezcan con filial temor; y, en el último, les instamos a que teman los juicios de Dios, a fin de que, mezclando el temor de ser condenados con la reverencia filial, dejen más presurosos la tierra, para subir con nosotros al cielo.

[455] Gen., XVIII, 12.30 Cant., I, l.
[456] Cant.,I,l.

Sin embargo, la caridad comprende los siete dones, y se parece a una hermosa azucena, que tiene seis hojas más blancas que la nieve, y, en el centro, los hermosos mantillos de oro de la sabiduría, que introducen en nuestros corazones los gustos y los albores amorosos de la bondad del Padre, nuestro redentor, y de la suavidad del Espíritu Santo, nuestro santificador.

XIII Cómo el amor sagrado comprende los doce frutos del Espíritu Santo, con las ocho bienaventuranzas del Evangelio

Dice el glorioso San Pablo: *El fruto del Espíritu Santo es: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad*[457]. Pero advierte, Teótimo, que este apóstol divino, al enumerar los doce frutos del Espíritu Santo, los considera como un solo fruto, pues no dice: los frutos del Espíritu Santo son la caridad, el gozo, sino: *el fruto* del Espíritu Santo es la caridad, el gozo.

Luego, el Apóstol no quiere decir otra cosa sino que el fruto del Espíritu Santo es la caridad, la cual es gozosa, longánima, dulce, fiel, modesta, continente y casta, es decir, que el divino amor comunica un gozo y un consuelo interior, con una gran paz del corazón, que se conserva en *las* adversidades por la paciencia y nos hace afables y benignos en el socorro del prójimo, mediante una cordial bondad para con él, bondad que no es variable sino constante y perseverante, pues nos da un ánimo dilatado, merced al cual somos dulces, amables y condescendientes con todos, soportando sus humores y sus imperfecciones, observando con ellos una lealtad perfecta, dándoles pruebas de una simplicidad acompañada de confianza, así en nuestras palabras como en nuestras acciones, viviendo modesta y humildemente, cercenando toda superfluidad y todo desorden en el comer, beber, vestir, dormir, en las diversiones y en los demás apetitos voluptuosos, por una santa continencia, y reprimiendo, sobre todo, las inclinaciones y rebeldías de la carne con una celosa castidad, para que toda nuestra persona esté ocupada en el divino amor, así interiormente, por el gozo, la paz, la paciencia, la longanimidad, la bondad y la lealtad, como exteriormente, por la benignidad, la mansedumbre, la modestia, la continencia y la castidad.

De manera, Teótimo, que, resumiendo, la santa dilección es una virtud, un don, un fruto y una bienaventuranza. Como virtud, nos hace obedientes a las inspiraciones interiores, que Dios nos da por sus mandamientos y consejos, en cuya ejecución se practican todas las virtudes, por lo que la dilección nos hace flexibles y dóciles a las inspiraciones interiores, que son como los mandamientos y los consejos secretos de Dios, en cuya práctica se emplean los siete dones del Espíritu Santo, de suerte que la dilección es el don de los dones.

Como fruto, nos comunica un gozo y un placer extremado en la práctica de la vida devota, placer que se siente en los doce frutos del Espíritu Santo; por lo tanto, es el fruto de los frutos.

Como bienaventuranza, hace que tengamos por un gran favor y un singular honor las afrentas, las calumnias, los vituperios, los oprobios del mundo, y hace que dejemos, rechacemos y renunciemos a toda otra gloria, si no es la que procede del amor crucificado, por la cual nos gloriamos en la abyección, en la abnegación y en el anonadamiento de nosotros mismos, sin que queramos otros emblemas de majestad que la corona de espinas del Crucificado, su cetro de caña, el manto de desprecio que fue puesto sobre Él, y el trono de su cruz, sobre el cual los amadores sagrados sienten más contento, gozo, gloria y felicidad, como jamás la tuvo Salomón en su trono de marfil.

[457] Gal., V, 22, 23.

XIV Cómo el divino amor emplea todas las pasiones y todos los afectos del alma y los reduce a su obediencia

Cuando el divino amor reina en nuestros corazones, sujeta a su realeza todos los otros amores de la voluntad, y, por consiguiente, el que tuviere, con un poco de abundancia, el amor de Dios, no tendrá jamás deseo alguno, ni temor, ni esperanza, ni ánimo, ni alegría, sino por Dios, y todos sus movimientos encontrarán sosiego en este amor celestial.

El amor divino y el amor propio están dentro de nuestro corazón, se profesan mutuamente una gran antipatía y *repugnancia y chocan entre si* [458]continuamente dentro del corazón, por lo que la pobre alma exclama: *Infeliz de mí, ¿quién me librará de este cuerpo de muerte* [459], para que tan solo el amor de mi Dios reine apaciblemente en mí?

Esto será cuando el amor armado, convertido en celo, sujete, nuestras pasiones por la mortificación, y mucho más todavía, cuando, en lo alto de los cielos, el amor bienaventurado posea toda nuestra alma en paz.

Encauzando hacia un fin bueno nuestras pasiones, se convierten en virtudes.

Pero, ¿qué método hay que emplear para reducir los afectos y las pasiones al servicio del divino amor? Combatimos las pasiones: o bien oponiendo a ellas las pasiones contrarias, o por medio de los más grandes afectos de su mismo género. Si siento en mí cierta vana esperanza, puedo resistir a ella, oponiéndole un legítimo desaliento. Puedo también resistir a esta vana esperanza, oponiendo a ella otra más sólida. Espera en Dios, alma mía, porque *Él es el que ha de sacar tus pies del lazo* [460]. *Ninguno confió en el Señor y quedó burlado* [461]. Pon tus deseos en las cosas eternas y perdurables.

Nuestro Señor en sus curaciones espirituales, cura a sus discípulos del temor mundano, infundiendo en su corazón un temor superior: *No temáis* —les dice— *a los que matan el cuerpo; temed al que puede arrojar alma y cuerpo en el infierno*[462]. Queriendo, en otra ocasión, curarlos de una alegría rastrera: *No tanto habéis de gozaros porque se os rinden los espíritus, cuanto porque vuestros nombres están escritos en los cielos*[463]*; y* El mismo rechaza la alegría mediante la tristeza: *¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque llorareis!*[464]. De esta manera, arranca y sujeta los afectos y las pasiones, desviándolas del fin hacia el cual el amor propio quiere llevarlas, y encaminándolas hacia un objeto espiritual.

XV Que la tristeza es casi siempre inútil y contraria al servicio del santo amor

La tristeza, ¿cómo puede ser útil a la santa caridad, cuando, entre los frutos del Espíritu Santo, la alegría ocupa su lugar junto a ésta? Sin embargo, dice así el gran Apóstol: *La tristeza que es según Dios, produce una penitencia constante para la salud, cuando la tristeza del siglo causa la muerte*[465]. Hay, pues, una tristeza según Dios, la ejercitada por los pecadores, en la penitencia, o por los buenos en la compasión por las miserias temporales del prójimo, o por los perfectos, en el sentimiento, en la lamentación y en la pena por las

458 Gen., XXV, 22.
459 Rom., VIII, 24.
460 Sal., XXIV, 15.
461 Ecles.,II,2.
462 Mt., X, 28.
463 Lc, X, 20.
464 Ibid., VI, 25.
465 II Cor., VII, 10.

calamidades espirituales de las almas; porque David, San Pedro y la Magdalena lloraron sus pecados; Agar lloró al ver que su hijo moría de sed; Jeremías, sobre las ruinas de Jerusalén; nuestro Señor, por los judíos, y su gran Apóstol dijo, gimiendo, estas palabras: *Muchos andan por ahí, como os decía repetidas veces,* v *aun ahora os lo digo con lágrimas, que se portan como enemigos de la cruz de Cristo*[466].

La tristeza de la verdadera penitencia, no tanto se ha de llamar tristeza, como displicencia o sentimiento y aborrecimiento del mal; tristeza que jamás es molesta y enojosa; tristeza que no entorpece el espíritu, sino que lo hace activo, pronto y diligente; tristeza que no abate el corazón, sino que lo levanta por la oración y la esperanza y excita en él los afectos de fervor y devoción; tristeza que, en lo más recio de las amarguras, produce siempre la dulzura de un incomparable consuelo, según la regla que da San Agustín: *Entristézcase siempre el penitente, pero alégrese siempre en su tristeza.*

La tristeza —dice Casiano— producida por la sólida penitencia y el agradable arrepentimiento, de la cual jamás nadie se dolió, es obediente, afable, humilde, apacible, suave, paciente, como nacida y derivada de la caridad. De suerte que, extendiéndose a todo dolor del cuerpo y a toda contribución del espíritu, es, en cierta manera, alegre, animosa y está fortalecida por la esperanza de su propio provecho, conserva toda la dulzura de la amabilidad y de la longanimidad y posee, en sí misma, los frutos del Espíritu Santo. Vemos también muchas veces, cierta penitencia excesivamente solícita, turbada, impaciente, llorosa, amarga, quejumbrosa, inquieta, demasiado áspera y melancólica, la cual es infructuosa y sin fruto de verdadera enmienda, porque no se funda en verdaderos motivos de virtud, sino en el amor propio y en el natural de cada uno.

La tristeza del siglo causa la muerte[467] dice el Apóstol.

Luego, Teótimo, es menester que la evitemos y la rechacemos en la medida de nuestras fuerzas. Si es natural, debemos desecharla contrarrestando sus movimientos, desviándola, mediante ejercicios apropiados al efecto, y empleando los remedios y el régimen de vida que los médicos estimen a propósito. Si nace de las tentaciones, hay que abrir el corazón al padre espiritual, el cual prescribirá los medios adecuados para vencerla, según dijimos en la cuarta parte de la Introducción a la vida devota.

Si es accidental, recurriremos a lo que hemos indicado en el libro octavo, para ver cuan dulces son para los hijos de Dios las tribulaciones, y cómo la magnitud de nuestra esperanza en la vida eterna ha de hacer que nos parezcan insignificantes todos los acontecimientos pasajeros de la vida temporal.

Por lo demás, contra cualquiera melancolía que pueda dejarse sentir en nosotros, hemos de emplear la autoridad de la voluntad superior, para hacer cuanto podamos en obsequio del divino amor. A la verdad, hay actos que de tal manera dependen de la disposición y complexión corporal, que no está en nuestra mano hacerlos, a nuestro arbitrio.

Porque un melancólico no puede mostrar en sus ojos, en sus palabras y en su rostro, la misma gracia y suavidad que tendría si estuviese libre de su malhumor; pero puede, aunque sea sin gracia, decir palabras graciosas, amables y corteses, y, a pesar de la inclinación que entonces siente, hacer, por pura razón, lo que es conveniente en palabras y en obras de caridad, de dulzura y de condescendencia. Tiene excusa el que no siempre está alegre, pues nadie es dueño de la alegría para tenerla cuando quiera; pero nadie tiene excusa de no ser siempre bondadoso, flexible y condescendiente, porque esto depende siempre de nuestra voluntad, y sólo es menester resolverse a vencer el humor y la inclinación contraria.

[466] Fil., II, 18.
[467] II Cor., VII, 10.

LIBRO DOCE
Que contiene algunos avisos para el progreso en el santo amor

I Que el progreso en el amor santo no depende de la natural complexión

Un gran religioso de nuestros tiempos ha escrito que la disposición natural sirve mucho para el amor contemplativo, y que las personas afectuosas por complexión son más propensas a él. Creo, con todo, que no quiere decir que el amor sagrado se distribuya a los hombres y a los ángeles como consecuencia, y menos aún en virtud, de las condiciones naturales, ni tampoco que la distribución del amor divino se haga a los hombres por sus cualidades y habilidades de orden natural; porque esto sería desmentir la Escritura y equivaldría a contradecir la decisión de la Iglesia por la que los pelagianos fueron declarados herejes.

Dos personas, una de las cuales es amable y dulce y la otra desabrida y desapacible por su natural condición, pero cuya caridad es igual, amarán igualmente a Dios, pero no de una manera semejante. El corazón naturalmente dulce amará con más facilidad, más amable y dulcemente, pero no con tanta solidez ni perfección, y el amor nacido entre las espinas y las repugnancias de un natural áspero y seco, será más fuerte y más glorioso, como el otro será más delicioso y gracioso.

Importa, pues poco la disposición natural para amar, cuando se trata de un amor sobrenatural y por cuya virtud sólo obramos sobrenaturalmente. Una sola cosa, Teótimo, diría de buena gana a los hombres: ¡Oh mortales! si tenéis el corazón propenso al amor, ¿por qué no pretendéis el amor celestial y divino? Pero, si sois duros y amargos de corazón, ya que, pobrecitos de vosotros, estáis privados del amor natural, ¿por qué no aspiráis al amor sobrenatural, que os será generosamente concedido por Aquel que tan santamente os llama a que le améis?

II Que es menester un deseo continuo de amor

Teótimo, el saber si amamos a Dios sobre todas las cosas no está en nuestra potestad, si el mismo Dios no nos lo revela; pero podemos saber muy bien si deseamos amarle; y cuando sentimos en nosotros el deseo del amor sagrado, sabemos que comenzamos a amar.

El deseo de amar y el amor dependen de la misma voluntad; por lo cual, en seguida que hemos formado el deseo de amar, comenzamos ya a tener amor; y, según este deseo va creciendo, va aumentando también el amor. Quien desee ardientemente el amor, pronto amará con ardor. ¿Quién nos concederá la gracia, oh Dios mío de que nos abrasemos en este deseo, que *es el deseo de los pobres y la preparación de su corazón,* que Dios escucha con agrado?[468]. El que no está seguro de que ama a Dios es pobre, y, si desea amarle, es mendigo, pero mendigo con aquella feliz mendicidad de la cual dijo el Salvador: *Bienaventurados los mendigos de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos*[469].

El que desea de verdad el amor, de verdad lo busca; el que de verdad lo busca, lo encuentra; el que lo encuentra, ha encontrado la fuente de vida, *de la cual sacará la salud del Señor*[470]. Clamemos, oh Teótimo, noche y día: Ven, oh Espíritu Santo, llena los corazones

[468] Sab. ,IX, 2S.
[469] Mt., V,3.
[470] Prov.,VIII, 35.

de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu amor. ¡Oh amor celestial! ¿Cuándo llenarás colmadamente nuestra alma?

III Que para tener el deseo del amor sagrado es menester cercenar los deseos terrenales

Si el corazón que pretende el amor divino está muy hundido en los negocios terrenos y temporales, florecerá tarde y con dificultad; pero, si está en este mundo únicamente en la medida que su condición requiere, pronto lo veréis florecer en amor y derramar su agradable fragancia.

Por esto los santos se retiraron a las soledades, para que desprendidos de los cuidados del mundo pudiesen consagrarse más ardientemente al celestial amor.

Las almas que desean amar de verdad a Dios, cierran su entendimiento a los discursos de las cosas mundanas, para emplearlo más ardientemente en la meditación de las cosas divinas, y concentran siempre todas sus pretensiones en la única intención que tienen de amar solamente a Dios. El que desea el divino amor, debe conservar cuidadosamente para él sus ocios, su espíritu y sus afectos.

IV Que las legítimas ocupaciones no impiden en manera alguna, la práctica del divino amor

La curiosidad, la ambición, la inquietud, juntamente con la inadvertencia y la irreflexión acerca del fin por el cual estamos en este mundo, son causa de que tengamos mil veces más dificultades que negocios, más agitación que trabajo, más tarea que cosas que hacer. Y son estos embarazos, es decir, estas nonadas y estas vanas y superfluas ocupaciones, de las cuales nos cargamos, las que nos desvían del amor de Dios, y no son los verdaderos y legítimos ejercicios de nuestra vocación.

San Bernardo no perdía nada del progreso que deseaba hacer en este santo amor, aunque estuviese en las cortes y en los ejércitos de los grandes príncipes, ocupado en reducir los negocios de estado al servicio de la gloria de Dios; cambiaba de lugar, pero no cambiaba de corazón, ni su corazón de amor, ni su amor de objeto; y, para emplear su propio lenguaje, estos cambios se producían en torno de él, mas no en él; pues, aunque sus ocupaciones eran muy variadas, permanecía indiferente a todas ellas, y no recibía el color de los negocios y de las conversaciones, como el camaleón el de los lugares donde está, sino que se conservaba siempre unido a Dios, siempre blanco en pureza, siempre encarnado de caridad y siempre lleno de humildad.

Cuando la peste afligió a los milaneses, San Carlos no tuvo reparo en frecuentar las casas y en tocar a los apestados; pero les visitaba y tocaba únicamente en la medida que exigía el servicio divino, y de ninguna manera se puso en peligro, sin verdadera necesidad, por temor de cometer el pecado de tentar a Dios. Así, no fue atacado de mal alguno, y la divina Providencia conservó al que había tenido en ella una confianza tan pura, sin mezcla de temor ni de temeridad. Dios tiene también cuidado de los que acuden a la corte, a palacio y van a la guerra para cumplir con su deber; por lo que, en este punto, ni hay que ser tan tímido, que se dejen los lícitos y justos negocios por no ir a estos lugares, ni tan temerarios y presuntuosos, que se acuda y permanezca en ellos, si no lo exigen expresamente el deber y los quehaceres.

V Ejemplo muy simpático acerca de este tema

Dios es inocente con el inocente[471], bueno con el bueno, amable con el amable, tierno con los tiernos, y su amor le lleva, a veces, a hacer ciertos mimos, nacidos de una santa y sagrada dulzura, a las almas que, con amorosa pureza y simplicidad se hacen como niños en su presencia.

Un día, Santa Francisca rezaba el oficio de Nuestra Señora, y como suele acontecer ordinariamente, que, aunque no haya en todo el día más que un negocio que despachar, es en tiempo de oración cuando vienen las prisas, esta santa mujer fue llamada de parte de su marido para un servicio de orden doméstico, y, cuatro veces, cuando pensaba tomar de nuevo el hilo de su oficio, fue llamada y se vio obligada a interrumpir el mismo versículo, hasta que terminado finalmente el negocio por el cual tan presto había dejado su oración, al reanudar el oficio encontró el versículo, tantas veces dejado por obediencia y con tanta frecuencia comenzado de nuevo por devoción, escrito en hermosas letras de oro, las cuales, según juró haberlo visto su devota compañera Vannocia, trazó el Ángel de la Guarda de la santa, a la que después se lo reveló San Pablo.

¡Qué suavidad, Teótimo, la de este Esposo celestial con esta su dulce y fiel amante! Ves, pues, como las ocupaciones necesarias de cada uno, según su vocación no disminuyen, en manera alguna, el amor divino, sino que, por el contrario, lo acrecientan y, por decirlo así tiñen de oro las obras de devoción. El ruiseñor no menos gusta de su melodía cuando canta, que en sus pausas; los corazones devotos no gustan menos del amor cuando, por necesidad, se distraen en las ocupaciones exteriores, que cuando están en oración: su silencio, su voz, su contemplación, sus ocupaciones y su reposo, cantan igualmente en ellos el himno de su amor.

VI Que es menester aprovechar todas las ocasiones que se ofrezcan en la práctica del divino amor

En los pequeños y sencillos ejercicios de devoción, la caridad se practica, no sólo con más frecuencia, sino también con más humildad, y, por lo tanto, más útil y santamente.

El condescender con el humor de los demás, el soportar las acciones y las maneras ásperas y enojosas del prójimo, las victorias sobre nuestro propio carácter y sobre nuestras pasiones, la renuncia a nuestras pequeñas inclinaciones, el esfuerzo contra las aversiones y las repugnancias, el franco y suave reconocimiento de nuestras imperfecciones, el trabajo continuo que nos tomamos para conservar nuestras almas en igualdad, el amor a nuestro abatimiento, la benigna y amable acogida que dispensamos al desprecio y a la crítica que se hace de nuestra condición, de nuestra vida, de nuestra conversación, de nuestras acciones..., todo esto, Teótimo, es, para nuestras almas, más provechoso de lo que pudiéramos pensar, con tal que lo dirija el amor celestial.

VII Del cuidado que hemos de tener en hacer con gran perfección nuestras acciones

Si una obra es, de suyo buena, pero no está adornada de la caridad, si la intención no es piadosa, no será recibida entre las buenas obras. Si yo ayuno, pero con el intento de aho-

[471] Sal., XVII, 26.

rrar, mi ayuno no es de buen género; si ayuno por templanza, pero tengo en el alma algún pecado mortal, falta a esta obra la caridad, que da el peso a todo lo que hacemos; si lo hago por motivos de convivencia y para acomodarme a mis compañeros, esta obra no lleva el cuño de una aprobada intención. Pero si ayuno por templanza y estoy en gracia de Dios, y tengo la intención de agradar a su Divina Majestad por esta templanza, la obra será buena y propia para acrecentar en mí el tesoro de la caridad.

Es hacer las acciones pequeñas de una manera muy excelente, el hacerlas con mucha pureza de intención y con una gran voluntad de agradar a Dios; entonces nos santifican extraordinariamente. Hay almas que hacen muchas obras buenas y crecen poco en caridad, porque o las hacen fría y flojamente o por instinto e inclinación natural, más que por inspiración de Dios o por fervor celestial; y, al contrario, hay otras que trabajan menos, pero con una voluntad y una intención tan santas, que hacen enormes progresos en el amor: han recibido pocos talentos, pero los administran con tanta fidelidad, que el Señor se lo recompensa largamente.

VIII Manera general de aplicar nuestras obras al servicio de Dios

Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de Nuestro Señor Jesucristo[472]. *Ora comáis, ora bebáis, o hagáis cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios*[473]. He aquí las palabras del Apóstol divino, las cuales como dice el gran Santo Tomás al explicarlas, se practican suficientemente cuando poseemos el hábito de la caridad, por el cual, aunque no tengamos una explícita y atenta intención de hacer cada obra por Dios, esta intención está contenida implícitamente en la unión y comunicación que tenemos con Dios, por la cual todo cuanto podamos hacer de bueno está dedicado, juntamente con nosotros mismos, a su divina bondad.

No es necesario que un hijo, que está en la casa y bajo la potestad de su padre, declare que todo cuanto adquiere es adquirido por éste, pues, perteneciéndole su persona, también le pertenece lo que depende de él. Basta, pues, que seamos hijos de Dios por el amor, para que todo cuanto hacemos vaya aderezado a su gloria.

¡Qué excelentes son los actos de las virtudes, cuando el divino amor les imprime su sagrado movimiento, es decir, cuando se hacen por motivos de amor! Mas esto se hace de diferentes maneras.

El motivo de la divina caridad ejerce un influjo de particular perfección sobre los actos virtuosos de los que están especialmente consagrados a Dios, con el fin de servirle para siempre. Tales son los obispos y los sacerdotes, que, por la consagración sacramental y el carácter espiritual, que no puede ser borrado, se ofrecen, como siervos estigmatizados y marcados, al servicio perpetuo de Dios. Tales los religiosos que por sus votos, o solemnes o simples, se inmolan a Dios en calidad de *hostias vivas y razonables*[474].

Tales son todos los que forman parte de las asociaciones piadosas, dedicadas para siempre a la gloria divina. Tales los que, a propósito, hacen profundas y firmes resoluciones de seguir la voluntad de Dios, haciendo, con este fin, retiros de algunos días, para excitar sus almas, con diversas prácticas espirituales, a la entera reforma de su vida; método santo, familiar a los antiguos cristianos, pero después casi del todo en desuso, hasta que el gran siervo de Dios, Ignacio de Loyola, volvió aponerlo en boga, en tiempo de nuestros padres.

[472] Col., III, 17.
[473] I Cor.,X, 31.
[474] Rom., XII, 1.

Sé que algunos no creen que esta consagración tan general de nosotros mismos extienda su virtud y deje sentir su influencia sobre todos los actos que después practicamos, en particular, el motivo del amor de Dios. Pero, a pesar de ello, todos reconocen, con San Buenaventura, tan alabado por todos en esta materia, que si yo he resuelto, en mi corazón dar cien escudos por Dios, aunque después distribuya esta suma a mi antojo, con el ánimo distraído y sin atención, no por ello dejará de hacerse toda la distribución por amor, pues procede de la primera resolución que el amor divino me ha hecho hacer de dar esta suma.

Dime ahora, Teótimo: ¿Qué diferencia hay entre el que ofrece a Dios cien escudos y el que le ofrece todas sus acciones? Ciertamente, no hay ninguna, sino que el uno ofrece una suma de dinero y el otro una suma de actos. ¿Por qué, pues, no hay que creer que tanto el uno como el otro, al hacer la distribución de las partes de sus sumas, obran en virtud de sus primeros propósitos y de sus fundamentales resoluciones? Y si el uno, al distribuir sus escudos sin atención, no deja de gozar del influjo del primer designio, ¿por qué el otro, al distribuir sus acciones, no hade gozar del fruto de su primera intención? El que, de intento, se ha hecho esclavo de la divina bondad, le ha consagrado, por lo mismo, todas sus acciones.

Acerca de esta verdad, debería cada uno, una vez en la vida, hacer unos buenos ejercicios, para purgar su alma de todo pecado y tomar una íntima y sólida resolución de vivir enteramente para Dios, según lo enseñamos en la primera parte de *la Introducción a la vida devota* después, a lo menos una vez al año, debería también hacer un examen de su conciencia y renovar la resolución primera, indicada en la parte quinta de dicho libro, a la cual te remito en lo que atañe a este punto.

IX De algunos otros medios para aplicar más particularmente nuestras obras al amor de Dios

Cuando nuestras intenciones están puestas en el amor de Dios, ya sea que proyectemos alguna buena obra, ya que nos lancemos por el camino de alguna vocación, todas las acciones que de ello se siguen reciben su valor y adquieren su nobleza del amor del cual traen su origen; porque ¿quién no ve que las acciones propias de mi vocación, o necesarias para la realización de mis planes, dependen de la primera elección y resolución que hice?

Pero, Teótimo, no nos hemos de detener aquí; al contrario, para adelantar mucho en la devoción, es menester, no sólo consagrar nuestra vida y todas nuestras acciones a Dios al comienzo de nuestra conversión, y después todos los años, sino también ofrecérselas todos los días, mediante el ejercicio de la mañana, que enseñamos a Filotea [475]; porque, en esta renovación cotidiana de nuestra oblación, derramamos sobre nuestras acciones el vigor y la virtud del amor, por la aplicación de nuestro corazón a la gloria divina, con lo cual se santifica cada día más.

Además de esto, consagramos, cien y cien veces al día, nuestra vida al amor divino, por la práctica de las oraciones jaculatorias, las aspiraciones del corazón de Dios y los retiros espirituales; porque estos santos ejercicios lanzan y arrojan continuamente nuestros espíritus en Dios, y arrastran consigo todas nuestras acciones. ¿Y cómo es posible admitir que no hace todas sus acciones en Dios y por Dios el alma que, en todo momento, se sumerge en la divina bondad y suspira, sin cesar, palabras de amor, para tener siempre su corazón en el seno del Padre celestial?

[475] Introducción a la Vida Devota.

El alma que dice: *Señor, vuestro soy*[476]*; Mi Amado es para mí y yo soy de mi Amado*[477]*;* Dios mío y mi todo; oh Jesús, Vos sois mi vida. ¡Ah! ¿Quién me hará la gracia de que muera a mí mismo, para no vivir sino en Vos?

¡Oh amar! ¡Oh morir a sí mismo! ¡Oh el vivir en Dios! ¡Oh el estar en Dios! ¡Oh Dios mío! lo que no es Vos, es nada para mí. El alma que dice esto —repito— ¿no consagra continuamente sus acciones al celestial Esposo? ¡Oh qué dichosa es el alma que se ha despojado una vez totalmente y ha hecho de sí misma la perfecta resignación en manos de Dios, de que hemos hablado más arriba porque, después, le basta un pequeño suspiro y una mirada dirigida a Dios, para renovar y confirmar su despojo, su resignación y su oblación, con la protesta de que no quiere nada que no sea Dios y para Dios, y de que no se ama a sí misma y cosa alguna del mundo, sino en Dios y por amor de Dios.

Ahora bien, este ejercicio de continuas aspiraciones es muy a propósito para aplicar todas nuestras obras al amor, pero principalmente es suficientísimo para las acciones pequeñas y ordinarias de nuestra vida, porque, en cuanto a las obras importantes y de trascendencia, es conveniente, para sacar de ellas un notable provecho, emplear el siguiente método, tal como ya lo insinué antes.

Levantemos en estas circunstancias nuestros corazones y nuestros espíritus a Dios; ahondemos en nuestras consideraciones y llevemos nuestro pensamiento hasta la santa y gloriosa eternidad; veamos cómo, ya desde ella, la divina Bondad nos amaba tiernamente y destinaba, para nuestra salvación, todos los medios adecuados a nuestro provecho espiritual y, particularmente, el auxilio para hacer el bien que se nos ofreciese, y para soportar los males que nos sobreviniesen.

Hecho esto, desplegando, por así decirlo, y levantando los brazos de nuestro consentimiento, abracemos con gran cariño, ardor y afecto, ya sea el bien que debemos hacer, ya los males que tengamos que sufrir considerando que así lo ha querido Dios, desde la eternidad, para que le agrademos y nos sujetemos a su providencia.

X Exhortación al sacrificio que hemos de hacer a Dios de nuestro libre albedrío

Añado el sacrificio del gran patriarca Abraham, como una viva imagen del amor más fuerte y leal que se puede imaginar en criatura alguna.

Sacrificó, ciertamente, sus más vivos afectos, cuando al oír la voz de Dios, que le decía: *Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre, y ven a la tierra que te mostraré*[478], salió al punto y se puso enseguida en camino, *sin saber a dónde iría*[479]. El dulce amor a la patria, la suavidad del trato de sus familiares, las delicias de la casa paterna no le arredraron; partió audaz y animosamente hacia donde Dios se complacía en conducirle. ¡Qué abnegación, oh Teótimo! ¡Qué renunciamiento! No es posible amar perfectamente a Dios, si no se arrancan los afectos a las cosas perecederas.

Mas esto no es nada, en comparación de lo que hizo después, cuando Dios, *llamándole* por dos veces y habiendo visto su presteza en responderle dijo: *Toma a lsaac, tu hijo único, al cual amas, y ve a la tierra de visión, donde le ofrecerás en holocausto sobre uno de los montes, que te mostraré*[480]. Porque, he aquí que este gran hombre, partiendo al instan-

[476] Sal.,CXVIII,94.
[477] Cant.,11,16.
[478] Gen., XII, 1.
[479] Hebr.,XI,8.
[480] Gén.,XXII, l,2,y sig.

te con su tan amado y tan amable hijo, hace tres días de amino, llega al pie de la montaña, deja allí sus criados y el jumento, carga sobre su hijo la leña para el holocausto, mientras lleva el fuego y el cuchillo; y, según va subiendo, le dice su hijo: *Padre mío. Y él responde: ¿Qué quieres, hijo? Veo* —dice— *el fuego y la leña; ¿dónde está la víctima del holocausto? A lo que responde Abrahan; Hijo mío, Dios sabrá proveerse de víctima para el holocausto. Y llegan al monte destinado, donde enseguida Abraham construye un altar, acomoda encima la leña, y, habiendo atado a Isaac, lo pone sobre el montón de leña, extiende su mano derecha, y toma y saca el cuchillo, levanta el brazo, y cuando va a descargar el golpe, para inmolar al hijo, el ángel del Señor le grita desde el cielo. ¡Abraham! ¡Abraham! Heme aquí responde. No extiendas tu mano sobre el muchacho* —prosigue el ángel—, *basta ya; ahora conozco que temes a Dios, pues no has perdonado a tu hijo único por amor a Él.* Al oír esto, desata Abraham a Isaac, *toma un carnero, enredado por las astas en un zarzal, y lo ofrece en holocausto, en lugar de su hijo.*

Teótimo, *el que mira a la mujer de su prójimo, para desearla, ha cometido ya el adulterio en su corazón*[481]*; y* el que ata a su hijo para inmolarlo, lo ha sacrificado ya en su interior. ¡Ah! ¡Qué holocausto más grande hizo este varón santo en su corazón! ¡Sacrificio incomparable! Sacrificio que no se puede apreciar ni alabar bastante. ¡Ah Señor! ¿Quién podrá discernir cuál es el mayor de estos dos amores, el de Abraham, que, para agradar a Dios, inmola a este hijo tan amable, o el del hijo, que, también para agradar a Dios, quiere ser inmolado, y, para esto se deja atar, tender sobre la leña y, como un manso corderito, aguarda apaciblemente el golpe de muerte de la mano querida de su buen padre?

En cuanto a mí, prefiero al padre con su longanimidad, pero me atrevo también a otorgar el premio a la magnanimidad del hijo. Porque, por una parte, es una verdadera maravilla, pero no tan grande, el ver cómo Abraham, ya viejo, consumado en la ciencia de amar a Dios, fortalecido por la reciente visión y por la palabra divina, haga este postrero esfuerzo de lealtad y de amor por un Señor al cual había oído tantas veces y cuya suavidad y providencia había saboreado. Mas ver cómo Isaac, en la primavera de la vida, todavía aprendiz y novicio en el arte de amar a Dios, se ofrece, ante la sola palabra de su padre, al cuchillo y al fuego, para ser un holocausto de obediencia a la divina voluntad, es cosa que sobrepuja toda admiración.

Con todo, por otra parte, ¿no ves, Teótimo, como Abraham, durante más de tres días, vuelve y resuelve en su ánimo la amarga idea y la resolución de este áspero sacrificio? ¿No sientes compasión de este corazón paternal, cuando, mientras sube sólo con su hijo, éste, más sencillo que una paloma, le pregunta: *Padre, ¿dónde está la víctima?* y que él responde: *¡Dios proveerá, hijo mío!*

¿Acaso no crees que la dulzura del hijo, llevando a cuestas la leña y disponiéndola sobre el altar, no derritió de ternura las entrañas del padre? ¡OH corazón que los ángeles admiran y Dios magnifica! ¡OH Señor Jesús! ¿Cuándo será que, después de haberos sacrificado todo cuanto tenemos, os inmolaremos todo cuanto somos? ¿Cuándo os ofreceremos en holocausto nuestro libre albedrío, único hijo de nuestro espíritu? ¿Cuándo será que lo ataremos y lo tenderemos sobre la pira de vuestra cruz, de vuestras espinas, de vuestra lanza, para que, como una ovejuela, sea víctima agradable a vuestro beneplácito, para morir y arder bajo la espada y en el fuego de vuestro santo amor?

Nunca nuestro albedrío es tan libre como cuando es esclavo de la voluntad de Dios, y nunca es tan esclavo, como cuando sirve a nuestra propia voluntad; nunca tiene tanta vida, como cuando muere a sí mismo, y nunca está tan muerto como cuando vive para sí.

[481] Mt., V, 28.

Tenemos libertad para obrar bien u obrar mal; pero escoger el mal no es usar, sino abusar de la libertad. Renunciemos a esta desdichada libertad y sujetemos, para siempre, nuestro libre albedrío al amor celestial; hagámonos esclavos del amor, cuyos siervos son más felices que los reyes. Y si alguna vez quiere nuestra alma emplear su libertad contra nuestras resoluciones de servir a Dios eternamente y sin reservas, entonces sacrifiquemos este libre albedrío y hagámoslo morir a sí mismo, para que viva en Dios.

XI De los motivos que tenemos para el santo amor

San Buenaventura, el padre Luís de Granada, el padre Luís de León, fray Diego de Estelia, han discurrido suficientemente sobre esta materia, por lo que me limitaré a llamar la atención sobre los puntos que ya he tocado en este tratado.

La divina bondad, considerada en sí misma, no es sólo el motivo principal entre todos, sino también el más noble y el más poderoso, porque es éste el que arrebata a los bienaventurados y les colma de felicidad. ¿Cómo es posible tener corazón y no amar una tan infinita bondad?

El segundo motivo es el de la providencia natural de Dios para con nosotros, el de la creación y el de la conservación.

El tercer motivo es el de la providencia sobrenatural de Dios y el de la redención.

El cuarto motivo es la consideración de la manera como practica Dios esta providencia y esta redención, procurando a cada uno todas las gracias y todos los auxilios necesarios para la salvación.

El quinto motivo es la gloria eterna, a la cual nos ha destinado la divina bondad, que es el colmo de los beneficios de Dios para con nosotros.

XII Método muy útil para servirse de estos motivos

Para sacar de estos motivos un profundo y poderoso ardor de dilección, es menester:

1. Que, después de haber considerado cada uno de ellos, en general, lo apliquemos a nosotros mismos, en particular. *Me amó,* es decir, me amó a mí; a mí tal cual soy, *y se entregó a la pasión por mi!*[482]
2. Hemos de considerar los beneficios divinos en su origen primero y eterno. Dios, desde toda la eternidad, *pensaba* en mí, *con pensamientos* de bendición[483]. Meditaba, señalaba, o mejor dicho, determinaba la hora de mi nacimiento, de mi bautismo, de todas las inspiraciones que me había de enviar, en una palabra, de todos los beneficios que me había de hacer y de ofrecer. ¿Se puede dar una dulzura semejante a esta dulzura?
3. También hay que considerar los beneficios divinos en su fuente meritoria. Porque ¿no sabes, Teótimo, que el sumo sacerdote de la ley llevaba sobre sus espaldas y sobre su pecho los nombres de los hijos de Israel, es decir, unas piedras preciosas, en las cuales los nombres de los jefes de Israel estaban grabados? Mira, pues, a Jesús nuestro gran *Obispo* contémplale en el primer instante de su concepción y

[482] Gal., II, 20.
[483] Jer.,XXIX, 11.

considera que ya entonces nos llevaba sobre sus espaldas, aceptando la carga de rescatarnos con su muerte y *muerte en cruz*¡Ah, Teótimo, Teótimo! el alma de este Salvador nos conocía a todos por el nombre y apellido; pero, sobre todo, el día de su pasión, cuando ofrecía sus lágrimas, sus oraciones, su sangre y su vida por nosotros, lanzaba, en particular, por ti estos pensamientos de amor: *Padre eterno, tomo a mi cuenta, y cargo con todos los pecados del pobre Teótimo, hasta sufrir los tormentos y la muerte, para que quede libre de ellos y, en lugar de perecer, viva; muera Yo con tal que él viva; sea Yo crucificado, con tal que él sea glorificado. ¡Oh amor soberano del corazón de Jesús! ¡Qué corazón te bendecirá jamás con la devoción debida!*

De esta manera, dentro de su pecho maternal, su divino corazón preveía, disponía, merecía e impetraba todos los beneficios que poseemos, no sólo para todos, en general, sino también para cada uno en particular, y sus pechos, llenos de dulzura, nos preparaban la leche de sus inspiraciones, de sus movimientos y de sus suavidades, por las cuales atrae, conduce y alimenta nuestros corazones para la vida eterna. Los beneficios no nos enfervorizan, si no miramos la voluntad eterna que los dispone para nosotros, y el corazón del Salvador que nos lo ha merecido con tantas penas y, sobre todo, con su pasión y muerte.

XIII Que la palabra «Calvario» es la verdadera escuela de amor

Finalmente, para concluir, la muerte y la pasión de nuestro Señor es el motivo más dulce y el más fuerte que puede mover nuestros corazones en esta vida mortal, y en la gloria celestial, después del motivo de la bondad divina conocida y considerada en sí misma, el de la muerte del Salvador será el más poderoso para arrebatar a los espíritus bienaventurados en el amor de Dios, en prueba de lo cual, en la Transfiguración, que no era más que una muestra de la gloria, *hablaban* con nuestro Señor del *exceso que había de realizar en Jerusalén.* Mas ¿de qué exceso, sino del exceso de amor, por el cual la vida fue arrebatada al Amante para ser dada al amado?

El monte Calvario, es el monte de los amantes. Todo amor que no se origina en la pasión del Salvador es frívolo y peligroso. Desgraciada es la muerte sin el amor del Salvador. El amor y la muerte están de tal manera entrelazados en la pasión del Salvador, que es imposible tener uno de ellos en el corazón sin el otro.

En el Calvario no puede haber vida sin amor, ni amor sin la muerte del Redentor. Fuera de allí todo es, o muerte eterna o amor eterno, y toda la sabiduría cristiana *consiste* en saber escoger bien. ¡OH amor eterno! mi alma te requiere y te escoge eternamente. Ven, Espíritu Santo, e inflama nuestros corazones en tu amor. O amar o morir; o morir o amar. Morir a todo otro amor, para vivir tan sólo al de Jesús, a fin de que no muramos eternamente, sino que, viviendo en tu amor eterno, oh Salvador de nuestras almas, cantemos eternamente: ¡Viva Jesús. Yo amo a Jesús, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Que estas cosas, Teótimo, que han sido escritas para tu caridad, con la gracia y el favor de la caridad, arraiguen de tal manera en tu corazón, que esta caridad encuentre en ti el fruto de las santas obras; no tan sólo las hojas de las alabanzas. ¡Bendito sea Dios!

FIN